

De la autora de Quinceañera

Dame una cita, Lucía



ms. covanni

D.J.57

De la autora de Quinceañera

Dame una cita, Lucía

ms coucouni

Título: Dame una cita, Lucía

Copyright © 2018 M. Cavani

Esta es una obra de ficción; los personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Si algún evento se relacionase con la realidad es pura coincidencia.

Las menciones de algunas marcas comerciales, medios de comunicación y clubes internacionales de fútbol han sido utilizados sin la autorización o patrocinio de los mismos.

Las letras de las canciones citadas en la novela son propiedad de sus autores.

Se prohíbe la distribución electrónica o material de este trabajo sin la autorización de su autora.

Se reservan todos los derechos.

Primera edición.

Sinopsis

Lucía lleva alrededor de un año asegurando estar enamorada de su primer novio cuando el que le gusta es otro, Luciano, el chico consentido de la secundaria Eyre y la próxima sensación del fútbol internacional; pero qué pasará cuando ya no pueda resistirse a lo que siente por él, ¿será capaz de vencer sus temores y arriesgarse por amor, o tal vez sea demasiado tarde?

Dame una Cita, Lucía es una novela juvenil de la autora de Quinceañera.

Cuando escribes una novela tan personal como es para mí *Dame una cita, Lucía*, sientes temor de que no sea bien recibida, especialmente si eres la más indie de todas las *storytellers* de este mundo, pero si cuentas con una persona como Cristal Muñoz, mi lectora cero incondicional, que te impulsa y se identifica con tus proyectos, te sientes con la confianza que te faltaba. Esta novela también es para ti, Cris. Gracias infinitas por tu constante y valioso apoyo.

Tabla de contenido

[Título](#)

[Copyright](#)

[Sinopsis](#)

[Agradecimientos](#)

[Tabla de contenido](#)

[Anotación](#)

[Dinámica](#)

[A ti no quiero verte](#)

[Lu-lú](#)

[Menudo espectáculo el que has montado anoche, Santa Lucía](#)

[Sentimientos encontrados](#)

[Venganza](#)

[Miradas](#)

[El rey de la selva](#)

[Andre y Kira](#)

[Noche de fogatas](#)

[Exhibición](#)

[Me prometiste un baile](#)

[Nuestra Amistad](#)

[Santa Lucía](#)

[Estás volviéndome loco](#)

[¿Estás celosa, Santa Lucía?](#)

[Fly Emirates](#)

[Felicidades](#)

[Te quiero, te quiero, te quiero](#)

[Febril](#)

[“Mi chica”](#)

[Winter Ball](#)

[San Valentín](#)

[Dedicatoria](#)

[Bonus: Santa Lucía – Lírca](#)

[Más de la autora](#)

Anotación

Es una verdad universalmente reconocida que los chicos que ingresan a la secundaria Eyre aspiran ser fichados por algún club internacional de fútbol. Está tan fundada esta verdad en la mente de sus estudiantes que se tiene como una certeza indiscutible que el día después de la exhibición será anunciada la próxima sensación del balompié.

Por lógica, un chico como él no iba a ser la excepción a la regla.

Dinámica

—Todos divirtiéndose, excepto tú.

Al escuchar su voz dejo de teclear en el teléfono, sé que ésta no es una interrupción al azar y que debo estar preparada, mi hermana tendrá que esperar un momento más por mi respuesta pues el chico que me está hablando es el único sujeto de esta escuela y toda ciudad Verano con el que tengo que mantenerme con la guardia alta; él siente una mórbida inclinación por jugar con mi paciencia.

—¿Dónde dejaste el estéreo? —Sé exactamente de qué ha venido disfrazado, a mí me gusta mucho esa película. Se ha puesto gelatina en el pelo y trae una camiseta blanca debajo de un sobretodo caqui, pantalones negros y *sneakers* tipo bota. Hoy todos han venido disfrazados por ser la fiesta de Halloween de la secundaria Eyre.

—¿Tú dónde dejaste la escoba?

Hago una mueca por respuesta de la que se ríe, lo cual me resulta intolerable pues tiene una de esas odiosas sonrisas de dientes extremadamente blancos y perfectamente alineados. Es insoportable mirarlo.

—¿Qué quieres? —Guardo el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón al levantarme del asiento. Ahí sigue vibrando, Melissa, mi hermana, no deja de escribirme cosas.

Aunque no podría acusarlo de intimidador, Luciano, este personaje que tengo delante, el chico consentido de la secundaria Eyre, capitán del equipo de fútbol, hermano de una de mis amigas e hijo del dueño de la heladería para la que trabajo seis noches a la semana, es el idiota que, por desgracia, tengo en cada una de mis clases desde el año pasado cuando fue aceptado en esta secundaria gracias a sus habilidades deportivas. Uno más, estoy segura, que sueña con fichar con el Real Madrid. Pero el asunto no es ése sino éste: ¿de qué sirve tener un sistema de educación rotativo si coincides con el mismo insoportable personaje en todas tus clases?

—Me preguntaba por qué cambiaste de turno en la heladería si no te veo en la fiesta. ¿Que mi padre no te paga suficiente? —Examina un paquete de galletas de calabaza con gotas de chocolate de mi pequeño stand.

—El cambio de turno, *que sepa*, es algo que está permitido. Además, no

te debo explicaciones.

Es así, no le debo nada, mi empleador es su padre, no él, y si he cambiado de turno en la heladería y solicitado permiso a la escuela para vender mis dulces es porque en una noche como ésta ganaría lo que en una semana en la tienda de los Seri, solo que en lugar de los cientos de chicos que están hoy reunidos aquí, mis principales clientas han sido la señorita Le Blanc, de Francés, y la señora Castillo, de Oratoria.

—Soy empleada de tu padre, no tuya, así que te agradezco dejes de andar metiendo tus narices en un asunto que no te compete —le quito de las manos el paquete de galletas que ha estado examinando solo por molestar (lo sé) y lo devuelvo a la cesta de galletas que aspiro vender esta noche para ir sumando cifras a mis ahorros.

—Si éstas son tus técnicas de vendedora, Santa Lucía...

Ahí está, ese nombrecito otra vez.

—Vas a terminar yéndote a la quiebra —toma un cupcake de chocolate para examinarlo también.

—Es *Lucía* —puntualizo—. No puedo creer que incluso en mis horas libres tenga que soportar tus provocaciones —ese absurdo sobrenombre que me puso desde que me conoció.

—¿Horas libres?, si te veo trabajando.

—Trabajo porque no soy una riquilla como tú.

Me mira como si estuviese pasándome de la raya.

—Quiero uno de estos, *Lucía*...

—Tómalo y lárgate.

Se ríe arqueando las cejas, burlándose como es su costumbre, pero deja el cupcake sobre el mostrador. Por un momento pienso que va a largarse, pero no, se pone a hurgar en su billetera. Es un grandísimo obstinado.

—No te estoy cobrando —alargo una mano para detener la búsqueda de billetes, tomo el *cupcake* del mostrador y se lo aplasto sobre el pecho (casi). Quiero que se largue de una vez, pero no se mueve, por el contrario me mira sorprendido aunque se queda con el *cupcake* en la mano. No le he dañado la camisa con el topping de chocolate. Desafortunadamente.

—Mejor vuelve a tus actividades de capitán del equipo de fútbol —no pienso venderle nada al hijo de mi jefe.

—Mis actividades de capitán del equipo de fútbol. ¿Cuáles son ésas? —Frunce el entrecejo—. ¿Han planeado un juego esta noche del que no estoy enterado?

Suspiro profundamente.

—Tus actividades, ya sabes... —levanto el brazo para señalar el gimnasio de la escuela, donde se está celebrando la fiesta y la mayoría de sus amigos, y mis amigos, están bailando y divirtiéndose, justo como él ha estado divirtiéndose antes de que se acercara a importunarme.

—¿Te refieres a bailar?

Bailar entre otras cosas como pavonearse delante de las chicas y soltar carcajadas burlonas con sus amigotes del equipo de fútbol.

—¿Quieres bailar, Santa Lucía?, ¿es eso?

Ahí está esa sonrisa endemoniada. Cínica.

—No, no quiero bailar.

—Entonces —se mete dentro de mi campo visual que justo he cambiado al desviar la mirada—, ¿cuáles son esas actividades, si me las pudieras explicar?

—Mira, Luciano —salgo de detrás de mi stand para obligarle a que vuelva a la pista de baile o donde sea que él quiera estar menos aquí—, regresa a la fiesta y deja de importunarme, ¿sí?

—Ah, estoy importunándote... —repone con expresión ofendida.

—Lo sabes. ¡Largo! —Intento empujarlo para echarlo de aquí pero su cuerpo está tan pesado que no puedo moverle—. Mira, estoy ocupada, tratando de hacer algo en mi teléfono —*como hablar con mi hermana*—. No estoy para tus planes macabros.

—¿Algo en tu teléfono? ¿Como qué? ¿Escribirle a un novio que te buscaste en internet porque no puedes conquistar uno real?

Dejo de empujarle.

—Te pasaste de la raya —él trata de morder mi dedo acusador—. ¡Vete! Me siento muy ofendida.

—Está bien, está bien... —deja el cupcake sobre el mostrador y levanta los brazos en señal de paz—, no es un novio cibernauta lo que tienes en el teléfono. Esos ojos... —se los he puesto en blanco—. Pero si estás buscando uno de carne y hueso —se inclina hacia mí colocando ambas manos sobre el tope del stand dejándome acorralada. Él cree que puede intimidarme pero nunca se lo permito—, solo tienes que pedirlo, Santa Lucía, y darme una cita. Anda, vamos al parque —me da un guiño acompañado por su sello de sonrisa cínica.

—De verdad, Luciano, ¿cómo hiciste para que una canción que me parecía tierna, bonita, sobre la que he guardado un especial recuerdo por ser

la favorita de mis padres, sea en estos momentos más odiada que cualquier canción pop de *bubblegum*?

Su risa pedante se borra y poco a poco se yergue permitiéndome respirar y dejándome libre.

—Has lo que quieras, quédate, vete, come todos los dulces que se te antojen. Ya no discutiré contigo —me aparto y comienzo el regreso a mi lugar, detrás del stand, completamente vencida.

—No sabía que la canción te recordara a tus padres —me detengo a mitad de camino.

—Y con tu estupidez la has matado.

—Lo siento, no pensé que...

—Nunca piensas —le interrumpo—, la vida es una entera fiesta para ti: tienes a tus padres, un negocio familiar próspero y definitivamente no dependes de tu tía, que a su vez depende de un salario de profesora de secundaria para matenerse ella misma y a dos chicos.

Él parece pensativo e incómodo, lo cual me incomoda también porque no estoy acostumbrada a verlo fuera de su zona de confort. Sé que él no es responsable de mi situación y que probablemente he sido injusta con lo que le he dicho, pero me ha tocado la fibra. Cualquiera que fuese su defensa no compensa la pérdida de mis padres o mi condición de ser una carga para la persona que más quieres después de tu hermana. Pero él no ha podido deducir nada de esto, ni siquiera que la canción con la que tanto me molesta tuviera algún nexo con mis queridos padres.

—Lo siento, yo...

—No, tienes razón —me interrumpe.

—No, no la tengo, tú no tienes responsabilidad de...

—No intentes disculparte, Lucía, tienes razón, la vida no sucede siempre como la planificas. Mis problemas son risibles en comparación con los tuyos.

—No sabía que tuvieras problemas.

—No sabes nada de mí.

—Te conozco... —*siquiera un poco*.

El ligero amago de una sonrisa triste me habla de circunstancias complejas que no están disponibles a mi entendimiento. Le tomo la mano en un arrebato.

—No debí descargar en ti los reproches que le tengo a la vida —levanto la mirada y observo que la suya está fruncida y detenida en el contacto de nuestras manos. Le libero para evitar un malentendido—. Tú solo estabas

bromeando, no podías saber que...

—No, ese pequeño detalle no —me mira directo a los ojos, con esa profundidad que suele abrigarme—, aunque...

—¿Qué? —Le sostengo la mirada, que es dulce como el color de sus ojos, y en este momento parece estar contando la verdad.

—No puedo evitarlo, Lucía. No quiero ser irrespetuoso, pero esa canción ha tomado tu forma...

Debería estar enfadada y exigirle, después de todo lo que le he dicho, que no vuelva a pronunciar delante de mí esa letra, pero entiendo su posición, esa canción, “Santa Lucía”, ya forma parte de nuestra relación. No le pongo nuevas objeciones. Me quedo callada, esperando que mi silencio sea interpretado como una autorización para que se refiera a mí como más le gusta.

—Me gusta tu disfraz —alarga la mano para acariciar mi peluca—. No es precisamente de bruja —añade sonriendo con esa sorna tan característica —, pero funciona para ti.

—De bruja vengo siempre —prefiero mantener de mi lado este juego entre nosotros.

—Tu estado natural...

—Te crees muy simpático. No vengo disfrazada —le miento.

—Sí que vienes.

—¿Tú qué sabes...?

—También he reconocido tu personaje.

Claro que no, ninguno de los chicos que se ha acercado a saludarme al stand lo ha reconocido y a Becca, mi mejor amiga, he tenido que explicarle de qué se trata; es tan sencillo que no es fácil de determinar a menos que seas un auténtico fanático de las series de los años noventas, o de ésta en específico, como yo. Sólo llevo una peluca negra, contactos azules y un delantal a cuadros.

—¿Me dirás qué es lo que piensas de mí? —Se cruza de brazos.

—Pienso de ti muchas cosas. Ninguna buena, por cierto.

—¿Cosas obsenas, Santa Lucía?

—¡Largo de aquí!

Empieza a sonreír. Me niego a mirarlo.

—Está bien, está bien —con sus manos forma una “T”—, pido una tregua. Me refiero a eso de “mis actividades de capitán del equipo de fútbol” —lo señala incluso con comillas aéreas.

—¿Todavía estás con eso?

—Necesito saber.

Me aparto de su lado, doy unos pasos hacia el interior del stand pero me vuelvo para responderle:

—Solo lo dije para confundirte y lo he conseguido.

—No —él da un paso adelante—, lo dijiste porque tienes una opinión sobre mí, ¿cuál es?

—Mira, Luciano —yo también doy un paso hacia él—, no tengo ninguna opinión de ti, excepto ésa que ya conoces: que eres el más grande idiota de toda la secundaria —en lugar de ofenderse disfruta de lo que le digo. Es insoportable.

—No es la respuesta que busco pero lo dejaré pasar por esta vez...

—¡Lucianito...! —Exclama la famosa “Miss G.” que hoy ha adornado la fiesta con su disfraz de Audrey en *Breakfast at Tiffany*, un vestido negro y largo, que le envuelve como un guante cada curva de su cuerpo. Miss G. es la coordinadora de las actividades pre-graduación de la secundaria, el cerebro detrás de esta fiesta, madre soltera de Andre y mi tía.

La tía Gisselle Ortiz, a la que todos llaman “Miss G.” por ser la profesora de Inglés, es la hermana menor del que fue mi padre, un investigador reconocido, que hace poco más de cinco años, se dirigía con mi madre a la capital para asistir a un congreso en el que expondría uno de sus celebrados trabajos cuando ambos sufrieron un fatal accidente que nos dejaron a mi hermana Melissa y a mí huérfanas. Tía Gisselle, siendo nuestra única familia, consiguió con el abogado de mi padre nuestra custodia, en particular la mía, porque para ese entonces Melissa, mi hermana mayor, estaba por cumplir la mayoría de edad. Tía Gisselle convino con Melissa y el abogado en rentar el apartamento en el que habíamos vivido como familia en ciudad Lara, de tal modo que con lo que devengara el alquiler se pagara la universidad de mi hermana, que sumado a la manutención que nos correspondía por ley de los beneficios contractuales por el trabajo de papá como el más importante investigador de la universidad local, siendo, en ese momento, las dos menores de edad, Mel podría hacer su vida universitaria sin problemas el año siguiente.

No deseo extenderme en narrar lo duro que fue adaptarnos a nuestra nueva situación, a la pérdida de nuestros padres, a una nueva escuela y a una ciudad que, si bien conocíamos porque frecuentemente solíamos venir de visita, no era la que nos daba habitación; tampoco en lo desolador que fue

para mí que unos meses después Melissa también me dejara para asistir a la universidad y estudiar la carrera universitaria de acuerdo a los planes que aún en vida había trazado con nuestros padres.

Durante este tiempo Tía Gisselle y Andre, mi primo, han sido claves en el reestablecimiento de mi vida familiar, incluso podría decirse que en este momento soy una adolescente que se ha recuperado del dolor, que goza de salud, familia, amigos, un plan organizado y que espera con ansias reunirse con su hermana cuando termine la escuela y cumpla la mayoría de edad.

—Miss G. —con una sonrisa para la profesora, Luciano hace espacio entre él y yo, distracción que aprovecho para terminar de colocarme detrás del stand.

—¿Tienes frío, o se supone que vienes disfrazado?

—Frío, Miss G. Eso es.

—Pero si está caliente aquí adentro, Lucianito.

—Es que se cree tan *básico*^[1] como Lloyd Dobler, tía —él me mira con atención, como si no creyera que sé que vino vestido como John Cusack en esa escena icónica de la película *Say Anything*.

—¿Lloyd Dobler?

—Es el personaje de una película —se pasa la mano por la nuca, sintiendo el embarazo de tener que explicar su atuendo.

—¿De cuál película? ¿Lulucita, la hemos visto?

—Muchas veces, tía. *Say Anything*, una película de los ochenta. John Cusack es el protagonista.

—Año 89 para ser más preciso —dice él.

—Me encanta John Cusack en *Debe Amar a los Perros*, pero *Say Anything*... *Say Anything*... ¿De qué se trata?

—De un chico común —se apunta con el dedo y sonrío cuando detecta que le he puesto los ojos en blanco— que al término de la escuela consigue una cita con la chica más lista —me da una mirada furtiva—. Algo así, Miss G., como si Santa Lucía, aquí, concediera una cita *a un idiota como yo*. Esos ojos otra vez —me pellizca la nariz, siempre tiene problemas con mis ojos en blanco—. Miss Gisselle, usted que es su tía, ¿qué opinión tendría sobre eso?

—Me conformaría con que la invitases a bailar, *Lucianito*.

—Disculpa, ¿qué?

Tía Gisselle me mira conmovida.

—Tía, por favor, éste no hace más que darme en las narices. No creas nada de lo que dice.

—Miss G., lo que sucede con su sobrina —me baja el brazo que he levantado inconscientemente— es que no quiere salir con nadie. Ni con ese pobre novio que tiene en internet.

—¿Tienes un novio en internet, Lulú?!

Tía Gisselle le ha obsequiado a Luciano, en bandeja de plata, su objetivo de impresionarla y burlarse un poco más de mí.

—No, tía, que no hagas caso de nada de lo que te diga —de una sacudida me deshago de sus dedos que me han tenido secuestrado el brazo—. La única verdad que ha dicho es que es un idiota, todo lo demás ignóralo y déjalo ir, por favor, que me está espantando la clientela.

—¿Cuál clientela? —Replica Luciano casi con una carcajada—, si aquí no veo a nadie y te has negado a venderme un cupcake.

—No me he negado, te lo obsequié. Y no sabemos si las personas se han abstenido de acercarse por sentirse intimidadas por tu presencia, *Dobler*.

—Mi presencia aquí solo conseguirá *atraer* a la clientela no ahuyentarla.

—Bueno, bueno, dejen de darse riña, ¿en qué podemos ayudarte, Luciano?

¡Vaya!, algo debe estar pasando para que tía Gisselle no le dijera “Lucianito”.

—Sí, bueno, eh... ¿Usted sí va a venderme uno de esos cupcakes de chocolate, Miss G.?

—¿Un cupcake...? ¿A eso has venido? —Tía Gisselle le pone los ojos en blanco y le ofrece el mismo cupcake que ha pasado de las manos de Luciano, al mostrador, a las mías, a Luciano otra vez y al mostrador—. Lulucita, los hizo.

Gracias, tía.

—¡Ah, los hizo Lucía...! —Toma nuevamente el cupcake buscando mi mirada y cuando la encuentra le da un mordisco seductor, como si estuviera besándolo.

—Buenos, ¿no? —Tía Gisselle se cruza de brazos. Parece enfadada.

—*Como gotitas de cielo*^[2] —me mira a hurtadillas como diciendo “sé perfectamente de qué has venido vestida”. Yo evito demostrarle que me ha sorprendido—. Una pregunta, Miss G., ¿usted ha visto *Friends*, la serie de televisión?

—*Friends*... ¡Por supuesto!

—¿Cuál es su personaje preferido? —Inquiere, devorando ese cupcake como si fuera el último en el mundo y ésta la hora final.

—Joey, por supuesto.

—El mío es Mónica —señala mirándome con ese cinismo característico, luego extiende el brazo para pellizcarme la mejilla—. Me gustan más tus ojos oscuros.

Me siento enfurecida.

—Mónica, claro, cómo no quererla, si vivo con ella —tía Gisselle me mira de reojo.

—¡Tía...!

—En fin... ¿cómo te ha parecido la fiesta, Lucianito? ¿*Es que no piensas bailar?*

—Sí, sí, sí pienso bailar, Miss, G., pero específicamente con una de sus alumnas.

No solo su sonrisa es cínica, su mirada también lo es.

—Ah, si lo dices por Lulucita... —tía sonrío y me mira con ternura; yo miro a Luciano furiosa. Entiendo bien lo que están haciendo—, puedes llevártela. He venido a sustituirla.

Luciano me mira con esos ojos grandes que tiene, pero su expresión es tan seria que me confunde, entonces extiende la mano en atención a la oferta que ha hecho mi tía. La miro y luego a él. A invitarme a bailar no es a lo que ha venido.

—¿Vas a dejarme con la mano extendida?

—Tú no has venido a invitarme a bailar —necesito protegerme.

—Eso no puedes saberlo —veo claro que sus ojos se desvían hacia mi tía.

—Ve, Lulú —interviene tía Gisselle, haciéndome salir de detrás de la mesa—, a todo pones oposición. Yo te cuido las *grandes* ventas de hoy.

La miro enfadada, no por el comentario que ha hecho sobre las ventas sino porque me obliga a bailar con Luciano, cuya mano sigue extendida esperando por la mía. Avanzo, cruzada de brazos, como si estuviera protegiéndome de algo, pero termino tomándosela. Es suave, cómoda y se ajusta perfectamente a la mía; lo sé porque no es la primera vez que bailamos. Me conduce al centro del gimnasio, donde más de un grupo de conejitas y gatitas bailan con zombies y vampiros. La fiesta en lugar de Halloween parece un zoológico.

—Que sepas que no me gusta que me inviten a bailar por obligación — me acerco a su oído para que pueda escucharme, afortunadamente lo que está sonando no requiere que nuestros cuerpos estén unidos.

—¿Quién dice que ha sido una obligación? —El calor de su aliento en mi oreja me desconcentra y provoca un cosquilleo en mi cuerpo, su mano en mi cintura hace que me sienta acalorada. Tomo su otra mano y me lo llevo al punto en el que está todo el último año; bailar en grupo es la mejor forma de evitar la intimidad de un baile en pareja, especialmente si ha sido arreglado.

Al cabo de unos minutos la música cambia a un merengue, cada uno de los chicos escoge a su pareja, Becca baila con Ulises, su, algo así como ex novio, si puede dársele a un casi “ex novio” algún significado nominal; Joaquín no se lo ha pensado para tomar a Verónica de la cintura; y Gonzo baila con Paty. Yo me quedo dudosa delante de Luciano, no quiero que piense que intento sacar ventaja de la oferta de mi tía para bailar con él otra canción. Me ha pasado antes —*no con él*—, que quiero seguir bailando y mi pareja ha perdido el interés, es un rechazo demasiado incómodo y no pienso darle esa oportunidad. Me largo a atender mi stand, que es a lo que he venido esta noche a la escuela.

—¿Dónde vas? —Me toma del brazo cuando me escabullo.

—Regreso a mis obligaciones. Gracias por el baile —le hago una pequeña reverencia, como si esto fuera una novela de Jane Austen, yo, Elizabeth Bennet, y él, Mr Darcy.

—No, todavía no hemos bailado, y obligaciones, ¿cuáles? —Mira mi stand solitario donde todavía está tía Gisselle, bailando sola y comiendo trufas—. Te compraré todos los dulces.

—Estás loco —mi lado de vendedora orgullosa sale a flote. No es una venta real si el cliente no siente verdadero deseo por comer el dulce.

—Los quiero todos.

—No.

—Voy por ellos.

—Noooo... —le detengo por el antebrazo. Sé que estoy sonriendo y él también, no con cinismo sino con dulzura.

—Supuse que no me dejarías comprarlos y no creo que lo que traigo esta noche sea suficiente para llevármelos todos... —desvió la mirada. Esto es insólito—, pero al menos acepta que compre la mitad.

—NO.

—Vamos..., me siento responsable, trabajas para la familia y todavía tienes que venir a la fiesta de tu escuela a vender dulces.

—Luciano...

Quiero darle las gracias por su amabilidad y decirle que mi problema

económico no es el suyo pero le digo otra cosa.

—La pobre tía Gisselle se está perdiendo la fiesta por mi culpa. Debo volver con ella.

Me detiene.

—No puedes irte, me debes un baile.

—Ya hemos bailado.

—No, un baile de verdad. Saltar entre todos no es bailar.

Intento replicar, liberarlo del compromiso, pero él agrega:

—Y no cuenta decir que estoy obligado.

Suspiro profundamente pero cedo, lo que ha dicho me deja desarmada, sin excusas para negarme; además, me gusta bailar merengue y sé que Luciano es un bailarín perfecto, uno de esos chicos a los que observas bailar mientras secretamente estás deseando ser la que está entre sus brazos bailando con él la pieza. A Becca, por ejemplo, le gusta bailar con él porque sabe que es uno de los más ligeros y con más destrezas de toda la escuela, y yo lo sé porque, como he señalado, él y yo hemos bailado antes algún merengue, por cierto.

—¿Por qué eres tan esquiva? —No me sorprende que me haga conversación mientras bailamos, la mayoría de los chicos no lo hace, pero él sí. Lo mismo fue cuando bailamos por primera vez, hace unos cuántos meses ya, y me preguntó por qué era tan seria. Yo no tenía idea de que lo fuera. Como es costumbre, sus inquietudes sobre mí me desequilibran.

—¿Esquiva? Si soy algo es accesible. Nunca esquiva —balbuceo.

Siento que estoy defendiendo algo que no tiene salvación y que nuestro sistema de preguntas agudas con respuestas mordaces ha presentado un defecto; uno de esos momentos en los que la mente se queda en blanco y tus mecanismos de protección te abandonan sin autorización.

—Si te invito a bailar, prefieres negarte, y si hablo contigo cercas la conversación. Eres esquiva.

—No soy esquiva. Si no te has dado cuenta, es una dinámica que tenemos. No te quejes.

—¿Tenemos una dinámica?

—Dinámica, guerra de voluntades, llámalo como prefieras —se lo piensa un momento—. No le hablo a nadie como a ti ni nadie me habla tan francamente como tú —empiezo a dudar en haber introducido este tema de nuestra supuesta “dinámica”.

—Entonces sí —acuerda llevando mi mano derecha a su hombro—,

tenemos una dinámica.

El cambio del lugar de reposo de mi mano derecha, que ha estado antes unida a la suya, nos acerca tanto que puedo detectar la sombra de barba en su quijada, el cítrico de su perfume y si levanto un poco la mirada, quedarme hipnotizada por la viscosidad de la miel en sus ojos, que a esta distancia parecen casi verdes. Me siento nerviosa. Es justamente esta intimidad la que he querido evitar hace un momento cuando intenté escapar.

—Me gusta, quiero que sepas.

—¿Ah? —¿Qué ha dicho?, ¿quién le gusta?

—Nuestra dinámica.

Nuestra dinámica, Lucía, por Dios, ¿en qué estás pensando?

—Creo que has empezado a sudar frío —una de sus manos abandona mi cintura para limpiar la escarcha de mi frente—. No que hubiese algo raro en que tú me gustases.

Siento que mi cerebro se ha detenido, quedado en blanco, incapaz de procesar lo que Luciano está diciendo, pero empieza a molestarme esa sonrisita que tiene sobre la cara, que no sé interpretar. A estas alturas ya he debido decir algo mordaz pero mi mente sigue sin procesar pensamientos. Para mi tranquilidad me hace girar al ritmo de la canción, lo que me proporciona tiempo para aclarar la mente.

—¿De qué estás hablando?

—De nuestros gustos y la dinámica.

—¿Ah...? —Suelta una carcajada.

—No he dicho que me gustas —me dice al oído cuando deja de reír—. Deja de preocuparte —me mira, arqueando las cejas, asomando su sello de sonrisa cínica.

Me acerco a su oído y le digo una mentira:

—No lo he pensado. Deja de preocuparte.

Arrugo la nariz y sonrío con una mueca, contenta de tener devuelta mi agudeza y un poco del control de la situación.

—No lo estoy —me hace dar nuevos giros y seguimos bailando hasta que termina el set de merengue y la música cambia a un reggaeton.

Me detengo, rígida como el tronco de un árbol.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? —Levanta mis brazos e intenta hacerme bailar pero no me muevo.

—No voy a bailar reggaeton —me planto—. Tengo un límite.

—Vamos... —me reprocha.

—No. Y te recuerdo que tengo cosas que hacer.

—Le pediré a mi hermano que te haga un depósito por todo.

—Luciano, no es gracioso —que quiera comprarme toda la repostería que se ha quedado fría en el stand. Es como una ironía, que el día que se supone todo el mundo quiere comer dulces, mis compañeros de la Eyre se resistan.

—Vamos, una canción más.

Aunque niego con la cabeza, me lo estoy pensando. ¡No puedo creerlo...! bueno, hasta que él pone una mano en mi cintura, atrae mi cuerpo al suyo y empieza a hacer los movimientos propios del reggaeton. *O del apareamiento como prefieran denominar este baile.*

—Luciano, no pienso mover el trasero como Verónica.

Él se detiene, me mira sorprendido y hace una carcajada de las suyas, de ésas cuando algo le hace verdadera gracia. Luego asiente y me deja ir.

Cuando recupero mi lugar detrás del stand veo que está bailando con una gatita: Verónica precisamente. Aparto la mirada cuando sus ojos conectan con los míos, hace un paso vulgar para que le mire y se ríe burlonamente de la sosa “Santa Lucía” que no baila reggaeton.

Me enfado un poco más porque todavía puedo sentir el contacto de sus manos en mi cintura y su aliento en mi oreja.

A ti no quiero verte

—¿Tan rápido, Lulucita? —Me dice tía Gisselle cuando por fin me detecta junto a ella en el stand, ha estado tan concentrada en las trufas que no parece remediar en nada más—. Pensé que te quedarías bailando. Aquí lo he tenido todo controlado.

—Sí, especialmente las trufas, lo he notado, tía.

—¿En mí has estado reparando mientras bailabas con Lucianito, mi vida? —Chasquea la lengua tres veces y se coloca otra dentro de la boca—. ¿No crees, mi cielo, que deberíamos recoger estos dulces para mañana hacer fiesta en el apartamento con Andrecito y Rebequita? Se te veía tan a gusto bailando, mi amor. Se nota que Lucianito es un excelente bailarín. Debiste luchar un poco más y quedártelo.

Furtivamente vuelvo la mirada a la pista, rogando a los ángeles que no me pille mirándole, pero es imposible, cuando nuestras miradas se encuentran ejecuta otro de los pasos más vulgares del repertorio del reggaeton. Actúo como si hubiese sentido una fuerte arcada. El muy cínico se ríe.

—Contigo parecía más armonioso y a gusto, Lulucita. Ve por él, ¿sí?, todavía estás a tiempo. Yo te cubro —tía Gisselle me da un guiño.

—Tía, creo que eres la única profesora que alienta a sus alumnas para que salgan a bailar reggaeton.

—No te lo digo como una profesora sino como tu tía, además sé que no eres vulgar, bailas lindísimo, Lulucita, con mucha gracia, y con Lucianito formas una pareja muy bonita —comenta llevándose a la boca otra trufa.

—¡¡¡Tía!!!

—Lo lamento, lo lamento, pero están muy buenas —dice antes de marcharse al grupo de los profesores con una bandeja llena de trufas. Ya qué me queda, si a estas horas no he vendido los dulces, mejor que tía Gisselle los aproveche con sus colegas.

Un nuevo mensaje de Melissa aparece en el teléfono, está preguntando cómo me está yendo en la fiesta y si he bailado. Le respondo que sí he bailado, aunque me reservo el detalle de que no ha sido espontáneo sino orquestado por nuestra creativa tía. Si me preguntan, ese tipo de bailes no cuentan, carecen de sinceridad. Dos personas, manejadas como títeres a hacer algo que no quieren, es demasiado falso.

—Odio verte aquí, Lulú.

Les presento a Becca, la capitana del squad de animadoras, mi mejor amiga y algunas raras veces la voz de mi conciencia; una de esas inquietas personitas que van metiéndose en tu vida hasta ocuparla casi toda.

Cuando sucedió la tragedia de mis padres fue una especie de luz para mí, se esforzó en contagiarme su alegría y en ayudarme a ver que la vida continuaba y que debía continuarla por ellos; y cuando el destino se empeñó en separarnos, me refiero a la separación académica, ella en un curso y yo en otro, movió todas sus influencias, *y por influencias me refiero a la “tía G.”*, para que nos arreglara los horarios y cursáramos juntas si no todas por lo menos el ochenta por ciento de las clases. Ella siempre ha dicho que fue la gracia divina la que nos juntó y muchas veces —*no todas*— he llegado a pensar que es cierto.

—No lo odies, estoy pasándola bien.

Becca es una de las pocas chicas que no ha venido disfrazada esta noche, aunque sí muy arreglada con un maquillaje gótico perfecto. Es una vampiresa.

—Se nota. ¿Por qué no tratas de divertirte?

—¿Quién dice que no me estoy divirtiendo? Si he bailado, ¿es que no me has visto?

—Sí, gracias a Luciano que tuvo piedad de ti cuando le pedí que viniera a sonsacarte —toma un cupcake de los que tienen *topping* de crema de fresa y lo muerde.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —Coloco el teléfono sobre mi regazo.

—Que si no hubiera sido por mí no habrías bailado siquiera una canción esta noche, Lulú.

—¿Enviaste a Luciano aquí para que me invitara a bailar?

—Era el mejor de mis soldados, el único capaz de controlarte el carácter. A Ulises un “no” tuyo le habría hecho huir de la fiesta como un perro asustado.

—No puedo creer que hicieras eso, Rebecca. ¿Es que no me conoces?

—De sobra, por eso lo hice. Además tía G. estuvo de acuerdo.

—¿Tía Gisselle estuvo de acuerdo?!

Por qué me sorprende, si la mujer me puso en bandeja de plata para que saliera a bailar con ese mentiroso.

—Sí, y tuvo que venir en auxilio del pobre cuando observó que pasaban los minutos y no salían a bailar.

—Esto es increíble —me levanto de la silla y me guardo el teléfono en el bolsillo—. No necesito de la intervención de ninguna de las dos, espero que sepan... —quiero decir, sé que cuando Luciano me ha invitado a bailar ha sido porque tía Gisselle le ha empujado a ser mi compañero, pero no me he imaginado que toda la escena correspondiera a un plan superior que me ha dejado expuesta, vulnerable y ridiculizada.

—Como sea, sabes que no te pongo atención. Pero a lo que he venido... ¿A que no adivinas quién está aquí?

—No me importa. No quiero hablar contigo, Rebecca, no sé si te has dado cuenta —le doy la espalda.

—Me he dado cuenta —pone una mano sobre mi hombro que me obliga a encararla—, pero cuando sepas lo que he venido a decirte me perdonarás en un segundo.

—No me interesa lo que tengas que decir —retomo mi lugar en la silla.

—Esto sí —dice saboreando el cupcake.

—Me tratas como si fuera una pequeña a la que hay que engañar con un dulce para que le saquen una muela. Te pasaste Rebecca... —chasquea la lengua como si yo fuera una exagerada—. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que ese idiota me ha convencido de que se acercó por interés propio. Son todos muy buenos actores, ¡les felicito!

—¿Es eso lo que te molesta, que no se acercó a ti por iniciativa propia?

—A mí no me molesta nada que venga de ése —Becca se ríe.

—Lulú, si apenas le asomé la idea te miró, y dijo: “A eso iba”, caminó hasta aquí, y, bueno, ya conoces el resto de la historia.

Busco a Luciano en la pista de baile para, no lo sé, hacerle la señal del dedo al estilo *Friends*, ya que conoce tanto la serie, pero no está por ahí. De cualquier forma me pongo furiosa.

—Dime algo, la vez anterior, cuando me invitó a bailar en casa de Paty, ¿también fue porque tú le sonsacaste?

—¿Cuándo fue eso...? —Realmente no parece recordarlo—. La única vez que le he pedido un favor parecido ha sido hoy.

Podría desconfiar en Becca, pero si algo tiene de rescatable es que no miente ni sabe hacerlo.

—Vamos, no seas tan dramática que te has divertido.

—Este tipo de diversión no cuenta. Es un engaño.

Ahora entiendo por qué no me dejaba regresar y me insistía tanto en que continuásemos bailando.

—¿Le ofrecieron dinero?

—¿A Luciano...? Si tiene más dinero que diez de nosotros juntos. Te digo que vino sin poner peros.

—Siento que le odio —con la mirada barro nuevamente el gimnasio pero no puedo encontrarle.

—Bueno ya te olvidarás de ese odio cuando te diga quién está aquí en la Eyre.

—Te dije que no me interesa —empiezo a recoger mi mercancía y a guardarla dentro de las cajas en que las traje. Ya no quiero estar en esta fiesta.

—Esto sí. ¿Estás preparada? —La miro un segundo. Cuando Becca se pone así de molesta y así de ansiosa por comunicarme algo solo puede tratarse de una persona—. Sí, es lo que estás pensando: Eduardo está aquí.

Eduardo, justo en él he pensando. Eduardo es ese primer amigo que tuve en esta secundaria a la par de Becca, del que he estado enamorada una buena parte de ese tiempo, primero en silencio y después correspondida. Mantuvimos una relación por algunos meses hasta que la separación, consecuencia del cambio de escuela del que fue objeto, hizo que el noviazgo se enfriara y concluyera, pero siempre he tenido sentimientos reservados por él.

—¿Eduardo?

—Pensé que sería bueno prevenirte.

—Gracias por estar *tan* pendiente de mis sentimientos.

—*De nada* —me mira intrigada—. ¿Estás guardando los dulces porque te he convencido y vendrás a la fiesta?

—Me has convencido de largarme de aquí. ¿Has visto a Andre?

—No puedes irte, Lulú.

—Obsérvame.

—Pero si te he dicho que Eduardo está aquí.

—Y te he escuchado. Andre, ¿le has visto?

—Lulú no seas obstinada.

Le escribo un mensaje a mi primo, que no tarda en presentarse en el stand con dos vampiros del equipo de fútbol.

—Hola, Lucía —me dice Joaquín, uno de ellos, un chico dulce que suele ser muy amigable conmigo.

—Hola, Joaquín.

—¿Vienes disfrazada?

—Sí, eh..., no, es solo una peluca.

—Te queda bien. ¿Bailas conmigo en un rato? —Le sonrío por respuesta, pero no quiero bailar.

—Lulú, no puedes irte —demanda Becca.

—Es lo que has logrado con tus mentiras.

—¿Te vas? —Indaga Joaquín.

—La cabeza me va a estallar —miento.

—No pueden ser mentiras cuando he venido a contarte la verdad —dice mi amiga—. Y tampoco puedes castigarme yéndote.

—No estoy castigándote, ya no quiero estar aquí.

—Pero si apenas has vendido algo.

—¿Qué sucede, Lulú? —Pregunta Andre, mi primo—. ¿Cómo es que quieres irte?

—No me siento bien, Andre.

Andre es otro de los pocos chicos que ha preferido venir sin disfraz. Dice que tiene suficiente con ser “Eyre” la ardilla, la mascota de la escuela, como para también disfrazarse hoy.

—¿Podrías llevarme a casa?

—No le creas, Andre —interviene ella—, está mintiendo.

—¿Por qué?

—Está enfadada conmigo.

—¿Qué le hiciste?

—Ay, no le creas, Andre —interrumpo el interrogatorio—. Me siento mal, dolor de cabeza —dramatizo poniendo cara de desmayo.

—No es cierto. Está enfadada porque envié a Luciano aquí para que la invitara a bailar.

—Claro que no estoy enfadada por eso —espero que alguien me crea—. Ni siquiera me importa.

—Bro ya venía a invitarte a bailar —dice mi primo.

—Mira, no me importa. Lo cierto es que ya quiero irme, ¿me llevas?

—Espera, los muchachos han venido a comprar tus dulces.

—¿Han venido a comprar? —Frunzo todo el rostro.

—Cupcakes —dice Joaquín.

—¿Cupcakes?

—De chocolate preferiblemente —argumenta Paolo, el otro vampiro—. ¿Quieres uno, Rebecca?

Sé muy bien cuando mi amiga intercambia miradas con un chico y acabo de detectar una. No es para menos, Paolo es alto, de cuerpo atlético,

piel aceitunada, ojos azules y pelo castaño que le cae sobre los hombros, es la versión actualizada del mismísimo Paolo Maldini.

—¿Quién les ha pedido que vengan a comprar *cupcakes*?

Todo esto me parece sospechoso. Una jugarreta.

—Na-die —responde Joaquín, que ha perdido el color y tiene la frente perlada.

—Díganle a Luciano que muchas gracias pero los dulces ya no están en venta.

—Luciano no ha tenido que ver —explica Andre—. Fui yo, Lulú.

—No te hagas cómplice de ese bandido. Llévame a casa, *Andre*, por favor. Dolor de cabeza, ¿recuerdas?

—No, Lulú, no puedes irte, esto apenas comienza —me dice.

—Vamos, no te pongas difícil y véndenos esos dulces —insiste Paolo.

Respiro profundamente y extraigo de la caja tres *cupcakes*, uno de chocolate y dos de fresa que pongo en manos de Joaquín, Paolo y Becca.

—¡No soy difícil! —Les gruño y sigo con mi tarea de guardar los dulces.

—¿Cuánto cuestan? —Pregunta Paolo.

—No cuestan nada —sigo gruñendo y reservando los dulces en las cajas.

—¡Queremos cupcakes!

Ahora son dos gatitas animadoras que se presentan en el stand. Respiro hondo, Luciano se cree muy astuto.

Dos chicas, disfrazadas, una de Wonder Woman y la otra como Taylor Swift en el video de LWYMD vienen a comprar trufas; un minuto más tarde tres zombies me piden galletas de calabaza.

Luciano ha de estar divirtiéndose a mi costa. Más Zombies, un Spiderman, ocho vampiros, diez gatitas y catorce conejitas entre la Eyre y otras secundarias que se han colado en la fiesta vienen a comprar dulces. He tenido que desempacar todos los que he guardado, y en veinte minutos no queda nada.

—¡Hijita! —Dice tía Gisselle cuando sorprendida viene a mi stand—. ¡Lo has vendido todo!

Aunque trato de disimular la alegría en mi rostro —y sé que no habría vendido los dulces si no hubiese sido por la influencia de Luciano—, no puedo evitar el reflejo de mi orgullo.

—Estoy muy enfadada contigo, tía.

—¿Conmigo, por qué?

—Lo sabes muy bien.

—Lulú ya lo sabe, tía G. —interviene Becca, que se ha quedado para ayudarme con las ventas aun cuando no le he hablado y Paolo, después de pagar los cupcakes, la ha invitado a bailar.

—¿Qué sabe?

—Ya lo sé, tía, que tú y esta traidora enviaron a Luciano para que me invitara a bailar.

—Ay, cielo, solo queríamos que disfrutaras un poco de la fiesta. Que te divirtieras. No era justo para ti.

—Me gustaría que las dos me permitieran decidir lo que es justo para mí.

—Vamos, que te la pasaste bien bailando con el chico.

—Mira, no me lo recuerdes, tía, que a ése no quiero verlo.

—Pobrecillo, se preocupa tanto por ti y mira cómo le tratas. Aquí viene, por cierto.

Siento que me tenso con el conocimiento de esto.

—Veo que lo has vendido todo, Santa Lucía —se inclina sobre el mostrador.

—A ti no quiero verte.

Salgo de detrás del stand para alejarme de todo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Le escucho decir mientras camino sin destino específico y lo dejo con sus dos estrategias.

Ando por el gimnasio, por primera vez desde que llegué, libre de obligaciones; algunas chicas de mi escuela me felicitan por lo deliciosos que han estado los *brownies*, la textura de los *cupcakes*, lo crujiente de las galletas y las cremosas trufas. A todas les sonrío y les agradezco la compra. Creo que estoy en deuda con mis compañeros, a pesar de que fueron enviados a hacer la obra de caridad de la escuela. Sigo andando, mirando cómo se divierten todos hasta que me detengo en un punto para contemplar mejor la fiesta.

—Si quieres bailar, solo tienes que pedirlo.

Esa voz es inconfundible.

Eduardo viste un suéter grisáceo y una pulsera de cuero en la muñeca, tiene la cara blanquecina, el pelo revuelto y los labios ligeramente demarcados.

—Creo que es Edward Cullen —me explica después de que le he

repasado con la mirada—, mi hermanita me lo sugirió, dijo que así le gustaría más a las chicas, aunque a mí solo me importa gustarle a una.

—¿Ah, sí?

—Sí, ¿tú cómo estás?

Derretida cuando le veo los hoyuelos que se le forman en las mejillas al sonreír.

—Bien. Cuánto tiempo sin verte.

—Es cierto. Aunque te he seguido en Instagram.

Siempre le da “me gusta” a mis fotos y en ocasiones las comenta.

—También te veo por ahí.

—¿De qué se supone que has venido? —Me toca la peluca.

—De Mónica Geller.

Su rostro es un signo de interrogación.

—La morena de Friends...

—¡Ah, claro! Es difícil detectar el personaje.

—Sí... —miro su sonrisa, que siempre me ha desarmado, sin embargo solo consigo pensar en que Luciano lo ha sabido sin preguntarlo—. ¿Qué dices si bailamos?

Eduardo me toma la mano y me conduce a la mitad del gimnasio, donde se desarrolla el baile, veo que Becca está con Paolo entre las parejas. Me da un guiño y me sonrío cuando detecta con quién estoy. También le sonrío. Aunque estoy enfadada con ella no puedo hacerle un desaire, menos en un momento como éste.

—Te he extrañado —me dice cuando me coloca frente a él, me sujeta de la cintura y me toma la mano, que es casi dos veces más grande que la mía.

Yo también te he extrañado. Pienso, pero no se lo digo.

—Algunas veces he pensado en llamarte.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque pienso que no contestarás.

—¿Te he dado la impresión de que no voy a contestarte?

—Que terminaras conmigo porque ya no nos veíamos me la ha dado. Tengo esa impresión grabada en algunas partes de mi cuerpo —con la misma mano que tiene tomada la mía señala su frente y su corazón.

—Fue lo mejor. Casi no nos veíamos y no quería que te sintieras comprometido.

—Yo estaba muy comprometido contigo.

—Lo sé... Lo siento.

Bajo la mirada, no quiero que él detecte ningún tipo de afectación en mí, pero un segundo después me levanta el mentón y retoma un viejo hábito suyo: me acaricia la mejilla con el pulgar. Cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos. Lo próximo que siento, y no sé qué parte es verdad y cuál un sueño, son sus labios presionando los míos.

Lu-lú

Me presento en la heladería la tarde del sábado esperando que Luciano me hubiera delatado con su padre sobre las verdaderas razones del cambio de turno y mi ausencia de ayer, las palabras “política de exclusividad” se presentan delante de mis ojos y temo que el señor Seri o Sergio, el encargado, me reclamen algo o me echen de mi único trabajo, pero mi jornada transcurre normal acompañada de Francesca y Fernando, dos de los empleados de los Seri además de mí. Ha sido un alivio adicional que el señor Seri estuviese sólo por algunos minutos en la tienda y que su esposa, Gabriella, no se presentara. Aunque en sí no reparan en mí y para ellos probablemente no existo, cuando ambos están en la heladería me pongo muy nerviosa, tengo la impresión de que están estudiándome, observando el mínimo error para emplearlo en mi contra y despedirme.

La tarde-noche transcurre sin novedades, ha habido mucha clientela, como suele haberla los sábados, y Luciano no se ha presentado por aquí, no que esperara que apareciese para pedir disculpas por su excelente actuación conmigo anoche, faltaba más, sino porque no tiene el horario del sábado, algo que he temido al venir esta tarde, pues, verán, en las tardes que no tiene prácticas de fútbol, Luciano trabaja en la heladería de su padre sirviendo helados como yo.

Mi turno se ha terminado después de seis horas, los adultos: Sergio, Francesca y Fernando se quedan, por lo menos, dos horas más; por tratarse del fin de semana de Halloween la heladería ha estado más concurrida de lo normal. A mí no me permiten quedarme más tiempo del mencionado porque todavía soy menor de edad, pero cuando tenga dieciocho..., bueno, cuando tenga dieciocho espero estar con mi hermana, de regreso en Lara. Cuelgo mi delantal y el ridículo sombrero de brujita que nos han hecho vestir a nosotras para combinarnos con la decoración gótica de la heladería, y me despido.

Salgo a la terraza para esperar a Andre, que no demora en pasar por mí. Siempre está aquí puntual, tía Gisselle, a la que no he perdonado todavía por sus estrategias de anoche, le obliga aunque vivimos a muy pocas calles de aquí y fácilmente podría regresar caminando. Me acerco a uno de los balcones y miro hacia el boulevard, éste es un lugar muy bonito, uno de mis favoritos de esta pequeña ciudad Verano, cerca de la bahía, en el que más

temprano se pueden observar las gaviotas sobrevolando el mar durante la puesta de sol y a familias enteras disfrutando del paisaje, de un helado o un *smoothie*, parejas compartiendo un algodón de azúcar y niños en bicileta o patineta.

Cuando Mel y yo éramos pequeñas solíamos venir con nuestros padres de paseo a ciudad Verano, específicamente a la bahía para pasar el día con Andre y tía Gisselle. Mel siempre iba en su bicicleta, Andre usaba la patineta y yo mis patines. Recuerdo cómo Papá tomaba la mano de mamá mientras nos cuidaban, sonrientes y muy enamorados. Es inevitable que, a pesar de la sonrisa, una lágrima rueda por mi mejilla; siempre que creo que lo he superado alguna remembranza me remueve los sentimientos.

Le escribo un breve mensaje a Mel sobre mis evocaciones, no puedo evitarlo, ella es la única que comprende lo que siento; por respuesta recibo una llamada.

—Mi chiquita, ¿estás bien?

Melissa refleja impaciencia en su voz.

—Sí, lo estoy —sollozo—. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo todo, Lulú.

Siento que la voz de mi hermana se quiebra del otro lado y empiezo a lamentar haberla puesto triste, a ella que suele, a pesar de la adversidad, estar siempre alegre y mirar el lado positivo de las cosas.

—¿Todavía estás en la heladería?

—Sí —tomo asiento en una de las mesas desocupadas de la terraza—, tú, ¿dónde estás?

—Estoy en casa.

—Quisiera estar ahí contigo.

—No falta nada para que nos reunamos, hermanita. Dime, ¿cómo terminó tu fiesta de ayer? ¿Te divertiste?

—Me divertí y vendí toda mi dulcería —*con un poco de ayuda, claro*. El recuerdo de lo que, estoy segura, Luciano hizo por mí me conmueve y a la vez me pone furiosa.

—Ah, lo ves...

—Pero no te he contado algo...

Suelo informarle todos los detalles de mi vida a mi hermana, ella es mi guía, mi consejera, mi modelo a seguir, y normalmente suelo resolver mis pequeños dilemas tal y como ella me aconseja.

—Bueno, qué esperas, estoy desocupadísima.

Respiro profundo y empiezo a hablarle, a contarle el detalle más importante de la noche anterior, la parte más memorable: cuando Eduardo, aquel perfecto novio que una vez tuve, me habló, bailó conmigo y me besó.

—¿Te besó?!

—Como cuando éramos novios...

Bueno, no exactamente como cuando éramos novios, en aquel momento los dos teníamos quince y éramos bastante inexpertos y tímidos, lo de anoche no se sintió así.

—¿Y eso que significa? ¿Han regresado?

—No lo creo.

—¿Por qué te besó, entonces?

—No lo sé... Dijo que me extrañaba.

—A mí me extraña mucha gente y no por eso me besan en la boca, Lucía Daniela.

Siento que me sonrojo con el recordatorio del beso, de los labios de Eduardo sobre los míos y esos hoyuelos que se le forman en las mejillas al sonreír, que me derriten.

—¿Y tú, qué? ¿Cómo te sientes?

Tampoco lo sé...

—Normal, creo.

—¿Normal?

—Bueno, eso creo, aunque cuando evoco mi mano entre la suya, su cuerpo tan cerca del mío, pienso que... —me doy cuenta de que el rostro que se presenta en mi mente no es el de Eduardo.

—Mejor resérvate la versión triple equis, muchachita —detecto el tono risueño en su voz.

—Mel, por favor...

Ella sigue riendo burlescamente desde el otro lado de la línea.

—Está bien, está bien —intenta suprimir la risa sin conseguirlo—, ¿qué pasó cuando sus cuerpos pegosos por la ardiente pasión que sienten el uno por el otro se tocaron?

—Eres asquerosa, Melissa. No pienso seguir hablando de esto contigo.

Ella continúa riendo del otro lado, provocando un poco de risa en mí también.

—Has convertido un tierno momento en algo vulgar —le digo poniendo todo mi empeño en que no se note la confusión de mis sentimientos.

—Disculpa..., disculpa... —dice entre un espasmo y otro—, ¿qué tienen

de vulgares sus cuerpos acalorados por la llama de la pasión?

—Eres peor que Rebecca.

—¡Becks...! ¿Qué es de Becks?

Becca siempre ha sido una gran consentida de mi hermana, con solo mencionarla logro que cambiemos de tema, lo que prefiero porque hay preguntas que ha hecho cuya respuesta no tengo todavía, además del caos que siento en el corazón.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Están enfadadas?

—Algo así.

Hoy ha intentado comunicarse conmigo cerca de veinte veces, pero no le he devuelto las llamadas ni respondido los mensajes.

—¿Cómo así? ¿Por qué están enojadas las inseparables?

—Porque Rebecca no conoce de límites y siempre está metiéndose donde nadie le ha dado acceso —suelto enfadada—. Por eso.

—Vamos, Lulú, ¿qué pudo hacer la pobre para ponerte tan molesta?

—¿*La pobre*...?

—Bueno, bueno, ¿qué fue lo que hizo? —Sí, a Melissa todo esto le parece muy gracioso.

—Ya sabes, una estupidez de ésas que sólo a ella se le ocurren.

—¿Cómo cuál?, a ver...

Aunque acostumbro a contarle todo a mi hermana, prefiero evitar lo que pasó ayer con Luciano, es algo que me hace sentir incómoda y vulnerable. Quisiera olvidar que sucedió; no obstante, *por supuesto*, él no me lo va a poner fácil. Un Jeep wrangler café acaba de aparcar en la calle, frente a la heladería.

—Espera un momento... —le digo entornando los ojos para tratar de enfocarme en ese punto que creo estar mirando: Andre ha venido con él.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Te hablo luego, Mel. Andre ha venido por mí.

No la dejo replicar, cierro la comunicación y me aproximo al Jeep.

—¿Qué haces aquí con éste? —Mi problema no es con Andre, Andre no tiene responsabilidad de lo que anoche su madre y mi amiga planearon con éste, el chofer del vehículo, en mi contra, pero es con Andre con quien me desquito, esperando que indirectamente su compañero comprenda lo muy enfadada que todavía estoy con él, que entienda lo muy poco que estoy en favor de verlo aunque ésta sea su heladería y yo, por línea familiar, su

empleada.

—¡Heeeey...! —Responde mi primo, tropezando al bajar del auto. Le atajo para que no caiga de bruces contra el suelo—. Paaazzz —argumenta con la lengua enredada, los brazos arriba y una lata de cerveza en una de las manos. Dieciocho es la edad legal para ingerir alcohol en ciudad Verano y mi primo los tiene, pero eso no significa que tenga que emborracharse—. Hemos venido a buscarte... En la casa de Paty está toooooodo el mundo.

No es necesario que le pregunte por qué no ha venido conduciendo el coche de mi tía porque la respuesta salta a la vista.

—Has estado bebiendo —le reclamo.

—Solo un poco —señala una pequeña cantidad con los dedos e ilustra la proporción sorbiendo lo que queda de la lata, antes de arrojarla en un cesto de basura cercano.

—Eres tan idiota como tu amigo, Andre.

Le miro a hurtadillas, se está riendo el muy cínico.

—Vamos, primita —pasa un brazo alrededor de mis hombros—, que tenemos conductor designado —señala hacia atrás, donde Luciano, que también ha apeado del Jeep, está inclinado con los antebrazos apoyados en el capó, atendiendo el desarrollo de la conversación entre mi primo y yo.

Le miro con fuego en los ojos cuando se atreve a sonreírme y saludarme con la mano. No ha debido ni siquiera levantar la mirada después de lo ridícula que me ha hecho sentir ayer en la fiesta, haciéndome creer que su interés de acercarse a mi stand había sido genuino.

—Pues no me interesa irme con ninguno —replico orgullosa, sintiendo que odio a Andre por haber venido con Luciano—. Prefiero regresar caminando, gracias —doy un paso para retirarme, pero me vuelvo y le miro—. Por favor, no le dejes beber más.

Guardo el teléfono en el bolsillo de atrás de mis shorts y empiezo a andar.

—¡Lulú, por favor...! —Exclama Andre.

—¡No me interesa tu fiesta, Andre! —Vocifero mientras voy andando y alejándome de la heladería por la vereda.

Respiro profundo, no sé por qué permito que esta situación me afecte pero es inevitable, lo único que he querido para terminar la noche ha sido regresar a la tranquilidad del hogar, cambiarme de ropa, comer unas galletas y echarme en el sofá para ver algo en la tele con Andre y tía, pero mi primo ha tenido que aparecer medio borracho con su conductor designado.

—¡Lucía...! —Le escucho decir detrás de mí, precisamente a este último, pero no me detengo, por el contrario, aprieto el paso—. Lucía... —me toma del brazo para ponerme frente a él.

—¡Ay! —Me quejo; sin embargo él no cede en la fuerza con la que me tiene agarrada—. ¿Qué? —Me mira furioso. Bien, que se una al club.

—Necesito que me escuches.

—No quiero hablar contigo —remuevo el brazo pero él no cede en su agarre—, ¿es que no entiendes?

—No, no lo entiendo, pero, de todas formas... —siento que con esos ojos mirándome fijamente se está metiendo dentro de mis pensamientos.

Fuera. Fuera. Sal de aquí.

—Quisiera ofrecerte una disculpa...

—No me interesa tu disculpa —remuevo el brazo nuevamente sin conseguir que me libere. Es muy pesado cuando se lo propone. Es muy pesado siempre.

—Anoche aprendí mi lección —dice sin importarle mi deseo de no escucharlo—: nunca confiar en Rebecca, no importa cuán nobles sean sus intenciones, siempre abrirá su bocota.

—¿Ésa es la lección que has aprendido...?

¡No puedo creerlo!

—¿Por qué será que no me sorprende?

Por cinco segundos tenemos un duelo de miradas.

—Al menos ella dice la verdad —remato.

Su mirada es penetrante pero se la sostengo, no voy a dejarme intimidar porque eso es lo que quiere, que sea yo la que deje de mirar primero.

—Buenas noches —me libero de su agarre cuando siento que ha cedido en la fuerza con la que me ha tenido inmovilizada y baja la mirada.

¡He ganado! En mi mente levanto los brazos jubilosa; él nunca me deja ganar.

Retrocedo y continúo mi camino.

—¡No puedes irte así! —Vocifera.

Me vuelvo un poco aunque sigo caminando.

—¡Pues así es como me voy! —No pienso ceder.

—Lucía sé sensata —le escucho a unos pasos detrás de mí—. Castígame todo lo que quieras, pero no le hagas esto a tu primo. Él no tiene responsabilidad alguna del malentendido entre tú y yo.

Esta aseveración hace que me detenga.

—¿Crees que no lo sé? —Le enfrento, está más cerca de lo que he esperado—. ¿Por qué tenías que ser precisamente tú quien viniera con él? — Le reclamo avanzando algunos pasos. Necesito que comprenda que no he querido verlo, que su presencia me molesta y que saca lo peor de mí—. Y, en todo caso, ¿por qué no me informaron que vendrían juntos? Nos habríamos ahorrando esta conversación y el disgusto.

—Porque no has contestado mis llamadas.

Es cierto, en la tarde trató de comunicarse tres veces, pero no le he contestado.

—Pudiste escribirme por Whatsapp.

—Si lo hubiera hecho, ¿habrías leído el mensaje? —Avanza un paso.

—...No, pero tú habrías cumplido con tu obligación y eventualmente a mí se me habría pasado el enfado y lo habría leído.

—¿Hoy?

—Dentro de una semana, tal vez —desvió la mirada.

—Dentro de una semana, cuando los perversos de la zona —levanta el brazo para ilustrarla geográficamente—, que hay algunos, por cierto, y suelen presentarse a estas horas —de soslayo miro en derredor, no quiero demostrarle miedo, pero no puedo evitar que se me erice la piel y se me hiele la sangre—, te hubieran hecho ofertas indecentes y te encontraríamos muerta a orillas de un acantilado.

—Estás viendo demasiadas películas, Luciano —replico con una mueca de sabermelas todas; pero justo en este momento un borracho de *esos que suelen pasear por la bahía*, que no va a permitirme que le gane nada a Luciano, balbucea unas palabras que me ponen nerviosa y hacen que en dos pasos esté delante de él, que me recibe entre sus brazos como si necesitara protegerme.

Cuando el hombre se larga y el temor me deja libre soy capaz de percibir algunas cosas que presa de la angustia no he detectado antes. Lo primero es que también estoy abrazando a Luciano, acto que no creo haber perseguido cuando me he colocado delante de él; lo demás es un compendio de detalles y sensaciones tales como: que así, abrazados como estamos, mi cabeza queda justo debajo de la suya y cabe perfecta en el hueco junto a su cuello, que la tela de su camisa es suave como una mota de algodón y el perfume cítrico que lleva puesto hace que quiera quedarme aquí pegada respirando su olor. Me separo bruscamente cuando soy consciente de que estoy tomando nota de cada uno de estos detalles y le golpeo en el pecho

como represalia por todo lo que me ha hecho en las últimas veinticuatro horas.

—Acepto que me dejes en casa de tía Gisselle.

—Acepto ir contigo adondequieras —lo dice con tal intención que en el estómago se me presentan unas inesperadas burbujas.

Andamos en silencio de regreso al auto, donde Andre está esperando, inclinado sobre éste, con los ojos cerrados y moviendo los labios. Está rezando, siempre reza cuando algo no sale como él ha esperado. Carraspeo un poco para que detenga ese Padre Nuestro en proceso.

—¡La convenciste!

—En realidad fue aquel hombre —Luciano señala al borrachín que está a unos treinta metros de nosotros—. Tu prima es demasiado terca —me mira de reojo.

—Pero vale lo que el oro —Andre me abraza y me besa en la sien.

—¡Puaj, Andre! —Aunque huele horrible creo que se le ha pasado la borrachera—. A tía Gisselle no va a gustarle encontrarte así.

—Miss G. no debe enterarse de que he bebido —dice con voz impertinente—. Ahora, vamos.

Andre me cede el puesto del copiloto y él sube en el asiento de atrás del Jeep. Durante el camino dice todo tipo de disparates, cuenta eventos que han sucedido esta tarde en la casa de Paty, donde está reunido todo el último año según entiendo, una de esas fiestas que se organizan en treinta minutos. Estoy escuchando todo lo que dice y río cuando corresponde, pero es más el tiempo que paso interesada en la forma de conducir de Luciano, que va concentrado en el camino a una velocidad precisa, y que cada cierto tiempo, segundos, aparta la mirada de la carretera para dirigirla hacia mi lado, que en lo que dice mi primo. La sensación de su calor cuando me ha abrazado para protegerme del rufián del boulevard la tengo todavía sobre la piel.

—Aquí estamos —dice cuando se estaciona delante del edificio en el que vivo.

—¿Qué? ¿Por qué estamos aquí? —Pregunta Andre.

—Porque tu prima aquí se queda —me mira de soslayo otra vez, recordándome el acuerdo entre él y yo.

—¿Qué...? ¡No, Lulú, no puedes quedarte! ¡No puedes hacerme esto!

—¿Por qué no?

Andre avanza desde la parte de atrás del coche hacia el espacio medio entre Luciano y yo.

—Porque si subes sin mí, Miss G. sabrá que no he ido por ti.

—Pero *has* ido por mí.

—No como he debido... Tú me entiendes.

Entenderlo, claro, que ha debido recogerme en el coche de tía Gisselle, subir conmigo al apartamento para quedarse y no volver a la fiesta para seguir bebiendo. Tía Gisselle prefiere que cuando alguno de los dos asista a una fiesta, en especial cuando mi primo se presente en una, la otra persona, es *decir yo*, también esté presente. Suelo ser la conductora designada.

—Además, me rogó que te llevara conmigo a la fiesta y me dijo que no aceptara negativas de tu parte.

—Te prometo que no sabrá que he vuelto a casa.

—Ella lo sabe todo, Lulú, ya la conoces.

—Andre, yo...

—Lulú, por favor —me ruega con las manos unidas—, no te niegues.

Miro a Luciano que está enfocado en mí.

—Hazlo por él —me dice—. Se lo debes, te busca todas las noches en la heladería.

Le miro, él sigue expectante, con la misma forma en las manos. Creo que va a rezar otras cinco plegarias para que no suba al apartamento. Luciano tiene razón, si hay alguien que merece mi apoyo incondicional es Andre. Esta vez seré yo quien le rescate, aunque sea para evitar que siga abusando de la bebida.

—Está bien... —cedo.

—¿De veras?

Asiento con la cabeza.

—Gracias —sé que viene a besarme en la frente pero le detengo.

—Con una condición —levanto la mano y se queda a mitad de camino.

—La que sea.

—Que no beberás más por hoy.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Es mi condición —miro a Luciano que está atento a mis palabras—.

No quiero volver contigo borracho y que mi tía piense que no te he cuidado.

—Pero...

—Tienes que prometerlo.

—Cinco más.

—Bien, aquí me bajo —pongo la mano en la manivela de la puerta para apearse del coche.

—Espera, espera... —me detiene—: Tres.

—Gracias por traerme, Luciano —me mantengo firme en que debe dejar de tomar por esta noche. No son las once y ya está en un estado de felicidad tangible, a las dos de la mañana no sé qué será de él.

—¿Dos?

—Una —cedo.

Pasa una mano por detrás de mis hombros y me acerca a él para abrazarme y darme ese beso en la frente que le he negado hace un momento.

—Ya sabes cómo preferiría que me demostraras tu gratitud.

—Sí, sí, solo una cerveza más —suspira.

—Perfecto... —Luciano se reestablece en su asiento para poner en marcha el Jeep, pero yo agrego otro aspecto para este acuerdo que no ha sido mencionado antes—: Solo algo más... —los dos chicos me miran confundidos—. No estoy presentable para ir a una fiesta.

Tengo puesto el uniforme de la heladería, que el fin de semana cambia el monótono polo azul marino por una blusa blanca de pepas en colores pasteles, mientras ellos están con sus mejores ropas de un sábado por la noche. No iré vestida de uniforme.

—Nadie se dará cuenta.

—Andre, necesito cambiarme —puntualizo.

—Si subes no bajarás, te conozco.

—Tal vez Kira pueda prestarte algo —sugiere Luciano.

—¿Kira?

—¡Sí, Kira! —exclama Andre.

Luciano encoge un hombro y frunce la boca.

—Sí, claro... —le digo.

—¿Por qué no?

—A tu hermana no le gustan las fiestas.

—¿Y eso qué?

—No creo que tenga algo que prestarme.

—Es una chica. Todas las chicas tienen algo de fiesta que ponerse.

—No estoy segura...

—Vamos, Lulú —interviene Andre—. Tienes que decir que sí..., además, quisiera ver a Kira esta noche.

Kira es el amor platónico de Andre, en la escuela siempre está molestándola pero ella no le hace ni un poco de caso.

—A Kira no le gustará verte así.

—A ella no le gusta verlo. Punto.

—Es pura tensión sexual la que siente por mí, bro —dice.

—Andre..., aunque es una arpía, estás hablando de mi hermanita.

Río un poco, los celos de Luciano por su hermana son adorables.

Kira y Luciano no son gemelos, pero tan pronto la dirección de la escuela ha detectado el nivel intelectual de la chica la promovió de grado haciéndola cursar asignaturas paralelas a su hermano. Es muy simpático cuando los tres estamos en la misma clase, ser observadora del antagonismo de ambos no tiene comparación, es de las cosas más divertidas que me ha tocado presenciar en mi paso por la Eyre. Kira es menor que nosotros por un año, y unos meses más en el caso de Luciano, pero es tan inteligente y madura como cualquiera de nosotros.

—¿Qué dices, Lu-lú? —Despacito desliza entre sus labios el nombre por el que se refieren a mí mis familiares y conocidos más cercanos. No sé qué me da escucharlo venir de él, se siente poco natural, forzado y demasiado raro, pero me gusta que se haya arriesgado a tener esta familiaridad conmigo.

—Escuchen, no tardaré demasiado, no necesito ponerme un vestido, con unos jeans y camiseta limpia bastará. Solo subiré y me cambiaré. No demoraré más de diez minutos.

Los dos se miran y luego a mí.

—Entonces —dice Luciano—, si todo se resume a jeans y camisetas limpias, creo que con Kira tenemos de sobra con que ayudarte.

—Kira y yo no tenemos las mismas proporciones —mide al menos diez centímetros más que yo y es plana en lugares en los que yo no lo soy.

Creo que Luciano va a repasarme por encima de la ropa con la mirada, pero se arrepiente y la devuelve a mis ojos.

—Creo que sí puede funcionar.

—Claro que no.

—Mira ya estamos en el auto, pero si pones tantas objeciones —dice con voz molesta— es porque no quieres ir a la fiesta, así que Andre, amigo —le mira a través del espejo retrovisor—, lo mejor será que dejes tu coche donde Paty, yo mañana vengo a recogerte para ir a buscarlo, y que te bajes aquí con tu prima, que no está dispuesta a ceder cuando se trata de hacer algo por ti. No quiere ir a la fiesta porque no le gusta divertirse.

—Bro..., que dijo que sí irá.

—Dije que sí iré... —levanto la voz—. Y sí me gusta divertirme —puntualizo. Él encoje un hombro como si no le importara. No le importa, de

hecho.

—No te bajes aquí, Lulú. Por favor acepta la ayuda de Kira.

Suspiro profundamente.

—Está bien —cedo mirándolo. Deseo imponerme y hacerle la guerra a Luciano, que se compone en su asiento de mala gana, pone el coche en marcha y fija la mirada en el camino. Quiere aparentar estar molesto, pero veo que está escondiendo una sonrisa.

—Solo espero que sepan que esto es ridículo —me compongo en el mío, cruzándome de brazos.

Definitivamente odio a Luciano Seri.

Menudo espectáculo el que has montado anoche, Santa Lucía

Llegamos a la casa de los Seri, algunas luces todavía están encendidas pero, en general, todo parece excesivamente quieto. He venido antes, en dos oportunidades, para hacer algún trabajo de la clase con Kira, y siempre ha sido igual, incluso parece inhabitada.

—Creo que Kira está durmiendo —susurro antes de apearse cuando Luciano ingresa el Jeep en la cochera.

—Kira duerme hasta muy tarde.

—Mi chica nocturna —dice Andre entre sueños—. ¡Bro...! —Se acomoda entre los dos asientos, ha ido medio dormido en el trayecto a la casa de Luciano—. No puedo ver a tu hermana así, me pone muy nervioso y he bebido algo. No quiero cagarla con ella. Además de que no quiero causarle una mala impresión a mis suegros.

—Bro, no te ofendas pero no creo que el nivel de impresión que Kira tiene de ti descienda porque has bebido un poco —le dice Luciano.

Kira es una chica que no tiene ojos para algo distinto al deporte. Los chicos no ejercen ninguna influencia sobre ella. Tampoco las chicas, que se sepa.

—Bro, el otro día sonrió a una de mis bromas. Lulú—alarga una mano para tomar la mía—, si pudieras hablarle bien de mí y conseguir que venga a la fiesta, sería tu esclavo por unos días, haré tu tarea y lavaré los trastes toda la semana.

—Pensé que te ponía nervioso, que no estabas presentable y que no querías... meter la pata con ella.

—Mierda, es cierto... —se estruja los ojos.

—Además creo que has pedido suficientes favores por una noche, ¿no crees?

—Mejor me quedaré en el auto y tú no digas nada —le sonrío a mi primo, en este momento parece y actúa como un chico de diez años. Tomo su mano para tranquilizarlo—. Haré lo que pueda —él asiente y sonrío reclinándose en el espaldar del asiento—. ¿Vamos? —Le pregunto a su amigo, quiero que esta noche termine de una buena vez.

—Eh..., sí. Andre, si te pido que estés..., ¿qué tanto puedes tardar, Lucía?

—Diez minutos.

—Diez minutos sin planear alguna tontería, ¿serías capaz?

No en vano se postuló como la mascota de la secundaria, Andre puede ser el más tierno como el más ocurrente de los chicos.

—Diez minutos, Bro, dalo por hecho —hacen un saludo de puños.

Apeamos del Jeep al mismo tiempo, rodeando el auto hasta encontrarnos en un punto de la cochera. Le sigo. Él abre con su llave y me invita a pasar a una cuidada y perfecta cocina que es del tamaño del apartamento de tía Gisselle.

—Ven por aquí —me dice en voz neutra, en un tono que sólo él y yo podemos escuchar, y señala una puertecilla. Me acerco y veo que hay una escalera estrecha que conduce al piso superior.

—Por este lado caemos cerca del cuarto de Kira —me explica como si necesitara justificar que subamos por este pasadizo, o tal vez he puesto cara de horror, como si fuera a descuartizarme allí arriba en una habitación secreta.

—Seguro.

Al pasar junto a él, mientras sostiene la puerta, noto que ligeramente apoya una mano en mi espalda, casi en la cintura, durante los breves segundos que transcurren cuando paso por su lado. Su contacto ha significado un ligero corrientazo que trato de ignorar, se ha sentido cordial, como una pequeña demostración de un afecto que muy recónditamente podría guardar por mí; no obstante, mientras espero que cierre nuevamente la puertecilla no puedo evitar el pensamiento: *¿cuántas chicas habrá traído aquí con la excusa de prestarle ropa de su hermana, con intenciones distintas, por supuesto, de las que me ha traído a mí?*

—Sube —me invita mientras está todavía cerrando la puerta.

—Mejor te espero —le digo en tono de voz baja. Aunque he venido antes no me conozco la casa y no me gustaría que él pensase que soy demasiado confianzuda como para andar por esta escalerilla a mis anchas ni me gustaría que el señor Seri encontrara traspasando su propiedad a una de sus empleadas sin su autorización.

Luciano me alcanza y tiene la atención de colocar nuevamente su mano en mi espalda para hacerme avanzar. No se me pasa por alto la electricidad que circula desde sus dedos a mi piel, formando un cosquilleo que me recorre

el cuerpo y que me hace sentir confundida. El tipo de confusión contra la que he estado luchado por más de un año.

Arriba hay otra puertecilla como la anterior, que cuando Luciano abre da paso a una sala espaciosa que está casi en penumbra y silenciosa como el resto de la casa. No me atrevo a hablar porque temo despertar a las hormigas.

—Por aquí —me dice, su mano siempre allí, en mi baja espalda. Extraigo mi teléfono del bolsillo de mis shorts, gesto que hace que retire su mano de mi cintura, supongo que lo ha interpretado como que me incomoda su contacto, cosa que no es cierta, pero evito pensar en eso momentáneamente para escribir mi mensaje. Él extrae su teléfono, también se lo guarda detrás en el pantalón, y lee:

¿Estás seguro de que no están todos durmiendo?

Cuando ríe en voz alta mi acto reflejo es sellar su boca con mi mamo para impedir que despierte a todos.

—Shhh... Shhh...

Me mira burlón y se dobla de risa.

—¿Por qué escribiste un mensaje si vengo junto a ti?

Me llevo las manos a las caderas y le miro furiosa.

—Solo Kira, tú y yo estamos en la casa, además de Doris —la señora de limpieza. Es muy amable y risueña, la conocí la primera vez que vine a esta casa—, que es la única que a estas horas —son las once— debe estar durmiendo y que, para tu tranquilidad, tiene el sueño pesado. No es sensible a esa vocecita tuya.

—Sigues siendo un idiota, Luciano —me doy la vuelta, mi cabello recogido en un moño alto se bate de un lado a otro, y me dirijo hacia la puerta que he reconocido como la habitación de Kira; la primera vez que estuve en esta casa subimos a su cuarto para hacer la tarea. Me detengo delante, espero que sea él quien llame.

—¡Key...! —Todavía me mira y se ríe.

—Y pensar que yo estaba preocupada por despertar a alguien —observo después de escuchar el escándalo con que ha tocado la puerta.

—¡Hey, Key! —Me mira de soslayo con expresión risueña—, ¡si no abres pronto voy a pasar así que detén tus manos y guarda la pornografía!

La quijada se me cae cuando interpreto lo que acaba de decirle a su hermana.

—¿Qué sucede, idiota?

La chica alta que es Kira, casi de la estatura de su hermano, abre la puerta de un sopetón. No hay pistas de que hubiera estado durmiendo, tiene los rulos pegados a la cara y viste shorts, un diminuto top y *sneakers*, del fondo de la habitación se escucha una voz dando instrucciones de estiramiento, y se distingue el reflejo de la televisión encendida. Ha estado haciendo ejercicio. Ejercicio a las once de la noche, esto deja claro por qué duerme hasta tarde.

—Necesita tu ayuda —dice señalándome.

—¡Lucía...! —Se abalanza sobre mí al detectarme. Le devuelvo el abrazo y sonrío, creo que siempre me ha considerado algo así como una hermana mayor o algún otro vínculo parecido.

—¿Cómo es que haces ejercicio a estas horas?

—Es yoga... me relaja. Pero, ¿qué haces aquí? —Pasa un brazo sobre mis hombros y me invita a su habitación.

—Pues... —miro hacia atrás, a Luciano, esperando que sea él quien le explique, él me metió en este lío, pues él mismo me saca; además, no me creo capaz de pedirle a Kira que me preste ropa cuando tengo que ponerme en casa. Todo esto es ridículo.

—Eh..., Kira —empieza, ha interpretado perfectamente mi solicitud de auxilio, pero está rascándose la nuca y parece nervioso.

Kira suspende el abrazo y frunce el entrecejo antes de mirarme a mí y luego a él.

—¿*Estás saliendo con mi hermano?*!

—*Ehhh...* —me mira de soslayo.

—¡*No!* —Me defiendo, aunque el recordatorio de las palabras que me dijo anoche, cuando bailamos, sobre que no habría nada de raro en que yo le gustase me producen un ligero cosquilleo en mi estómago. Idiota.

—A ver expliquen porque no entiendo nada.

Le explico y *aclaro* lo que está pasando.

—No sé por qué no me extraña que esos dos te hayan envuelto en este enredo, Lucía —opina después de mi narración—. Veamos qué encontramos aquí para ti.

—Eh..., no es que no quiera mirar, pero yo mejor... —dice Luciano, señalando la salida.

—¡Largo! —Suelta su hermana, levantando el brazo y apuntando la puerta de su cuarto. Luciano se guarda las manos en los bolsillos del pantalón y sale cabizbajo.

—Te creía más lista, Lucía —dice mientras se acerca a un armario impresionante que ocupa toda una pared del cuarto; la mitad de los metros cuadrados de esa pared hacen mi cuarto en el apartamento de tía Gisselle. Abre una de las hojas y comienza a rebuscar entre la ropa que está colgada.

—Se lo debo a Andre.

—Tu primo, claro. Ese chico es un desastre, Lucía, no deberías hacerle caso. ¿Cómo quieres vestirte? —Pregunta sacando una diminuta falda.

Me acerco.

—¿Esto es una falda? —Toco el pedacito de tela, incrédula de que Kira tenga algo así de minúsculo guardado en su armario. Ella es lo que se conoce como una *tomboy*, alguien a la que le gusta hacer cosas de chicos y no de chicas, sin dar con esto a entender que sea poco femenina, por el contrario, es muy bonita, pero es ruda y fuerte de carácter en comparación con la mayoría de nosotras. Mientras las demás chicas preferimos salir de compras o hablar de maquillaje y pintarnos las uñas unas con otras, ella prefiere estar en un gimnasio practicando boxeo.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, sí, es una falda, pero tú no sales, Kira, ¿cómo es que tienes algo tan de fiesta y pequeño entre tu ropa?

—Mi madre, que no pierde la esperanza de que haga vida, ya sabes, de chica, me compra estas cosas —extrae del armario un top minúsculo también.

—No podría ponerme esto —digo tocándolo.

—Te quedaría genial, pero espera que hay más.

Me saca una docena de faldas de todos los modelos, tamaños y colores; *crop tops*, blusas y vestidos.

—Me conformaba con un par de jeans y una camiseta.

—Pues ya estás aquí en mi tienda. Pruébate esto —me pasa una de las faldas y una blusa a juego, que me mido en el espacioso cuarto de baño que tiene dentro de su habitación, un cuarto de baño comparable con el de un hotel cinco estrellas, de esos que se miran en las revistas, películas y telenovelas.

Me miro al espejo; estoy clara de que no me siento bien con esta ropa, me gustaría algo más sencillo, como unos shorts, una camiseta y unas sandalias, pero, como ha dicho Kira hace un momento, yo misma me he dejado involucrar en este proyecto, así que tengo que adaptarme. Le pido que me pase otra pieza, y otra, y otra, hasta que me agoto.

—A Becca le encantaría que tu mamá fuese su mamá —mi amiga

mataría por una boutique en su armario como Kira. Salgo del cuarto de baño rendida, no ha sido fácil sentirme cómoda con lo que me ha puesto a la orden, pero con este último me siento bien.

—¡Ba ba boom! —Dice al reconocirme—. Luces impresionante —me pasa unos tacones de ocho centímetros para que termine de sentirme incómoda.

Son bellísimos, aterciopelados y de color violeta, pero estoy a favor de la comodidad y no es como que voy a una fiesta de quinceañera, con mis zapatos modelo bailarina que he traído puestos creo que conseguiré terminar mi atuendo.

—Agradezco todo lo que has hecho por mí, Kira —me miro en el espejo, esto es mejor de lo que tengo en casa, he optado por una falda corta de mezclilla, la menos corta de todas, de pliegues y pretina alta, y una blusa blanca delicada—, pero creo que estaré bien con mis zapatillas.

—Eso no lo permitiré.

—No sé caminar en tacos.

—Yo tampoco, pero si tuviera que vestirme así, me los pondría.

Al final me convence, en realidad los zapatos son hermosos y bastante cómodos para ser tan altos.

—¿Qué haremos con tu cabello?

—Nada, lo llevaré como siempre —generalmente lo tengo recogido en un moño alto.

—Ah-ah, nada de eso —me deshace el moño y me bate el pelo con las manos—. Así está mejor.

Kira camina nuevamente hacia el armario y extrae una caja grande de maquillaje.

—¿Qué tonos prefieres, cherry, carmesí, nude?

—Nude —me pasa el lápiz de labios y me lo aplico, luego pone delante de mí una gama de colores para los ojos, rubor y máscara para pestañas.

—Bastante sencilla pero preciosa —dice sonriendo cuando estoy lista.

—Y son las... —consulto la hora en mi reloj—, ¡¿doce menos quince?!

Kira, le dije a los chicos que estaría lista en diez minutos.

—Bueno, fueron ellos los que insistieron en traerte aquí antes de la fiesta, ¿no?

—Sí pero no soy una de esas divas que se toman una hora para alistarse.

—El tiempo que te has tomado ha sido el merecido.

—¿Sería demasiado pedirte que vinieras conmigo? —No se lo pongo

por lo que me ha solicitado Andre sino porque me gustaría, sería agradable, que me acompañara. Siempre la paso bien en su compañía.

—De antemano conoces mi respuesta —le sonrío en aquiescencia.

—¿Me prestas algo para guardar mi ropa?

—Déjala aquí. Por la mañana se le doy a Doris para que la arregle.

—¿Cómo crees? Eso no voy a permitirlo.

—Pues lo creo. Déjalo con confianza.

—No es desconfianza pero no es justo. Dame una bolsa, por favor, o algo en lo que colocar esto y resguardarlo en el coche de tu hermano.

—Yo insisto —me quita la ropa de las manos y la deja sobre la banqueta en la que he estado sentada segundos antes.

Suspiro profundamente. Conozco a Kira, llevarle la contraria es como pegarse contra una pared de concreto.

—Ahora, bajemos —ella avanza unos pasos para salir de la habitación—. No quiero perderme la cara de idiota que va a poner mi hermano cuando te vea.

—Kira, tu hermano y yo no... —intento explicarle que no pasa nada entre Luciano y yo.

—Ya lo sé. Lastimosamente no eres su tipo de chica, a él le atraen las animadoras sin cerebro —no estoy de acuerdo con su opinión, Becca es animadora y tiene mucho cerebro—. Y si lo fueras, sentiría que se metiera contigo para luego, ya sabes... —jugar conmigo y dejarme con el corazón destrozado, lo sé—. Luciano es muy inestable. Prefiero que se fije en la cabeza hueca de Verónica —argumenta negando con la cabeza—. En este momento anda detrás de ella, ¿sabías? —Es de conocimiento general que a ella le gusta él, pero no que hubiera correspondencia de afecto. Asiento con la cabeza y sonrío para que no parezca que el comentario me ha sorprendido o provocado náuseas—. Sin embargo, y esta es la parte en la que me voy a divertir, si pone cara de idiota con cualquier falda que se pone delante de él, cuando te vea a ti se quedará pálido.

—Qué exagerada, Kira, yo no le gusto.

—No necesitas gustarle, ésa es la belleza de todo esto. Venga, bajemos, que esto va a estar muy divertido.

El golpeteo de los tacones de Kira contra el mármol empieza a incomodarme, trato de dar pasos lentos para limpiar el sonido pero sigue ahí. Estoy tan concentrada en odiar estos zapatos que no me doy cuenta de que Kira no viene delante de mí.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—Tu hermano y yo subimos por aquí —he tomado el desvío hacia la escalerilla por la que he subido con Luciano.

—Ésa es la salida de emergencia. Es que te digo que es un mega idiota. Ven.

Le sigo sin comprender nada. Bordeamos la espaciosa galería que precede a una escalera compensada, que combina tramos rectos y curvos, pasamanos de madera y gradas de mármol. Al llegar a la sala doblamos hacia la cocina, éste es el camino que Kira ha empleado conmigo las dos veces anteriores que he venido a esta casa. En la cocina están Luciano y Andre cenando algo. Andre retrocede tres pasos cuando ve a Kira delante de él. Luciano me mira un segundo sin detallar nada en particular antes de darle un mordisco al emparedado que está comiendo.

—Lista —compruebo que Kira no ha tenido razón allá arriba; a su hermano le ha importado poco mi apariencia.

—Eso veo —dice con la mirada fija en su emparedado, deglutiendo el primer mordisco y dando otro.

—¿Qué pasa, hermanito...? Pareces nervioso —éste la mira furioso y la deja sin respuesta; su hermana se ríe de su propia picardía.

—Kira... —dice Andre tras recuperarse de la impresión de verla en esos diminutos shorts, se acerca a ella, le toma la mano y la besa.

—Andre, por Dios —con antipatía Kira se desprende de su mano y se la limpia del pedacito de tela que le cubre el trasero. Mi primo la mira embobado—. ¿Y bien? —Le pregunta a su hermano.

—¿Y bien qué? —Deja la esquina del emparedado sobre el plato.

—¿No vas a decirle algo a Lucía?

—Sí —me mira a los ojos—: que iba a demorar diez minutos.

—Lo siento... no estuvo fácil encontrar algo con lo que me sintiera cómoda.

—Supongo que pasar frío es cómodo.

Me acaricio los brazos, sé cuán descubiertos los tengo, así como tres cuartos de mis piernas. Kira se cubre la boca con la mano. Puedo detectar la picardía en su risa.

—Pues a mí me parece que estás hecha una chulada, primita. ¿Fuiste tú quién la arregló, Kira?

—Ella fue capaz de arreglarse sola —puntualiza sin sonreír. Se nota que no le gusta nada la presencia de mi primo en su cocina—. Pero, si quieren

que les cuente alguna anécdota —mira a su hermano—, tuvo algunos contratiempos con faldas que se le ceñían tanto al trasero que luego no podía quitárselas.

—Kira deja de adornar esta historia con cosas que no sucedieron —observo que Luciano está furioso con su hermana—. Toda tu ropa es demasiado pequeña para mí, *como lo aseguré antes de venir* —le miro, él me ignora—. Si me hubieran permitido subir al apartamento, como se lo solicité a ambos, ya estaríamos en esa estúpida fiesta, y yo me sentiría más cómoda en mi propia ropa.

—Como sea —dice Luciano—. ¿Estás lista ahora?

—Y con muy pocas ganas de salir, gracias a tu actitud.

—¡No seas infantil!

—¡Mira quién habla!

—¡Hey! —su hermana llama nuestra atención, pero ninguno de los dos se atreve a mirar al otro—. ¿Es que no vas a invitarle un emparedado, grosero?

—Aquí lo tengo, metiche —sacude con la mano un sándwich dentro de una ziplog.

—No tengo hambre —replico, todavía no puedo mirarlo.

—Pues igual lo llevo, no sea que cambies de opinión en el camino. ¿Vamos? —pregunta obstinado.

—Como quieras —encojo un hombro y me acerco a Kira para darle las gracias antes de despedirme, la abrazo y le prometo que mañana tendrá su ropa de regreso, limpia y planchada.

—No te apures —me dice sonriendo—. Disfruta la fiesta. Y no le pongas atención al tarado de mi hermano, lo conozco, no sabe actuar alrededor de una chica que le gusta.

Un grupo de rebeldes mariposas se presenta en mi estómago cuando escucho la última afirmación de Kira, pero tengo que conseguir que no se note la sorpresa en mi expresión.

—Sí, claro... —hago mi mejor intento de sonar sarcástica y me separo de ella para salir de este espacio.

—No te hagas la lista, Kira —le escucho decir cuando todavía estoy cruzando la cocina para salir a la cochera y adelantarme al Jeep.

Pronto, en segundos, siento una caricia alrededor de mi abdomen; ha sido él, que me ha rozado al introducir la llave en la puerta del copiloto, donde he estado esperándole. Le miro con actitud altiva así como él a mí. No

decimos nada, solo nos miramos, incluso detecto que él oculta una sonrisa que me hace ponerle los ojos en blanco. Se cree muy listo. Abre la puerta para mí y me introduzco en el coche pensando que habría sido mejor exponerme a los locos de ciudad Verano y volver a casa andando antes de haber aceptado esta oferta engañosa de acompañar a estos dos a la fiesta de Paty.

—¿Qué pasaría ahí? —Él todavía está a mi lado, sosteniendo la puerta, cuando a través del vidrio parabrisas veo a Andre salir corriendo, prácticamente espantado, de la cocina de los Seri.

—Cualquier cosa —Luciano rodea el Jeep y espera que Andre suba.

—Bro —dice respirando con dificultad—, vamos o tu hermana vendrá a matarme.

—¿Qué hiciste, Andre? —Inclino medio cuerpo en el espacio entre el asiento de Luciano y el mío.

—Tú qué crees: la besé.

—¿La qué? —Luciano y yo nos miramos, hemos respondido al unísono.

—Bro, no pude evitarlo. Esas piernas, los pezones marcándose a través de la camiseta, me gusta demasiado.

Luciano pone cara de asco antes de encender el coche, bajar las ventanillas y poner la marcha en retroceso para salir de la cochera.

—Andre, no besas a una chica por la fuerza —le amonesto.

—Claro que no, Andre —dice Luciano totalmente concentrado en lo que hace—. Si no lo sabes, tu prima que te explique, ella sabe muy bien cómo permitir que cualquier chico la bese delante de toda la escuela.

—¿De qué estás...? —Entorno los ojos cuando empieza a reírse—. Idiota.

—Menudo espectáculo el que has montado anoche, Santa Lucía.

—No fue ningún espectáculo ni cualquier chico —le aclaro—. Eduardo fue mi novio.

—¿Novio? ¿Es que has tenido novio?

—Sí, al contrario de ti, que solo tienes ligues.

—Si puedo tener todos los ligues de la ciudad —me pellizca la cintura—, ¿para qué quiero una novia?

No le respondo, prefiero mirar por la ventanilla por dos cosas, la primera, que su contacto ha alertado a las revueltas mariposas, y segundo, porque quiero dejar de pensar que voy en este coche con él.

—Tiene los labios de un ángel...

La inocencia con que ha expresado sus sentimientos hace que me olvide un poco del corrientazo que Luciano ha estado produciendo en mí toda la noche.

—Bro, estoy enamorado de tu hermana. No vayamos a la fiesta. Volvamos a tu casa.

—¿Para que Kira te tire los trastes en al cabeza? —Intervengo.

—No me importa, Lulú. Es preciosa.

Mi primo no deja de decir alabanzas sobre Kira hasta que llegamos a la casa de Paty.

—¿Lulú? —Becca se sorprende, de verme aquí, una sorpresa de esas felices. Me abraza y en seguida la perdono, concluyo que si he medio perdonado al idiota de Luciano, con ella también debería hacer las paces—. Estás como para que te vea Eduardo y se le borre esa fea impresión de ese ridículo disfraz de Monica Geller que te pusiste ayer —me dice—. ¿Has sabido algo de él? ¿Te ha llamado?

Niego con la cabeza.

—¿No? Sigue siendo el mismo tonto que te dejó ir hace un año.

—Ya déjalo. No tiene por qué buscarme.

—Tampoco tuvo por qué besarte y lo hizo.

—Sí, pero...

—Pero nada, Lulú. ¿Y tú qué haces aquí? —Becca se fija en Luciano, que se ha mantenido en el grupo de las dos, escuchando todo lo que hemos conversado.

—Ya me voy.

Me incorporo a la fiesta, Paty y Catalina se contentan de verme, me quedo con ellas mientras Becca baila hasta que le duele el cuerpo; ha bailado con Francisco, Paolo y Luciano, que alternativamente ha bailado con Verónica, la animadora con la que, supongo, espera ligar esta noche (de acuerdo a las informaciones de su hermana). También vigilo que Andre no tome más, pero me ha cegado varias veces y no ha cumplido su promesa.

La casa de Paty es la mejor para este tipo de fiestas, generalmente sus padres no están, viajan mucho por negocios, como este fin de semana; es una casa muy bonita que tiene una impresionante vista a la bahía, sin embargo, es alrededor de la piscina donde solemos quedarnos. Después de dos horas me acerco al borde y me siento con la mitad de las piernas dentro del agua.

—Quería decirte —Luciano se sienta en opuesto a mí, flexionando una pierna sobre la que apoya un brazo— que de verdad siento lo que pasó ayer.

Sacarme a bailar bajo coacción, a eso se refiere.

—Ya está olvidado.

—Pero quiero explicarte, o que entiendas que no fue como si Becca me obligó literalmente a ir a hablar contigo o a invitarte a bailar.

—No es necesario que me expliques nada —él asiente y baja la mirada—. Solo espero que no vuelvas a hacerlo.

—¿No quieres que te hable o te invite a bailar?

—No quiero que te acerques a mí porque alguien más te lo pida.

Él asiente con la cabeza y permanece a mi lado sin decir nada durante algunos segundos.

—Creo que necesitarás ayuda con Andre —observa el sofá en el que mi primo está desparramado.

—El beso de Kira le ha dejado tanto o más embriagado que el conjunto de cervezas que ha tomado esta noche —me mira de soslayo y sonrío.

—Cuando quieras irte, dime y te escoltaré con mi coche.

—Becca prometió quedarse conmigo esta noche, así que no viajaré sola con una persona inconsciente. Además no me gustaría que te ausentaras de la fiesta por mí, parece estar divirtiéndote. Pero agradezco tu atención.

—No es nada, y no será divertido hasta que bailes conmigo —extiende su mano justo como anoche.

—¿De veras? ¿Estás invitándome a bailar?

—¿Qué crees? —arquea las cejas.

—Te he perdonado pero no lo presiones.

Muero por bailar con él, pero por orgullo esta vez me niego. Él baja la mirada y asiente.

—En realidad creo que eres demasiado rencorosa.

—No soy rencorosa.

—Entonces, ¿por qué no me has perdonado? —Empieza a incorporarse, supongo que me ha dedicado más tiempo del que tenía dispuesto para mí.

Bajo la mirada y miro mis pies dentro del agua. Sí le he perdonado, pero es la confianza en él, en su palabra, la que he perdido.

—No devuelvas esa ropa —la oreja me cosquillea cuando siento un ligero roce de sus labios allí—. Te queda perfecta.

Un calor parecido al que emana del fuego se presenta en mi estómago. Creo que su objetivo es que me derrita aquí delante de todos, pero, afortunadamente, tengo uno de esos buenos cerebros que saben mantenerse en contexto, con éste chico no debo bajar la guardia nunca. No debo dejarle

ver que su actitud me afecta contra mi voluntad.

—Deberías levantarte de ahí, Santa Lucía —está de pie, detrás de mí—, es una tentación demasiado grande empujarte al agua.

—No te atreverías.

—Hay gente planificándolo, les he escuchado —me ofrece su mano para ayudarme.

—¿De veras?

Miro a los chicos que están alrededor, no parece que alguno esté reparando en mí, pero él asiente con la cabeza.

Le doy un voto de confianza y acepto su mano, pero en el impulso juega con mi equilibrio.

He debido suponer que se ha tratado de una de sus jugarretas.

—Te juro que si me echas al agua te vienes conmigo —me aferro al cuello de su camisa y hace la maniobra de lanzarme pero estoy tan agarrada a él que no se atreve. Me levanta un poco y da un giro de ciento ochenta grados, que nos deja a unos metros del borde de la piscina, contra uno de los pilares que soportan el techo del patio de la casa, su aliento está sobre el mío y la miel de sus ojos me empalaga, mis manos todavía están enganchadas a su camisa, las suyas hacen contacto con mi piel, por debajo de la camisa.

Cierro los ojos y separo ligeramente los labios. Estoy tan blandita que mis dedos empiezan a aflojarse. No sé qué es lo que estoy esperando de él, pero estoy segura de que no es lo que sucede. Observo que Luciano me libera lentamente y retrocede sin dejar de mirarme, luego se da la vuelta y se larga hacia el grupo de chicos que, ahora sí, ha estado mirando como él y no otros casi me lanza a la piscina, Verónica, una de estos. Su expresión no es para menos, he estado esperando que Luciano me bese. Ésa es la verdad. Creo que me estoy volviendo loca. Le toma la mano cuando se coloca delante de ella y casi le come la boca, justo el tipo de beso que he esperado que me dé a mí. Aparto la mirada, es demasiado humillante, especialmente cuando toda mi clase ha sido testigo de cómo me he ablandado por él. Me aliso la ropa con las manos y casi tambaleando tomo asiento junto a mi primo. Le acaricio la mejilla con los dedos, él abre los ojos.

—¿Nos vamos, cielo?

—¿Ah...?

—¿Qué dices si nos vamos a casa?

—A casa, sí... Estaba soñando con ella.

—Puedo imaginarlo.

—¿Qué hora es?

—Dos de la mañana.

—¿Ya quieres irte?

Asiento con la cabeza.

—¿Te has divertido?

—*Demasiado.*

—Ve a bailar, Miss G. quería que bailaras.

—No quiero. Además, nadie me ha invitado.

—¿Nadie?

Niego con la cabeza.

—¿Dónde está mi bro?

—Me gustaría bailar con cualquiera en esta fiesta menos con tu bro.

—Entonces bailemos nosotros —me toma la mano.

—Andre..., no te ofendas pero no puedes mantenerte en pie. Te prepararé un café cargado para que podamos marcharnos.

—Está bien, está bien —dice y se queda dormido nuevamente.

Después de preparar el café y de hacer que Andre lo tome, creo que Becca me va a dar problemas para retirarnos, pero acepta sin que le insista. Mi primo y yo salimos sin hacer mayor aspaviento de nuestra partida, pero ella se despide de todo el mundo.

—Te dije que me avisaras cuando estuvieras por irte.

Luciano, del que no he querido despedirme, se acerca furioso.

—Y yo creí haberte dicho que no hace falta tu escolta —trato de abrir la puerta del coche de tía Gisselle pero la rendija por la que debe pasar la llave parece haber tomado una forma distinta.

Gruño mentalmente. No le quiero cerca, ahí adentro me ha hecho creer que ha querido besarme y yo he caído redonda en sus tretas. Me siento ridícula, más que humillada.

—Eres demasiado terca —me quita la llave de la mano y abre la puerta para mí, dejándome descolocada y furiosa de que pueda resolver todo sin problemas.

—Y tú un idiota —alargo la mano para recuperar la llave pero no me la devuelve.

—Eso ya lo sé.

—Devuelve la llave, Luciano —le amenazo.

—¿Por qué estás molesta? —está demasiado cerca de mí otra vez.

—Estoy molesta de que seas tan obstinado. Creí haberte dicho que te he

perdonado y que no tienes que hacer nada por mí, menos si es para resarcir lo del viernes.

—¿Crees que si te acompaño es porque me siento culpable por lo del viernes?

No le respondo.

—Sube al coche, Lucía —pone las llaves del auto en mis manos—. Cuando quieres ponerte difícil lo consigues.

Ah, sí, claro... Él ha sido un provocador conmigo desde el día uno y yo soy la difícil.

—Te sigo.

—No des oposición, Lucía Daniela, deja que nos siga y abre la maleta del coche, por favor —se impone Becca.

—Deja que bro nos siga —Andre se mete en el asiento de atrás del Palio de tía Gisselle y se queda dormido en un segundo.

Contra mi voluntad acepto las sugerencias de mis amigos y permito que Luciano nos siga hasta el apartamento, esto sin contar que estoy hecha una furia porque Verónica viene acompañándolo. Me consuelo con la idea de que con el sueño pueda borrar esta noche de mi cerebro para siempre. Elimarla. Pretender que nunca sucedió.

Conduzco lo más rápido que puedo para terminar con esto de una vez, el desierto de las calles de ciudad Verano, por la hora, me facilita que en pocos minutos estemos frente al edificio. Estaciono el coche en el estacionamiento interno, esperando que la compañía de Luciano llegue hasta aquí, pero no, es tan obstinado que aparca en la calle y camina hacia el Palio.

—Andre —le doy una bofetada para despertarlo.

—¿Qué? ¿Qué?

—Hemos llegado. Mantente despierto, ¿sí?

—Estoy muy despierto —sus ojos se cierran y su cuerpo, a pesar de que se ablanda como una gelatina se vuelve muy pesado.

—Andre, amigo —se inclina en el asiento de atrás para despertar a mi primo—, vamos, te ayudaré.

Luciano pasa un brazo por debajo de las axilas de mi primo para sacarlo del auto y ayudarlo a mantenerse en pie.

—No es necesario... —él aprieta la mandíbula y me mira regañonamente. Bajo la mirada y dejo a un lado mi terquedad.

—Lu..., Lulú, abre la maleta, para sacar mi bolsa de ropa, por favor —solicita Becca. Al abrirla veo que hay otra bolsa con ropa, además de la de mi

amiga.

—¿Y esto? —Levanto la bolsa, hay un short de jean, una camiseta y unas sandalias, todo mío, justo lo que habría escogido para ponerme una velada como la de hoy.

—Bro —Andre está tambaleando pero despierto—, Miss G. había colocado esa ropa ahí para Lulú.

Luciano me mira

—¿Todo este tiempo he podido vestir mi propia ropa?

—Lo siento, no lo sabía —se excusa.

Niego con la cabeza y suspiro indignada. Furiosa.

—¿Vamos?

—Sí —me responde.

—¿Luciano qué haces?

Verónica ha apeado del Jeep para reclamarlo, luce muy enfadada. Esto me parece divertido, tanto que aprieto los labios para no reír. Dejo de hacerlo cuando observo que a Luciano mi actitud no se le pasa por alto. Sin embargo, celebro internamente que he conseguido quitárselo por unos minutos.

—Ahora regreso, Nica.

—Ya te lo devolvemos, Bruja —le dice Becca.

Sí, Becca y *Nica* —no sé qué he sentido cuando le he escuchado referirse a ella con tanta familiaridad—, son, además de animadoras, rivales. Becca siempre ha obtenido lo que ha querido y “Nica” siempre ha deseado lo que Becca ha obtenido.

Entramos al apartamento esperando no despertar a tía Gisselle. Generalmente duerme profundamente, excepto cuando su hijo ha salido de fiesta, no tardará cinco segundos en venir a ver qué está pasando. Luciano, que ha ayudado a Andre a desplazarse hasta el interior del edificio, luego al elevador y por último al apartamento, lo mete en su cama. Becca ocupa el sanitario y yo, después de ayudar a Luciano a instalar a mi primo, le conduzco por el pasillo hacia la puerta de la casa.

—¿Esta es tu habitación? —Se detiene en la habitación continua a la de mi primo y desliza un poco la puerta para mirar hacia adentro. Es un curioso de primera—. Es toda rosa. Santa Lucía me esperaba un poco más de ti... ¿Se supone que debo sentirme intimidado por esa sonrisa?

Le tomo del antebrazo.

—Salgamos antes de que despierte tía Gisselle.

—Yo saldré, tú te quedas.

Sí, él saldrá con esa horrible Verónica.

—¿Quieres agua o algo? —Le ofrezco cuando pasamos por la cocina.

—No, está bien.

Asiento con la cabeza.

—Gracias, Luciano —frunce un poco el entrecejo como si no estuviera acostumbrado a escuchar palabras así de dulces, menos de mí; bueno, en realidad, nunca tengo palabras amables para él—, por todo lo que has hecho por mí últimamente —ayudarme con Andre y colaborar con mi diversión, pero, especialmente, por conseguir la venta de mis dulces.

—No tienes por qué darlas...

—No en vano eres el chico consentido de la Eyre —le tomo la mano. No debería hacerlo pero lo hago—. Sé que anoche enviaste a todos esos chicos a mi stand.

—Lucía...

Beso su mano y le miro, su expresión es la más confundida que le he visto nunca.

—Pero no lo vuelvas a hacer.

Lo que le digo le relaja, hasta puedo ver el amago de su sonrisa cínica.

—Hecho —me besa en la frente—. Solo quiero que sepas que no hay nada de lo que me arrepienta.

Mi mano cae a un lado de mi cadera, se separa de mí y sale del apartamento dejándome completamente confundida.

—¿Todo bien, hijita?

La voz de mi tía me hace reaccionar, cierro la puerta antes de enfrentarla, sé que estoy por contestar una serie de preguntas.

—Sí, tía.

Me abrazo a ella.

—Perdóname, hija, lo de anoche —me besa en el pelo con amor maternal—, solo quería que te divirtieras. No pensé que iba a herir tus sentimientos.

—No hay nada que perdonar, tía.

Los detalles de las dos noches asaltan mi memoria, detalles parecidos a los que he venido desarrollando con él por algo más de un año cuando inició nuestra amistad, que me ilusionan, desilusionan y me confunden.

Me retiro a dormir las pocas horas que restan de la noche, pensando que no me ha gustado cuando se ha marchado y que podría estar en su compañía eternamente.

Sentimientos encontrados

—La cabeza me va a estallar —dice Andre, cerca del mediodía, cuando se levanta a tomar desayuno. Le he preparado un café más cargado que el de anoche.

—No sé por qué bebes de ese modo —pongo la taza de café en sus manos y tomo asiento en la mesa para acompañarlo.

—Yo tampoco —dice sorbiendo—. ¿Podrías decirme qué pasó ayer? —Se pasa la mano por los ojos y las sienes, como si esto le ayudara a despejar la mente—. He tenido sueños que parecen recuerdos. ¿O tal vez sean recuerdos que parecen sueños? —Sacude la cabeza en negación—. No, no creo que pueda ser cierto.

—¿Sueños relacionados con besos sobre los labios de un ángel? Me mira temeroso, espantado de lo que pudiera revelar.

—Te aclaro que no fue un sueño.

—¿No? —Está verdaderamente horrorizado.

—Besaste a Kira —le suelto sin mirarlo, ocultando la sonrisa detrás de mi taza de café.

—Besé a Kira —no lo pregunta, lo sopesa.

—Ajá —esto es divertido.

—¿Besé a Kira Seri?

Asiento con la cabeza. Todavía no puedo mirarlo, esto me hace mucha gracia.

—¡¿Cómo hice eso?! —Levanta la voz.

Si me hubieran contado que la reacción de mi primo cuando tuviera conciencia de que sus labios habían tocado los de la chica de sus sueños sería de enfado no lo habría creído.

—Parece que has desarrollado el síndrome de Raj Koothrappali^[3] —entorna los ojos, a mí la carcajada me sale por defecto.

—¡¿Por qué no lo impediste, Lulú?! No estoy bromeando.

—¿Cómo iba a saber que ibas a besarla?

—¡¿Cómo intuiste que no iba a hacerlo?! —Me pone a pensar.

¡Rayos!

—Es la peor noticia que me has dado alguna vez.

—¡¿Ah, sí?! Pues la mía es que anoche aparecieras en la heladería, en

estado de embriaguez, con Luciano Seri como conductor designado.

—¡No podía saber que eso era una mala noticia para ti! Y ya para de gritar que me duele la cabeza —se toca las sienes antes de tomar asiento.

—Pues ahora te va a doler más —le doy en la frente con el dedo corazón.

—¡Ouch...!

—¿Se puede saber por qué no le pediste a otra persona que fuera contigo a buscarme?

—No se lo pedí, él mismo ofreció ir conmigo a la heladería a buscarte.

—¿Ah, sí...? ¿Él mismo ofreció buscarme?

Tan cínico.

—No sé por qué te comportas así con él, Lulú. Bro es buena persona.

—Sí..., muy buena persona —me quejo sin tener argumentos, muy dentro de mí sé que mi primo dice la verdad—. Cuando estoy enojada con alguien espero que no intervegas, ¿estamos de acuerdo?

—Como quieras —levanta las manos—, pero no pensé que todavía estuvieras enojada con él por tal tontería.

Lo estoy, pero no por lo que ha sucedido el viernes sino porque siempre está jugando con mi vulnerabilidad.

—No ha sido una tontería y ya no estoy enojada.

—Me queda clarísimo.

El pan en la tostadora salta creando la distracción perfecta para terminar con esta discusión. Me levanto de la mesa, y lo sirvo en un plato junto con mermelada y mantequilla.

—No creo poder llevarte al trabajo, Lulú —dice untando con desgano la mermelada y la mantequilla sobre las rebanadas de pan—. Me siento muy mal.

—No es para menos —le miro sintiendo algo de pena por él, luce deshecho—. No te preocupes, tía Gisselle dijo que puedo llevarme el coche.

—Me extraña que no esté aquí dándome el gran sermón del domingo. ¿Dónde anda, Miss G.?

—Está en el supermercado —le da un mordisco a la rebanada de pan pero siente asco al tragarla.

—Mejor toma café —quito de delante de él el pan.

—¿Cómo te fue anoche con el interrogatorio? —Pregunta sorbiendo café.

—Anoche y esta mañana. Me fue normal. Al que no le irá bien será a ti.

—No será la primera ni la última vez que volveré a casa pasado de tragos.

—Y eso te pone orgulloso.

—No empieces, Lulú.

—Sabes que puedes llamarla mamá.

—Claro, si me trata como a un niño.

—Te comportas como tal...

—Mejor me largo a mi habitación —se levanta tomando la gran taza de café—. Estás en plan de mamá Lulú y no me gustas así. Además, no quiero estar consciente cuando Miss G. esté de vuelta.

Vuelve a mirarme antes de salir de la cocina.

—¿De verdad la besé?

Asiento con la cabeza ya sin divertirme o hacer molestias.

—¿Cómo fue?

—No fui testigo, Andre, lo siento.

Se nota que él lo siente también. Cabizbajo se marcha a su habitación.

Media hora más tarde, tía Gisselle regresa a casa con algunas verduras para preparar el almuerzo que, para ayudar el estómago ardiente de mi primo, será sopa de pollo. La ayudo con la preparación mientras, por supuesto, me someto a un nuevo cuestionario, esta vez acerca de cómo me fue *a mí* anoche.

—Bien, tía, bien —trato de responder lo más naturalmente mientras pongo toda mi concentración en quitarle la piel al grupo de ajos que irá a la sopa, en lugar de emplearla en pensamientos relacionados con los juegos psicológicos del maquiavélico Luciano.

—¿Te divertiste? —Sé que me mira de reojo porque ha detenido el corte de celeri que le agregará al agua.

—Claro —no la miro. Mi único objetivo ahora es este grupo de ajos.

—¿Bailaste?

—Muchísimo.

—¿Con quién?

—Con algunos chicos.

—¿Por quién me tomas? —Detengo el corte de lo mío y la miro en suspenso. ¿Es que sabe que no he bailado? ¿Becca se lo ha contado?—. ¿Con cuál de ellos? —Nivelo mi respiración. Por un momento he pensado que me ha capturado en la mentira.

—Con una variedad inmensa, tía. Se peleaban por mí —detesto esta clase de interrogatorios.

—Muy graciosa. ¿Con Lucianito?

Solo escuchar su nombre hace que se forme algo en mi estómago, que he sentido antes y que me opongo a que sean mariposas. No hay grupo de condenados insectos que vengan a levantarse en mi estómago por él. No y no.

Opto por no responder, si le confieso que me ha invitado a bailar y me he negado hará un estudio psiquiátrico del porqué de mi negación, y además de los reproches, recordará que cuando tenía mi edad iba a todos los bailes de ciudad Verano y me dirá que no había chico que se le resistiera o con el que no bailara. Sigo atendiendo mi labor, esperando que sea ella la que suelte lo que tiene que decir, una cosa u otra será inevitable.

—Ay, hija, no me digas que todavía estás enfadada con él...

Aquí vamos.

—Si anoche me dijiste que acompañó a Andrecito a la heladería para que no condujera así como estaba —enjuga algunas lágrimas.

—Tía no llores...

—Es esta cebolla, hijita... Se nota a leguas que Lucianito es un buen muchacho y que le importas, que quiere arreglar las cosas contigo. ¿Por qué se lo pones difícil?

—Tía..., no hay cosas que arreglar entre él y yo.

—El pobre sólo accedió hacernos un favor a Rebequita y a mí, que queríamos que te divirtieras.

El recuerdo de ese favor hace que en mi piel se reviva la vulnerabilidad que he sentido hace dos noches cuando supe que se había acercado por pura compasión.

—Y mira que aceptó de muy buena gana —argumenta.

—Tía... —voy a interrumpirla, a decirle que re programe para otro día la lista de alabanzas que le corresponden a ese idiota, que ya no estoy enfadada con él, pero Becca se presenta en la cocina, ocasionando la distracción que me salva de seguir escuchándola.

—Bueeeenos díaaaass... —hace un bostezo enorme que ilustra abriendo los brazos.

—Buenos días, Rebequita. Qué bueno tenerte de vuelta. Dime algo, ¿también debo recargar esta sopa para ti?

—Ay, tía G., cómo crees —le responde abrazándola—. No soy de las que se emborracha, pero si tienes algo por ahí guardado no me opongo a la diversión. Hay que celebrar que hemos sido perdonadas.

—A Dios gracias..., pero no, no tengo nada guardado, excepto que una

quiere hacer una buena acción y le sale todo al contrario —casi llorando me mira de reojo pero al ver que no le pongo atención toma un mechón del pelo rubio de Becca y se lo lleva a la nariz—. No habrás bebido pero te fumaste una chimenea.

—A Dios en la forma de Luciano, tía G., querrás decir —Becca recupera su mechón de pelo y se lo guarda detrás de la oreja, toma otro cuchillo de la despensa y se pone a rebanar las papas que irán al caldo—. Porque se reconcilió con él nos perdonó a nosotras.

—Ay, pues, eso estoy diciéndole, que Lucianito es un chico encantador. ¿Cómo no reconciliarse? Mira todo lo que me ocultas, Lulucita.

—No estoy ocultándote nada, tía Gisselle, pero aprovecho para aclararle a ambas que *no estoy bien con ese idiota* ni me he reconciliado, me vi obligada a tratarle, que es distinto. Utilizó al otro idiota para acercarse a mí. Fue una treta. Y les agradecería que abandonásemos el tema si esperan que mi perdón no sea revertido, hablando de Luciano no hacen más que avivar los recuerdos de su acción conjunta y darle poder a mis rencores.

—Pero si anoche le vi aquí arriba, Lulucita, muy metido en una conversación contigo —expone tía Gisselle haciéndole un guiño a Becca, que cree que me ha pasado desapercibido—. No creo que todavía estés molesta o le guardes rencor.

—Se portó muy bien con ella, tía G. —agrega Becca—. Se preocupó en acompañarnos hasta aquí y en ayudarnos a subir a Andre. Se nota que quiere hacer las cosas bien y limpiar su conducta.

—Sí, se portó *tan* bien conmigo que intentó lanzarme a la piscina.

—Ésa fue solo una excusa para meterte mano.

Me quedo en silencio por breves segundos, el recuerdo de las manos de Luciano acariciando mi espalda por debajo de la blusa revuelve a esas condenadas mariposas.

—Les vi —reporta.

—¿Meterle mano a Lulucita?

—Nadie me ha metido mano, tía Gisselle —aclaro inmediatamente.

Nadie me ha tocado nunca.

—Como quieras decirle, pero les vi muy abrazados, Lulú. Creí que iba a besarte. Verónica estaba furiosa de celos —Becca ríe con exagerada malicia.

Es de conocimiento general que Verónica lleva todo un año detrás de Luciano y que la primera conquista del chico consentido de la Eyre ha sido Becca, con quien mantuvo un romance muy breve que duró a lo mucho diez

días; Becca, no obstante le estima tanto como a un hermano y le considera como uno de sus mejores amigos. Desde entonces, Luciano no ha salido con ninguna de las animadoras, lo que mata a Verónica, que Becca sea tan especial. De esto su competitiva obsesión con mi mejor amiga y archirrival. Después de Becca, y por unos meses, Luciano retomó la relación que había mantenido con una chica de la secundaria en la que estudiaba antes de ingresar a la Eyre.

—Ojalá te hubiera besado.

—Por favor, Becca... ¿No creerás que iba a permitir que me besara? —
Disimulo lo mejor que puedo.

—¿No?

—No.

—No sabes lo que te pierdes. Es de los mejores.

Me levanto de la mesa de la cocina y voy al refrigerador, tal vez lo helado del agua disimule el carmesí de mis mejillas, así como la confusión que siento.

—Prefiero perdérmelo —digo sin hacer contacto visual con ninguna de las dos, que han estado siguiendo mis movimientos—. Y si me estaba abrazando, *solo para aclararlo*, es porque le tenía tan tomado del cuello de la camisa que si me lanzaba al agua me lo llevaba conmigo.

Vuelvo a mi asiento y a mis ajos.

—Como sea, cuando estabas con Paty y Catalina lo capturé en varias oportunidades mirándote. Lo conozco, puedo reconocer cuando una chica le gusta y en este momento esa chica eres tú.

—Claro que no, Becca.

—Mira, no digo que esté enamorado de ti o se reserve algún otro sentimiento más profundo, si cabe, pero te miraba las piernas cada vez que tenía ocasión.

—Le mira las piernas a todo el mundo —es el análisis que tengo de su hermana.

—Sí, pero si una chica de ese mundo le corresponde, él le corresponderá también y así la bruja no se lo quedará. ¿Qué dices?

—Qué especial debe sentirse esa afortunada.

—¿Quieres *tú* ser la afortunada? —Deja el poco trabajo que ha estado haciendo para sentarse en la mesa frente a mí con una de sus armas más poderosas, su sonrisa.

—Ni en sueños.

—Vamos... Cualquier chica estaría gustosa de involucrarse en mi proyecto.

—Tú misma deberías involucrarte en tu proyecto.

—En más de una oportunidad te he recordado que Luciano no me interesa. Es mi hermanito consentido.

—Pues, a tu consentido le interesa Verónica.

—Claro que no.

—Me lo dijo Kira.

—Imposible.

Encojo un hombro, si no me cree es su problema. Estiro el brazo para alcanzar la tostada con mermelada y mantequilla que ha dejado Andre y le doy un mordisco.

—Es solo un chico que sabe que le gusta a una chica y va a sacar ventaja de eso —explica—. Y a Verónica solo le interesa por su eterna rivalidad conmigo. No me importaría si saliera con una verdadera amiga.

—Al contrario de Verónica no me interesa lo que vas dejando, Becca, gracias.

—¡Ouch...! Eso me ha dolido.

Le sonrío, pero es la verdad.

—Chicas..., deberían cambiar de tema.

—Tía G., es Lulú que está muy a la defensiva esta mañana.

—Porque tal parece que se te olvidó que, además de que mi interés por Luciano es del tamaño de un grano de sal, hay alguien que reapareció en mi vida que eclipsa todo lo demás —no se me escapa que tía Gisselle me mira de soslayo al tiempo que agrega las piezas del pollo al agua hirviendo.

—¿Te refieres a Eduardo? —Becca pone los ojos en blanco además de cara de fastidio.

—¿De quién más podría estar hablando?

—¿Cuántas veces te ha llamado desde el viernes? —Pregunta con suspicacia.

Ninguna.

—Ves —sonríe triunfante porque no he podido responderle—. Dime que te anotas en mi proyecto y haces feliz a tu amiga.

—¿Y de qué va ese proyecto exactamente?

—Buscarle novia a Luciano... Tengo que adelantarme a las intenciones de Verónica; no puedo dejarla ganar.

—¿Todavía estás con eso?

—Rebequita, deberías dejar que Lucianito resuelva su propia vida, si le gusta Nikita, que se quede con ella.

Asiento con una sonrisa hipócrita en la boca, en “apoyo” a lo que ha dicho mi tía.

—Tía G. te creía de mi lado.

—Cuando tu lado sea sensato lo estaré.

—Que te digo que le gusta Lulú, siempre está mirándola y provocándola con tonterías. Es obvio.

—Me provoca, es cierto, porque es un idiota y mi manera de ser y este nombrecito que llevo se lo ha puesto fácil, *pero no le gusto*. Y si estaba mirándome es porque anoche llevaba puesta la ropa de su hermana. A lo mejor cuidaba que no se la destruyera o qué se yo.

—*¿Llevabas puesta la ropa de Kira Seri?!* —Exclama Becca, mi tía me ha visto de soslayo como si una cosa no encajara con otra.

—El idiota de Andre no se acordó de que tía Gisselle había puesto ropa para mí en la maleta del coche.

—Claro, si se lo encargué al salir de aquí, Lulucita, que fuera por ti, que te llevara a la fiesta y que en la bolsa te ponía ropa de cambio, pensando en que te vestirías en casa de Rebequita. Es que ese muchacho...

—¿La ropa que llevabas anoche era de Kira? —Becca repite, todavía incrédula.

—Sí, tiene ropa increíble. Si vieras todo lo que guarda en su armario, Becca, te darías una nueva oportunidad con su hermano —aunque a mí la idea me repugna.

—No te creo.

—Es un armario del tamaño de este apartamento.

—Dicen que los Seri están teniendo dificultades económicas —expone tía Gisselle—, ¿qué sabes de eso, Lulucita?

Nada.

—No me mires así... Son los rumores acerca de la familia que circulan en el pueblo —continúa al traducir mi expresión de desconcierto—. Incluso he escuchado que John Eyre ha prestado dinero a la familia. Parece que el padre de los chicos ha perdido buena cantidad de dinero en el juego. No por lo que acabo de contarles, pero quisiera que Andrecito se sacara de la cabeza a esa chiquilla Seri. Esa muchachita no me gusta nada. —añade tía Gisselle suspirando con resignación.

Lo que siente Andre por Kira es de conocimiento general en toda la

escuela, incluso por su madre, la profesora de inglés.

Si supieras, tía, que... —pienso en lo que según Andre ha sucedido con Kira anoche..., pero, bueno, es cierto, ella no le corresponde.

—Por cierto, muchachas, que estoy contando con ustedes para que me echen una mano con el llenado de las fichas de los jugadores para el día de la exhibición; que ya saben que es en dos semanas. Y qué crees Lulucita, que el entrenador López ha quedado tan encantado con tus trufas y tus dulces en general que ha hecho un pedido especial para ese día.

—¿De veras, tía?! —El entrenador López es el couch del equipo de fútbol, organizador de los eventos de la escuela y mano derecha de John Eyre, el dueño de la secundaria y ex jugador del Real Madrid.

—Sí, Cielo —me levanto de la mesa para abrazarla.

—Cuenta con nosotras, tía G. —le dice Becca.

Terminamos de hacer la sopa de pollo y una hora después, aunque he tratado de impedirlo, tía Gisselle se empeña en llevar un plato a Andre, al que le arma un lío por haber regresado a casa borracho y pasar el día con resaca.

Becca y yo pasamos lo que queda de la tarde en mi habitación, donde hacemos lo que es de rigor, revisar los detalles del fin de semana, Becca ha empezado un romance con Paolo desde que intercambiaron miradas hace dos noches en mi stand. Está contándome todo lo que le gusta cuando mi teléfono vibra y veo un mensaje entrante.

—¡Es Eduardo! —Me incorporo en la cama sin dejar de mirar la alerta en el teléfono.

—Ah, finalmente se dignó a manifestarse —Becca también se incorpora y junta su cabeza con la mía para leer. Siempre he confiado en ella hasta este tipo de detalles.

Abro el mensaje.

—“No he dejado de pensar en ti. Quiero verte.” —lee en voz alta—. ¡Ooooooh...! Pero míralo... Hasta romántico me ha resultado, el Eduardito. ¿Qué vas a decirle?

—No lo sé —dejo de mirar el teléfono para consultarle—. ¿Qué debo decirle?

—¿Qué te dice el corazón?

—No lo sé... ¿Que quiero verle?

—¿Es que no lo tienes claro? Con ese mensaje pensé que la luna y el sol ya estaban alineados contigo para dejarnos en penumbra.

—Ya no voy a contarte nada.

—Está bien, está bien, prometo guardarme el sarcasmo. ¿Qué es lo que sientes?

—No lo sé todavía.

—Pensé que estabas muy enamorada de Eduardo, Lulú.

—Lo estoy... —*o eso creo.*

—Entonces, ¿qué sucede?

—Tal vez...

Tal vez le guarde rencor. La manera como terminamos, cómo yo le he terminado, porque dejé de buscarme cuando todavía éramos novios, me ha dejado con un malestar, una huella que no ha cicatrizado todavía.

—¿Tal vez qué? ¿No quieres verle?

—Sí quiero verle.

Quiero verle para saber qué tiene que decir. Pero no me adapto o me incomoda que me hable como si el tiempo no hubiese pasado y nuestra relación afectado por la distancia.

—Entonces dile eso: quiero verte.

—Estás loca.

—¿Por qué? ¿No es lo que quieres?

—Sí, pero...

—Nada de peros. Estamos hablando de tu ex novio, el amor de tu vida, ¿no es así?

Asiento lentamente con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Qué esperas?

Suspiro profundamente antes de tipear.

También quiero verte.

Me pone una carita feliz y lo que sigue:

Temía que el sentimiento no fuera recíproco.

Sonrío.

—¿Qué ha dicho?

—Ha puesto una carita feliz —ya que no ha metido la cabeza dentro de mi teléfono me reservo el contenido del mensaje.

—Te digo algo: queda con él. Pero cuando lo veas, me haces el favor de reclamarle cómo es que tardó un día y medio para contactarte.

Si algo tiene Becca es lo demandante que es con sus intereses románticos. Ella no toleraría jamás una demora como ésta, si estuviera en mi lugar ya estaría armándole un lío, vía texto, a Eduardo.

—No pienso exigirle nada.

—Sigues siendo tan conformista como antes. Por eso lo perdiste la primera vez.

—Es que no puedo hacerlo, Becca, no tengo ningún derecho.

—Eres su ex novia y está buscándote, eso te da todo el derecho... — aunque no estoy de acuerdo, en esta materia a veces quisiera ser como ella—. Bueno, respóndele, ¿no?

Lo es.

Se inserta emoji de carita feliz.

<3. Quiero verte... tocarte... besarte.

—¿Qué? ¿Qué está escribiéndote?

Le muestro el mensaje.

—Es un idiota. Ahora sí quiere verte y ¿qué más? —Se inclina para releer el mensaje—, ¿tocarte y besarte? —Me mira con suspicacia—. Cuidado dónde y cómo te toca, Lulú —ríe con picardía. Ella sabe de estas cosas porque perdió la virginidad hace unas semanas.

—No me parece gracioso.

—De veras, Lulú —pone la mano sobre la pantalla de mi teléfono—, antes de que contestes ese mensaje, ¿estás consciente de que en esta fase de nuestras vidas los chicos no se conforman con darnos besitos y tomarnos de las manos, que lo quieren todo, que cuando tienen novia se presume que *el sexo* está incluido como parte de la relación? ¿Estás preparada para eso, para tener sexo con Eduardo?

No es la idea de las caricias de Eduardo sino de las de Luciano en las que pienso.

—¿Ah? —Chasquea los dedos delante de mis ojos—. ¿Lo has pensado?

—Qué cosas dices, Becca... —le pongo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, Lulú.

Tener sexo con Eduardo es algo que no me he planteado. ¡Por Dios, si ni siquiera estoy saliendo con él! Me sacudo la idea de la cabeza, Eduardo es tan tímido como yo y si tiene algún interés de ese tipo sabrá cómo ponerlo sobre la mesa y no me presionará. No puede presionarme. Mi primera vez tiene que ser especial, con alguien que me guste y mucho, por el que me sienta locamente enamorada, y sé que no es Eduardo el que me produce tales sentimientos.

¿Qué haras hoy?

Tengo trabajo.

¿También trabajas el domingo?

Sabe que trabajo en la heladería porque alguna vez se ha presentado allí para comprar un helado para su hermanita y me ha visto.

Esta semana ha sido por razones especiales.

¿Puedes faltar?

Se me hace imposible.

Qué mal.

Sí, bueno...

¿Cómo te vas ahí?

En el coche de mi tía.

Olvídalo, paso por ti.

—Dice que vendrá por mí para llevarme a la heladería.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—Pues dile que sí, tonta.

Está bien. Entro a las cuatro.

A las 3:30 estoy ahí.

Y son las tres.

Venganza

A las 3:30 en punto Eduardo escribe que está abajo. Becca ha puesto su mejor esfuerzo en dejarme maquillada y el cabello arreglado, que es lo más que ha podido hacer por mí teniendo en cuenta que debo vestir el uniforme del fin de semana de la heladería Seri, que qué bueno tengo uno de repuesto en el armario pues el de ayer se quedó en la casa de los dueños de la tienda. Desde la ventana de mi habitación que da al estacionamiento veo aparcado en la calle el coche de su padre, un Toyota Corolla del año.

Me despido de Becca, que ha quedado con Paolo para que venga por ella en media hora, y bajo en el elevador. Miro mi reflejo en el espejo, y me pregunto ¿por qué hay espejos en los elevadores? No creo estar nerviosa, pero siento dudas sobre mis actuales sentimientos por Eduardo aunque le he querido prácticamente desde que le conocí.

Miro hacia la calle, por suerte él sigue dentro del auto, espero que no detallando la torpeza con la que vengo acercándome.

Tal vez deba sonreír.

Empiezo a elaborar mi sonrisa cuando advierto que hay más de un coche conocido estacionado afuera del edificio; el otro es un Jeep Wrangler café.

Luciano apea del coche, observo que viene vestido con el uniforme de la heladería, lo que significa que esta tarde le tendré de compañero —*no es como que no lo supiera*—. En el caso de los chicos el uniforme no cambia el color de la camisa, siempre, de lunes a domingo, es índigo y el pantalón color caqui, como los shorts que llevo puestos. No sonrío al verme, simplemente avanza hacia mí con esa seguridad de la que es dueño siempre. Supongo que está aquí para ver a Andre aunque veo que trae algo en la mano, una bolsa de papel: *mi ropa*.

—Santa Lucía...

Emplea su tradicional entonación sarcástica al decir mi nombre, sin embargo sonrío con dulzura. Parece tener la guardia baja, quizás esté arrepentido de haber jugado con mis sentimientos anoche.

—Acá tienes tu ropa —extiende el brazo con la bolsa de papel en la mano—, Kira me encargó que viniera, preocupada porque no tuvieras que ponerte, pero veo que tienes un uniforme de repuesto —me mira hasta las

piernas y los zapatos Keds... No de manera lasciva como pensaría Becca, salvo por el episodio de anoche, nunca he tenido que preocuparme de gustarle a Luciano porque sé que no le atraigo. Estoy segura de que no me encuentra ni un poco atractiva, a pesar de lo que he escuchado hoy y de que mi corazón palpita de manera irregular cuando estoy con él. Como ahora.

—Gracias —la bolsa con la ropa en este momento sirve de conector entre ambos—. Su ropa, yo...

—Lo de Kira puedes quedártelo.

—No te corresponde disponer de lo que no es tuyo —halo la bolsa hasta que él la suelta y su mano queda suspendida en el aire—, además tengo mi propia ropa. Suficiente, sabrás —esboza esa sonrisa cínica contra la que no puedo—. Pero agradezco el gesto. Devolveré lo que me prestó cuando lo tenga listo. La ropa ya está limpia pero me falta alisarla.

—Verás que el gesto viene también de ella, me lo pidió esta mañana, que te diga que te quedes con la ropa; mi hermana no la utiliza, tiene un montón, y a ti...

—Tú no me dices qué hacer.

—Tú tampoco. Quédatela.

—No.

—No vamos a empezar con nuestra... ¿cómo dijiste que se llama esto que tenemos?

Dinámica, eso le dije, pero esto va más allá de una rutina.

—Guerra de voluntades es lo que es.

—Como prefieras tú llamar esto —dice señalando el espacio entre los dos. Devió la mirada en un mohín—. También he venido a hacerte un ofrecimiento... —levanta el brazo para dejar establecido algo que pudiera malinterpretarse—, porque supongo que Andre ha de sentirse indispuerto: llevarte a tu sitio de trabajo.

¡Oh...!

La sorpresa del gesto se presenta en forma de aleteo de mariposas dentro de mi estómago. ¡Qué impertinentes! Ni un poco cooperan conmigo.

—¿Andre te lo pidió?

—No —replica enfático—. Lo estoy ofreciendo yo. Por favor, no te pongas difícil y vamos —cabecea señalando el Jeep—, que veo que ya estás de salida.

—Sí, eh..., bueno —retardo un poco mi respuesta porque es el *gran* momento de mi venganza por todo el juego psicológico del que he sido

objeto durante más de un año—, ya vinieron por mí —con la cabeza señalo el Toyota Corolla que está aparcado frente a nosotros—, pero gracias, Luciano —descanso mi mano sobre su hombro—, ha sido muy amable de tu parte, no me habría esperado menos, estando tú aquí, teniendo los dos que ir al mismo sitio. Si no lo hubieras ofrecido te lo habría reprochado durante una semana por lo menos —le sonrío.

—¿Vinieron por ti? —Arruga el ceño y mira de soslayo el coche en el que Eduardo me espera, que está encendido y mantiene las ventanas polarizadas arriba por el aire acondicionado, a diferencia del Jeep, cuyo dueño suele mantener las ventanas abajo y disfrutar de la brisa fresca de ciudad Verano—. ¿Quién vino por ti? —Lo dice como si fuera algo imposible. Como si me lo estuviera inventando.

—Un amigo... —prefiero mantenerme misteriosa delante de él.

—¿Un amigo, Santa Lucía?

—Sí, así que si me disculpas, te dejo porque sino los dos llegaremos tarde al trabajo. En tu caso no sucederá nada, pero en el mío sería, bueno, ya sabes, comprometedor.

Él asiente con una expresión rara, que no sé cómo interpretar, se da la vuelta y se mete en el Jeep sin contrariarme. Yo toco la ventanilla del coche de Eduardo para anunciarme, tratando de dominar todas estas mariposas que sé que no aletean por mi encuentro con el que está dentro del vehículo.

—Perdona que no he salido para recibirte —abre la puerta desde dentro —, pero he estado revisando algo acá en el... correo —al formársele los hoyuelos en las mejillas cuando sonrío siento que se me borran las dudas. Eduardo es mi terreno conocido, hemos sido amigos desde que tengo doce años, y he estado enamorada de él básicamente desde esa edad, aunque recientemente hubiésemos estado separados durante uno. Me meto en el coche y antes de ponerme cómoda detecto que está acercando su rostro y que sus labios se pegan ligeramente contra los míos—. ¿Cómo estás? —Me acaricia la mejilla después de depositar un casto beso.

Abro los ojos lentamente como si fuera la Bella Durmiente y él el príncipe que me ha despertado con su dulce beso. Creo que todo esto es irreal, que no es posible que Eduardo me ha besado otra vez.

—Bien, ¿y tú? —Digo sonriendo estúpidamente.

—Pensando en ti.

Desvió la mirada un poco avergonzada, tal vez Luciano esté todavía en el Jeep, pero ya se ha marchado.

—Deberíamos... —los labios de Eduardo se acercan nuevamente a los míos en un insistente beso— ponernos en marcha.

No nos hemos visto en meses y estamos aquí, besándonos como si no se hubiera producido una interrupción. ¿Cómo es que ahora está tan afectuoso cuando por más de un año, he dejado de importarle?

—No quiero llegar tarde.

Me acaricia la mejilla y sonrío.

—¿Quién era? —Pregunta antes de poner en marcha su auto.

—¿Quién? —Respondo aunque sé perfectamente a quién se refiere.

—La persona que te abordó afuera —no pensé que se hubiera fijado en él, estando tan entretenido con su *correo*.

—Es Luciano, el hijo del dueño de la heladería para la que trabajo. Venía a ver a Andre —digo, no sé por qué—, pero Andre está como muerto allá arriba. Anoche estuvimos en una fiesta.

—¿Una fiesta?

—Sí, en casa de Paty, ¿la recuerdas?

—Claro, Paty y sus famosas fiestas. ¿Te divertiste?

—Sí.

—¿Bailaste?

—No bailé.

—Qué bueno...

¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No te quiero tan cerca de otro que no sea yo —argumenta como si tuviera un reclamo sobre mí y hubiera leído mi expresión.

Arqueo las cejas. Debería preguntarle a qué se refiere, *exigírselo* como sugiere Becca, pero me quedo con la duda y lo dejo pasar. No creo que sea momento para exigencias o solicitar aclaratorias y explicaciones, menos cuando me siento tan confundida sobre lo que está sucediendo. Continuamos el paseo con una conversación más trivial hasta que llegamos a la heladería.

—¿Paso por ti a qué hora? —Me acaricia la mejilla, su aliento que huele a menta me acaricia la cara.

—Salgo a las diez.

—Aquí estaré, a las diez en punto —deposita otro beso en mis labios antes de permitirme bajar del auto.

Entro en la heladería prefiriendo no pensar en lo que ha pasado en los últimos veinte minutos, saludo a los chicos que están por aquí, Sergio y Francesca, Fernando ha librado hoy, con él he hecho el contrato para que

cubriera mi turno el viernes. Todavía tengo en la mano la bolsa con mi ropa así que me dirijo a mi *locker* para resguardarla. Me dice Francesca, como si le hubiese preguntado, que Luciano está en la parte de atrás cargando unos insumos.

La tienda abre media hora después de las cuatro, pero nuestro horario nos reclama a la hora en punto para tenerlo todo listo antes de la apertura. Francesca y yo sacamos los distintos sabores de helados y los vamos colocando en el mostrador, mi favorito es el de almendra y avellanas, el favorito de los clientes es el de pistacho. Los helados de la heladería Seri son artesanales, de ahí su calidad, las recetas que utilizan están patentadas y son propiedad de la bisabuela de Luciano, que, según he escuchado, elaboraba helados caseros en Italia como medio de supervivencia.

Francesca y yo estamos listas para comenzar la jornada cuando se presenta Luciano.

—Ah, pero sí te trajeron, Santa Lucía... —se pasa el delantal por la cabeza—. No, corrijo, ya no eres Santa Lucía.

—¿Por qué no iban a traerme? —Le miro desafiante, esperando una de sus respuestas, pero no dice nada. Tal vez sí me he vengado y he conseguido ponerle celoso, una sonrisa casi triunfante se abre dentro de mí. Le ayudo a sujetarse el delantal en la espalda como lo he hecho tantas otras veces, pero en esta oportunidad detecto que se tensa cuando mis manos rozan las suyas para tomar los hilos y formar el lazo—. ¿Ah? —Apoyo mi quijada en su hombro izquierdo para mirarle, él prefiere ignorar mi pregunta introduciendo una prueba de helado de avellana dentro de mi boca, se limpia las manos en el delantal y se marcha a la cocina.

—¿Es que nunca podrán comportarse cuando están juntos? —Dice Francesca, que está secando las copas. La tienda ya está por abrir.

—Eso díselo a él —tiro la cucharilla en el depósito de la basura, alcanzo un paño como el de ella y me pongo en lo mismo. Ella me mira de reojo y niega con la cabeza, sonriendo.

Por ser fin de semana de Halloween el lugar ha estado muy concurrido. Cerca de las nueve Kira se presenta en la heladería acompañada de su hermano mayor, Mateo, que debe ser contemporáneo con Francesca y Melissa, de unos veintidós años; un chico alto, blanco, de cejas pobladas como las de su hermano y cabello oscuro. Siempre que aparece por aquí las chicas solteras y las que no lo son le miran con ganas de derretirlo, incluso Francesca se pone nerviosa, tanto, que se le caen las copas y balbucea cuando

se dirige a ella para solicitarle alguna nimiedad. Teo pasa directo a entablar conversación con Sergio, que trabaja de domingo a domingo, lo que me recuerda ese asunto de los problemas financieros de los Seri, que espero no sean ciertos, y Kira se dirige hacia mí.

—¡Lucía!

—¡Kira, qué bueno verte! —Salgo de detrás del mostrador para saludarla; ahora no hay clientes solicitando helados, todos están acomodados en las mesas de la terraza disfrutando de la velada y la fresca noche marina de ciudad Verano—. Veo que mi hermano te dio lo que te envié —observa mi uniforme.

—Eehhh, sí...

—Ella tenía ropa de repuesto, Kira —interviene éste, siempre metiéndose donde no le llaman—. Gracias por enviarme con alguien que no me necesitaba —le miro desde la esquina de mi ojo, está limpiando el mostrador.

—Ni tú ni yo podíamos saber que tenía un uniforme de repuesto.

—Pudiste llamarla para asegurarte.

—¿Cómo iba a saberlo? —Le discute a su hermano, luego me explica —: le apuré para que fuera a llevártelo, Lucía, espero que se comportara y que se haya ofrecido a traerte.

—Ella ya tenía quién la trajera, Key, se te olvidó pensar en eso.

—¡¿Andre te trajo?! —Kira se alarma.

—No —de soslayo miro a su hermano, estoy empezando a enfadarme —, pero, hablando de Andre, Kira... —me hago a un lado y la llevo conmigo hacia un espacio más privado—: él está muy preocupado por lo que sucedió anoche entre ustedes.

—Anoche no sucedió nada entre nosotros —dice tajante.

—Me refiero al beso, Kira.

—Entre Andre y yo jamás ha existido un beso —puntualiza.

—Pero...

—Que te digo que no sucedió tal cosa. Tu primo estaba ebrio, Lucía, y cuenta con una imaginación muy creativa, ¿cómo puedes creer las cosas que dice..., mejor dicho, que inventa?

—No estaba tan ebrio, Key.

—Pues lo estaba porque nunca me ha besado.

—Está bien, si tú lo dices es porque así ha de ser. No tienes por qué mentirme ni yo dudar de ti.

—Es tal y como te lo explico —argumenta sin mirarme. Asiento con la cabeza y dejo de insistir en el tema. Tal vez sea como ella dice y Andre se inventó el beso.

—Debo volver a mis labores.

—Sí, yo... iré a la oficina.

Asiento.

—¡Ah!, mañana te devuelvo la ropa, ya la tengo limpia, solo me queda alisarla.

—Ni hace falta que lo digas. Además, le dije a mi hermano que quiero que te la quedes —escucho la risa de ese insoportable del otro lado del mostrador.

—De ninguna manera —le veo divertirse con todo esto—. No puedo quedármela.

Kira pone los ojos en blanco.

—Tú vas a fiestas, yo no. Punto.

Él sigue riendo.

—Pero, Key...

—No quiero escuchar más sobre este asunto.

Niego con la cabeza mientras la veo retirarse, apretando los puños a cada lado de su cuerpo, está todavía pensando en lo que le he dicho de mi primo.

Regreso a mi lugar para presenciar una escena tan repetida como cualquiera de los episodios de *Two and a Half Men* en Warner: Luciano coqueteando con una cliente, una práctica común suya y otra alerta de que no ha pretendido besarme ayer. Tiene la cuenta más grande de helados a su cargo de la tienda; si la heladería Seri está por irse a la quiebra es responsabilidad del hijo del dueño.

—¿Qué?

—Eres un regalado —le arrebato el teléfono de las manos para ver que ha creado un nuevo contacto; ha intercambiado números con esa chica.

—¿Por qué? —Se inclina hacia mí con esa sonrisa cínica puesta sobre los labios.

—Pensé que te gustaba Verónica —le devuelvo el teléfono.

—¿Verónica...? Ummm... No está mal —encoge un hombro.

Niego con la cabeza sopesando sus actos. Tal vez sí tenía en mente besarme anoche. Le gustan todas.

No, Lulú, tú no le gustas. Olvida eso.

Otra hora transcurre antes de que se termine mi turno. Durante este tiempo han venido los padres de Luciano, a ninguno de los señores Seri les gusta que su hijo trabaje detrás del mostrador, eso es obvio, pero justo cuando ellos están aquí es cuando más eficiente se comporta, como si quisiera demostrarles algo, un tipo de rebeldía admirable. Cuelgo el delantal, me despido y salgo a la terraza para esperar a Eduardo, que ha quedado en venir por mí a esta hora.

Veinte minutos más tarde Eduardo no ha dado señales de vida. Prefiero no acosarle, si él ha dicho que vendrá por mí es porque va a cumplirme.

Otros cinco minutos transcurren sin que Eduardo se presente. La calle comienza a desolarse y las personas de la heladería a retirarse. Me doy por vencida y le escribo. Él responde:

Lo siento, Lulú. Se me presentó un inconveniente. No puedo pasar por ti. Te llamo mañana. Te quiero.

Apago la pantalla del teléfono y miro la calle, incrédula de que no me sienta dolida. Hasta hace unos días he pensado en él y suspirado por su recuerdo, deseando que una llamada suya sucediese, y hoy que ha sucedido y después que no ha salido bien, que ha surgido este desencuentro, no me siento afectada; por el contrario, me siento increíblemente aliviada de algo sobre lo que definitivamente no he estado segura.

—Lucía... —la voz de Kira me distrae—, ¿qué haces todavía aquí? —Viene con su hermano, ése al que no soporto.

—Estoy esperando a Andre —apenas he leído el mensaje de Eduardo, he solicitado por escrito el auxilio de mi primo. Observo que en el lenguaje corporal de Kira se manifiesta un cambio y que incluso se muerde dubitativamente el labio cuando escucha su nombre. Es obvio que algo pasó entre ellos anoche, algo que ella, como me di cuenta hace un rato, no está dispuesta a admitir.

—Deberías llevarla, Luciano.

—Ella tiene con quien irse —su mirada dulce transformada en un sabor amargo me hiere.

—No hace falta, Kira —le miro de soslayo—. Ya vienen por mí —Luciano deja de mirar.

Andre, por favor... Haré tu tarea toda la semana.

—Si alguien viniera por ti no estarías como loca moviendo esos dedos en el teléfono. Por favor, Luciano, llévala.

Veo que exhala profundamente, fastidiado de que se le de órdenes relacionadas con mi auxilio, primero bailar conmigo, luego escoltarme y ahora llevarme a casa. Todo contra su voluntad.

—Vamos —señala el Jeep.

—No, gracias.

No pienso aceptar nada más de él. Extraigo el teléfono del pantalón y empiezo a escribir un nuevo mensaje desesperado para Andre. Lo próximo que sé es que Luciano me lleva a rastras hacia el Jeep.

—¡Eres un bruto! —El mensaje a medio escribir sigue en el teléfono que va colgando de mi mano. Luciano abre la puerta del pasajero y me deposita ahí. Más atrás puedo escuchar la risita de su hermana.

—¿Qué pasó con tu cita, Santa Lucía?

—Creí que ya no era Santa Lucía para ti.

—Ya que te dejaron plantada sigues siéndolo —me desembarazo de su mano con brusquedad—. Que sepas que no suelo quedarme con lo que otros no quieren —acomoda mis piernas dentro del coche y cierra de un golpe la puerta.

—¿De qué estás hablando? —Le pregunto cuando se incorpora en el Jeep.

—De nada —se muerde el labio y niega con la cabeza antes de encender el Jeep.

—¿Vas a dejar a tu hermana?

—Se irá con Teo.

Suspirando mi resignación, me cruzo de brazos, indignada de que hoy todo me ha salido tan mal.

Luciano da un giro al coche para tomar la avenida que conduce al apartamento de tía Gisselle, y enciende su ipod. Empieza una canción sobre un chico que está cambiando por el amor de una chica, que se despide del pasado, que abraza su nombre, que quiere un rincón de su mente y ser el único delante de sus ojos. Me siento como ese chico de alguna manera. Apoyo la cabeza en la almohadilla del asiento y cierro los ojos por unos segundos. Al fondo escucho la voz de Jason Wade elevarse. Ha subido el volumen para mí.

La brisa me da en la cara, la noche está fresca y la calle poco concurrida aunque uno que otro coche transita, entre estos un Fiat Palio azul, que pasa de prisa en sentido contrario.

—¡Es Andre! —Me engancho a la manga de la camisa de Luciano. Él

mira por donde le tengo tomado y sus ojos pasean desde mi brazo, siguiendo por el hombro, el cuello y mi mejilla hasta llegar a mis ojos, luego pone los suyos en el retrovisor. Sin dejar de tocarlo, su brazo está entre mis dedos meto mi cabeza entre los dos asientos y miro hacia atrás. Andre está estacionándose delante de Kira, que hace un mohín al verlo—. ¡Vuelve! —Tiro otro poco de la manga.

—Vas a romper la camisa.

Le suelto la manga pero dejo mi mano en su brazo, mi contacto no parece molestarle, sonrío ligeramente con los labios y con esa mirada que está fija en el camino.

—Vuelve —insisto, apretándole un poco el bícep, que si bien no es como uno de La Roca, es lo suficientemente fuerte y formado para un chico de dieciocho que practica fútbol.

—Déjalo —su voz suena ronca. Él mira brevemente a través del retrovisor, mientras yo sigo la escena de soslayo. Veo que mi primo ya ha apeado del coche y que está delante de Kira.

—Luciano... —inconscientemente sigo con mi mano sobre su bícep, es una caricia, como ésa que le propicia Sandra Bullock a Ryan Reynolds en la escena de *La Propuesta* en la que los dos están en la cama—, Andre ha venido por mí, debemos volver —él me mira de reojo y sonrío burlón—. ¿Te han dicho que eres insoportable? —Odio tener que dejar de tocarlo, pero necesito ponerme en contacto con mi primo. Activo mi teléfono y le marco.

Debido a que Luciano no conduce rápido, todavía puedo ver las siluetas de Andre y Kira sobre la calzada. Mi llamada cae en su teléfono pero Andre no se preocupa en contestar. *Tal vez su teléfono está en el coche*, pienso.

—Por favor, da la vuelta, Luciano—, insisto con él, tentada a poner mi mano en su brazo nuevamente, pero me contengo. También insisto con la llamada a Andre, que, ¡ah!, ha escuchado pues veo que extrae el teléfono del bolsillo del pantalón, mira quién está llamándole y se lo guarda otra vez—. ¿Pero qué...?

Le pongo fin a mi llamada y me acomodo en el asiento.

—Veo claro que tu primo ha encontrado algo mejor que tú en la heladería.

—Cierra el pico.

Luciano se ríe de mí tanto como le gusta, mientras yo me hago a la idea de que tendré que soportarlo hasta que lleguemos a casa.

Miradas

Siempre me ha parecido curioso que las animadoras vengan ataviadas con el uniforme durante la jornada escolar. Es como si quisieran marcar cierta diferencia entre ellas y el resto de los simples mortales.

—Cuéntamelo todo... —dice Becca, que hoy ha venido deslumbrante; a ninguna de las animadoras le queda el uniforme tan impresionante como a mi amiga. Hoy viene caracterizada porque al final de la jornada el *squad* animará al equipo de básquetbol local—. ¿Están de vuelta?

Se refiere a Eduardo y a mí.

—No lo creo... —evito mirarla mientras avanzamos juntas a nuestra clase de Mate, fijo la vista en otro punto, en un rincón del pasillo están cuatro chicos, entre los que distingo a Luciano. Aparto la mirada antes de que pueda detectarme, pero no lo consigo, me mira por un segundo y también aparta la mirada.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Me detiene. Algunas veces no quisiera contarle mis pequeños problemas a Becca por todo lo que tiende a agrandarlos.

—Porque no estoy segura de que sea algo que tenga que suceder —*que estemos de vuelta*—. Ni siquiera fue a buscarme anoche —suelto porque ésta es una conversación que no podré esquivar y lo mejor será sacarla del medio de una vez.

—¿Qué...? —Miro al techo, quisiera que Becca fuera menos melodramática.

—Mira, será mejor que lo olvidemos, ¿está bien? A mí no me ha afectado tanto como pensé que podría afectarme, así que no tiene por qué afectarte a ti —continúo la marcha porque sé lo que se viene, un cúmulo de improperios contra Eduardo, que si qué se ha creído, cómo me ha hecho esto, etcétera, etcétera. Conozco la cantaleta.

—¡Olvidarlo...! —Me sigue—. No, es que lo mato; pero ¿qué le pasa? ¿Quién se ha creído...? No, no me revuelvas los ojos, Lucía Daniela. Espero que lo hayas llamado para insultarlo y presentarle algunos tipos de muerte lenta.

Niego con la cabeza a su pregunta y le explico:

—Me escribió un mensaje para informarme del contratiempo.

—Ah, pero qué considerado... —agita los brazos, Becca es muy expresiva al hablar—. Dime, por lo que más quieras, que esta vez sí lo enviaste a la mierda, Lulú.

Niego con la cabeza nuevamente.

—¿No? —Yo sigo negando—. ¿Es que te lavó el cerebro, o qué?

—Ya, déjalo, Becca. Lo mejor es ignorar que sucedió —me vuelvo y continúo el camino hacia el salón tratando de ignorar al chico de la esquina del pasillo.

—¡Becca...! —Es Ulises quien está llamándola. Ninguno de los chicos se resiste a Becca cuando viene uniformada.

—No —ella no repara en él sino en mí, no se rinde todavía con el tema. Soy muy afortunada—, no pienso ignorar que sucedió. Va a escucharme si se sale con la suya.

—¡Becca...! —Ulises la reclama nuevamente.

—¿Qué quieres? —Le responde furiosa. Acosándola no conseguirá obtener su atención. ¿Por qué no se da cuenta?

—Ven aquí —demanda.

—Si eres el que tiene algo que decirme, ven tú.

—¡Ven, Becca! —Le dice Luciano, que traslada sus ojos desde los de mi amiga a los míos. Dejo de mirarle cuando hacemos ese breve contacto visual.

—Rebecca, por favor, ven —Paolo pronuncia su nombre completo con una voz de terciopelo que hasta a mí me ha envuelto como un guante a una mano.

—Recuérdame, Lucía —pone sus libros en mis manos para que yo continúe al salón y le reserve asiento—, que no debo venir ataviada desde el inicio de la jornada ni involucrarme sentimentalmente con dos amigos. Es el asunto más incómodo, especialmente cuando uno de ellos no sabe nada de lo que sucede entre los otros dos y es un celoso demente.

—Pues ahí veo tres amigos involucrados contigo —atisbo a ver por un segundo a Luciano que ríe a carcajadas. Su mirada vuelve a mí haciendo que se me caliente el estómago.

—No empieces que ayer hablamos y sabes quién me gusta para él.

—Eres una obstinada —replico, ella suspira profundamente y se alisa el vestuario.

—La próxima vez tenme vigilada. Deséame suerte.

—¡Suerte! —Entorna los ojos, ella no es una gran fan de mi sarcasmo.

—¡Lucía...! —Escucho mi nombre mientras me dirijo al aula. *Es que no podía quedarse tranquilo.* No me detengo ni me vuelvo, solo le miro de soslayo, intuyendo que no es nada importante para lo que me solicita, lo que confirmo cuando observo que está riendo maliciosamente y luego dice—: ¡Dame una cita!

Miro hacia el cielo y niego con la cabeza, obstinada de sus tonterías. *¿Hasta cuándo será esto?*

Más tarde, terminada la jornada, cuando estoy cambiándome para las prácticas de volley recibo un mensaje de Eduardo en el que propone pasar por mí en la noche, prometiendo compensar su ausencia de ayer.

Una parte de mí quiere verle y escucharle por todos esos sentimientos que le he tenido reservados durante tantos meses desde que rompimos, pero la otra se siente muy confundida. Ha sido cierto lo que le he reconocido temprano a Becca, anoche no sentí como en otrora su desplante. En otro tiempo dependía demasiado de él y de su afecto, que me dejara sin explicaciones, que tuviera que ser yo la que indagara su paradero me habría destruido, pero supongo que justamente ha sido ese tiempo separados el que ha trabajado sobre los viejos hábitos y creado algunos nuevos en los que Eduardo se mantiene en la distancia. Lanzo el teléfono dentro de la mochila sin responder el mensaje. Lo más bajo de su desplante es lo tonta que me ha hecho sentir mientras le esperaba, cuando él nunca iba a venir, y ser objeto de comicidad para el observador de la situación originada por él.

—¿Qué sucede? —Me pregunta Kira, que también está cambiándose, ella y yo compartimos horas de prácticas de volley cuando no está practicando con la selección oficial de la escuela.

Anoche cuando Andre volvió a casa una hora más tarde desde que yo volviera, después de insultarle por no haber recibido mi llamada, me contó sobre su intento fallido de disculparse con Kira por el beso que él estaba seguro había forzado con ella cuando estaba en un grado de felicidad ética cuestionable. Andre estaba desecho, a ese beso le tiene asignado un significado parecido al de un tesoro oculto dentro de un cofre en el fondo del mar, un tesoro que pierde valía cuando una de las dos personas involucradas niega su existencia categóricamente.

—Nada.

Me gustaría conversar con ella sobre Andre pero después de las barreras que ha puesto anoche creo que será mejor posponerlo.

—¿Nada y la pagas así con tu teléfono? Te recuerdo que es tan frágil

como una quinceañera enamorada.

—Lo sé —admito sonriendo débilmente.

—De verdad. ¿Estás bien?

Respondo afirmativamente con la cabeza y posiblemente con el corazón.

Al terminar las prácticas de volley me voy de volada a los vestidores para cambiarme e ir a la heladería. Es un poco pesado tener que traer en la mochila el uniforme del trabajo, cambiarme en la escuela y salir desesperada de un lugar a otro, pero cuando tengo prácticas de volley o de atletismo salgo a tope con las horas.

Me incorporo a la avenida en dirección a la parada de autobuses. Normalmente, cuando no tengo prácticas, camino hasta el apartamento de tía Gisselle. La secundaria Eyre está situada entre uno de los vecindarios más bonitos de ciudad Verano, y ciudad Verano es una localidad rodeada de mar y vegetación, que goza de un clima especial, generalmente hace calor, pero entre noviembre y febrero la temperatura desciende algunos grados, lo que transforma el cálido clima en algo fresco. Como casi es noviembre hoy es uno de esos días, todavía no son las cuatro y la brisa que me acaricia las mejillas es tan agradable como este paseo que suelo disfrutar, que si no fuera por la premura con la que voy andando sería de lo más encantador.

Cruzo la calle, casi estoy en la parada de autobuses cuando observo que el Jeep Wrangler café cruza en la misma dirección que yo. Camino rápido para llegar hasta la parada antes de que Luciano pueda verme, pero cuando casi estoy ahí se detiene y me habla.

—Sube, te llevo.

No desprecio su ofrecimiento, es una oportunidad de oro para no llegar retardada al trabajo. Además de que mis sentidos me dicen que quiero estar con él siquiera unos minutos.

Luciano me mira de soslayo esbozando la combinación de su sonrisa dulce y mi favorita, la cínica, cuando estoy a su lado en el Jeep, algunas veces quisiera saber qué es eso tan simpático que encuentra en mí que lo hace sonreír tanto cuando me mira. Le sube el volumen a la música, hoy está escuchando a Drake.

Miro por la ventanilla el paisaje mientras la brisa me da en la cara, en este momento él está mirándome, llevamos un rato intercambiando miradas. Cuando él me mira yo detallo el prado y los bonitos vecindarios de ciudad Verano, cuando es mi turno quiero comerle la cara con los ojos, me quedo embelesada en sus labios finos, sus cejas pobladas, el color aceituna de su

piel y esa sombra de barba que es tan poco común en los chicos de la escuela. A Andre le tarda en crecer una semana, y esto que los dos tienen la misma edad, sin embargo está claro cuál está más desarrollado de los dos. Me da por creer que se rasura todas las mañanas.

—¿Qué? —Creo que le he mirado más tiempo del normal.

—Es la barba —estiro la mano hasta alcanzar su mejilla, es muy corta, incluso creo que se ha afeitado con una máquina nueva, pero todavía pica—, me gusta.

En sus ojos se refleja un brillo que no se le ve regularmente y sonrío.

—Si en la escuela no me obligaran a quitármela me la dejara. En general parezco el hombro lobo —dice apartando ligeramente las manos del volante para demostrar el exceso de vello que le cubre los brazos—. Pero mi espalda está limpia —alarga el brazo derecho hacia mi asiento y me pellizca la cintura. Me hace torcerme del cosquilleo. Luego nos concentramos en el camino, con Drake de fondo musical y pienso que me gusta esta dinámica con Luciano Seri. Me gusta mucho.

—¡Hey! —Me saca de mi distracción.

—¿Ah...?

—¿No vas a contestar?

Le miro confundida.

—Tu teléfono está zumbando.

—¡Oh...! —Lo extraigo de la mochila que tengo sobre mis piernas y veo de quién se trata. Finalizo la llamada y guardo el teléfono dentro. Él está mirándome curioso.

—No, no voy a contestar.

—¿Tu cita de ayer? —Esta vez mira la carretera. Es seductora la forma que tiene de conducir el Jeep, como si fuera una extensión de sí mismo, no pierde detalle del camino aunque esté mirándome.

—¿Tú qué crees? —Se encoge de hombros. Particularmente preferiría no hablar de mi situación con Eduardo con él, pero elijo mantenerme con la guardia alta. Si el que me está llamando no hubiese sido Eduardo, se lo habría hecho creer.

—Si un chico te deja plantada, Lucía... —sigue mirando el camino.

—No ha nacido el hombre que me deje plantada —le interrumpo.

—¡¡¡Wow...!!!

—Métete en tus asuntos, ¿quieres?

—Está bien, está bien... Con la condición de que recuerdes algo —

extiende la mano derecha hasta mi rostro, obligándome a mirarle, sus dedos en mi barbilla. No creo que se trate de una tregua—: *el teléfono es muy frío...* —canta.

—Eres insoportable, Luciano —aparto sus dedos de mi cara, él ríe descontrolado—. Todo es un juego para ti. Te aclaro que de no haber estado al límite de la hora no habría aceptado que me llevaras al trabajo —me remuevo en el asiento.

—No te molestes, Lucía —me pellizca la cintura nuevamente mientras se ríe de mí.

—Eres un idiota.

—Ah, ¿lo ves...? Tú me dices cosas hirientes, yo apenas te pido una cita, ¿por qué te molestan tanto estos pequeños detalles que tengo contigo?

—Porque no son detalles y son demasiado continuos.

—No son detalles... Bueno, a ver cómo será cuando deje de decirte cosas. Lo sentirás.

—No lo creo.

—Lo veremos —estira la mano para que junte la mía, como si estuviésemos por hacer un pacto.

¿Es cierto? ¿Dejará de decirme cosas?

Con duda le doy mi mano y en un apretón sellamos lo que sea que acaba de pasar.

—¿Tienes trabajo hoy? —cambio de tema.

—Estoy libre esta noche.

—Qué bueno —le molesto, él me mira de soslayo, entornando la mirada—. Así no tendré que verte.

—Lamento aguarde la fiesta pero sí me verás.

—¿Dónde?

—En la heladería.

—¿De qué sirve que no tengas trabajo si irás a la heladería?

—Porque tengo una cita, bebé —me pellizca la cintura por vez número noventa—, por eso.

Le miro un instante, está sonriendo con los labios pero su mirada parece asustadiza.

—¿Ah, con esa pobre chica con la que estuviste coqueteando anoche?

—Si sale conmigo no es una pobre chica. Será bueno que estés presente, Santa Lucía, entonces sabrás cómo debe comportarse un chico con una chica en una cita. Tú querrás ser ella.

—¡Ja!, lo dudo. Y sé bastante bien cómo se comporta un chico con una chica en una cita.

—Claro, si eres Santa Lucía, la reina de las citas, excepto que a mí no me das una.

—No me necesitas, tienes demasiadas opciones.

Él ríe suavemente mirándome de soslayo.

—¿Estás celosa, Santa Lucía?

—Por favor... —retiro la mirada de sus ojos hacia el paisaje de la ventana.

—Sí... estás celosa —me pellizca la cintura.

—Ya deja de hacer eso —me aparto.

—No te molestes —vuelve a hacerlo.

—Un día de estos voy a acceder a la estúpida cita y no vas a saber qué hacer.

No miro qué reacción hace porque apenas le suelto esa bomba mi teléfono zumba. Veo que es Eduardo nuevamente. Esta vez le contesto sin meditarlo demasiado. Necesito demostrarle a Luciano que sí puedo tener novio... o una cita, al menos.

—Lulú... al fin te localizo —suena desesperado.

—Sí... Hola.

—Estás molesta —sentencia.

¿Qué pasa con los chicos que todos creen conocer mi estado de ánimo?

—*¿Por qué habría de estarlo?*

—Lulú, ayer...

—Mira no importa, ¿qué quieres?

—Verte.

—Sí, claro.

—Ves cómo sí estás enfadada.

No argumento.

—Quiero verte hoy y que sepas que ayer también quería verte es solo que...

—Mira, ahórrate las explicaciones y mírame por Facebook.

Cuelgo la llamada.

—¡Wow...! —Extiende el brazo y me acaricia la cabeza—. Así se hace.

—Tú cállate —esquivo lo que queda de la caricia y él ríe sin ofenderse.

—De verdad, ¿estás saliendo con ése, Lucía?

—¿Tú qué crees?

—No creo nada —separa las manos ligeramente del volante—, prefiero preguntar..., que tú me lo digas.

Debería mentirle, decirle que sí, que estoy saliendo con Eduardo para que deje decirme cosas que para él no significan nada, pero opto por la verdad.

—Fue mi novio, es todo.

—Un novio que está buscándote otra vez.

Encojo un hombro.

—No lo sé... No le entiendo.

—¿Le quieres?

Tampoco lo sé.

—¿Por qué me haces estas preguntas?

—No es nada personal... —me gusta como sus manos son una ilustración de sus respuestas aunque esté manejando, las ha abierto sobre el volante.

—¿Nada personal? Todo lo que has preguntado ha sido personal.

Baja la mirada y sonrío. Su sonrisa dulce. Ahora creo que esta es mi favorita.

—Me refiero a que... Bueno, quisiera ayudarte, si es que necesitaras decidir algo.

—¿Qué necesito decidir, Luciano...? A ver, ya que te crees tan experto.

—No lo sé..., si te gusta o no, si quieres estar con él o con alguien más.

Le miro. Ahora sí que estoy confundida.

—No he estado planteándome tener una relación.

Esa es la verdad. La indiferencia de Eduardo me dejó el corazón deshecho después de lo de mis padres y no estoy tan segura de querer que eso suceda otra vez. Sólo quiero terminar mi último año, matricularme en la universidad e ir a vivir con mi hermana.

—Entonces no tengas una.

—No sabía que te creyeras la doctora corazón.

—Me agradas, Lucía, desde siempre.

—Estás siempre molestándome, Luciano, ¿cómo es que te agrado?

—Molestarte forma parte de ese agrado, *Santa Lucía*, pensé que te habías dado cuenta.

Miro por un segundo la miel en sus ojos, imaginando que me está diciendo la verdad, pero no puedo con tanta profundidad y desvío la mirada hacia la calle. Éste ataque de cordialidad y franqueza que le ha dado a

Luciano me pone vulnerable.

—No... —le digo esperando que la brisa que me da en la cara le haga llegar mis palabras—. Es una forma bastante rara de demostrarlo.

El rey de la selva

—Bien, queridas, acá les dejo el cuestionario.

Cada una de nosotras, Becca, “Nica” —que cuando tuvo conocimiento de que su arhrrival estaba oficialmente invitada para la actividad asociada a la exhibición del viernes se ha sumado sin invitación— y yo, ocupa un escritorio diferente para hacer la ficha de los jugadores. A nosotras nos corresponde entrevistar al equipo de fútbol; a dos chicos de la clase, Andre y Carlos, les corresponde llenar las fichas de las chicas del equipo de volley.

Los chicos se presentan uno por uno en nuestras mesas; del otro lado, el grupo de chicas también se ha formado y esperan su turno para ser entrevistadas. Kira es la primera de la línea, toma asiento en el escritorio identificado con el número “1”, en lugar de sentarse frente a Carlos, que cuida del número “2”. El escritorio donde ella se ha colocado está desocupado.

—¡Pero qué mala organización! —Le escucho exclamar, yo trato de llenar la ficha de Joaquín, el primero de los chicos en sentarse conmigo.

—Eh... ¿nombre? —Le pregunto aunque sé su nombre completo puesto que ha cursado algunas clases conmigo. Joaquín es uno de los chicos más dulces y cálidos que conozco. Me gusta que los otros dos tomaran asiento con Becca y Verónica y que él tuviera que escogerme por *default*.

—Joaquín Baldomero —me responde con toda la humildad.

Tipeo su nombre en el modelo de ficha instalada en las táblets que nos ha facilitado la coordinación deportiva para esta actividad.

—¿Lugar de nacimiento?

—Miss G. —Kira me distrae, también a Joaquín que se ha quedado pensando en dónde ha nacido. Mi tía, que está coordinando esta actividad con el entrenador López, así como la mayoría de las actividades extracurriculares de la secundaria Eyre, se acerca a ella. Baldomero, que también ha estado atento a lo que sucede, me pasa su identificación para que copie en la ficha sus datos personales—, ¿cómo es posible que la persona que tiene que hacer las fichas en este puesto no esta presente? Tengo entrenamiento ahora mismo —reclama consultando su reloj—. No puedo concederme ni un minuto de retardo, además de que usted sabe lo muy importante que es la preparación para nosotros, especialmente para el día de la exhibición; ¿a qué se debe esta

demora?

—Cariño, pero si hemos empezado hace treinta segundos, tal demora no existe.

—Si una actividad está programada para las dos de la tarde, lo menos que se espera es que todo esté organizado antes de ese momento.

—Mi vida, no veo tal desorganización. Si no aparece el chico de este puesto, pasa después de Luisa con Carlos, ¿sí?

Por un lado tía Gisselle continúa con la supervisión y por el otro mi primo se aproxima a su puesto, sin premuras y sonriente, cargando dos cafés en tazas de plástico. Pone una delante de Kira y otra delante de él cuando toma asiento.

—¿Tú? —Le dice ella inclinándose en el escritorio, visiblemente rabiosa. Él se quita los *Ray-Ban* y los coloca encima, bebe un sorbo de su café, apoya la taza y levanta la táblat en la que llenará las fichas que le corresponden.

—Yo —le dice sin mirarla, deslizando la pantalla.

—¡Esto es increíble...!

Casi no puedo concentrarme en la parte que me corresponde, Joaquín me dice que ha nacido en ciudad Verano y luego, en su identificación, leo que tiene dieciocho años recién cumplidos hace dos días. Le felicito.

—Gracias —tiene una sonrisa cálida.

—¿Y esto que es? —Escucho que Kira le pregunta a Andre.

—Se llama café y es para ti.

—Los deportistas no tomamos café —desliza la taza hacia él.

—Lo dejaré apuntado en el renglón de curiosidades —mi primo no se ofende fácilmente con el desprecio de mi amiga—. ¿Nombre, señorita?

—Sabes bien mi nombre.

—Mientras más tarde en responder las preguntas de la ficha más demoraremos en terminar nuestra entrevista.

Kira respira profundamente y levantándose de la silla antes de largarse le dice:

—¡Eres un idiota!

Espero que el contenido de la taza sea derramado en alguna de las partes del cuerpo de mi primo, por su expresión veo que él también lo espera, pero Kira demuestra un poco de civilismo y no lo hace, aunque está claro que se lo piensa, antes de retirarse hecha una furia, empuñando las manos a los lados. Noto también por la fuerza de la mordida que Andre está conteniendo sus

impulsos. Se termina el café de a pequeños zorbos y luego me mira confundido encogido de hombros. Yo le sonrío con ternura porque ternura es lo que me inspira mi primo así como un profundo lazo de hermandad.

“Te ayudaré”. Exclamo con los labios sin que las palabras se escuchen, pero él niega con la cabeza, mira la fila de chicas que esperan por ser atendidas y llama a la próxima.

—Esos dos están enamorados —opina Joaquín.

Eso quisiera, pienso, pero por respuesta sólo sonrío.

La dinámica de entrevistas se da de la siguiente manera: Ulises se sienta con Becca y Arturo con Verónica. Luego pasan, Gonzo con Becca, José con Verónica —que al completar la ficha de uno de los chicos pregunta en voz alta dónde está Luciano— y John conmigo. Siguen, Paolo con Becca, Luca con Verónica y Francisco conmigo. Becca se queda un poco más con Paolo que con los anteriores (llevan dos semanas saliendo a escondidas de Ulises), puedo escucharla reír coquetamente, están hablando en una entonación que solo ellos pueden escuchar y que les obliga a tener sus rostros a escasos centímetros del otro. De pronto el llenado de las fichas se ha convertido en una tarde de citas express. Termino mi última ficha, o al menos eso creo, que es la última, la de Francisco, cuando otro chico, el capitán del equipo, coloca la silla que el arquero ha desocupado al revés y se sienta a horcajadas en ella.

—Pienso que te corresponde con Verónica.

No hago contacto visual con él, nuestra relación se ha sentido confusa desde que saliera con esa chica con la que coqueteó en la heladería, aquella con la que intercambié números telefónicos, la misma cita sobre la que me advertió cuando me trasladó aquella tarde desde la Eyre al trabajo, y yo, en medio de estos sentimientos confusos que tengo por él, le escribí a Eduardo para confirmarle, a pesar de que una hora antes le había colgado el teléfono, que podía pasar por mí al trabajo.

—Me corresponde con quien yo elija —hago un mohín con la mirada y activo nuevamente la pantalla de la táblet tratando de ignorar esa inflexión de su voz. Lo mejor será no discutir.

—¿Nombre? —Empiezo.

—Creo que podríamos saltarnos esa pregunta, ¿no crees?

—Claro, si todo el mundo en esta secundaria conoce el nombre del capitán del equipo de fútbol...

—Luciano Seri —ataja mi discurso levantando la mano para que no continúe hablando. Hago todo lo posible por ocultar mi sonrisa y tipeo su

nombre en la ficha.

—¡Hey! —Escucho la voz de Verónica, que se presenta delante de nosotros, colocando una mano sobre el hombro de mi entrevistado. Hace un momento, cuando Luciano se acercaba a la sala de conferencias deportiva, en la que estamos tomando las entrevistas, se ha apresurado en terminar la ficha de Luca, pero Luciano no ha tomado asiento con ella sino conmigo—. Es a mí a la que le corresponde hacer tu ficha.

—¿Sí? —Retrocede un poco y mira hacia el escritorio de Verónica, en el que Roberto está esperando por ella.

—¡Por supuesto!

—Pero Rob está ahí. Ve a atenderlo, que aquí, Lulú —me mira rápidamente, consciente de que está empleando el nombre por el que me llama la gente que siente afecto por mí, uno que a él le queda rarísimo, pero que hace que en mi estómago se presente ese conjunto de ridículas mariposas que se conmueven con su voz, y que ahora solo pueden escuchar, como un eco, su “Lulú” en ese tono profundo con el que habla—, ya está conmigo.

—Pero...

—Te llamo luego, ¿sí? —Toma la mano de Verónica y la besa. Yo aparto la mirada antes de que sus ojos me busquen y me concentro en nada de la táblet. ¡En nada!, solo deslizo la pantalla de arriba hacia abajo para simular que estoy ocupada en algo y que no me ha importado el flirteo que tienen esos dos. La escucho reír tontamente y por reflejo de mi campo visual detecto que ella asiente con la cabeza complacida por la promesa. Luego se acerca a su oído para decirle algo a lo que él acuerda también asintiendo con la cabeza. Supongo que se verán más tarde o...

¡Qué te importa, Lulú!

Sigo jugando con la aplicación de la ficha, pasándome a las anteriores y devolviéndome a la de Luciano, evitando el contacto visual con él mientras pienso en lo fácil que resuelve sus incomodidades. Me saca de mis cavilaciones cuando se aclara la garganta.

—Te dije que a ella le correspondía llenar tu ficha —suelto sin mirarle—. Ha estado reclamándote toda la tarde.

—Y yo te he dicho que me corresponde con quien yo elija —nos miramos el segundo que logro sostenerle esa mirada empalagosa que tiene—. ¿Cómo vas con ese novio que tienes? —Su pregunta me sorprende al punto de manifestar su reacción en mi estómago.

—Se supone que soy yo la que debe hacer las preguntas. ¿Edad?

—¿Te trata bien?
Le miro. Él levanta los brazos.
—Dieciocho.
—¿Signo zodiacal?
Frunce la boca y se lo piensa bastante.
—¿No sabes tu signo zodiacal?
—El zodíaco me confunde un poco, dónde termina un signo y comienza el otro, pero es el que va al final de los días de julio.
Leo. Eso explica esa personalidad invasiva que tiene.
Lo escribo en su ficha.
—¿Qué? ¿Cuál es?
—No puedo creer que no sepas tu signo zodiacal.
—Es confuso para mí memorizar qué signo pertenece a cuál mes.
—Solo tienes que memorizar el tuyo no el de toda la clase.
—Sí, bueno, ya ves... —encoge un hombro.
—Todo el mundo conoce su signo zodiacal.
Niego con la cabeza.
—Es Leo —le revelo el supuesto misterio.
—Leo..., hmm.
—El signo más fácil de memorizar del zodíaco.
—El signo más fácil de memorizar es Virgo, y a las filas de ése ya no pertenezco, Santa Lucía.
Idiota.
—¿Estás llamándome idiota en tu mente, no es así?
Odio que sepa interpretarme.
—Cierra el pico —él sabe muy bien cuándo hacer uso de su sonrisa cínica.
—¿Cuál es el tuyo?
—Eso no te importa —le encanta que le riña..
—Ves cómo eres... Tú sí tienes derecho a investigarme, pero yo a ti no.
—Yo estoy *obligada* a investigarte.
—Ésa es la excusa de siempre.
La mayoría de las veces no comprendo sus mensajes encriptados.
—Entonces soy el rey de la selva.
—Faltaba más que el zodíaco se te fuera a la cabeza. ¿Hobby?
—¿No me lo dirás? —Mi signo.
—¿*Hobby*...? —Pongo énfasis en la palabra punteando con el dedo

sobre el espacio insensible al tacto de la tábleta—. ¿Qué te gusta hacer?! — No puedo disimular que me gusta jugar con él y por lo que demuestra su sonrisa, a él también disfruta de nuestra dinámica.

—Prefiero que lo adivines.

Puedo adivinar lo que le está pasando por la mente pero no lo digo.

—No, no puedo adivinar, me lo tienes que decir.

—Si la señorita prefiere mantenerse misteriosa, yo también —se encoge de hombros.

—Bien... —empiezo a escribir, pero lo digo para que él me escuche—.

“Me gusta tener fantasías eróticas con Cristiano Ro...”

—¿Qué estas escribiendo, Lucía? —Intenta alcanzar la tábleta, pero tengo los sentidos muy agudos y no le permito tocarla.

—Tu pasatiempo favorito —le doy un guiño—. Apuesto que ahora querrás fichar para la Juventus.

—Ja, ja. Hoy la niña está creativa —me reprocha—. Deja de escribir tonterías.

—Entonces dime tu pasatiempo.

—Me gusta, no lo sé... ¿jugar al fútbol?

—Ah, pero qué elemental. No, no podemos colocar aquí que tu pasatiempo es jugar al fútbol. ¿Qué más te gusta?

Inclina la silla contra el escritorio, en este momento pende de dos patas, sus ojos nadan dentro de los míos con la intención de intimidarme, pero no pienso permitirselo.

—Tú.

Parpadeo dos veces consciente de que está jugando conmigo, pero por un segundo me creo que le gusto. Sí, me lo creo hasta que suelta su odiosa carcajada.

Ah, con que esas tenemos... Escribo en la ficha nuevamente y lo digo para que me escuche:

—Sí, definitivamente tienes fantasías eróticas con Cristiano Ronaldo.

Pienso levantarme de la silla y dejar esta ficha inconclusa, pero recuerdo lo que ha sucedido más temprano entre Kira y mi primo y decido quedarme. No quiero actuar con inmadurez, aunque Luciano esté poniéndomelo demasiado fácil para ser la más infantil de todas.

—Lucía, déjate de juegos —extiende el brazo hacia mi nuca para poner mi cabeza a pocos centímetros de la suya.

—Ah, tú puedes jugar con mi mente pero yo no con la tuya —no me

dejo intimidar.

—Ya juegas suficiente con mi mente. Siempre.

Me pierdo en la miel de sus ojos con este mensaje encriptado que prefiero mantener en la laguna de dudas que tengo sobre él y su relación conmigo.

—Ya deja de decir tonterías y dame un pasatiempo —le digo sin dejar de mirarlo. Él cede en el contacto conmigo y nos separamos al nivel de distancia que hemos tenido antes.

—No tengo uno —sé que está mintiendo, que hay algo que le apasiona además del fútbol, pero lo dejo, me doy por vencida y escribo en su ficha: *flirtear con las chicas*.

—¿Qué? ¿Qué has escrito? No sigas con eso de las fantasías eróticas, Lucía, a menos que estés escribiendo que son contigo.

—¡Ah!, ¿he puesto en duda tu hombría?

—Puedo demostrarte todo lo hombre que soy cuando quieras —se inclina hacia mí nuevamente, esta vez sin forzarme a tenerme cerca.

—No me intimidas... —digo para seguirle el juego aunque le muestro lo que he colocado en su ficha.

—No está mal, no está mal —sonríe, inflado porque he dejado su hombría bien situada—. Es uno que me gusta mucho, sí..., pero —pone su mano sobre la táblet—, no creo que debas colocarlo ahí.

Entorno los ojos.

—¿Por qué no? Es un detalle que va a gustarle a toda tu fanaticada y que va a elevar todavía un poco más tu popularidad. Mira tal vez seas tú el que resulte elegido para jugar con el Real Madrid.

—Aumentar mi popularidad —responde rápidamente— no es algo que estoy buscando.

—¿No? —estoy verdaderamente confundida.

Niega con la cabeza.

—Entonces dime algo que pueda escribir.

—Mira, escribe que me gusta escuchar música, es trillado pero siempre funciona. Además no es falso. Escuchar música me relaja.

Es cierto, siempre que subo a su Jeep está escuchando música, y no un estilo específico de música, sino todos los géneros, rock en inglés y español, pop, country e incluso reggaeton, que desde el principio ha quedado claro que le gusta y lo baila bien.

—¿Qué tipo de música? —Digo solo para fastidiarlo.

—También lo pregunta ahí —se inclina sobre la táblet.

—No pensarás que voy a escribir: *su pasatiempo es escuchar música*. Qué soso, Luciano, agreguémosle chispa a la que se supone debería ser la ficha más interesante de la Juventina.

Exhala profundamente.

—Está bien, escucho todo tipo de música, desde David Bowie, Phill Collins, Hombres G y Andrés Calamaro hasta, no lo sé, Despacito.

Sonrío pues justamente eso he pensado.

—Está bien, está bien..., agregaré que te gusta el rock con una especial inclinación por el reggaeton.

—Te crees muy lista —arquea las cejas, yo le doy un guiño acompañado por un hombro encogido y el intento de una sonrisa pícara.

—Debo agregar otras cosas, como qué quieres hacer cuando seas grande, cuáles son tus sueños y tonterías como ésas.

—Tonterías de verdad.

—¿Dónde quieres estudiar? —Sigo el guión de la ficha.

—Todavía no lo he decidido, Lulú.

Mi referencia otra vez, parece que se le está haciendo costumbre. Aparto la mirada esperando que no se dé cuenta de que me burbujea el estómago cuando dice mi apodo.

—¿Qué? No puedo decirte así, ¿es eso? ¿Es una intimidad que no puedo permitirme?

—No he dicho eso.

—La piel te ha cambiado —extiende la mano hasta alcanzar mi mejilla, siento el rubor que se acumula ahí donde me toca— las dos veces que he usado tu *nick*.

—Tus técnicas seductoras no funcionan conmigo, Luciano, ya deberías saberlo —me refiero a que mi mejilla está en la palma de su mano, él retrocede y suelta una de sus carcajadas, luego asiente con la cabeza y terminamos de llenar su ficha sin más tropiezos.

Me comunico con Melissa mientras camino a casa. Este fin de semana nos reuniremos en Lara.

—Chiquitita —dice—, estoy contando las horas para verte —Melissa siempre ha sido muy cariñosa, de alguna forma ella ha asumido el rol de madre conmigo—. ¿Cómo está todo, hermanita? ¿Cómo va el corazón?

—El corazón está bien...

Debido a que intuyo que esta parte de la conversación girará alrededor

de Eduardo, cruzo la avenida, no que vaya a tomar el bus, pero porque de este lado hay muchos chicos de mi clase y no me gustaría que escuchasen lo que hablo con mi hermana.

—¿Se ha comunicado nuevamente contigo ese idiota?

—Generalmente.

—¿Qué te dice?

—Deja mensajes con excusas de que está muy arrepentido, de que ahora sí está solo y cosas parecidas que no le creo y que no me importan.

—¿No te importan de verdad, Lulú?

¿Importarme...? Bueno, esto es lo que sucedió:

Después de esa noche que Eduardo fue a buscarme a la heladería, movida por un acto de estúpida rebeldía, retomé mi relación con él, incluso fui yo la que se lo pidió. En ese momento traté de convencerme de que lo hacía porque mi primer novio me importaba todavía, pero en el fondo sabía que lo hacía por otro motivo: dejarle claro al idiota de Luciano, que ya había fastidiado bastante mi ego, que sí era capaz de tener una relación. Sin embargo nada me salió bien.

A pesar de que puse todo mi empeño en que retomáramos nuestra relación donde la habíamos dejado, ninguno de los dos parecía estar verdaderamente comprometido con el otro y al término de dos semanas, la verdad había salido a la luz: Eduardo tenía una novia formal con la que se dejaba ver por la bahía. Becca, para su desgracia, fue la que lo encontró con una chica bastante conocida de la secundaria Gallegos, a la que asisten ambos. De acuerdo a lo que pudo averiguar mi amiga, han sido novios básicamente desde hace más de un año; es decir, que todavía tenía una relación conmigo cuando estaba con ella.

—Deberías bloquearlo —me sugiere Melissa.

—Creo que eso es un poco exagerado.

—Lo que te hizo es imperdonable, Lulú. Si ya tenía novia, ¿qué quería contigo...? Bueno, sé exactamente lo que quería contigo —hace un breve silencio antes de preguntarlo—. ¿Lo obtuvo?

—No —en esas dos semanas no me acosté con Eduardo.

Escucho a través del auricular cómo mi hermana se relaja.

—No la habrías pasado bien, Lucía, si después de entregarte en corazón y cuerpo, como habría sido de haberlo consentido, se te hubiera presentado la situación que ahora sabes.

—Lo sé.

—Quiero que estés bien.

—Estoy bien. No voy a perdonarle, no te preocupes.

—No se trata de no perdonarlo. Puedes hacerlo, de hecho, lo harás, dentro de un rato, en unos días o algunos años, incluso te reirás de lo que ha sucedido, pero en este momento no me gustaría que sufieras o que esta situación te marcara. Sé lo mucho que has querido a ese chico y todo lo que te ayudó cuando...

—Voy a estar bien, Mel —la interrumpo, no quiero que me recuerde lo mucho que me apoyó Eduardo con lo de nuestros padres—, te lo prometo.

—Bueno, voy a creer que sí. Ahora, ¿qué haremos este fin de semana? ¿Cómo van nuestros planes?

—Pues ya he quedado con Francesca para que me cubra viernes y sábado en la heladería y yo le haré a ella el fin de semana próximo.

—Genial —está diciendo mi hermana cuando junto a mí detecto el particular sonido de un coche—. Ya quiero reunirme con mis dos personas favoritas —se refiere a Andre, que irá conmigo a verla, y, obvio, a mí.

—¿Vamos al parque, Lucía? —Miro al chico que lentamente me sigue en un Jeep.

—Soy de las que prefiere caminar, gracias —le rechazo solo para molestarlo.

—Entonces tendré que seguirte como un acosador hasta tu casa.

No sé por qué creo que sería capaz de hacerlo. Detengo el paso, suspiro y me subo al Jeep.

—¿Es él? —Pregunta Melissa.

—No —nuestras miradas conectan—, es otra clase de idiota.

—No conozco a otro idiota además de Eduardo, Lulú.

—Yo sí, y créeme, éste es diferente —nuestras miradas no han perdido conexión.

—¿Qué amigo es ése que tienes tan reservado...? ¡Ah, no me digas...! ¿Es por ese amigo que no te ha dolido lo que sucedió con Eduardo?

—No he dicho que no me duela —veo que Luciano frunce el entrecejo al escuchar las frases que estoy diciendo.

—No seas misteriosa y dime quién es, Lulú.

—¿Delante de él...?

—En morse si es necesario.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo es que siempre me toca la gente más testaruda?

Suspiro. Luciano está intrigado por mi conversación telefónica.

—Nada, ¿recuerdas ese chico que te conté, el que me sacó a bailar bajo coacción en la fiesta de Halloween? —él revuelve los ojos, ahora sabe que estoy hablando de él, pero no me importa, siempre va a gustarme recordarle ese momento.

—Al que tía Gisselle y Becks le pagaron, sí.

Después de todo, y gracias al entrometimiento de tía Gisselle, que aquel fin de semana le soltó a Mel que había estado muy enfadada con ella y Becca, terminé contándole lo del baile con Luciano a mi hermana.

Cubro la bocina del teléfono.

—Mi hermana cree que eres un gigoló.

—Ah, hablas con tu hermana. Pásame con ella.

—¿Como para qué?

—Tú obedece.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —Pregunta Melissa cuando nota que he dejado de prestarle atención.

—Nada, ahora le ha dado porque quiere hablar contigo.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues ponlo, ¿qué esperas? También siento una curiosidad inmensa por él.

—Por favor, te comportas —le advierto a ella.

—¿Cuándo no lo he hecho?

Pongo los ojos en blanco como si ella pudiera verme y presiono la tecla de altavoz.

—¿Cómo? —Dice él—. ¿No puedo mantener una conversación en privado con tu hermana?

—¿Estoy en altavoz?

—Sí.

—Ay, Lulú, cómo eres, que no te lo voy a quitar.

—No es mío como para que me lo quites... *Tampoco quiero que lo sea* —me adelanto. De soslayo observo que él entorna los ojos y divertido niega con la cabeza.

—Luciano aquí.

—Melissa acá... Tanto gusto.

—El gusto es mío...

—Tú dirás.

—Eh, sí, Melissa, solo quería aclararle que...

—¿Acla-qué...? A mí, por favor, me tuteas, que no soy ninguna señora.

—Muy justo —dice enteramente serio, como nunca le he visto o escuchado antes—, solo quería hacer de tu conocimiento, que nunca he sido manipulado para invitar a bailar a la señorita —me mira de reojo—. Si la invité, como la he invitado en otras oportunidades, fue porque quise, de hecho, aprovecho que te tengo de testigo para solicitarle a ella que el viernes baile conmigo en el matiné.

Nuestras miradas conectan los segundos que preceden la autorización de mi hermana.

—¡Wow...! De mi parte tienes mi consentimiento. Ahora..., ¿quieres bailar con él, Lulú?

Se me escapa una risa involuntaria.

—¿Qué dices?

Luciano detiene el coche lentamente, con la mirada fija en el camino pero sin que se le pase detalle de mis reacciones. Ha estado mirándome todo el tiempo. No me explico cómo lo hace.

—¡Ya estoy en casa, Mel! —Vocifero con alegría. Como he comentado antes, el camino entre la escuela y el apartamento de tía Gisselle es corto, por eso generalmente lo camino cuando no tengo actividades deportivas y que salir corriendo a la heladería—. ¡Te retiro del altavoz!

—Espera, Lulú...

—¡Luego te hablo, besitos! —No le doy tregua y corto la llamada. Miro a Luciano y él me mira a mí, sin rodeos, ya no tiene la excusa de mirar el camino.

—Gracias por traerme —le digo.

—No pensé que fuera con tu hermana con quien estuvieras hablando.

—¿Con quién entonces?

—¿De verdad...? —Le invito a explicarse con la mirada—. Pensé que estabas diciéndole cursilerías a ese noviecito falso que tienes.

—¿Noviecito falso?

—Sí, bueno, eh... —baja la mirada y sonrío. No tiene nada que replicar.

—Que sepas que no tengo novios falsos. Y no estés celoso.

Ríe. Le he dado dónde lo duele.

—¿Celoso? ¿De ése? Por favor...

Piso un labio con otro para no sonreír. Veo que ha mordido el anzuelo, con esto no creo que vuelva a hacer alusión a Eduardo porque creerá que yo

pienso que está celoso y nadie quiere que otra persona piense que está celosa, mucho menos cuando no se sienten tales celos.

—Esta noche debo ir a tu casa —le informo. Antes de retirarme de la escuela he quedado con Kira para hacer su ficha.

—¿Ah, sí? Pues puedes ir cuando gustes.

—Gracias —le digo, sintiendo que mi corazón se ha expandido ante tanta amabilidad—. Terminaré la ficha de Kira.

—¿Qué pasó con su ficha?

—No le gustó que fuera Andre su entrevistador.

—Esos dos... ¿Qué le pasa a Kira con Andre?

Solo sé qué le pasa a Lulú con Luciano. No he debido permitir que su manera de ser y de tratarme terminara conquistándome. No soy su tipo, ya Kira me lo dijo una vez. ¿Por qué no he impedido a tiempo que mis sentimientos por él crecieran? No le interesas, Lulú. ¡Entiéndelo!

—Exceso de química —digo para no sonar como una llorona que quiere llamar su atención.

—Dinámica, guerra de voluntades.

Sonríe ampliamente y baja la mirada; cuando hace eso muestra un lado suyo vulnerable que prueba que es capaz de desarrollar ternura.

—¿Por qué estás tan amable hoy?

—Siempre soy amable.

—No conmigo. Me buscas pelea todo el tiempo.

—Te equivocas, ésa eres tú.

—Entre tú y yo no soy la provocadora.

—Como te pongas de nuevo esa faldita —la que me prestó su hermana y terminé aceptando como un obsequio— no estaría tan de acuerdo con tu opinión.

—Idiota.

Él ríe.

—¿A qué hora irás?

—No lo sé... A las seis o siete.

Él asiente con la cabeza.

—¿Trabajas hoy? —Pregunto por hacer conversación pues sé que sí, que esta tarde le corresponde estar en la heladería. Desde hace dos o tres semanas que vengo memorizando cuando coincidiremos en el trabajo. ¿Por qué miento? Lo he venido memorizando desde siempre.

—Sí —me mira apear del Jeep.

—Hasta mañana, Rey de la Selva.

—Hasta mañana. Y sé que eres Virgo, Santa Lucía, el signo más fácil de memorizar del zodiaco.

Respiro profundamente, mientras el cambia la velocidad del Jeep y sale de mi calle.

Andre y Kira

—Voy a hacer tu ficha —le informo a Andre que está tirado en el sofá haciendo zapping.

—¿Aceptó? —Pregunta con la mirada fija en la tele, todavía moviendo los dedos sobre el mando pero sin detenerse en ningún canal ni en mí. En vano se esfuerza en hacerme creer que no le importa lo que estoy diciéndole.

—¿Acaso creíste que la capitana y jugadora estrella del equipo de volley iba quedarse sin su ficha?

—¿Conseguiste, entonces, que hiciera espacio en su apretada agenda para ti?

—Por supuesto —le quito el remoto de la mano y lo apoyo en la mesita junto al sofá—, no me llamo Andre y, gracias al Cielo, no me parezco a ti.

—Ni te odian como a mí.

—No creo que te odie, Andre —hago que me dé espacio en el sofá para sentarme junto a él—. Kira solo es especial.

—Eso lo sé —apoya los antebrazos en las rodillas y se cubre el rostro con las manos.

—Tal vez si la ignorases un poco...

—Me es imposible ignorarla, Lulú —enfatisa como si le hubiese pedido algo fuera de este mundo.

—Está bien, está bien. Adórala todo lo que quieras.

—No se trata de adorarla, es solo que... ¡Es su maldito temperamento que me pone loco! —explica vehemente, estrujándose las sienes—. Hacer que me mire, que me hable, que me rete, se ha convertido en un desafío para mí. Me gusta todo de ella, que sea tan independiente, tan rebelde y tan jodidamente preciosa.

Kira Seri es tal cómo la describe Andre: preciosa naturalmente, no se pone ni una gota de maquillaje, y se viste tan cómoda como cualquier chico, nada de zapatos de tacón, ni sandalias cruzadas ni faldas ni tops, solo un par de jeans, shorts o leggings, camisetas y Converse. Es tan enfadada que parece ir siempre en dirección contraria al mundo. Generalmente tiene una opinión sobre cada asunto, raras veces se equivoca, nunca da su brazo a torcer y es el horror de los profesores.

—La tengo demasiado metida en la cabeza.

Le comprendo perfectamente. A mí me pasa algo similar con el hermano de la chica. Me levanto del sofá y doy dos pasos hacia la mesa del comedor para recoger las llaves del coche de tía Gisselle, podría llegar caminando o en bus, pero prefiero que él me lleve.

—Entonces, qué dices —tintineo las llaves delante de él—, ¿me llevas a ver a tu amada?

Mira hacia arriba, yo estoy de pie él sigue en el sofá, hace un gesto con la cabeza y la mirada como diciendo, “bueno, pero solo porque me lo pides”, aunque en realidad está pensando: “vamos, que se nos hace tarde”. Asiente con la cabeza, se levanta del sofá en el que lleva echado más de dos horas y me quita las llaves de la mano. Sonrío, definitivamente esta enamorado de ella.

La casa de los Seri está protegida por muros levantados sobre piedra, que apenas dejan ver a través de la verja lo bonito que es todo por dentro.

Le escribo un mensaje a la princesa del castillo para anunciar mi llegada antes de apearse del auto. Andre permanece dentro esperando que alguien salga a recibirme, siempre lo hace cuando me deja en casa de Becca, por ejemplo, aunque en esta oportunidad sé que se queda también porque espera verla. Yo temo que ella se ponga más furiosa que por la tarde y que todo esto termine peor de lo que ha venido saliendo. Sin embargo, no me atrevo a decirle a mi primo que se marche.

Kira no tarda más de dos minutos en salir a recibirme. Desde el lado de afuera de la casa puedo verla atravesar el jardín como si flotara entre los lirios. Ella no es como su hermano, que prefiere el acceso directo desde la cochera y la escalerilla escondida de la cocina —el recuerdo me hace sonreír—, ella utiliza la entrada principal de la casa. La sonrisa instalada en el rostro de Kira, sin embargo, se desvanece cuando detecta, estacionado en la calle, el coche de mi primo.

—No te preocupes, ya se va —me adelanto, creyendo que va a sentirse aliviada de saberlo, pero, por el contrario, luce afligida, baja la mirada como si lo sintiera, alertándose cuando Andre acelera de forma tan brusca el motor que creo que ha dejado marcados los neumáticos en el pavimento. Tal vez ha estado esperando que mi primo apearse del auto para fastidiarla y conseguir

que le perdone (*aunque no sé qué tendría Kira que perdonar*), pero eso no ha sucedido. Observo que ella lentamente cierra la verja, sin perder de vista el recorrido del coche.

—Pensar que tuvimos que obligarte a que te quedaras con la ropa —dice luego de unos segundos.

—Sí, bueno, eh... —me he puesto la falda que me regaló por la referencia que Luciano ha hecho esta tarde cuando estaba dejándome en el edificio de tía Gisselle y por los recuerdos que me trae de esa noche que estuve en esta casa, de las cosas que me dijo al oído y del casi beso en la fiesta de Paty. He querido ponérmela para él, es la verdad, aunque no vaya a enterarse—. Tal vez no debí ponérmela.

—Al contrario, deberías vestirla más a menudo, te queda perfecta.

—Y tú tienes una figura de modelo, Kira, y ropa muy bonita que te quedaría estupenda.

—Soy una tomboy, Lucía, nada femenina. A ti, sin embargo, todo te queda bien —sonríe con tristeza.

—Probablemente no te importe ni te haga cambiar de idea esto que voy a decirte —nos detenemos en el umbral—, pero mi primo ha dicho que eres jodidamente preciosa —sonríe esperanzada de que el comentario empiece a derrumbar esos muros que le tiene levantados al pobre, y veo claro, por su reacción de bajar ligeramente la cabeza y la mirada, que lo consigo—. Y a Andre le gustan las chicas muy femeninas —remato.

Ella no llega a hacer contacto visual conmigo, por un par de segundos su mano se queda suspendida sobre el pomo de la preciosa puerta de madera doble hoja, como si estuviera sopesando la información, pero cuando se decide a responder, dice lo siguiente:

—Tienes razón, no me importa lo que piense.

Suspiro resignada. He cantado victoria muy pronto.

Entramos en la casa, en la que nunca parece haber personas habitando, pero cuando atravesamos la sala una mujer rubia y alta, ataviada con un delantal por encima de un suéter púrpura y unos pantalones finos que tía Gisselle jamás podría costearse, con las manos cubiertas de algo que parece una mezcla con harina, sale a nuestro encuentro desde la cocina. La reconozco inmediatamente porque la he visto otras veces. Es Gabriella Seri, la madre de Luciano y Kira.

—¿Quién es, hija? —Pregunta.

—Es Lucía, mamá, te dije que vendría a verme.

Le sonrío y con exceso de respeto le pregunto cómo está, pensando en que podría disgustarle o parecerle un atrevimiento que una empleada suya entre con tanta confianza en su casa. Los padres de Kira siempre me han parecido intimidantes, gente inaccesible, muy distintos a ella y a su hermano; para muestra, su madre me mira con frialdad.

—Bien, querida —responde sin sonreír, desviando la mirada en cuanto puede.

—Estaremos arriba haciendo algo de la escuela —anuncia su hija.

—En veinte minutos estará lista la cena —anuncia. La casa huele a pan horneado y a salsa napolitana, a pizza—. Tu amiga puede quedarse.

Al decirlo, la señora Seri me repasa con desdén de arriba abajo, incluso creo, por el comentario, que no sabe que trabajo para ella. Secretamente espero salir de esta casa tan pronto termine de hacer la ficha de Kira. E intentaré que sea en diez minutos para no tener que aceptar la invitación a cenar.

Subimos por la escalera principal hasta la habitación de Kira, desde donde observo un poco más los detalles de la casa. Antes de esta habitación hay un estar que abre paso a dos alas, del lado de la habitación de Kira hay dos más, pero del otro se distinguen cuatro. Cuestionarme en cuál duerme Luciano es inevitable. Kira abre la puerta de su recámara y se sienta en la cama *King size* cruzando las piernas para sostenerse la cabeza con el puño.

—¿Y bien?

Tomo asiento en un sillón frente a la cama, pacientemente extraigo la tablet de mi bolsa, deslizo la pantalla y busco su ficha.

—¿Vas a explicarme lo que significa?

—¿Qué cosa?

Me hago la indiferente, jugando con la aplicación, pero sé perfecto qué quiere que le explique.

—El comentario de tu primo —pestañea varias veces, como dándoselas de importante—, ¿por qué o en cuáles circunstancias lo dijo?

—Pensé que no te importaba.

—No me importa, no me malentiendas —levanta el brazo contrario al que se está sosteniendo la cabeza—, pero una no puede quedarse así como si nada después de escuchar tal opinión. Venga de quien venga.

—No te preocupes... A lo mejor es el único chico del planeta que se siente así por ti —encojo un hombro al agregar—: Qué más da.

—Ah, muchas gracias, Lucía.

Deja de mirarme. Rayos. Andre va a matarme si sabe, y lo sabrá, que he ocasionado un desastre verbal que terminará en más odio hacia él y una ficha inconclusa.

—Me refiero a que eres tan gruñona que quién va a acercarse a ti así, Kira —ella vuelve el rostro para tratar de ocultarlo detrás de su hombro—. Lo siento te he respondido como alguien que trata de defender el orgullo de un primo que generalmente es pisoteado —suspiro—. Significa que eres muy bonita sin tener que esforzarte... Y me lo dijo porque suele contarme todo y sé que le gustas mucho.

Ella me mira tras mi revelación, bueno, no tanto como una revelación porque todo el mundo sabe que Andre está loco por ella, pero presiento que he conseguido que en ella se presente un vuelco inesperado.

—Tienes razón, Lucía, creo que sólo le gusto a tu primo porque es un bicho raro como yo.

—Andre no es un bicho raro. Tampoco lo eres tú.

—Es demasiado alto y demasiado delgado y tiene todas esas pecas y esos rulos que no se corta. Además es un flojo que no riende en clases, que hace sufrir a la pobre Miss G. con sus bajas calificaciones. Ni siquiera es bueno en Inglés. Sé que fuma y bebe hasta emborracharse en las fiestas. Tampoco trabaja y siempre anda metiéndose en problemas. Una gruñona como yo solo podría conseguir la atención de un vago como él.

Suspiro profundamente. Esto no tiene remedio.

—Andre no aprueba Inglés con mejores calificaciones porque es un rebelde, tía Gisselle le ha hablado en ese idioma desde que es un niño, y él lo habla, lo lee y lo entiende perfectamente. Para que lo sepas, él nunca quiso estudiar en la secundaria Eyre porque su mamá forma parte de la plantilla de profesores y porque tampoco es bueno para el deporte, pero tía Gisselle le obligó. De ahí una parte de su comportamiento irreverente. No justifico sus meteduras de pata pero es el primo más cariñoso y preocupado por sus primas, que ha tenido una infancia marcada por la ausencia de un padre que le abandonó a consciencia.

—Tú perdiste a los tuyos, eso es más doloroso.

—No discuto que sea doloroso, pero sé que ambos me amaron sin limitaciones. Andre no puede decir eso.

—Su mamá le quiere mucho.

—Su mamá sabe ser muy buena tía, pero como madre de un chico es un lío.

Por un segundo Kira levanta la mirada. Creo que está estudiando algo dentro de su cerebro, hay cosas relacionadas con Andre que la agobian, incluso tiene opiniones sobre él. No me he esperado que tuviera definidas opiniones sobre mi primo. Aunque he contado con indagar algo esta noche, en realidad no he esperado que hablásemos tanto de él.

Me atrevo a emitir una yo.

—Si Andre trabajara, obtuviera mejores calificaciones y no se emborrachara en las fiestas, ¿te agradaría más?

—Andre no me agradaría más ni volviendo a nacer.

Resoplo. Esto no tiene fin.

—Mejor dejemos de hablar de Andre y empecemos con esto —retomo la táblet de mi regazo.

—Lo siento, Lucía, pero es que... —se baja de la cama y camina inquieta por la habitación, evitando mirarme pero sopesando algo—. Tu primo hace que me hierva la sangre. Eso me pasa. Por eso no quiero verle nunca.

—¿Tanto le detestas? —Detiene el paso. Veo que su rostro se nubla y por un momento creo que va a llorar.

—Tienes razón, mejor no hablemos de él —se da la vuelta así que no puede ver que le doy la razón asintiendo con la cabeza y que empiezo a llenar su ficha sin hacerle preguntas porque conozco las respuestas. Sí le pregunto, cuando se ha calmado y retoma su puesto sobre el colchón, qué quiere que coloque en su pasatiempo favorito, pero no tengo oportunidad, como sí la tuve con su hermano, de que ceda en algo distinto al volley. A lo mucho consigo que me diga que pasa el tiempo viendo *partidos de volley* en la tele o en internet cuando no está practicándolo ella y que le gusta hacer yoga. Me dice cuáles son sus aspiraciones, qué piensa estudiar y con esto se termina el cuestionario.

—Debí enviarte las preguntas por correo, ahora que lo pienso, no tenía sentido venir.

Excepto porque he querido meterme en el cerebro de Kira con la intención de investigar lo que siente por Andre.

El resultado ha sido desastroso.

Aunque, en realidad, una parte importante de mí ha querido venir a esta casa otra vez con la ilusión de encontrarme con Luciano, algo muy estúpido pues él está trabajando.

—Está bien que hubieras venido, Lucía —ella extiende la mano, junto la

mía con la suya, como una especie de tregua, aunque no estemos molestas—. Deberías venir más seguido, pocas veces me siento en confianza con alguien. Eres como una hermana para mí.

Le sonrío y aprieto un poco más la mano.

—Cuando no tengo que estudiar tengo que trabajar. Ha sido un milagro tener el día libre. Pero sabes que puedes contar conmigo cuando me necesites.

Ella sonrío también, ninguna de las dos necesita darse las gracias para saber lo agradecidas que estamos de nuestra amistad.

—Eres admirable. No todos los chicos tienen tu tesón.

—Ni tu disciplina, Kira, tú también eres admirable —quiero decirle lo que en casa me dicen, sobre que debería salir un poco más y distraerse, pero recuerdo lo mucho que me disgusta cuando se ponen así de insistentes, en plan sermón, y me lo reservo.

Miro la hora en mi reloj, son casi las ocho de la noche. Han transcurrido más de los veinte minutos que Gabriella Seri dio como referencia para la cena.

—Siento haber dicho lo que dije. No es cierto que sólo le gustes a Andre. Eres una chica muy bonita que en cualquier momento conseguirá la atención de un chico que la vuelva loca.

Ella me mira rápido antes de responder:

—Sólo quiero gustarle a mi deporte, Lucía. El volley es la única relación que siempre he tenido y quiero tener. Al volley le gusto tal y como soy, no necesito ponerme un vestido ni maquillarme —quiero decirle que por Andre tampoco necesita hacer ninguna de esas cosas, pero me lo reservo también.

—Entiendo.

—No puedo permitirme una pizca de distracción.

Le sonrío en aquiescencia.

—Hablando de distracciones, ya debo irme... —rebusco mi teléfono en la bolsa que he dejado en el suelo junto al sillón y me levanto—. Tengo que escribirle a, bueno, ya sabes a quién, que venga por mí —ella baja la mirada y veo que se remueve sobre el colchón—. Le pediré que me espere en la esquina para que no tengas que verlo.

Lo que menos quiero es que Kira se sienta mal en su propia casa.

—Puede venir a recogerte aquí, soy capaz de comportarme, aunque no quiero que te vayas. ¿Por qué no te quedas y hacemos cosas de chicas, mientras esperamos que el idiota de Luciano venga y le pido que te lleve.

Niego con la cabeza.

—No, eso no.

—Vamos, a ti te gusta hacer cosas de chicas —ella no comprende el sentido de mi negativa, es con su hermano con quien *no* puedo encontrarme aunque lo desee, menos cuando llevo puesta esta falda—, podríamos pintarnos las uñas la una a la otra o lo que sea que hagan las chicas.

—Kira, tú no te pintas las uñas y...

—Porque se me gastaría el esmalte en una hora por asunto de mis prácticas de volley, pero sería lindo ponerme las uñas de color rosado.

Niego nuevamente sonriendo, aunque he tratado de convencerla para que se vista con la linda ropa que tiene en el armario, la imagen de Kira con esmalte rosado en las uñas se me presenta rarísima.

—Eso podemos hacerlo otro día cuando me visites donde vivo. Además, cuando las chicas nos reunimos, generalmente hablamos de chicos.

—Yo..., bueno —esconde la mirada—, no creo que alguna vez te visite, Lucía.

—Porque conmigo vive Andre, claro —no me devuelve la mirada, sino que juega con sus uñas irregulares—. No me quedo porque no quiero darle molestias a tu hermano —ella vuelve a mirarme—. Tendrá cosas que hacer —y posiblemente tenga esa cita que acordó con Verónica esta tarde, o con la que esté de turno. Lo que sea... O simplemente esté cansado de ser mi chofer.

—Difícilmente Luciano se ocupe con algo al salir de la heladería... excepto cuando tiene novia, pero en estos días no es el caso porque no tiene una.

—¿Qué pasó con Verónica? —Se me escapa la pregunta en voz alta. Kira ríe cuando me ve cubrirme la boca con la mano—. Ha sido una gran indiscreción de mi parte, no tienes que contestar.

—Sé que salen cuando, supongo, a él le dan ganitas, ya sabes.

Sonrío porque tengo que mantener oculto este sentimiento que desde siempre he tenido por Luciano y que se ha descontrolado los últimos días, desde que a mi tía y a mi mejor amiga se les ocurriera comprometerlo para que bailase conmigo hace algunas dos semanas, pero por dentro se me está revolviendo el estómago, en parte de asco de que esos dos se usen con tales fines.

—Pero no está con nadie —Kira interrumpe la dirección de mis pensamientos.

Acepto quedarme, más por la insistencia de Kira que porque quiera encontrarme con el chico de las “ganitas”, de hecho, he temido encontrarme con él o que él piense que me he quedado aquí para encontrarme con él, aunque eso no sea lógico. Por esta misma obligación he tenido que cenar con Kira y su madre y me he sometido a un cuestionario más complejo que el de la ficha de sus hijos, desde quiénes son los mejores profesores de la Eyre, los mejores alumnos, y si estoy incluida entre estos, hasta qué pienso estudiar cuando termine la secundaria y en dónde. Nunca me he sentido más tensa durante una cena.

—Gastronomía... —me cuestiona—. Pensé que todos los chicos que iban a la Eyre tenían aspiraciones deportivas.

—Y las tengo. Soy muy buena en atletismo aunque también practico voleyball con su hija.

—Lucía es de las más rápidas de toda la escuela, mamá. Competirá en el próximo maratón de ciudad Verano y la están preparando para que compita a nivel regional.

—Ah, ya veo... Pero, Gastronomía... ¿Quieres ser chef?

—Chef de repostería, sí.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Qué clase de dulces haces?

—Dulcería criolla, principalmente, aunque tengo cierta debilidad por todo lo que se hornee con chocolate.

—Interesante... ¿Supongo que te irás del país para prepararte?

—Me trasladaré a Lara con mi hermana. Allí hay excelentes institutos.

—Fuera del país es donde conseguirás el mejor entrenamiento.

—Algunos no podemos costearnos un “fuera del país”, y sé que estaré bien con mi hermana.

—Los chicos siempre queriendo desembarazarse de la protección de sus padres.

—Mamá, Lucía no...

—Está bien, Kira —le digo sonriendo, pero sé, por su semblante, todo lo enfadada que está por la actuación de su madre.

No me gusta que sientan pena por mí, mucho menos quiero o necesito la compasión impuesta de Gabriella Seri.

Unos minutos después le doy las gracias por la cena y me levanto de la fría mesa luego de que han retirado los platos y hemos comido de postre un

pastel de chocolate al que le ha faltado consistencia, pero me reservo el comentario.

—Por nada, hija, espero que te haya gustado todo.

—Sí, muchas gracias —me levanto de la silla, quiero largarme de esta casa, pero todavía me falta una apreciación más de la madre de mis amigos, que vuelve a repasarme con la mirada de arriba abajo y frunce el entrecejo al detenerse en mi falda—. ¡Pero qué casualidad! Kira tiene una falda igual.

Él estómago se me retuerce cuando escucho la aseveración; de haber sabido que la madre de Luciano estaría aquí, y que conoce de memoria la ropa de su hija, no me habría puesto esta falda. Miro a Kira solicitando su auxilio.

—Se la regalé a Lucía, mamá.

—Ah, se la regalaste... —mira la pieza y luego a mí, con desdén a la segunda—. La última vez que una chica vino aquí haciéndose pasar por amiga de mi hija se llevó unas cuantas prendas sin su autorización. Es una pena que las chicas se dediquen a eso, hoy en día.

—¡Mamá...!

—¿Qué?

—¿Cómo le dices eso a Lucía?

—No te preocupes, Kira —le digo con la mirada fija en los ojos de su madre, cuya profundidad no me recuerda a la de su hijo, la de Luciano es vizcosa pero dulce, la de su madre es como el oro negro—. Tu mamá no está refiriéndose a mí.

—Por supuesto que no —ella también me ha sostenido la mirada pero luego de mi respuesta le da un desvío.

—Pero es de muy mal gusto —le dice su hija, levantándose de la silla también—. Lucía solo vino para completar mi ficha para el día de la exhibición.

—Sí, y he debido retirarme hace mucho. Muchas gracias por su amabilidad de recibirme y la cena, señora Seri; le pido disculpas pues no he debido aceptar las prendas que me ofreció su hija sin que antes usted la autorizara para que las cediese.

—Ah, pero es que es más de una...

—Y le regalaría todo mi armario. Esa ropa está desperdiciada conmigo.

—En absoluto, Kira, mañana mismo te devolveré todo.

—¿Devolver qué? —Mis pupilas se dilatan y la piel se me eriza con el tono de esa voz.

¿Qué está haciendo él aquí?

—Hijo, ¿por aquí tan temprano?

Apenas son las nueve de la noche, cuando Luciano trabaja suele quedarse hasta el cierre de la heladería, cerca de las once y después de esa hora.

—Ha sido una noche floja —se detiene a mi lado. Ha entrado por la cochera—. ¿Está todo bien? —Me pregunta. Sus finos dedos me acarician la espalda y me mira con esa dulce vizcosidad que podría reconocer sin mirar.

—No está nada bien, Luciano, Mamá acaba de ofender a Lucía.

—No la he ofendido —dice la madre imponente—, fue solo un comentario, tú misma te diste cuenta, ¿verdad que sí, hija?

La falsedad con la que ha dicho *hija* me hace dar un respigo involuntario.

—No me ha ofendido —repongo, sin embargo no quiero ser la causante de una disputa familiar—, no obstante, prefiero devolver la ropa, si no es molestia.

—No tienes que devolverla porque no necesito solicitar consentimiento de nadie para dar lo que es mío —replica Kira enfurecida, inclinada sobre la mesa, apoyándose sobre las muñecas.

—Mamá, Lucía es nuestra amiga y si Kira le obsequió la ropa fue porque así lo quiso. Es de ella ahora.

—Eso quedó claro, cariño. Ven, siéntate, le pediré a Doris que te ponga un plato.

—Comeré luego. ¿Qué ibas a hacer? —Me pregunta.

—Voy de salida, Luciano, gracias. Y ha estado todo bien.

—Ayúdame a convencerla de que no se marche, Luciano.

Él me mira y yo también, arquea una ceja, yo sonrío.

—El chofer puede llevarla —dice su madre levantándose de la mesa.

—Yo la llevaré —un dedo suyo se enlaza con uno mío. Él no ha dejado de mirarme ni yo a él.

—Pero, si estás llegando, hijo.

—He venido a buscarla, mamá.

Le doy permiso a mis súbditas mariposas para que aleteen todo lo que quieran.

—Vamos —entrelaza todos sus dedos con los míos y me traslada hacia la puerta de entrada de la casa, no me saca por la cocina, que es su lugar favorito para entrar y salir. Me hace un poco de gracia.

—Luciano, no quiero causar más problemas —digo cuando estamos afuera, pero él no me pone atención.

—Te dije que siente fascinación por las piernas descubiertas —hasta este momento observo que Kira nos ha seguido. Su hermano pasea por mis piernas y sonrío únicamente para mí. Creo que sabe que me he puesto la falda por el comentario que ha hecho esta tarde—. Ni se te ocurra devolver la ropa o no volveré a hablarte —me amenaza su hermana—. Te la di con todo mi afecto, Lucía. No le pongas atención a mi madre. Es lo que yo hago para sobrevivir aquí.

—Es lo que hacemos todos —opina él.

Pero mi orgullo se siente tan ofendido que no puedo prometerles nada, solo sonrío para tranquilizarlos.

—¿Vamos?

Nos miramos como si hubiera una conexión entre nosotros.

—Está bien.

—Gracias por ayudarme a que se quede un rato más —le reclama su hermanita.

—El ambiente no está bueno ahí. Si hubiera sabido que mamá estaría en la casa no la dejo venir.

—Chicos, de veras, no me siento ofendida.

—Porque eres Santa Lucía y nada te molesta.

—Algunas cosas me molestan... —replico mirándole de soslayo, como él coqueteando con Verónica o las chicas que hacen fila en la heladería para que él las atienda.

—Si quieres estar un rato más con ella, ven con nosotros —le dice a su hermana sin dejar de mirarme.

—¿De verdad...? Que no se diga más —dice Kira.

Los tres andamos hacia la calle, donde está el Jeep de Luciano y por lo menos yo me sorprendo de la ruta que toma, va de vuelta a la bahía.

—¿Dónde vamos? —pregunta su hermana.

—¿Querías estar un rato más con Lucía, no?

Kira frunce el entrecejo.

—¿Dónde nos llevas, Luciano? —indago.

—Todos los chicos están en la playa. Es noche de fogatas.

Noche de fogatas

Kira le dice una buena cantidad de improperios a su hermano por haber arrastrado con ella sin su consentimiento a una de las noches de fogatas que semanalmente organizan los chicos del último año de la Eyre.

—Tú fuiste la que quiso venir, Key.

—Porque pensé que dejarías a Lucía y volveríamos a casa. Sabes muy bien que no soy de salidas nocturnas, Luciano. Que no soy de salir. ¡A ningún lugar...!

Luciano me mira de soslayo y ríe.

—Además, no estoy apropiadamente vestida.

Kira lleva unos leggins negros, *sneakers* y un top rosa que le deja al descubierto el ombligo.

—¡Lucía, haz algo, por favor! —Solicita desesperada.

—Tampoco sabía que nos traería aquí, Key.

—Vamos, Key, diviértete un poco —apaga el motor. Ha aparcado en la bahía, entre los autos de los demás chicos. Me vuelvo a mirarla a través del espacio entre los dos asientos, así como él, y le hablo con los ojos, invitándola con la sonrisa, pero nada funciona, sigue enfurruñada, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin hacer intento alguno de apearse del coche. Luciano y yo nos miramos sin saber qué hacer.

—Has debido contarnos tus planes antes de traernos aquí —le digo.

—Un solo plan —me corrige—, que a ti te habría contado sin problemas, pero si lo soltaba en el camino me habría hecho volver y habríamos perdido tiempo —arquea las cejas y aprieta los labios.

Me acomodo en mi puesto y me quedo mirando al frente, sopesando su técnica.

¿De verdad me lo habría contado?

¿De veras tenía pensado buscarme en su casa para traerme aquí?

¿Es esto una cita?

¿Estoy en una jodida cita con Luciano Seri?

Mentalmente aterrizo. Luciano Seri no tendría una cita con su hermana como chaperona.

¡Despierta, Lulú!

A través del vidrio parabrisas observo que la mayoría de los chicos del último año están aquí, por ahí he visto a Becca, que baila al ritmo de un reggaeton que sale del sonido del coche de Ulises y lleva una cerveza en la mano; también veo a Paty y a Verónica, en general a todas las animadoras; y a los chicos del equipo de fútbol de la Eyre.

—Y tu primo te necesita —agrega, apuntando con la mirada el lugar en el que está Andre.

Por esto es que te ha traído, Lulú, porque sabe que Andre está pasado de tragos.

Él sabe que soy la conductora designada cuando mi primo ingiere alcohol, lo cual está haciendo en este momento, mientras baila con Luisa.

—¡Qué! —Exclama Kira—. ¡¿Ese chico está aquí?! Ahora menos quiero salir del auto.

—Tú decides —su hermano apea del Jeep, yo me quedo unos segundos más, sopesando lo que sucede, lamentando que Andre esté en esta situación nuevamente y que yo sea tan tonta como para creerme en una cita con Luciano Seri.

—No voy a bajar, Lucía —Kira me saca de mis cavilaciones. He estado tan concentrada en mis propios pensamientos, que al volverme para atenderla veo que su hermano no nos ha dejado todavía, que ha reclinado su asiento para rebuscar algo en un bolso que tiene en el asiento de atrás, en el que está su hermana, sentada exactamente detrás de mí. Pero eso no es exactamente lo que llama mi atención, sino la ausencia de una camisa que le cubra el cuerpo. Se ha quitado la del uniforme de la heladería dejando a la vista unos brazos muy bonitos, de músculos bien formados sin llegar a ser abultados, un torso delgado pero marcado, moderadamente cubierto de pelo, que le recorre ligeramente el abdomen y se va perdiendo en el vientre. En un punto de mi recorrido nuestras miradas se encuentran, veo claro que él está disfrutando de mi inspección pues tiene esa sonrisita cínica suya que tanto me enfada. Retiro la mía al instante.

—¡Oh, por Dios...! Si van a estar mirándose así prefiero bajar.

Enfadada, Kira sale del coche apartando a su hermano para conseguirlo. Luciano ya no está inclinado urgando en el bolso, pero sí de pie junto al vehículo, pasándose un polo blanco por encima de la cabeza. Nuestras miradas se cruzan nuevamente, lo que aprovecha para darme un guiño. Perfecto. Ahora sabe que me ha gustado lo que he visto.

—Bien hecho, Santa Lucía. Conseguiste que Kira Seri salga a su

primera fiesta escolar.

Entorno los ojos y sonrío con un mohín antes de apearse del Jeep y tirar la puerta. *Por supuesto.* El idiota suelta una carcajada.

—¡Lulú, qué bueno que aceptaste venir! —Dando pasos de reggaeton Becca me abraza cuando me encuentro con ella, solo viste un short y el top de un bikini, además de la cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Acepté venir?

—Le pedí a Luciano que te trajera. Quería a mi mejor amiga conmigo.

—Ah, entonces todo esto te lo debemos a ti —le reclama Kira. Becca la mira a Kira de arriba abajo. No quiero pensar que con desdén.

—Disculpa, ¿qué?

—Mira, te dejo, Lucía, me voy a la heladería.

—Espera, voy contigo.

—No, tú quédate, aquí te esperaban —Kira también mira a Becca de forma despectiva y empieza a andar.

—Kira, espera. ¡Key...!

—Le pediré a Teo que me lleve a casa, Lucía. Aquí alguien tiene que cuidar de tu primo —señala el punto en el que se encuentra Andre, que está distraído con su nueva amiga, Luisa, bebiendo ambos de la misma botella de cerveza. Definitivamente este chico tiene un fetiche por las jugadoras de volleyball—. Si mi hermano te trajo aquí es por esa razón.

No es necesario que me lo recuerde.

—Te veré mañana, Lucía, gracias.

—Deja que se largue, Lulú —Becca se engancha a mi brazo—, esa chica es una aguafiestas, no sé cómo la soportas.

—Fácil, he tenido entrenamiento por años contigo.

—Ay, que divertida te crees.

—Apesta a humo.

—Cómo serás —echa la colilla en la arena y la pisa—. Era de Ulises, yo sólo la estaba cuidando.

—Seguro. Espérame un momento, tengo que hacer algo.

Empiezo a atravesar la playa.

—Lucía Daniela, ¿qué vas a hacer...? ¿No estarás molesta porque envié a mi hermanito por ti, verdad?

Me vuelvo a mirarla.

—No, ya me estoy acostumbrando a tus intervenciones imprudentes.

La dejo aquí y me dirijo al punto en el que está Andre con su amiguita,

ahora mismo está abriendo una nueva botella de cerveza.

—¡Qué bonito! —Le reclamo.

—¡Lulú...!

—¿Cuántas de éstas has tomado?

—No empieces, primita —abraza a Luisa y bebe un trago de la botella, luego los dos ríen en complicidad—. ¿Qué crees? Estoy poniendo en práctica tu consejo, ¿cierto Luisa?

Ella asiente sonriendo y mirándole con dulzura.

—Ignorarla.

—Te felicito porque escogiste el día perfecto para llevarlo a cabo —le quito la cerveza de la mano y desparramo el contenido sobre la arena.

—¡Hey...!

—Eres el más tonto de todos los tontos de este mundo. ¿Sabes quién ha venido conmigo y se ha largado apenas te ha visto en esta actitud? —Evito repasar a Luisa con la mirada, no quiero ofenderla, ella no tiene responsabilidad de lo que mi primo siente por su compañera de equipo aunque sí pudiera tenerla de que esté prestándose para el desquite; a Andre, sin embargo, se le dilatan las pupilas cuando intuye de quién le estoy hablando. Alargando un poco más ese fino cuello que tiene empieza a buscarla y la encuentra en la distancia andando sola por la bahía. Obvio se va tras ella.

—Kira Seri nunca le hará caso —dice Luisa, sacando otra cerveza de la hielera. Me ofrece, pero antes de negarme una mano masculina la intercepta y no me permite siquiera rechazarla categóricamente.

—Es conductora designada esta noche, Luisa, gracias —dice por mí antes de darle un pequeño sorbo y devolverla a su dueña—. Espero que tú no estés manejando.

—Estoy contando con Andre para que me lleve a casa —pone sus labios ahí donde los ha tenido Luciano. No sé si lo que siento es envidia, celos, o una combinación de los dos.

—¿Que ha bebido cuánto? —Ella le revuelve los ojos y se marcha con su botella en la mano hacia otro grupo. Él se acomoda junto a mí, tan cerca que las mangas de nuestras camisas rozan una con la otra.

—Sé decir que no por mí misma.

—De eso estoy seguro.

—¿Cuándo pensabas contarme que te pidieron que me trajeras?

—Ah, ya nuestra amiga abrió su bocota.

Solo le miro, esta vez no haré un drama.

—Tu hermana se fue a la heladería.

—Y tu primo corrió tras ella.

—Es un chico que está enamorado solo.

—Como lo estamos muchos.

Nos miramos de soslayo hasta que yo vuelvo mi ojo izquierdo en un guiño y le digo:

—Tú no estás enamorado. Menos solo... Ni siquiera te creo capaz de enamorarte —él arquea las cejas y presiona los labios.

—Tienes razón, no soy capaz de enamorarme.

—Siempre lo he intuido.

Ambos permanecemos sin decir palabra por breves segundos, yo, tal vez porque me siento ligeramente atolondrada por su cercanía y el calor que proviene de su cuerpo, que está irradiando sobre mí.

—Disculpa lo que pasó esta noche. Mi madre es...

—Ni lo menciones, Luciano, está olvidado.

—¿Cómo puedes olvidar una ofensa así?

La olvido porque quiero que él, su hermana y yo continuemos funcionando como hemos venido haciéndolo hasta hace unas horas, antes de esa horrible cena.

—De verdad eres Santa Lucía —la brisa hace que el pelo se me cruce en la cara, él aparta los mechones y deja su mano resguardando mi mejilla, mientras sus ojos me endulzan con su profundidad. Lo normal sería prepararme para un beso, como lo hice aquella noche, en la fiesta de Paty, pero esta vez no caeré en sus artificios. Me quedo quieta sin moverme y con los párpados bien abiertos.

—Sería una pena, además, que esa falda dejara de exhibir unas piernas tan bonitas.

Presiono los labios y desvío la mirada. Respira, Lulú, solo ha dicho algo típico de él, que le diría a cualquier otra.

—He sabido que te gusta todo tipo de piernas.

—Sí, pero algunas son más especiales que otras.

Cada vez su rostro está más cerca del mío.

Pero no va a besarme, lo sé.

—¡Eh, Luciano...! —Una voz masculina pincha la burbuja en la que estamos él y yo. Se trata de Joaquín, el chico del equipo de fútbol, al que, esta mañana, he entrevistado para la ficha—. Que sepas que Lucía es mi chica —

dice sonriendo.

—Ah, ¿es tuya? —Luciano se separa un poco pero sigue mirándome con ojos entornados, como si me lo estuviera cuestionando a mí y no a su amigo. Mi mejilla todavía sigue en su mano.

—Eso quisiera... —Joaquín me mira a los ojos por un segundo, yo me pongo muy incómoda. ¿Desde cuándo me dice cosas como éstas?

—Haz fila, amigo —su mano cae a un lado de su cuerpo dejando mi mejilla con un hormigueo infinito—. Hay unos cuantos esperando —me mira otra vez.

Definitivamente no hace falta la temperatura de su contacto para hacerme calentar las mejillas.

—Hola, Joaquín.

—Hola, nena —sonríó pero me siento muy incómoda.

—Mejor les dejo solos —dice Luciano bromeando, pero mirándome de soslayo. Creo que está chequeando mis reacciones.

—Creo que has estado bebiendo —le digo a Joaquín.

—Un poco, sí —ríe medio avergonzado.

—Eso lo explica.

—¿Nos vamos a la fogata? —Levanta el brazo en el que lleva una guitarra.

No sería una noche de fogatas si alguien no cantara y Joaquín siempre ha sido uno de los cantantes designados de los eventos improvisados del último año. Miro a Luciano, quisiera saber en qué está pensando, pero asiento a la petición de su amigo sonriendo.

—Pienso dedicarte una canción.

—Bueno, Lucía —me dice al oído—, será mejor que le des una cita.

Le miro como si en los ojos tuviera muchas dagas. Él ríe fuerte acercando mi pelo hacia sus labios, donde me besa. Luciano me besa. Hay un beso suyo en una parte de mi cuerpo. Mi grupo de danzarinas mariposas en reposo se agita, aunque yo trate de mantenerlas a raya.

Continúo el camino hacia el epicentro de la fogata con los dos acompañándome, esperando que Luciano se siente a mi lado, pero no lo hace, prefiere irse con Verónica, *por supuesto*, que en seguida le sonrío y empieza a hablarle al oído de cosas que yo quisiera saber en qué consisten.

Los demás chicos también empiezan a acomodarse alrededor de la fogata. Le doy un llamado a Becca, sino la detengo terminará enredándose con Ulises y arrepintiéndose otra vez. Se sienta a mi lado, Ulises se queda

con otro grupo y Joaquín, por fortuna, se acomoda a ciento ochenta grados lejos de mí.

—¿Recuerdas a Paolo? —Le digo a Becca.

—Estaba ocupado esta noche y no pudo venir —responde haciendo pucheros.

—¿Y por eso estás coqueteando con Ulises?

—¡Eu...! Nada que ver. No estoy coqueteando con Ulises.

—¿Él lo sabe?

Ulises no la ha perdido de vista desde que les estoy observando.

—Más le vale.

—Bueno, te lo digo porque hace un par de semanas me encargaste que te mantuviera vigilada.

—Sí, y gracias por cuidarme —me abraza, apoyando su rostro en mi hombro.

—No tengo alternativa.

—Mmmm..., sí. ¿Son cosas mías o Joaquín está mirándote?

—Otro que parece que cuando bebe adquiere el síndrome de Raj.

Becca se incorpora y me mira con curiosidad.

—Ningún hombre necesita de alcohol para ver lo linda y dulce que eres, Lucía Daniela.

—No lo has entendido, Raj solo habla con las chicas cuando ha bebido un poco —Becca entorna los ojos. No puede entenderlo porque a ella no le gusta *The Big Bang Theory*—. Y deja de llamarme Daniela.

—¡Pues es tu segundo nombre y te lo aguantas...! ¡Y no me revuelvas los ojos! —se abraza las piernas y permanece pensativa en su lugar cuando dos chicos más: Carlos y René, ambos con guitarras, se unen a Joaquín, y empiezan a entonar canciones de Pablo Alborán.

—Muero, Lulú, muero —llora Becca. Ella se conoce todas las letras del cantante español. Dice que quiere hacerse famosa para casarse con él.

También cantan *Kilómetros*, de Sin Bandera, *Mi Soledad y Yo*, de Alejandro Sanz, y *Volverte a Ver*, de Juanes. Pero antes de comenzar el siguiente tema, hacen una pausa y Joaquín dice las siguientes palabras:

—Esta canción —detecto que los ojos de Luciano se colocan sobre mí— se la dedico a una chica que está aquí —mis pupilas empiezan a dilatarse y mi cerebro a rogar que no mencione mi nombre—. Ella sabe quién es.

Siento un alivio enorme cuando no se refiere a mí.

—¡Oooohhh...! —Exclama Becca, dándome con el codo—. ¿Son cosas

mías o Joaquín acaba de dedicarte una canción de Reik?

Me cubro el rostro. Esto es bochornoso.

—¡Qué guardadito te lo tenías, Lulú! A mí nadie, nunca, me ha dedicado una canción.

—Habría preferido que nadie me dedicara una. Nunca.

—¡Qué poco romántica eres...! Sí, no me des esa sonrisa sarcástica tuya.

La canción avanza, todos los chicos, yo incluída, coreamos con él la letra. Evito mirar a Luciano pero me es imposible, Verónica le tiene abrazado. Me siento como el chico de la canción, con miedo de que me rechace y que solo en mi mente viva para siempre.

—Joaquín es súper romántico. Va perfecto contigo, Lulú.

—Ya cállate, Becca. Nadie sabe que la canción es para mí.

—Si no te ha quitado la mirada de encima... Es esa falda. Hasta Luciano se ha olvidado un poco de la tramposa de Verónica por mirarte las piernas. He visto cómo te cuida.

—Si es la falda no volveré a ponérmela.

—Si no te la vas a poner, dónamela, ¿sí?

Y en el tino de desviar la mirada en un sarcasmo se encuentra con la de Luciano.

—Eso nunca —le digo.

—Ay, ¿por qué?

Niego con la cabeza y cuento los segundos para que esta bochornosa canción termine.

—¡Dale una cita, Lucía! —Vocifera cuando finaliza.

Me veo obligada a sonreír arrugando la nariz tras escuchar la risa de todo el último año. Saco mi teléfono del bolsillo de la falda y tipeo el siguiente mensaje para él:

Idiota.

—¿Qué? ¿De qué me he perdido? —Andre, que ha estado ausente cerca de media hora, se incorpora en el círculo a mi lado, opuesto a Becca.

—Pues Joaquín le ha dedicado una canción a tu prima.

—¿Síiii? —Me mira sorprendido pero ignoro la pregunta.

—¿Qué sucedió contigo? —Inquiero.

Me besa en la frente.

—Al menos me habló, Lulú.

—Creo que le gustas, Andre.

—Lo sé —hay un brillo especial en la mirada de mi primo.

—¿Lo sabes?

Él sonríe de su propia picardía.

—¿La has besado, no es así?

Su sonrisa se despliega un poco más, pero no contesta directamente mi pregunta.

—Como sea. No le gustó verte con Luisa.

—¿Por qué no me avisaste que venías con ella?

—Porque no sabía que el idiota de Luciano nos traería para acá.

—Esta vez te doy la razón en llamarle idiota.

—Me trajo porque sabías que estabas ingiriendo alcohol —y porque Becca se lo ha solicitado.

—No volveré a tomar, Lulú. Lo juro.

—Con que me digas que lo vas a intentar, me conformo —él asiente—. A ella no le gusta eso de ti.

—Me lo reprochó.

—Ya ves.

—No soy nadie para ella, Lulú. No tengo un centavo, mi madre es apenas una profesora de secundaria, y su familia tiene pasta y de la buena.

—Kira no es así, Andre —me refiero a que no es una presumida que se relaciona con gente con dinero. Ella es mi amiga y yo no tengo un cobre—, y tu madre es excepcional.

—Sí, bueno —baja la mirada—. Pero sus padres sí son estirados, no querrán que su hija salga con un don nadie como yo.

—Primero asegúrate de que su hija quiera salir contigo antes de preocuparte por la aprobación de sus padres.

Él asiente, los chicos continúan cantando temas de Alborán, por lo que Becca no quiere irse, pero Andre y yo decidimos que es momento de partir.

—Las llaves, por favor.

Andre rebusca en los bolsillos de su pantalón y me las presenta.

—Los dos son de lo peor —dice ella levantándose a regañadientes—. Seguro que Joaquín le dedica otra canción a Lulú, que exponga los celos del Seri, y vamos a perdérselo.

—Has bebido mucho, Becca —le digo mientras echamos a andar hacia el Palio.

—Bueno, los borrachos decimos la verdad —encoge un hombro.

Me despido con la mano de Joaquín, creo que es lo menos que puedo hacer. No soy de las que se sonrojan y lanzan besitos o se mueren por una cita solo porque les han dedicado una canción.

—Ve y dile algo, Lulú.

—Ya déjame, Becca.

—Eres demasiado insensible.

—Lo sé.

Cuando ya estamos frente al coche de tía Gisselle y me introduzco en el puesto del chofer, siento la fuerza de una mano que sostiene la puerta y veo claro un rostro muy conocido que se asoma.

—¿No vas a despedirte de tu admirador, Santa Lucía?

—Te dejé un mensaje en el Whatsapp, ¿lo leíste?

—Y le tomé una foto que decoré con emojis de corazón.

¿Dónde he dejado mis dagas visuales...?

—Nadie sabía que la canción era para mí hasta que tú con tu bocota me expusiste —él se echa a reír burlonamente, lo que me enfurece más—. ¡Y no es mi admirador!

—Te dedica el himno de los amores no correspondidos y crees que no es tu admirador... ¡Vaya que eres inocente!

—Sí, lo soy —intento tirar de la puerta para cerrarla pero la fuerza con la que la sostiene no me lo permite—. ¿Me disculpas?

—No. ¿Todo bien, Andre...? —mete su cabeza dentro del coche por mi puesto para hablar con mi primo, que está sentado atrás.

—Largo —le empujo para que deje de invadir mi espacio, pero no le importa. Sonríe como el cínico que es.

—¿Mi hermana?

—La dejé con tu hermano.

—¿Tú, Rebecca?

—Observando algunas actitudes, hermanito.

—No te creas tan lista —le toca la punta de la nariz.

—Nunca —ella le da un guiño.

—Conduce con cuidado, Santa Lucía —su cercanía me pone cosquillas en el estómago. Retrocede finalmente, cierra mi puerta y con dos golpes secos en el techo, me indica que está todo despejado para salir del *parking*.

Hago el cambio de velocidad, sintiendo dejarlo, completamente consciente de que nunca quiero separarme de él.

Exhibición

La secundaria Eyre, nombrada así en honor a su fundador, John Eyre, que jugó profesionalmente en los principales clubes de Europa, haciendo carrera con el Real Madrid, es una de las mejores del continente, se dedica a formar jugadores de fútbol básicamente, aunque también se imparten otras disciplinas deportivas como volleyball, natación y atletismo. Es tal la popularidad que ha adquirido que matricularse se ha vuelto épico, la lista de espera para ingresar es de al menos cinco mil niños, de dentro y fuera del país. Las instalaciones de la secundaria son muy elogiadas y el estadio de fútbol parece una replica del Santiago Bernabéu. Una vez al año la secundaria prepara una exhibición para presumir el talento que prepara, un evento sencillo, pero tan relevante que ciudad Verano se paraliza. Para darse una idea, es un evento en el que los empresarios compiten por la atención del ex jugador de fútbol del Madrid y por el patrocinio de la Juventina, su equipo estrella, los cazatalentos se dan cita y la prensa deja testimonio del acontecimiento. Es una feria en la que participa toda la localidad, familias enteras, desde chicos del último año de primaria que aspiran ingresar a la Eyre el próximo período escolar, ex alumnos que con su generación formaron parte de las *Panteras* o la *Juventina*, como chicos de otras secundarias que se escapan de clases un viernes por la tarde para mirar de cerca a John Eyre. Es un día muy promocionado a nivel local que requiere de toda la organización, y, por supuesto, tía Gisselle está prestando su apoyo en conjunto con el entrenador López, la mano derecha del dueño de la secundaria.

Como tía Gisselle me ha advertido hace unos días estoy encargada de las trufas y cupcakes de hoy. Ayer no me he presentado en la escuela por tal razón. He necesitado quedarme en casa cocinando los postres a ser presentados en la exhibición, excusa que me ha servido para pasarme el día entero extrañando a Luciano, pensando en la dulzura de sus ojos, en esa sombra de barba que por mucho que se la quite siempre consigue asomarse por la quijada, su humor insoportable, su manera de sacarme las ideas, y ese absurdo “Santa Lucía”, que por lo menos una vez al día menciona solo para verme furiosa. Batir la mezcla de un pastel nunca ha sido tan nostálgico. Para mi mal de amores, porque no se le puede llamar de otra forma a lo que está pasándome con él, que por donde se le mire es irracional porque no debo

tener depositados mis sentimientos en un chico al que no le intereso y cuyo futuro está en otra parte, tampoco he podido verlo en la heladería. Con todos los preparativos de la exhibición, las selecciones de los equipos de fútbol y volley han tenido prácticas hasta la noche. Incluso Andre ha tenido que estar presente en los ensayos para su parte con las animadoras.

Hoy en la mañana también he estado ausente de clases para dar los últimos detalles a mis dulces, y ahora mismo, cuando ha terminado la jornada escolar y todos los chicos están reunidos en el estadio de fútbol para ver la exhibición, yo estoy cooperando con la actividad como parte del servicio de *catering* y protocolo. A mí y a otra chica del último año, Catalina, nos han vestido con una falda tubo de color negro, camisa blanca de botones, zapatos de tacón de ocho centímetros y un perfecto moño alto del que no se debe salir ni una hebra de cabello.

La exhibición la he seguido por tele, como todos los que estamos en la sala de conferencias deportiva ultimando detalles, sí, *por la tele*, pues, como he mencionado, la exhibición de la secundaria Eyre es tan importante y tan esperada por los habitantes de ciudad verano, que se transmite por el canal de televisión local y generalmente recibe una mención en los noticieros regionales, nacionales e internacionales, especialmente cuando alguno de sus alumnos es seleccionado para formar parte de uno de los clubes de fútbol más importantes del mundo; y es que desde hace una semana se rumora que John Eyre ha conseguido contrato para tres de sus estudiantes. Una opresión se presenta en mi pecho cuando pienso que *él* es, por lógica, uno de esos chicos. No es que me disguste la idea de que Luciano sea fichado, por el contrario, me pone orgullosa; pero no es fácil saber que el chico que... Mejor, como siempre, mantengo mis sentimientos a raya. Sí, eso debo hacer.

Mientras coloco ordenadamente cada cupcake en su lugar me distraigo con lo que sucede afuera: la primera parte del espectáculo ha estado a cargo de las Rosas Salvajes, las animadoras, que han hecho una presentación impecable y sin comparación; su capitana, Becca, mi súper amiga y estrella del squad, se ha destacado como he estado segura de que lo haría; hoy más que nunca tiene que brillar pues siendo un espectáculo así de público, es el momento preciso para sobresalir. Su sueño es formar parte del escuadrón del equipo de básquetbol profesional de ciudad Verano, un equipo que generalmente consigue pasar a la final de la liga nacional, cuyas animadoras suelen llamar la atención de productores de *tv* y cine; muchas de las cuales han conseguido su propio *reality show*, protagonizar telenovelas, o un papel

en alguna comedia romántica para el cine, elementos que Becca no descarta para su futuro. Andre, la ardilla Eyre, también participa en la coreografía con las animadoras, haciendo piruetas y gestos tan simpáticos que rápidamente se vuelve el favorito del público.

A las animadoras les siguen las chicas del equipo de volley, que salen al campo haciendo voleas y manchetas, demostrando lo que son capaces de hacer en competición. El entrenador López, que como cada año ha servido de anfitrión para la exhibición, las presenta una por una, de acuerdo al registro de las fichas. A los pocos minutos las animadoras reaparecen sin que las chicas del conjunto de volley se retiren, el espectáculo está diseñado para que se fusione una presentación con otra. Las muchachas ejecutan más coreografías y piruetas al ritmo de las últimas canciones del verano, que se mezclan con algunas clásicas de estos eventos como *Get Ready For This?* Cada grupo ocupa su espacio en el campo de fútbol, que se ha adaptado para que cada disciplina se desarrolle sin inconvenientes, ni las animadoras interfieren con el equipo de volley ni viceversa. Sin embargo, el único que tiene albedrío para moverse a sus anchas e interactuar o improvisar con las animadoras y los jugadores es Andre. Mi primo ha conseguido de tal forma la atención del público que usualmente la cámara le sigue.

Como ahora.

—Oh, no —dejo de organizar los dulces cuando veo delante de quién se ha detenido para hacer los bien conocidos por todos pasos de baile de *La Macarena*.

—¿Qué está haciendo? —Tía Gisselle se acomoda a mi lado para ser testigo de una de las peores ocurrencias e imprudencias de su hijo.

—Si no lo odiaba todavía con esto se ha coronado como el rey de las impertinencias —le digo a tía mientras veo cómo Andre mueve la cadera delante de Kira impidiéndole cumplir con el protocolo de la exhibición.

—Ese muchacho y su obsesión por esa chica es incompresible. John Eyre no va estar contento con esto.

Un sentimiento de temor que no me gusta se presenta en mi estómago. Miro a tía Gisselle con preocupación así como ella a mí. John Eyre es un perfeccionista.

—¿Crees que sea grave?

—Espero que no, Lulucita... Espero que no. Pero ese hombre es un maldito controlador que no debe estar apreciando que su esperada exhibición esté siendo sabotada por ese chico tonto y enamorado que es mi hijo.

Tía Gisselle y yo seguimos mirando lo que a continuación sucede, la otra chica, Luisa, que ha estado haciendo la demostración con Kira hasta que Andre las ha interrumpido, se coloca entre estos y baila sugestivamente con mi primo, que continúa con el espectáculo ahora ignorando a Kira, que al verse desplazada lanza una docena de puños contra la espalda de la ardilla.

—Esa chica es realmente un bicho raro, Lulucita.

Me doy en la frente con la mano.

—La verdad es que no la entiendo —opino.

A continuación, Andre se vuelve hacia ella, tratando de detener el ataque, pero Kira insiste hasta que cae en cuenta de que el camarógrafo ha estado enfocándola todo este tiempo; evidentemente furiosa, tiene las mejillas de un color carmesí poco usual en ella, pero muy inteligente también, abraza a mi primo, es decir, a la ardilla, y sonrío como si todo hubiera formado parte del espectáculo.

El entrenador López, luego de que los chicos han divertido lo suficiente a los aficionados les despide y hace el llamado del plato fuerte de la exhibición: el equipo de fútbol. Roberto, Paolo, Luca, John, Joaquín, Gonzo, Arturo, Ulises, José, Francisco y Luciano se presentan en el campo demostrando sus habilidades mientras les describen de acuerdo a la ficha de cada uno. Se me agita ligeramente el corazón cuando veo a Luciano trotar por el campo y se me escapa una sonrisa cuando sonrío por el agregado de mi autoría que sin su conocimiento o consentimiento he dejado en su ficha, *nada de fantasías eróticas*, aclaro; lo que he colocado es una pequeña broma entre los dos, que él, para resguardo de mis intenciones, ha comprendido perfectamente. En cuanto los chicos ejecutan su representación deportiva, el público se enardece y las muchachas desde las gradas gritan tanto o más que si hubiera salido la última *boy band*. Que le dé una vueltecita a mis ojos es una obligación.

Momentáneamente dejo de mirar la tele para ir al armario por un mantel que me ha solicitado tía Gisselle; confieso que de todo el espectáculo lo que he querido ver es la reacción de Luciano con mi pequeña broma, ya satisfecha la curiosidad y contenta con el resultado obtenido me he movido de lugar; sin embargo sigo la exhibición por lo que refleja la música y las palabras del entrenador López que ha llamado nuevamente al campo a las animadoras y al equipo de volley —que previamente han cedido el espacio por completo para que los chicos se lucieran—, para cerrar esta parte del evento antes de que el mismísimo John Eyre salga a dar su discurso anual.

Regreso del armario con el mantel y con la ayuda de Catalina cambiamos uno por otro, ésta es la mesa en la que se dispondrá el panel donde los jugadores vendrán a dar la rueda de prensa en unos minutos. Doblo el mantel sobrante y voy en dirección a la estantería para almacenarlo, y paso frente a la tele sin mirar pero detecto que la música ha terminado hace dos segundos, señal de que la exhibición ha culminado también. Ya debemos tener listos otros detalles como colocar una botella de agua delante del puesto en el que se sentará cada uno de los jugadores, y en eso estoy cuando escucho una exclamación de tía Gisselle:

—¡Madre mía! Ése sí que es un beso.

Me quedo congelada frente a la tele viendo algo que de algún modo he sabido que sucede pero de lo que no he sido testigo (salvo por esa noche en la casa de Paty cuando he creí que lo había hecho para ponerme furiosa): Verónica está encima de Luciano básicamente lamiéndole toda la cara.

Por un momento creo que me siento como Gale en *Los Juegos del Hambre*, en la parte en que Katniss besa a Peeta, por “compromiso” al arte del *reality tv*.

Así es cómo Luciano besa a una chica, Lulú... Y tú soñando con que quiere besarte a ti.

Dejo de mirar porque me parece algo de lo que no ha debido ser testigo nadie, pero al no ser capaz de moverme empiezo a ser consciente del bombeo extra de mi corazón además del antipático sentimiento que se me ha presentado en el estómago —*Gale ha debido sentirse igual*—, una sensación comparable, aunque todavía más desagradable, con la que he sentido recientemente cuando Eduardo me ha confirmado que tiene una novia formal.

Confundida, robo una nueva mirada a la tele y veo que la imagen de la parejita ha sido sustituida por la de John Eyre, que ahora está dirigiéndose a la escuela y felicitando a todos sus alumnos por la excelente exhibición.

—¿Lulú? —Tía Gisselle me saca de mi abstracción.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Le sonrío por respuesta.

Empiezo a distribuir las botellas de agua en el sitio de cada jugador, todavía sintiendo el golpe en el pecho y la sensación en el estómago de que he sido una estúpida al dejarme llevar por los Juegos de Luciano. Ya su hermana me lo había advertido, que no soy su tipo y que las chicas que le gustan visten faldas cortas de pliegues y hacen fanfarrias dando brincos con

pompones en las manos.

Odio sentir estos celos.

Poco a poco los jugadores, las animadoras, los empresarios y la prensa empiezan a integrarse a la sala de conferencias. Las primeras en ser entrevistadas son las *Rosas Salvajes*. Becca encabeza el *squad* pero es Verónica la que recibe la atención y la mayoría de las preguntas, todas relacionadas con el beso público que ha oficiado al final de la exhibición nada más y nada menos que con el capitán de la Juventus, y chico estrella del fútbol, Luciano.

—Sí, bueno, estamos saliendo —responde ella toda sonrisas. Le preguntan cómo define a su novio y qué planes tienen juntos.

En definir a Luciano, Verónica no tarda dos segundos, apenas dice que es un chico especial, no menciona nada de lo testarudo, insoportable, idiota en potencia que es, un chico que trabaja en la heladería de su padre aunque no tiene por qué hacerlo y que tiene algunos gestos como escoltarte a casa cuando te encuentra caminando sola por la calle o tu primo está en una borrachera poderosa y no puede sostenerse en pie. Apenas un chico especial. Solo eso. Habla de los planes que tienen juntos, como ir a la misma universidad —aunque no revela cuál—, compartir apartamento y, de ser posible, la misma carrera universitaria, pero de estos aspectos apenas hace mención. Aprovecha la oportunidad para compartir sus propias aspiraciones, entre las que no descarta tener su propio *reality*. Becca revuelve los ojos cuando la escucha. ¿Cómo puede alguien tener tan poca personalidad?

Tengo que escuchar toda esta conferencia por obligación, pues, *como parte del protocolo* estoy cuidando la mesa donde está organizado el refrigerio y la hidratación, y con frecuencia alguien se presenta delante por una botella de agua que tengo que entregar con la mejor de mis sonrisas a pesar de todo lo que estoy escuchando.

—¿Qué disparates está diciendo?

La voz que escucho detrás de mí provoca en mi estómago un burbujeo distinto pero igual de ridículo que el de hace un rato cuando igual que el resto de ciudad Verano fui testigo del pequeño espectáculo durante la exhibición. Cierro los ojos y respiro profundamente como si esto fuera a eliminar la punzada de celos que siento.

—Nada de lo que está diciendo es verdad —continúa, pero permanezco inmóvil en mi lugar, esperando que no note el cambio de forma que ha adquirido mi piel con el sonido de su voz y el calor de su aliento en mi nuca.

No te importa, Lulú. Me digo. Nada de esto te importa.

—Bien, Rebecca —felicitó a mi amiga cuando de forma estrepitosa interrumpe a su archirrival diciendo que esta conferencia se trata de la proyección de las Rosas Salvajes durante el año escolar, no de la novelita que ha protagonizado con uno de los chicos del equipo de fútbol que ni siquiera es su novio.

Básicamente la deja en ridículo.

—Eres un descarado —le digo al espacio vacío detrás de mí pues cuando me he vuelto para enfrentarlo ya no está. Aprieto los puños a los lados y la mandíbula. Me siento más que furiosa.

El entrenador López felicita a Becca por su intervención y por dejar con el conjunto la imagen de la secundaria Eyre por todo lo alto gracias a la disciplina y dedicación con que las *Rosas* trabajan. Las despide y hace pasar, entonces, al equipo de volley.

Esta vez Kira hace lo posible por componer su imagen de jugadora profesional, desde que Andre la dejara en ridículo delante de toda ciudad Verano y el mundo en la exhibición, y habla de los encuentros que tendrán las Panteras más adelante en el transcurso del año escolar.

Cuando corresponde la intervención del equipo de fútbol la atención se centra principalmente en Luciano, que se esfuerza en responder con objetividad y enfoncarse exclusivamente en la principal aspiración del equipo en este período escolar: mantener la copa juvenil interescolar en la secundaria Eyre.

—Las historias entre capitanes de fútbol y las animadoras de la secundaria Eyre son clásicas —dice, sin embargo, una aficionada a reportera que se dedica a publicar las noticias del corazón de la localidad en su cuenta de Instagram—, ¿estaba buscando tener una o sucedió por casualidad?

—Como le digo, el equipo está enfocado en mantener en casa la copa juvenil de fútbol interescolar de ciudad Verano —responde mirándome el muy descarado—. Estamos enfocados en el partido que tendremos en dos semanas con la secundaria Gallegos.

—¿Crees que serás uno de los elegidos tras la exhibición de este año, Luciano? —Le pregunta un seguidor de la Juventina que por años ha hecho reportajes sobre el equipo en Facebook.

Luciano ha estado tenso durante toda la rueda de prensa, pero esta pregunta le hace removerse en el asiento. Sus ojos se cruzan con los míos durante un segundo antes de responder.

—No hay un favorito, cualquiera de nosotros puede correr con tal suerte —privadamente le comunica algo al entrenador López, que está junto a él. El entrenador anuncia que no habrá más preguntas para el equipo.

—Les dejamos con el señor John Eyre.

El equipo se levanta para dar paso al dueño de la secundaria y estrella del fútbol, que responde preguntas sobre la exhibición y los chicos que han llamado su atención, aunque, en referencia a esta última ha preferido reservarse por unas horas más quiénes son los tres favoritos para ser fichados este año por importantes clubes de fútbol, después de tres años sin que su escuela consiguiera un fichaje.

Que Luciano pueda ser uno de esos tres chicos no es una estadística sino una certeza que le coloca más allá de lo inalcanzable.

Me prometiste un baile

Con una sonrisa, tía Gisselle, que ha estado muy ocupada atendiendo la logística del evento, pone una bandeja de canapés en mis manos para que le ayude a repartirlos entre los invitados, pero entre dientes me informa que desde el termino de la exhibición no ha visto a mi primo.

—¿Que no has visto a Andre...?

Hago memoria, yo tampoco le he visto. Pongo a trabajar mi cerebro el doble y descubro que Andre no ha cerrado el evento y no ha salido después de la presentación de la Juventina, cuando reaparecieron en el campo las animadoras con las *Panteras* y sé que le correspondía salir.

—Ya aparecerá —dice sacudiendo la cabeza—. Cualquier día de estos ese chico va a hacer que me dé un patatús. Ve, ve —me hace una señal con la mano para que me aleje—, terminemos con esto de una buena vez.

Me acerco a los invitados para ofrecerles los bocadillos, es tradición que después de la exhibición la secundaria Eyre haga un pequeño homenaje a los jugadores y sus familiares, la prensa y los empresarios. Mientras realizo mi trabajo, busco a mi primo con la mirada en cada rincón de la sala de conferencias deportiva, donde estamos, pues a él también le corresponde estar aquí después de haber participado en el espectáculo, pero no le veo en ningún lugar. No pienso en lo peor, sabiendo que es el más fiestero de todos, supongo que ya ha debido despojarse de ese caluroso traje de ardilla y ha de estar afuera, en el campo de fútbol, donde está la mayoría de los chicos de la escuela, pues el matiné ya ha comenzado.

Me enfada que tía Gisselle me asignara este sector de la sala de conferencias y a Catalina el otro. A mí me ha correspondido toda la gente encopetada que quiere adular a John Eyre, que, para mi desgracia, no ha podido moverse tres metros a la redonda sin que otro invitado se le acerque; todos desean su atención y obtener un pre-acuerdo para patrocinar a los equipos de fútbol y volley antes de que se oficie la reunión con los empresarios, los padres de Luciano incluidos. En este punto, el señor Eyre ha comido tantos canapés que no sé cómo mantiene ese cuerpo de infarto que incluso se distingue por debajo del traje que lleva puesto. Parece John Cena con corbata. Le sonrío a mis empleadores antes de ofrecerles los canapés, el padre de Luciano me sonrío, pero no creo que sea porque me ha reconocido

sino por simple política, Gabriella, su esposa, me mira de arriba abajo y expresa su emoción por verme:

—Ah, eres tú...

—Es un gusto saludarla para mí también, señora Gabriella —ella me sonrío gélidamente y toma un canapé, ambos, la sonrisa y el bocadillo, por compromiso. Empiezo a darme la vuelta para dejar este horrible recuadro cuando el entrenador López me detiene y me pone nuevamente en el campo visual de mi empleadora.

—Gabriella, le presento a la chica responsable de los postres que se están sirviendo hoy, es la sobrina de una de nuestras profesoras más queridas y una de las alumnas más dedicadas, la mejor corredora que tiene nuestra secundaria...

—Ah, qué interesante... —dice con desdén, pero el entrenador López no parece darse cuenta.

—Estamos buscándole *sponsor*.

—Entrenador López, no... —intento interrumpir pero él continúa:

—Imagine el nombre Seri en la camiseta de la chica cuando compita en el próximo maratón de ciudad Verano.

—Eso tendrá que hablarlo con mi esposo, señor López; aunque sé que está muy interesado en auspiciar los equipos de los chicos.

—Lo sé, lo sé.

—Además —dice con altivez—, creo que ya la hemos ayudado suficiente dándole un empleo.

La miro sorprendida, entonces sí sabe que trabajo para ella.

—No sabe lo que dice, esta chica es una gran atleta, y atraería la atención hacia la heladería en un momento como éste.

—Eso es ridículo, tenemos a Luciano y a Kira.

—Entrenador López, como dice mi empleadora —la mujer da un respingo.

—Gabriella... —me corrige, no le ha gustado el término que he usado para referirme a ella.

—Ya es bastante lo que los Seri hacen por mí. Con permiso.

Me doy la vuelta y continúo con mi recorrido. No necesito del auspicio de mis empleadores, tengo suficiente orgullo como para prescindir de su ayuda. No quiero la compasión de ninguno. Hasta ahora he conseguido formar parte de las competiciones e incluso ganar algunas sin *sponsor*. Además con lo que me paguen hoy podré hacer mucho, incluso comprar

mejores zapatos para participar en las competencias. Yo seré mi propio *sponsor*.

—¿A mí no me ofreces algo? —Me corta el paso. He tratado de evitarle después de la conferencia, para mí es un hipócrita, una condición perfecta que añadir a la descripción que su novia ha dado de él. Se ha cambiado el uniforme de la Juventina por unos *jeans* desgastados y un polo blanco que le resalta ese ligero bronceado que ha tomado su piel aceitunada después de los minutos en el campo de fútbol; desvió la mirada y pongo la bandeja delante de él para que tome todos los canapés que quiera.

—Habría preferido uno de tus dulces —dice después de probar el bocadillo. Me reservo que mis dulces están sobre la bandeja de Catalina—. He visto que has mirado al jefe con lujuria, Santa Lucía.

¿Al entrenador López...? ¡*Eu...*!

—John Eyre —aclara como si hubiese interpretado mi error. Debo ser un libro abierto.

—¿Y qué? —Encojo un hombro—. Todo el mundo le mira.

—No con ese tierno deseo tuyo —me pellizca la mejilla.

¿*Tierno deseo?*

Él ríe alto.

—Tú mejor no digas nada, que has montado un *menudo espectáculo* afuera —empleo las palabras que él usó conmigo para referirse a mi beso con Eduardo en la fiesta de Halloween cuando hace unas tres semanas íbamos a la fiesta de Paty en su Jeep.

—¿Espectáculo? ¿Cuál espectáculo? —Pregunta sin poder sostenerme la mirada. Me reclamo haber hecho la referencia sobre lo sucedido afuera entre él y Verónica al final de la exhibición, pero la frase se me ha escapado sin que pudiera detenerla.

Catalina pasa junto a nosotros con la bandeja de cupcakes, generando la perfecta distracción, él toma uno y lo prueba.

—Éste sí es tuyo.

Le miro como si no me importara nada de lo que hace, dice o piensa, aunque sea una gran falsedad.

—¿Has visto a mi primo?

—No...

—Si lo ves, por favor, que se reporte con alguna de nosotras.

Me doy la vuelta después de verlo asentir amablemente, pero me retiene por el brazo.

—Que sepas que doy clases y demostraciones sin recarga —su aliento me calienta la nariz—. Totalmente gratis.

—¿Demotraciones de qué? —Sé muy bien a qué se refiere.

—Puedo enseñarte todo lo que necesites saber cuando gustes.

—Viniendo de ti no dudo que sean gratis —él sonrío y arquea las cejas —, pero no las necesito, *gracias*.

—¿Estás segura? —Se inclina otro poco. Hay gente alrededor mirándonos, su madre una de ellas, posiblemente preguntándose qué hace su hijo hablando a tan corta distancia con una empleada suya, tan distinta a la animadora que le robó el corazón a toda ciudad Verano durante la exhibición de hoy.

—Segurísima. Tengo todo el conocimiento y con quien ponerlo en práctica, además.

—¿Qué es exactamente lo que practicas con ese novio que tienes? —Se cruza de brazos. Su expresión ha adoptado un carácter serio, muy impropio de él.

—No te interesa. Y preferiría besarme con el espejo antes que contigo —me doy la vuelta y me separo furiosa.

Todo este tiempo he estado muy confundida, no me gusta, me disgusta completamente.

Becca está conmigo mientras espero el regreso de tía Gisselle.

Cuando el agasajo por la exhibición y la reunión de John Eyre con los empresarios han culminado, tía ha sido solicitada por el dueño de la secundaria en su despacho. Veinte minutos después regresa con Andre, que luce bastante incómodo.

—¿Qué sucedió? —Mira de soslayo a su hijo, que tiene las manos en los bolsillos de su pantalón de jean y la mirada perdida en el campo de fútbol, que en este momento es una feria escolar en la que hay música, bailes y los artesanos locales exponen sus productos a los lugareños. Puedo reconocer cuando tía Gisselle está verdaderamente enfadada. Y ahora lo está.

—Le han suspendido.

—¿Suspendido? —Repongo.

—¡Pero qué tontería! —Repone Becca.

—John Eyre es un perfeccionista que, como espero que Andrecito se

hubiera dado cuenta, odia la improvisación.

—¡Pero es injusto!

—El público se enamoró de Andre durante la exhibición, tía G.

Tía Gisselle niega con la cabeza decepcionada.

—Tendría que haberle felicitado por haber puesto ese toque divertido a una exhibición potencialmente aburrida —defiendo a mi primo.

Tanto Becca como yo intentamos decir cosas amables en favor de mi primo, cuestionando la decisión del dueño de la secundaria de suspenderlo *por una semana*, pero ni eso hace que Andre deje de mirar a un lado, al suelo o a la nada, ni que tía Gisselle baje la guardia.

—¿Estás bien? —Le tomo del antebrazo, pero él lo retira bruscamente.

—¡Ya para, Lulú!

Se aleja dos pasos de su madre y de mí.

—Me voy a casa.

—Bro..., ¿dónde te has metido? —Luciano, que no sé de dónde ha salido, se acerca—. Hay algo más tarde en casa de Paty.

Mi primo atiende a lo que le ha dicho pero no le responde.

—Andre no puedes irte, esto apenas comienza y no será una fiesta sin ti —le anima Becca.

—Mejor me voy, Becks.

—Entonces nos vamos juntos y adelantamos el viaje a Lara.

—Lo siento, Lulucita —dice tía Gisselle—, pero no podrá llevarte —Andre nos mira de soslayo—. Tu primo no tiene autorización para salir de la casa durante todo el fin de semana. Le he castigado.

—¿Castigado? —Decimos Becca y yo.

Observo que Andre tiene la boca fruncida y niega con la cabeza, y que Luciano, nos mira a todos con preocupación.

—No puedes hacerme esto, tía.

Tía Gisselle se da la vuelta y empieza a andar por el campo, yo le sigo.

—Tía, por favor, tienes que permitirle ir conmigo, Melissa está esperándonos y sabes que es injusto lo que ha sucedido.

—Créeme que lo siento, hijita, pero no puedo permitir que ese chico se salga con la suya todo el tiempo. No imaginas la vergüenza que he sentido de que sea mi hijo justamente el que siempre esté comportándose como el más grande de los tontos en esta escuela. Ningún otro chico se mete en tantos líos como él. Andre tiene que aprender a comportarse. Me he sentido sumamente humillada por ese hombre.

Es injusto, lo de Andre ha sido una travesura. No hay razón para que un muchacho *de dieciocho años* esté castigado por su madre.

—Tía, puedo entenderlo, pero...

—Y lo que empeoró esta situación es que esa chica le acusó.

—¿Kira le acusó?

—Como lo oyes.

Dios, esto no puede ser... ¿Cómo Kira pudo hacer algo parecido? Su hermano no debe estar enterado de eso.

—Hablaré con ella.

—No te molestes, Lulucita. Déjalo. Espero que con esto tu primo comprenda que no merece la pena hacer tonterías por una chiquilla como ésa. Hijita, si pudiera llevarte yo misma —alarga el brazo para acariciarme la mejilla con la mano—, a ver a tu hermana, lo haría, pero ya sabes que si no le tengo bajo mi supervisión hará una nueva estupidez.

—Es un adulto ya, tía.

—Que lo demuestre. Llamaré a Melisita y le explicaré.

Asiento con la cabeza y bajo la mirada. Tengo que aceptar la injusticia de todo esto, que la pequeña parodia de mi primo con la estrella del equipo de volley fuera a parar en una suspensión semanal para el chico y nuestros planes del fin de semana en Lara con mi hermana desperdiciados en el mar de ciudad Verano. Tía Gisselle se marcha con sus colegas y yo me quedo aquí sola, tratando de contener las lágrimas que se me han acumulado en los ojos.

Recorro el estadio sin rumbo. Sé que hay música altisonante, pero en mi cerebro hay tantas ideas que todas me suenan ininteligibles.

—¡Lulú...!

Mi nombre corto se cuelga entre mis pensamientos y lo alto de la música.

—¡Lulú...!

Escucho nuevamente.

—Lulú... —el dueño de la voz se materializa delante de mí—. Tenía la esperanza de encontrarte aquí.

Encontrarme con Eduardo es lo que menos he deseado para mí en una tarde como ésta.

—Sí, pues yo no —le digo.

Me mira sin signos de afectación.

—¿Podemos hablar? —Se arriesga a tomarme la mano.

—No tenemos de qué hablar —le digo pero flaqueo, me quedo aquí, delante de él, sin voluntad de retirarme. Acuna un lado de mi rostro en su

mano libre y me acaricia la mejilla con el pulgar, ese gesto que antes me parecía tan dulce y que hoy encuentro tan falso, especialmente cuando su rostro empieza a descender hacia el mío.

—¡No! —Reacciono cuando empiezo a sentir la humedad de sus labios sobre los míos.

—¿Por qué no? —Replica sobre ellos—. No estoy con nadie. Te lo juro —se separa un poco y me mira los ojos—. Solo quiero estar contigo.

Esas palabras... Esas palabras que por tanto tiempo he querido escuchar hoy me disgustan muchísimo, especialmente porque no las creo. No después de su engaño.

—Pues yo, no...

Pero a él no le importan mis sentimientos, por más que intento impedirlo, de empujarle —es mucho más alto que yo y me doblega en fuerza —, consigue que sus labios se aprieten contra los míos.

Por un momento creo que ha considerado mis ruegos y mi indisposición para este beso pues en breves segundos se separa de mí como si hubiese sido arrastrado por un ciclón.

—Creo que la chica ha sido clara en que no quiere estar contigo.

Es Luciano, que pone su brazo en mi cintura y me atrae hacia él, yo le rodeo con los míos, aquí, con él, es donde me siento protegida.

—¿Quién diablos eres?

Luciano ignora su pregunta.

—¿Estás bien?

Ahora sí.

Asiento con la cabeza.

—¿Nos vamos de aquí? —Pregunta tomando mi mano, dando por hecho que aceptaré, y se lo confirmo asintiendo nuevamente.

—¡Lulú...! —Eduardo intenta tomarme del brazo, pero consigo librarme y protegerme abrazándome más a Luciano.

—¿Dónde vamos? —Luciano me lleva a rastras por el campo de fútbol, cada vez adentrándose más al espacio en el que todos bailan. Suerte que también me he cambiado el uniforme de protocolo por unos jeans, camiseta y mis zapatos Keds, sino no podría andar así de rápido.

—Me prometiste un baile.

No le prometí un baile, él ofreció uno telefónicamente delante de mi hermana, pero no recuerdo haber aceptado.

—...Y de nada —se ha detenido en un punto entre los demás chicos que

bailan, coloca sus manos en mi cintura, las mías van a sus hombros, por suerte no es un reggaeton lo que suena—. ¿O prefieres volver con tu novio?

—Crees sabértelas todas, ¿no?

No sé qué espera de mí, no sé que espero de él, solo sé que cuando estoy con él todo tiene sentido, pero no debo demostrárselo.

—Siempre.

—Por suerte este es un merengue.

—Ah, entonces te gustan los merengues.

—Y a ti el reggaeton.

—Empiezo a inclinarme por el merengue también.

Imposible no hacer una combinación de lo siguiente: sonreír y un mohín con los ojos. Empezamos a bailar.

—Así que, en resumen, me gusta el rock y mi canción favorita es Santa Lucía, de Miguel Ríos —dice recordando lo que el entrenador López ha leído en su ficha, la pequeña información de mi autoría que dejé allí sin su conocimiento ni consentimiento.

—La venganza es dulce.

—No veo el objeto de la venganza. Es cierto que me gusta esa canción y que me hayas expuesto públicamente no hará que deje de llamarte por tu apodo.

—Lo sé —me pierdo en la dulzura de su mirada—, pero tenía que intentarlo.

Sonríe antes de hacerme girar mientras bailamos.

—¿Por qué está acosándote tu novio? —Pregunta al ponerme nuevamente delante de él, mirando hacia donde hemos dejado a Eduardo. Yo prefiero no mirar y quedarme sin responder, ¿qué podría decirle, que Eduardo me engañó y que volvería a engañarme? Me reservo los detalles de mi vida—. Cuando una chica forcejea con un chico durante un beso puede significar dos cosas: que le quiere también, pero está haciéndose la difícil, o que está dándose a respetar, en cuyo caso se defiende hasta que queda libre.

—Pareces experto en la materia.

No sonrío a mi provocación.

—¿Cuál de las dos eres tú?

—Sea como sea siempre me doy a respetar.

Mira por encima de mí, todavía muy serio.

—Seguro tú le robas los besos a todas tus chicas. Pobrecito. Probablemente ninguna los devuelve.

—¿Quieres que veamos que pasa? ¿Qué tanto te resistes, Santa Lucía? Parpadeo dos veces a lo que está proponiendo, siento que el corazón me bombea irregularmente otra vez.

—¿Qué tengo que ver yo en tus teorías?

—Mucho. Además, tus técnicas de defensa personal están oxidadas.

—No hablas en serio.

—Muy en serio.

—No te atreverías.

—Creo que sí.

Su rostro está descendiendo lentamente hacia el mío.

—Te di-je que no ne-cesito clases —tartamudeo.

—Por lo que he visto sí. ¿Estás nerviosa?

Demasiado.

—¿Crees que no sé besar?

—Eso además de que no sabes defenderte cuando un chico te ataca.

—Tú no estás atacándome.

Sus labios están básicamente delante de los míos.

—No lo hagas, Luciano —digo casi en un susurro, reflejo de los nervios que siento, mientras los miro, finos delante de esa dentadura perfecta que tiene, yo he tenido que usar *brackets* de pequeña.

Dios, esto es inevitable, pienso mientras espero recibirlos sobre mi boca. Ahora tendré que forcejear hasta... ¿cómo es la teoría que ha lanzado hace un momento?

Cierro los ojos y siento el calor que se expande de todo su cuerpo hacia el mío.

—No, no lo haré.

Los abro. Su expresión es de sorna.

—No después de que te he visto recibir el beso de otro.

Me aparto unos centímetros, esto es más que una humillación.

—No es por eso. Es porque sabes que conmigo no habrías tenido oportunidad —suelto.

—Eso se nota, Santa Lucía —replica todo engréido, ha detectado que me tiene en sus manos. Seguramente comprobando todas las teorías que tiene acerca de mí—. ¿Qué?

He dejado de bailar.

—No debería bailar contigo tan fácilmente.

—Eso demuestra una debilidad.

—Y una decepción para tus fanáticos, que hoy, el día de tu primer baile público, *después de la exhibición*, no sea con tu animadora favorita.

—Animadora favorita... —repite riendo ligeramente, mirando detrás de mí. Creo que tiene problemas en hacer contacto visual conmigo cuando algo le intimida o acorrala. Yo sigo sin moverme—. Vamos, no empieces el forcejeo que ya sabes cómo terminará.

Porque no quiero que me vea sensible, consigue que baile otra vez.

—Ni en tus sueños más salvajes permitiría que me besaras.

—En mis sueños más salvajes nos hemos besado y hecho algunas cosas más.

Me detengo nuevamente. Él ríe alto y fuerte, y luego me besa en la frente —mis labios me traicionan y se sonríen con él.

—Vamos, te llevaré —entrelaza su mano con la mía nuevamente, me siento flotar cuando caminamos así por todo el campo hasta el estacionamiento.

Ninguno de los dos dice nada durante el trayecto, yo porque no puedo pensar, la sensación de estática de su mano entre la mía parece haber terminado con mi capacidad para armar un mensaje y cumplir con el proceso fundamental en la comunicación. Su silencio no puedo interpretarlo.

Me ayuda a subir al Jeep, luego lo rodea y al subir por su lado enciende la música. *Besándote* de Piso 21 suena del ipod.

—Prometo que hay más que reggaeton en ese ipod.

—No importa, me gusta esta canción.

Y nos va perfecta.

—A mí también —me mira mientras la lírica se desarrolla y empieza el coro:

Dime si quieres conmigo

Como yo quiero contigo

Y si así lo quisimos

Vamos a darle sentido

La letra de esta canción es justo como me siento. Le miro también, ambos sonreímos. Él pone el Jeep en marcha y yo trato de quitarme la tonta sonrisa de la cara.

No toma la avenida que normalmente conduce al apartamento de tía Gisselle, hace un giro distinto, hacia el otro lado de la ciudad. Tal vez tenga que recoger algo para la heladería u otro asunto, pero no lo cuestiono, ha sido demasiado amable en rescatarme de ese beso forzado y dejar de bailar para

llevarme a casa.

—Me gusta mirarte conducir —estiro el brazo y apoyo la mano en el espaldar de su asiento. Él no se vuelve a mirarme, pero sonrío ligeramente. Miro la carretera otra vez, es fácil distraerse cuando estoy en su mundo. Observo que ha tomado la carretera nacional—. ¿Dónde vamos?

—A ver a tu hermana.

Lo dice como si fuese algo que él y yo hacemos cualquier fin de semana, ir a ver a mi hermana, los viernes por la tarde, cuando se termina la jornada escolar.

Nuestra Amistad

—¿Qué?! —Me sujeto al espaldar de su asiento como si estuviese sucediendo un terremoto en el mío—. ¿Te has vuelto loco?!

Me mira de soslayo y me pide que me calme. Su voz es la definición de la palabra, sin embargo su grado de confianza no me ayuda a tranquilizarme.

—¿Cómo quieres que me calme, si estás diciéndome que vamos a ver a mi hermana como si fuera algo normal?! —Le demuestro toda mi falta de calma con mi innecesario tono de voz y el movimiento de mis manos, que vuelan con cada expresión. Él atrapa la izquierda con su derecha y la acomoda sobre la tela que cubre su pierna, un acto que me desconcentra y hace que en mi estómago se presente ese grupito de mariposas sinvergüenzas que revolotean todas como si estuvieran muy felices.

—Dejando de ponerle hierro a lo que acabo de comunicarte y mostrándote medianamente contenta de que la verás como lo habías planeado.

—Sí, claro —consigo decir en medio de este sentimiento abrumador por partida doble: la conciencia de que su mano y la mía están entrelazadas como hace un rato cuando salimos del matiné y yo creía que iba a trasladarme al apartamento de tía Gisselle, y por el aleteo de estas estúpidas mariposas que no se aquietan. Me toco el estómago para tratar de domarlas pero son tan rebeldes que actúan por su cuenta—, no debo darle importancia al hecho de que vas a llevarme a ver a mi hermana, que vive a cuatro horas de distancia porque, es cierto, todos los fines de semana me llevas a verla.

—Sí que te gusta echar a rodar ese par de bonitos ojos que tienes y hablar con las manos—. A ver, reúne aquella con estas dos.

—Tú deberías fijarte un poco más en el camino y no en mis...

¿Ojos bonitos? ¿Piensa que tengo ojos bonitos?

Retiro mi mano para traerla a mi regazo, pero él la atrapa en el aire y se queda con ella. Se supone que debo pelear con él, que debo decirle que tenemos que volver a nuestras actividades normales, pero no parece que pueda reunir fuerzas para comunicárselo.

—Te llevaría todos los fines de semana...

¿Qué?

—A ver a tu hermana —parece que puede leerme sin problemas—. Te llevaría todos los fines de semana si así lo necesitaras.

Sus palabras me calientan el corazón y las mariposas forman ahora una coreografía al ritmo de *Magic*. No me pasa desapercibido que no es la primera vez que dice algo parecido, la noche siguiente a la fiesta de Halloween, cuando me siguió por la vereda para que no volviera caminando y sola al apartamento de tía Gisselle, me dijo que aceptaba llevarme donde yo quisiera. Me gustaría pensar que se trata de una inclinación que siente de protegerme, de no dejarme sola, pero prefiero ser realista, debe ser algo que le ofrece a todas las chicas, aunque podría recorrer con él el mundo.

—Estás secuestrándome. Es eso —digo ligeramente calmada, en mi intento por *quitarle hierro a lo que acaba de comunicarme*.

Él ríe ligeramente, jugando con mi mano entre la suya.

—Sí, es eso.

—Mi tía empezará a buscarme, espero que sepas.

—Tu tía tiene pleno conocimiento de dónde y con quién estás —niego con la cabeza.

—¿Por qué será que no me extraña que tía Gisselle tenga sus narices metidas en esto?

Me mira de soslayo sonriendo, relajado de que ya no esté encrespada como al principio.

—¿Tendrías la amabilidad de explicarme?

—¿Ya se puede hablar contigo?

—Has conseguido persuadirme... —digo mirando cómo sus dedos juegan con los míos.

—La persuasión es uno de mis súper poderes.

—No cantes victoria.

—Uff...

—Habla —demando mientras combato todo este cosquilleo que me recorre el cuerpo.

—No hay demasiado que contar.

—Así sean dos palabras quiero conocerlas.

Él carraspea antes de comenzar su relato.

—Traté de intervenir para que John Eyre retirara la medida de suspensión contra Andre, pero no lo conseguí.

—¿Lo hiciste?

—Era lo menos que podía hacer, además de que la medida fue muy

injusta, mi hermanita tuvo mucho que ver.

No digo nada porque todavía me queda algo de afecto por Kira y prefiero reservarme cualquier opinión sobre lo que ha hecho con mi primo.

—Habla, no me distraigas —exhala, consciente de que tiene que contarme la verdad.

—Escuché cuando tu tía le negaba a tu primo la opción de llevarte a ver a tu hermana, yo no tenía otra cosa que hacer y me ofrecí. Fin.

—Te ofreciste... —no lo pregunto aunque lo pongo en duda. Tía Gisselle ha debido ponerlo entre la espada y la pared para que aceptara. Él deja mi mano sola y desprotegida sobre su pierna para subir volumen a la canción de Coldplay. Entiendo perfecto lo que hace: *deja de preguntar, Santa Lucía*. Pero no me incomodan sus muros, yo bajo el volumen con esa misma mano que ha sido desdeñada por su arrebatado de melomanía, como si tuviera algún derecho sobre el nivel de música de su auto, y la regreso a mi regazo, junto a la otra. Me duele cuando él no se molesta en recuperarla.

—¿Te ofreciste? —Necesito la confirmación de su oferta y de ser posible saber por qué la ha hecho.

—Me ofrecí, ¿qué tiene de particular? —Parece enojado, ahora sus dos manos están sobre el volante, aunque yo todavía siento el cosquilleo en la mía.

—De particular todo... —respondo altiva. A la defensiva.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Él frunce el entrecejo mirando el camino.

Porque has de estar arrepentido de haber adquirido una responsabilidad que no era tuya, y yo no tolero incomodar ni darle responsabilidades a terceras personas que no tienen por qué asumirlas. Menos a ti.

—Porque tú y yo no... —*no solemos salir ni hacer nada juntos*. Si alguien de la escuela nos viera pensaría que algo raro está sucediendo. Sacudo la cabeza y vuelvo la mirada hacia la ventana, la brisa fresca me roza la nariz y las mejillas y en la distancia se observan puntos de luz de la ciudad.

—¿Tú y yo no, qué?

Es demasiado curioso, siempre tiene que saberlo todo.

—¿Puedes dejarlo?

—No, si tú quieres explicaciones, yo también las quiero.

—Está bien, te las doy: esto es una locura. Debemos regresar.

—Eso no es dar explicaciones. ¿Por qué es una locura?

—Porque tú no tienes por qué hacer esto. Te han asignado una

responsabilidad con la que no estoy de acuerdo.

—Nadie me ha asignado una responsabilidad. Me he ofrecido voluntariamente —dice obstinado—. Quiero que veas a tu hermana. Y regresar es incuestionable.

—*Es cuestionable*. Ni siquiera me has consultado si quiero hacer este viaje contigo, o si estoy de acuerdo en que tú hagas semejante sacrificio —veo que su cara se frunce, que presiona los labios y entorna ligeramente los ojos, como si le hubiera lastimado con mis palabras—. Básicamente me has raptado —continúo—, y estoy segura de que sí has tenido mejores cosas que hacer.

Como la fiesta de Paty, por ejemplo.

—¿Es eso? ¿Crees que esto es un sacrificio para mí —me mira rápidamente. Sí está enfadado—, que no quiero estar aquí contigo? ¿Que he dejado mi importantísima agenda para hacerte un favor...? —me mira otra vez—. No, claro que no, ¿un favor a ti? ¿A quién se le ocurre? Has de estar pensando que el favor es para Rebecca, tu tía o tu primo, un primo que, por cierto, está metido en un lío tremendo por estar ridículamente enamorado de la pequeña arpía que es mi hermana.

Bajo la mirada cuando sus ojos se quedan mirando los míos y no el camino por más de tres segundos. Definitivamente soy un libro abierto, uno que, por cómo ha descrito la situación, no le gusta. Por la esquina del ojo detecto que alarga el brazo derecho hacia mí y me levanta el rostro para obligarme a mirarle.

—Sí, Lucía, de algún modo se lo debo, pero no ha sido esa la razón por la que me he ofrecido a llevarte a ver a tu hermana.

Le miro, sus ojos están en los míos removiendo todo por dentro.

—Deberías mirar el camino.

No lo hace, se cree muy listo.

—Deberías dejar de poner obstáculos a lo... nuestra amistad.

Sus dedos viajan desde mi barbilla al volante así como sus ojos, que ahora están profundamente enfadados conmigo.

—Te echarán de menos en la fiesta de Paty —digo porque me gusta verlo enfadado y porque de algún modo tengo disimular el cosquilleo que siento por esa casi referencia a “lo nuestro”. No sabía que él y yo podíamos ser un “nosotros”. La idea es demasiado atractiva.

No, Lulú, no. Me digo porque sé que no es posible un “él y yo”.

—Sobrevivirán.

—Tus padres estarán preguntándose dónde estás.

—No suelo darle explicaciones a mis padres.

—Eso no me deja más tranquila —le miro de soslayo.

—Mi hermano sabe dónde estoy. Siempre se lo cuento todo, él sabrá que decirles.

—Eso definitivamente no me deja tranquila. Debemos regresar.

—Lucía... —su tono de voz y su expresión es de alguien que está obstinado de la persona que le acompaña. Y esa persona soy yo.

¡Ouch!

—¿Estamos escapando de algo?

Exhala. Definitivamente está obstinado, cansado de mí.

—No estamos escapando de nada. Solo te llevo a ver a tu hermana.
¿Puedes conformarte con eso?

—No, no puedo.

Él suelta un bufido.

—Eres demasiado obstinada.

—Mira quién lo dice...

Me mira de reojo pero no dice otra cosa, me remuevo incómoda en el asiento y miro lo que queda de la ciudad, que aunque nos estamos alejando, todavía se observa algo de los suburbios.

—Ya déjalo, Lucía —me dice.

—Tengo la esperanza de que recapacites.

—No hay nada que recapacitar.

—Es frustrante. Contigo siempre termino perdiendo.

—Si es así, cómo es que no se siente que voy ganando.

Le miro de soslayo intentando descifrar su último mensaje encriptado. No le entiendo, qué es lo que siente que está perdiendo, ¿a mí? ¿Cómo puede pensar que está perdiéndome cuando todo este tiempo ha estado ganándome? Aun contra mi voluntad. Respiro profundo, tal vez este viaje sirva para resolver algunas dudas que siempre he tenido respecto a él. Sí, no voy a quedarme con esta zozobra, voy a preguntárselo. ¿Qué pasará con él después de mañana? Pero antes de comenzar a hacer mi importante pregunta, noto que empieza a reducir la velocidad. Tal vez ha comprendido mis argumentos y recapacitado, entrado en razón, y está planteándose volver; dos segundos después se detiene delante de una hamburguesería.

—¿Qué haces?

—Son cuatro horas hasta Lara. Debemos alimentarnos.

—Sigues con la idea de ir.

—Te lo he dicho, volver es incuestionable.

—Eres un insensato.

—Vamos, baja —él se propone apear del Jeep pero le detengo por el antebrazo.

—Siempre puedo vestirme con lo que tiene mi hermana, pero habría preferido mi propia ropa, mi equipaje se quedó en el coche de tía Gisselle.

—Tu equipaje viaja contigo allí atrás —mira de refilón el asiento trasero del Jeep, yo me asomo por el espacio entre los puestos y por primera vez lo miro—. Tu tía es una genio —dice con arrogancia, a sabiendas de que no voy a zafarme de ésta—. Vamos —me apura tocándome el antebrazo—. Hay que llenar el estómago.

Luciano me ayuda a apear del Jeep, parece que es algo que disfruta tanto como yo, aunque estoy tratando de parecer enfadada, y creo que él también. Cuando estamos en el restaurante le digo qué tipo de hamburguesa prefiero y me excuso para ir al baño.

Lo primero que hago, luego de vaciar la vejiga, es llamar a tía Gisselle.

—Lulucita querida, ¿cómo te está yendo? ¿Por dónde vas? —Dice con ese humor despierto que suele tener. Creo que se le está pasando un poco el enfado de la tarde.

—Interesante lo que has hecho, tía.

—¿Qué se supone que he hecho?

—No te hagas la tontuela, que sé que entiendes perfecto a qué me refiero —hago silencio por un segundo, esperando que haga una réplica, pero no la hace, así que continúo—: comprometer de esta forma a Luciano, tía, es vergonzoso e injusto, sin contar con lo incómodo que está siendo para mí saber que él debería estar atendiendo sus problemas, no los míos.

—Hija, no digas eso delante de él.

—Jamás hablaría contigo de esto delante de él, ¿qué me crees? Estoy en el baño de una hamburguesería. Nos detuvimos a comer algo.

—Ay, sí, coman algo, que el viaje es largo.

—Te digo una cosa, tía, el papel de celestina te sienta fatal.

—¿Celestina, yo?

—Tú, sí, ¿quién más?

—¿Crees que quiero juntarte con Lucianito? ¿Acaso te gusta?

—Recuerda que tengo una habilidad muy desarrollada para detectar sarcasmos, tía.

Con su risa consigue sacarme el atisbo de la mía.

—Mi amor, ése chico se ofreció con la mejor disposición a llevarte. Se nota que quiere estar a solas contigo, yo no he tenido que ver con ese paseo por carretera. Tu primo tampoco —sé que Andre no sugeriría un proyecto así sin consultarme, pero tía Gisselle juega en otra liga—. Si tuviera tu edad y un chico como Lucianito estuviera así de pendiente de mí como está de ti... —tía Gisselle suspira—, bueno, ya sabemos lo qué sucedería, cómo terminó eso en mi tiempo, aquí en casa tengo el resultado.

Andre.

—Pensándolo mejor. No he debido consentir ese paseo... aunque, bueno, confío en tu madurez y nivel de resistencia, Lulucita... De cualquier modo no corras riesgos y compórtate en ese viaje, y si vas a hacer algo que él use protección.

—¡¡¡Tía!!!

Tía Gisselle siempre ha disfrutado el ponerme incómoda.

—Necesitaré un reporte cada media hora..., veinte minutos..., quince. Actualízame por Whatsapp todo el tiempo.

—Te contaré todo el proceso, cuando me dé el besito y me quite la blusa...

—Lulucita, por favor...

—Mejor dime cómo está mi primo. ¿Hiciste las paces con él? ¿Le levantaste *el castigo*?

—De levantar el castigo nada; y qué crees, no me habla ni ha salido de su habitación desde que llegué al apartamento, aunque sé que está ahí escuchando música.

—Andre es un hombre, tía. Ya no puedes emplear la palabra castigo con él.

—Pues es un hombre bastante malcriado y estúpido, hijita.

—Tal vez podría decirle a Luciano que necesitas que te eche una mano con Andre, tía —no sería la primera vez que mi hermana o yo tengamos que intervenir en la relación de mi tía y su hijo—. Llámalo y reclámame, por favor.

—¿A qué le temes, hijita...? —ella espera un par de segundos que le responda pero no le digo nada, entonces continúa—: Luciano está más que entrenado para no flaquear contigo, hasta creo que le sale natural plantarte cara —sonrío porque es verdad, se impone con un ímpetu asombroso. Solo Melissa y Rebecca tienen el poder de persuadirme, los demás no—. Y ese

súper hombre y yo nos las arreglaremos solos. Tú ve a visitar a tu hermana.

—Debiste consultarme antes, es mi único reclamo.

—Si te consultaba, te habrías negado. Te conozco.

—Porque la lógica aplica para que me negara.

Ella suspira.

—Lo siento, hijita.

—Está bien, tía. Te hablo luego, debe estar pensando que me he escapado por la ventana del baño.

—Disfruta del viaje, Lulucita, y dale un abrazo fuerte a Melisita.

—Adiós, tía.

—Te veo el domingo, cariño.

Lo que sigue para mí es escribir a Melissa para informarle que aparentemente estaré con ella en algunas horas. Por respuesta recibo una llamada.

—Ya lo sé, Lulú —dice al responder—. Tía Gisselle llamó para contarme lo que ha pasado con Andre y preguntarme si me parecía que te enviara con ese chico. ¿Es el mismo con el que hablé en el teléfono el otro día?

—...Sí —respondo con temor porque sé que mi respuesta traerá más preguntas.

—¿Qué hay entre tú y él, Lulú? —*este tipo de preguntas.*

La posible referencia de un “lo nuestro”, de un “nosotros”, coquetea con mi mente hasta que recuerdo que no hay nada entre él y yo salvo esta guerra de voluntades que nos reclama siempre que estamos juntos.

—Nada.

—Hmm... Nada pero se ofrece a cruzar el estado para traerte a verme. Por cierto tendremos que hospedarlo aquí, ya tía Gisselle me lo pidió y yo no permitiré que un chico de su edad pase ocho horas en carretera, de noche y sin descansar como es debido.

Ni yo.

De pronto la duda se materializa en mi estómago convirtiéndose en inquietud.

—Te hablo luego, Melissa.

Cierro la comunicación y salgo a buscarlo. Las hamburguesas ya están servidas, él no ha tocado la suya, supongo que esperando por mí, pero está comiendo una papa frita.

Mi teléfono vibra de camino a la mesa. Es Melissa:

DEJA DE DEJARME COLGADA EN EL TELÉFONO, LULÚ.

Ignoro momentáneamente el mensaje.

—Oye, geniecillo —me cruzo de brazos frente a él sin tomar asiento—, me llevas a ver a mi hermana y ¿qué pasará contigo después?

—Come que se enfría —señala el asiento frente a él. Me siento.

—Te crees muy listo —tomo una papa. Está deliciosa—. ¿Qué pasará después de que me dejes con Melissa?

—Apenas hemos salido de ciudad Verano y ya estás preocupándote por qué pasará después.

—Porque eres un cabezota, por eso me preocupo.

—Come.

Como la mitad de la hamburguesa, el hecho de que estemos compartiendo esta comida me tiene tan nerviosa que el estómago se me ha reducido de los nervios. Cuando volvemos al Jeep retomo el tema, que no crea que se me ha olvidado.

—Eso no tiene que preocuparte —abre la puerta del acompañante y me ayuda a subir.

—Ah, no tiene —continúo cuando él se sube del lado del chofer y enciende el auto.

—No.

—Entonces renuncio a este paseo —desquito el seguro de la puerta para bajar, pero él lo impide controlándolo desde su puerta.

—Es una pena que estés secuestrada, ¿recuerdas? —pone la marcha a toda velocidad para evitar que en el concurso de voluntades que siempre hay entre nosotros no termine ganando yo.

Me quedo en el coche con una grandísima impotencia de no poder hacerlo entrar en razón porque estoy segura de que su decisión sera volver a medianoche.

Santa Lucía

La pantalla de mi teléfono brilla en la oscuridad, ya hemos salido completamente de ciudad Verano, la brisa está fresca y la luna ilumina la noche con su redondez. El alerta de mensaje en el teléfono indica que es Eduardo. He evitado pensar en él y en sus demandas de esta tarde. Luciano me lo ha puesto fácil, la verdad sea dicha, tiene una de esas personalidades tan seguras y determinadas que cuando estoy con él es como si el resto del mundo dejara de existir, aunque generalmente me saque de mis dominios; es como si su sola presencia invadiera mi espacio, pensamientos y coordinación, me pone torpe cuando necesito estar alerta y me confunde al punto de la desorientación; con su testarudez me pone rabiosa, pero si no fuera así de obstinado no se cumpliría la regla absoluta de nuestra dinámica: *la guerra de voluntades*. Quiero discutir con él todo el tiempo, quiero que me hable, que me diga esas cosas bochornosas que no sé de dónde las obtiene y quiero que las emplee solo conmigo. Es insano.

—Tu teléfono está zumbando —dice apartando un segundo los ojos del camino. Asiento con la cabeza pero no hago esfuerzo por ver lo que sucede en mi teléfono—. ¿No vas a ver quién es?

—Sé quién es —y lo *que* es: un mensaje de Whastapp. Él asiente con la cabeza alternando la mirada entre mi rostro y la carretera.

—¿Por qué no le contestas?

Le miro. *Si eso es lo que quiere...* Deslizo la pantalla con la ridícula idea de ponerle celoso, como si eso pudiera suceder. Leo el siguiente mensaje:

¿Te gusta ése?

No sé qué he esperado, que Eduardo me escriba en un mensaje de Whatsapp que siente haberme tratado como lo ha hecho hoy por la tarde, o que se arrepiente de haberme engañado y jugado con mis sentimientos como hace unas semanas. No lo sé. Pero no me espero un ataque de celos directo. No me gustan los celos, a menos que sean los de Luciano, que no son exactamente celos sino pequeñas dudas que él solito resuelve porque tiene exagerada confianza en sí mismo. Con Luciano quiero saber por qué se está tomando toda esta molestia de llevarme a ver a Melissa y si hay algo de verdad en las intuiciones de mi tía. No creo que éste sea el momento de

responder este mensaje pues implicaría más preguntas y respuestas que todavía no sé cómo manejar. Además de ser una gran intromisión de Eduardo. Apago la pantalla del teléfono y dejo el mensaje sin replica.

¿Te gusta ése...?

La pregunta, sin embargo, se queda fija en mi cerebro así como su reflejo en mi estómago.

Me gusta Luciano... Sí, me gusta, desde hace mucho tiempo, desde que empezó a hacerme objeto de sus provocaciones, básicamente desde el día uno, cuando lo conocí. Desde siempre me ha gustado tanto que he llegado a pensar que si en aquel tiempo rompí con Eduardo fue porque mis sentimientos ya estaban involuntariamente involucrados con Luciano, aunque la excusa fuese la distancia entre Eduardo y yo, pero es posible que la verdad fuese aquélla. Cuando estoy con él no quiero que nos separemos, lo hago, me retiro, o le digo frases hirientes para que sea él quien se marche, pero solo son técnicas de supervivencia para que no me haga daño y mantener esta relación que tenemos estrictamente platónica. No obstante en el curso del tiempo lo que ha sucedido es que el sentimiento ha ido creciendo, lo que sea que siento por él ha ido fortaleciéndose al punto de opacar el afecto que he creído sentir alguna vez por otra persona. Ahora me doy cuenta de que he conservado el recuerdo de Eduardo presente para mantener las provocaciones de Luciano a raya.

¡Oh, por Dios!

¿Por qué he permitido que su personalidad me afectara? ¿Por qué he dejado que se metiera dentro de mi piel? ¿Cómo voy a sobrevivir en este mundo cuando estoy enamorada de un chico con el que no tengo posibilidades, un chico al que tendré que ver eternamente pues está por convertirse en estrella de fútbol internacional?

—¿Estás bien? —Mi rostro debe estar reflejando toda esta incertidumbre que siento. Necesito componerme y mantener ocultos estos sentimientos que por su estricta culpa han ido creciendo en mí. Si me hubiese ignorado como el resto de los chicos no estaría sintiéndome como ahora y ya estaría de regreso con Eduardo, de quien he debido mantenerme eternamente enamorada—. ¿Pasa algo?

Una interrupción me salva de responder sus preguntas: su teléfono, que está apoyado en el portavasos entre los dos asientos, también se ilumina y zumba. En la pantalla se lee “Paty”.

—Han de estar extrañándote mucho en la fiesta —suelto después de

sacudir un poco la zozobra de la que soy presa. Me mira de reojo con esa sonrisa cínica insoportable.

Sí, estoy celosa, le digo con la mirada.

—Tu noviecita en especial —y con palabras—. ¿No vas a contestar?

—No tengo una noviecita —aclara mirando el camino. Ahora es mi teléfono el que vibra contra mi pierna. No es un Whatsapp, esta vez es una llamada entrante de Eduardo.

—¿Tú no vas a contestar? —Arquea las cejas y aprieta esos labios que tiene y que yo quisiera... Hmmm. Es tan buen conductor que no se le pasa detalle del camino ni de lo que sucede conmigo ni con mi teléfono. Su teléfono también se ilumina y zumba otra vez, este auto parece un nido de abejas trabajando. En su pantalla se lee “Nica”, una llamada entrante. Se me revuelve el estómago.

—Hablando de la reina de... —él me mira de reojo, levanta el teléfono y lo contesta.

—Nica... —el estómago se me retuerce pero sonrío, él trata de ocultar que está disfrutando mis celos, pero no le sale—. Ehhh, sí, sobre eso... Sí, pero... Claro, claro, te veré luego —me lanza una mirada de soslayo. Mi teléfono zumba nuevamente. Esta vez es Andre.

—Hola —sonriendo le miro de soslayo. Él solo frunce el entrecejo y apoya su teléfono donde estaba antes.

—Lulú, ¿va todo bien?

—Qué bueno que me llamaste —me quito con toda la coquetería de la que soy capaz una onda de cabello que me está cayendo sobre el hombro. Se me ha quedado grabado que Luciano y Verónica han quedado para verse en un rato. Trato de dominar ese sentimiento de que no es mío, nada mío, y de que es libre de salir con todas las arpías que se le crucen. Tal vez debería dejar de dudar y reconciliarme del todo con Eduardo.

—Sí, bueno ya te puedes imaginar...

—Sí, claro —le doy una mirada furtiva a Luciano que él atrapa.

—No sé qué voy a hacer, Lulú. Siento que me estoy asfixiando. Quiero mandar a todo el mundo a la mierda.

—Por favor, espera que vuelva para hablar.

—No sé si tengo la suficiente paciencia.

—Sí la tienes. Te veo el domingo, ¿te parece?

Mi primo suspira.

—Me saludas a mi Bro. Que te cuide mucho.

—Sí, claro. Bye.

Cierro la llamada y dejo el teléfono en mi regazo.

—El domingo... —asiente ligeramente con la cabeza. Juro que sabe cómo mantener un ojo en el camino y el otro sobre mí.

—Sí, el domingo —digo—. ¿Acostumbras escuchar las conversaciones ajenas?

—Si suceden dentro de mi coche me es imposible no escucharlas —dice secamente.

Me doy una felicitación mental, se ha creído que he estado hablando con Eduardo. Tal vez he debido añadir un “te quiero”.

—Deberías decirle lo que sucede, ¿no crees?

—¿Y qué está sucediendo exactamente? —Ladeo la cabeza, una sonrisa que no sé cómo remover y que le ha puesto incómodo se ha impuesto en mis labios.

—Esto... —señala el espacio entre él y yo—, que estás yendo a ver a tu hermana.

—Bueno, sobre lo de ir a ver a mi hermana ni siquiera he tenido oportunidad de oponerme.

Él aprieta un poco más el volante.

—¿Debí decirle que voy contigo? —Saco mi mejor arma: la ingenuidad.

—Eso lo sabrás tú mejor que yo —dice en tono arisco. Yo sonrío un poco más.

Guardo el teléfono dentro de mi bolsa que luego echo al asiento de atrás. Él no pierde detalle de lo que hago ni de la trayectoria de mi bolsa a través del retrovisor, es como si sus sentidos estuvieran en un nivel de alerta superior. Su teléfono zumba otra vez.

—Definitivamente te extrañan en esa fiesta —esta vez se lee “Rebecca” en la pantalla del teléfono.

—¿Podrías contestar por mí? —Pregunta cuando detecta de quién es la llamada entrante.

—Oh, no, eres demasiado bueno atendiendo tus propias llamadas.

—Vamos, no seas celosa.

—¿Celosa? ¡Ja...! Quisieras.

—Es tu amiga. Contesta, por favor.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué?

Porque se pondría a dar brincos y a gritar y llamaría la atención de todo

el mundo y entonces tendría que decir que está así porque Luciano y su mejor amiga están juntos, la gente empezaría a imaginarse cosas, todas excepto que a este chico le ha dado un ataque de benevolencia y se ha ofrecido a llevarme a ver a mi hermana; a muchos no les gustaría lo que están escuchando y empezaría a formarse el club de *haters* Luciano-Lucía. Otros simplemente no lo entenderían.

—Porque no me corresponde contestar tu teléfono.

Él ríe fuerte, lo toma y lo contesta.

—Háblame... No, no puedo ir... Porque estoy en algo más importante —me mira de soslayo—. Algunas cosas, personas..., bueno, he salido de viaje... Sí..., a... —le quito el teléfono de las manos y cierro la comunicación.

—¿Qué? —Él ríe.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué ibas a decirle a Becca?

—Le estaba diciendo que estoy de viaje.

—Sí, justo a... ¿donde vive mi hermana? Becca no es nada estúpida, ella sabe que viajo hoy... —y desde hace unas semanas le dio por juntarnos, se pondría como loca.

Luciano ríe otra vez.

—¿Por qué te pones tan nerviosa?

—Porque la gente concluirá ideas que no son.

—¿Y qué clase de ideas son ésas, Santa Lucía?

—Tú sabes... —desvío la mirada al prado que ilustra el paisaje nocturno.

—No lo sé, dímelo tú. Ilumíname.

—Eres insoportable.

—Tú no eres más soportable que yo.

Le miro con ganas de matarlo. Él hace otra carcajada fuerte, una que se mezcla con una mueca hilarante y un “¡Ohhh...!” cuando el inicio de una canción conocida por los dos suena en su ipod.

El cliché entre todos los clichés.

Desde que salimos de la escuela ha sonado todo tipo de música en su *playlist*, en inglés y español, clásico y contemporáneo, algo de pop, rock y reggaeton para poner los ojos en blanco. Tiene música allí como para una semana ininterrumpida. Pero lo que suena en este momento es totalmente embarazoso. No ha empezado la lírica y ya está cantando el primer verso. Atrae mi rostro colorado en dirección al suyo tomándolo por la barbilla y

hace que le mire.

—A menudo me recuerdas a alguien... —se sonríe cuando le pongo los ojos en blanco.

—Es el cliché de todos los clichés en el mundo de los clichés, que tengas esa canción en tu *playlist*.

Él ríe sin importarle mi comentario y espera que Miguel Ríos se nivele con él en la canción. Sus mejillas también están ligeramente enrojecidas.

—Tu sonrisa la imagino sin miedo —le sonrío de una forma espantosa que le hace reír—. Invadido por la ausencia... —me llevo una mano al corazón. Él sonrío un poco más—. Me devora la impaciencia, eh... Me pregunto si algún día te veré.

—Ya sé todo de tu vida y sin embargo... —canto yo, él ríe. Parecemos el dúo Pimpinela—. No conozco ni un detalle de ti.

—El teléfono es muy frío... —toma su teléfono del portavasos y lo levanta por un instante para ilustrar el momento de la canción—. Tus llamadas son muy pocas... Son muy pocas de verdad —argumenta saliéndose de la canción. Es cierto, siempre evito escribirle o llamarle aunque muera por hacerlo—. Yo sí quiero conocerte y tú no a mí —despega las manos del volante por dos segundos y las junta antes de decir—: por favor...

Me uno a él para entonar el coro de la canción:

Dame una cita.

Vamos al parque.

Entra en mi vida sin anunciarte.

Abre las puertas.

Cierra los ojos.

Vamos a vernos

Poquito a poco.

Dame tus manos,

Siente las mías,

Como dos ciegos

Me toma el mentón y dice:

—Santa Lucía.

—Santa Lucíaaaaaa —le hago coro.

Él sonrío perdiéndose el siguiente Santa Lucía de la canción.

—A menudo me recuerdas a mí.

Nos miramos y reímos al mismo tiempo.

—Mi mamá solía decir que esta canción es acerca de un chico que se

enamoró de una chica con la que mantenía una relación completamente platónica porque en realidad no la conocía —me mira interesado en la historia—. Algunas veces le gustaba pensar que eran vecinos, otras que eran amantes por correspondencia, algo así como *Tienes un E-Mail*, pero en los años ochentas, con cartas y esas cosas.

Luciano pone una cara rara.

—¿De veras...? ¿No has visto *Tienes un E-Mail*?

—Solo tengo una hermana y no es la más romántica de todas.

—Pero es *Tienes un E-Mail*, una de las mejores películas de la historia del cine. Meg Ryan y Tom Hanks dirigidos por Nora Ephron.

—De verdad, Lucía..., pierdes tu tiempo.

Suspiro decepcionada.

—Pero me gusta la historia de tu mamá, solo que, me parece, la canción tiene un cabo suelto: ¿por qué la chica se niega a conocerlo...? Será que... — adivino la malicia en esa mirada entornada.

—¿Era gorda y tenía granos?

Ambos reímos.

—No le hagamos bullying a la chica de la canción —digo.

—Eres tú la que le ha puesto granos.

—Y un poco de barba.

Reímos otra vez.

—Hay hipótesis de que uno de los era ciego y por eso querían verse *poquito a poco*, como a tientas —mueve las manos sobre el volante para indicar el manoseo entre los protagonistas de la canción—, ¿entiendes?

Asiento lentamente con la cabeza, pensando en sus manos manoseando *poquito a poco* mi cuerpo. Suspiro mentalmente. Supongo que ha de tener mucha experiencia en el sector del manoseo.

—Y Santa Lucía es la patrona de los ciegos.

—Y Santa Lucía es la patrona de los ciegos —repite.

—Creo que el autor..., ¿cuál es su nombre?

—Roque Narvaja.

—Él. Nunca ha revelado de qué en sí trata la canción.

—He leído en un artículo de internet que podría tener algún mensaje encriptado.

—¿Un mensaje encriptado?

—Tanto loco que anda suelto, la otra persona no quiere conocerlo...

—Ah, entiendo. La vieja hipótesis de que es un romance entre dos

hombres.

Nos miramos un segundo y reímos.

—Me quedo con la versión de tu mamá —me pellizca la mejilla.

—Yo también.

Sonrío como estúpida —lo sé— y me quedo mirándolo por un minuto; debe estar pensando que estoy rematadamente enamorada de él. Algo dentro de mí me dice que estoy rematadamente enamorada de él.

Sacudo la idea. No puedo estar enamorada de él, sería demasiado complicado enamorarse de un chico que tiene su futuro cercano en otra parte.

—¿En qué estás pensando?

—En tu secreto.

—¿Secreto? —Frunce el entrecejo.

—Sí, todos los chicos tienen uno y tú no has de ser la excepción.

—¿Qué tantos secretos tienen esos chicos que conoces, Santa Lucía? ¿Qué tantos chicos has conocido?

—No me cambies la pregunta.

—Tú no me la cambies a mí: ¿Qué tantos chicos conoces?

—Muchos. Responde.

—¿Muchos...? —Ignora mi demanda—. Trataré de no ser uno más, entonces.

—Responde mi pregunta —demando acomodándome en el asiento, de costado hacia él, apoyando la mejilla en el espaldar.

—¿Qué tipo de secreto quieres conocer? —Arquea una ceja—. ¿El color de mis... ojos? ¿El tamaño de mi... mis manos?

—Ja, ja. —retiro su mano derecha del volante y la estudio—: Tus ojos son del color favorito de las abejas y tus dedos son largos, de pianista... O jugador de básquetbol. ¿No te habrás equivocado de carrera?

—No creo —dice con una ligera sombra en esos bonitos ojos dulces que tiene.

—¿Eres uno de los tres chicos que van a ser fichados?

Mira la carretera y no responde.

—Pensé que este paseo era para que Lulú conociera a Luciano.

—Ah, entonces este paseo tiene un propósito... —me mira.

—¿Qué esperabas? —Encojo un hombro.

Él ríe con esa inocente alegría de la que acabo de reconocer que estoy rematadamente enamorada.

—¿Por qué no respondes mi pregunta con la verdad?

—No pensé que te hubieras vuelto reportera de noticias.
—Solo quiero conocer la respuesta de ésta.
—No lo sé —responde sin pensarlo.
—¿Quieres ser uno de los seleccionados?
—Cualquiera quisiera serlo —responde como si no sintiera lo que está expresando. Mira el camino todo el tiempo.
—¿Por qué trabajas en la heladería de tu familia si no lo necesitas?
—¿Alguien te ha dicho que haces demasiadas preguntas? Pensé que como cualquier otra chica querrías saber de mis amores no correspondidos o cosas parecidas.
—No estás hablando con cualquier chica.
—Eso ya lo sé.
—No te gusta hablar de ti.
—No.
—No me importa. Dime.
—Para llevarles un poco la contraria —a su familia.
—¿Por qué?
—Él solo quiere que me dedique al fútbol.
—Eres un rebelde, entonces.
Sonríe ligeramente sin que se le iluminen los ojos.
—Aunque eres el mejor y lo sabes, sé que el fútbol no es tu sueño.
—¿Por qué crees que no es mi sueño?
—El día de las fichas, no quisiste contármelo, pero sé que eso no es lo que te apasiona de verdad. ¿Qué es lo que te gusta?
—Tú —dice al mismo tiempo que yo hago otra pregunta, dejando el comentario en el aire aunque no sin efecto pues le miro a los ojos por un segundo y sonrío ligeramente.
—¿Por qué lo ocultas? —Mi pregunta.
—No lo oculto, pero es algo que me gusta hacer además del fútbol y que considero una afición personal.
—¿Qué es?
—Me gusta dibujar.
La palabra conecta con ciertos recuerdos que tengo de él en el salón de clases, la posición que adquiere su mano sobre el papel, tan concentrado que no parece estar tomando apuntes. Lo he visto hacerlo desde su primer día de escuela el año pasado.
—Algunos son de ti... —dice sutilmente bajando un poco la mirada.

—¿De mí? —Un cosquilleo se presenta en todo mi cuerpo.

—Sí, tienes uno de esos perfiles —extiende el brazo para delinear mi perfil con la punta del dedo índice— que tanto nos gustan a los que dibujamos al carboncillo.

Se aclara la garganta.

—¿Cuál es el tuyo, Santa Lucía? Las luces del pueblo intermedio entre ciudad Verano y Lara, donde vive mi hermana, empiezan a aparecer, así como él a descender la velocidad del vehículo.

—Dices que me has dibujado sin mi conocimiento o consentimiento y no me dejas hurgar en el porqué.

—Te lo he dicho: me gusta tu perfil.

Es cierto, tendré que conformarme con esta respuesta.

—¿Al menos podré ver el dibujo del que he sido objeto sin autorización?

—Algún día tal vez.

—Tienes que mostrármelo. Me lo debes.

—¿Qué te debo?

—Este viaje.

—Este viaje se trata básicamente de ti. Si no hubieras tenido que hacerlo, ahora mismo estaríamos en ciudad Verano, relajados con los pies dentro de una piscina.

—No te pedí que me trajeras —me compongo en el asiento y me cruzo de brazos, enfurruñada, además.

—Eso ya lo sé —hace un cruce hacia una gasolinera.

—Podemos volver cuando quieras, estamos en la mitad del camino. De hecho, lo mejor será que volvamos. Apenas son... —consulto la hora en mi reloj, aunque la hora digital se muestra en el tablero del Jeep— las diez menos veinte. A la medianoche estaremos en ciudad Verano, yo en el apartamento de tía Gisselle y tú donde quieras.

Me bajo del coche cerrando de un portazo, ya que se estaciona en el distribuidor de gasolina.

—¿Dónde vas?

—Voy a colocarle a mi perfil un poco de agua.

Entro en la tienda sin poner demasiada atención a lo que sucede a mi alrededor y me encierro en el sanitario. Me miro en el espejo antes de que una lágrima rebelde se desprenda del lacrimal. La limpio, me pongo agua en la cara y me estrujo los ojos con tanta fuerza que se enrojecen.

Este viaje se trata básicamente de ti. Si no hubieras tenido que hacerlo, ahora mismo estaríamos en ciudad Verano, relajados con los pies dentro de una piscina.

Sus palabras flotan en mi cerebro, lastimándome y confirmándome ese temor que he sentido desde que salimos de ciudad Verano, que está haciendo este viaje por compromiso. Habría sido demasiado bonito que voluntariamente quisiese hacerlo.

El sonido del pomo de la puerta del baño moviéndose de un lado al otro desde afuera y un puño sobre el metal me sobresalta.

—¡Lucía...! —Su voz se escucha mortificada, ahora sí ha de estar creyendo que me he escapado por la ventana. Cierro los ojos e imagino que por un increíble poder de teletransportación puedo enviarlo de regreso con su Jeep a ciudad Verano. No es tan tarde, si me comunicara con Melissa podría venir por mí en un coche alquilado.

—¡Lucía, abre la puerta!

—Jovencito... —escucho a una mujer hablarle, recuerdo haber visto una anciana en el mostrador antes de pasar al sanitario—, ¿qué es lo que desea? Este es el baño de señoritas, el de los caballeros está en esa puerta.

—Usted no se meta... ¡Lucía, sal de ahí! —La voz le sale más calmada. Imagino que tiene la sien y la mano pegadas a la puerta, yo me acerco lentamente desde este lado e imito lo que creo que él está haciendo del lado de afuera, el metal frío sirviéndonos de conector—. Sé que estás ahí, puedo ver la sombra de tus zapatos a través de la rendija —miro hacia abajo, mis Keds están cerca de la puerta, me aparto.

—Si está ahí es porque necesita el espacio, joven.

—Usted no entiende. ¡Lucía...! —Vocifera nuevamente junto con el respectivo puño en la puerta.

—Jovencito, si no deja de hacer escándalo llamaré a la policía.

—Llame a quien quiera, no me importa. Derribaré la puerta si es necesario.

—Eso no puedo consentirlo. ¿Hay alguna señorita Lucía ahí adentro? —pregunta la mujer, yo sigo sin decir nada, pero voy a abrir la puerta.

—¿Lo ve? Debe estar usted confundido. Por favor salga de la tienda.

—Ella está ahí. La vi entrar. ¡Lucía! —Su puño golpea con tanta fuerza la puerta que ha debido lastimarse.

—¡Llama a la policía, George!

—Espere... —digo al abrir la puerta—, sí hay una Lucía aquí —miro a

la mujer, es la misma anciana de cuerpo pequeño que recuerdo al entrar a la tienda.

—Ah, pues, mira —dice ella en tono reprobatorio, llevándose una mano a la cadera. Yo miro furtivamente a Luciano, cuya expresión es difícil de explicar, parece atormentado y furioso pero al mismo tiempo aliviado de que yo hubiera cedido. Sin meditarlo demasiado me hala por el antebrazo y me acerca a él, pone los suyos alrededor de mi espalda en sentido protector y me abraza con tanta fuerza que puedo sentir su cuerpo calentando el mío, así como sus labios depositando pequeños besos sobre mi pelo, mis sienes, mi frente, mis hombros, mis manos. Hay una especie de dulzura combinada con ansiedad en su mirada. Cierro los ojos cuando sus labios empiezan a descender hacia los míos.

—¿Está usted bien, señorita? —Pregunta la mujer interrumpiendo el momento. Luciano y yo nos miramos y reímos al mismo tiempo, le rodeo toda la cintura con los brazos y me permito descansar mi mejilla en su pecho, justo debajo del cuello, entre las dos clavículas, él apoya su cabeza sobre la mía y me mantiene tan abrazada a él, como para asegurarse de que no me escape otra vez.

—Sí, señora, gracias.

La mujer hace un redoble de ojos sarcásticos.

—¡Pues largo de aquí! Ésta es una tienda familiar, no un lugar para escenas de amor. Hay un hotel por acá cerca si eso es lo que quieren.

Luciano y yo nos miramos, la intensidad y el deseo de ese beso no consumado flota entre los dos. Él me toma la mano y salimos después de comprar una bolsa de Doritos y una Coca-Cola.

Nos dirigimos al auto. No hablo en el camino, no quiero cansarlo ni echar nada a perder. Me concentro en tranquilizar los nervios que siento, las mariposas descontroladas que han decidido por unanimidad instalarse para siempre dentro de mi estómago y el cosquilleo general que tengo en todo el cuerpo debido al contacto de esta mano que me lleva y que me ha dibujado sin que tuviera conocimiento.

Subimos al Jeep algo nostálgicos de tener que separarnos, pero lo conseguimos, cerramos las puertas, nos colocamos los cinturones de seguridad y luego nos miramos. Juro que hay una energía poderosa flotando entre nosotros. Él también la percibe porque se inclina hacia mí, acunando mi rostro con una mano y atrayéndolo hacia el suyo con la otra, hasta que conectan en la forma de un beso.

Una explosión sucede dentro de mí cuando esos labios que he mirado furtivamente en la intimidad de un baile, empiezan a moverse sobre los míos, suaves y húmedos, con una sincronización tan natural que parece que hubieran sido diseñados para besarme. Y para besarme sólo a mí, a Santa Lucía.

Una voz dentro de mí me alerta sobre el riesgo de lo que estoy haciendo, debería empujarlo para que se aparte y demostrarle una de sus teorías sobre los besos forzados, excepto que éste no es uno, es voluntario y correspondido. Una de mis manos está aferrada al cuello de su camisa, también necesito que esté aquí delante de mí. Me levanto ligeramente del asiento para que tenga mejor acceso a esta necesidad que sienten mis labios de los suyos, tal vez los suyos de los míos, y funciona porque me besa con un poco más de insistencia. Básicamente nos hemos quedado unidos por nuestras bocas, las leguas, enredadas una con la otra, sirven de conectores de nuestro universo. Mi mano derecha recorre su espalda, la izquierda, por lo incómoda posición en la que estamos, sigue en su cuello. Las suyas tampoco se mueven demasiado, la izquierda ha descendido hasta mi cintura, y me acaricia la piel por debajo de la tela de la camiseta.

He besado antes. A Eduardo. Solo a él. Recuerdo que me gustaba besarlo. Los besos en general me gustan, pero con él, mi único novio, no he sentido una conexión tan fuerte como la que estoy sintiendo con Luciano ahora mismo.

Me libero del cinturón de seguridad, necesito espacio, independencia para moverme, para tocarlo y que él me toque si quiere hacerlo. Luciano suelta un gruñido, a mí también me molesta que tengamos que separarnos, pero se verá recompensado en poco tiempo. Le libero también de su cinturón, él me sigue con la mirada, expectante a todos mis movimientos. Me incorporo de rodillas sobre el asiento y a gatas me traslado hacia el suyo, donde me recibe y me acomoda sobre su regazo para continuar el beso. Intuyo que los vidrios del Jeep han de estar tan empañados como los de aquel carruaje del *Titanic* de Kate y Leo.

Descubro que soy adicta a sus labios, que tienen todas las carecterísticas de oferta engañosa, parecen finos pero al tacto están rellenos de la carne precisa para hacer que un beso sea inolvidable. Quiero colonizarlos, colocar sobre ellos una bandera con mi nombre para que ninguna otra boca pueda besarlos excepto la mía; me entran celos de imaginar cuántos labios distintos a los míos le han besado antes y le besarán después. Traviosos, insasiables y

con voluntad propia dejan mi boca para conquistar ellos otras latitudes de mi piel, descienden por mi cuello, mis hombros y la clavícula. Reconozco también la necesidad de conocerme de sus manos, que me acarician por debajo de la camiseta y del brasier con destreza. Nadie me ha tocado nunca así, ni siquiera Eduardo, cuando fuimos novios hace más de un año ni cuando empezamos a salir nuevamente hace algunas semanas, él lo intentó recientemente pero yo siempre conseguí escurrirme. Ahora sé por qué.

Luciano saca las manos de donde las tiene metidas y me inclina ligeramente hacia atrás, me acaricia la mejilla con ternura y me besa castamente, dando por finalizado el beso.

—Estás enrojecida, Santa Lucía —aunque su voz suena ronca, tiene una ligera sonrisa en los labios. Éste debe ser uno de sus juegos psicológicos en mi contra. Está burlándose de mí otra vez—. Es cierto que no necesitas de mis clases, solo un poco de práctica.

Aparto la mano con la que ha estado acariciándome el cuello y la región baja de la clavícula, le golpeo en el pecho y me aparto.

Vuelvo a mi asiento tratando de componerme. Me toco toda la cara, es cierto que estoy caliente. Quiero matarlo por haberme hecho esto y puesto así. Me limpio la frente, las mejillas y la comisura de los labios con las manos temblorosas. No sé qué estoy haciendo. Solo quiero borrar este beso. Quiero borrarlo. Olvidarlo. Pretender que nunca pasó. Me siento tonta, rota y sin poder disimularlo, pues sé que sigue mirándome, pero no pienso decirle nada hasta que me deje en el apartamento de mi hermana. Dos horas más de camino, este será mi castigo.

—No te limpies —dice deteniendo mis manos y tomando mi rostro con su derecha—. No podrás borrarlo —se inclina nuevamente e intenta besarme, pero esta vez sí le aparto de un empujón. Él se ríe burlón, se asegura con el cinturón, enciende el coche y continuamos este tortuoso viaje que parece no tener fin.

Estás volviéndome loco

—¿Qué? —Pregunta cuando observa mi respuesta a su *No te limpies... No podrás borrarlo* (más su risita burlona)—. ¿Qué? —Extiende el brazo hacia mi cintura y me pellizca suavemente. No le muestro ni un diente de mi sonrisa—. ¿Santa Lucía? —Toma mi mano y entrelaza mis dedos con los suyos, luego se la lleva a los labios y la besa. Ladeo el rostro hacia la ventana porque no quiero que mire la sonrisa que me ha puesto en la cara. Despliega un número indeterminado de besos y mordiscos por mi antebrazo que me producen cosquillas en todo el cuerpo pero me abstengo de demostrarle algún sentimiento—. ¿Vas a estar así de callada...? —Le miro de soslayo—. Vamos... Creí que este viaje era para que Luciano conociera a Lulú —me muerdo el labio para no hablar o reír—. No te he roto, ¿verdad?

Entorna los ojos cuando le pongo los míos en blanco, luego le miro, acerco el dorso de su mano a mis labios y deposito ahí un beso.

—Está bien —manteniene mi mano unida a la suya durante el resto del viaje. Cuando tiene que tomar el manubrio con las dos, lo que rara vez sucede pues el camino tiene pocas curvas, y yo intento devolver mi mano a mi regazo, él rápidamente la retoma para mordisquearla y besarla, un mimo que me calienta el corazón.

Tengo una fuerza de voluntad de récord *Guinness*. No sé de dónde obtengo la capacidad para resistirme a la necesidad de sacarme de nuevo el cinturón de seguridad y lanzarme sobre él para besarle toda la cara. Pero me mantengo fuerte e inmutable durante dos horas.

—Sana y salva —dice cuando estamos delante del edificio de Melissa.

—Gracias por traerme —él baja la mirada y asiente, sus labios están separados en algo muy parecido a una sonrisa embarazosa. Creo que es de esos chicos que no están acostumbrados a que les traten con amabilidad, *no que yo sea demasiado amable con él*, pero empezaré a considerarlo. Nos miramos un segundo a los ojos como si estuviéramos pensando en lo mismo, alarga el brazo derecho y me acaricia el pelo, yo trago seco, temiendo que mi necesidad de besarle pueda notarse—. Creo que... —*deberías besarme una vez más*, pienso, pero me aclaro la garganta— deberíamos bajar.

Él asiente y yo me desmorono un poco de saber que no siente la misma necesidad de mis besos que yo de los suyos. Giro ligeramente el cuerpo para

alcanzar la manivela de la puerta cuando siento el tirón que me atrae hasta sus labios.

—No sabía cuándo podía hacerlo nuevamente, así que tenía que arriesgarme —dice después de devorar los míos como si fueran una golosina. Acuno su cara entre mis manos y me inclino para besarlo una vez más, los suyos también han estado deliciosos.

Cuando logro apearse del coche compruebo que mis piernas se han vuelto de gelatina. Con dificultad me encuentro con él del lado de la acera, está sentado en el borde de su asiento.

—¿Vuelves el domingo? —Me atrae hacia él por el borde del pantalón, mis manos van directo a sus hombros. Asiento con la cabeza—. ¿Cómo regresas?

La idea de que él pudiera venir por mí el domingo y repetir la experiencia de este paseo me anima el alma, pero no tengo derecho para proponerle tal cosa.

—Melissa me devolverá a casa —le acaricio la frente alcanzando un corto mechón de su pelo castaño, que aunque no es liso es suave.

Él asiente con la cabeza.

—Te veo el lunes, entonces —deposita un beso en mi antebrazo izquierdo y se levanta. Está despidiéndose, justo como lo he pensado, su intención siempre ha sido dejarme aquí y volver a ciudad Verano.

Con mis manos, que todavía descansan sobre sus hombros, le regreso al asiento; él me mira frunciendo el entrecejo, pero me atrae nuevamente hacia él. Es ridículo el cosquilleo que me produce su cercanía y su contacto, esos círculos que está formando con sus dedos en mi piel, por debajo de la camiseta, justo donde termina el pantalón.

—No puedes irte —me compongo—. No esta noche.

—Lucía... —detiene las caricias y trata de incorporarse otra vez, pero ejerzo todo mi control sobre él para que permanezca donde está.

—No, Luciano. Si a estas horas regresas a ciudad Verano volveré contigo. Es más de medianoche y si tú eres obstinado, yo también lo soy. Además mi hermana me dijo que puedes quedarte.

—¿Tu hermana? ¿Cuándo has hablado con tu hermana?

—Cuando estábamos en el restaurante.

Él niega con la cabeza, inseguro de mi propuesta.

—Dale las gracias, pero prefiero regresar —se remueve en el asiento, tratando de hacerme a un lado para acomodarse frente al volante, pero se lo

impido otra vez, que yo esté sobre la acera me proporciona cierto dominio sobre él. Sin embargo, tanta insistencia en volver a ciudad Verano me pone a dudar sobre la verdadera razón de tal premura, el recuerdo de su conversación con Verónica me pasa por la mente como un *flash*, ha quedado en verse con ella luego, y “luego” puede ser dentro de cuatro horas.

—Tú no me quieres aquí —su voz suena ronca al decirlo, luego me atrae otro poco más hacia sí, me levanta ligeramente la blusa y me besa el ombligo.

Está volviéndome loca, es como esa canción de Hailee Steinfeld, no son solo mariposas sino un zoológico completo lo que siento, la piel se me eriza con su contacto y tiemblo como una gelatina en las manos de un niño. Si no me aferro a su clavícula caeré desparramada en el suelo.

—Eres el más grande de todos los idiotas... —soplo mientras le acaricio el pelo.

—Eso me lo has dicho antes —su lengua todavía juega con mi ombligo antes de depositar otro beso en mi vientre, que se contrae y hace que me avergüence. No sé cómo actuar con él. Intuyo que Luciano no está acostumbrado a chicas así de ingenuas como yo.

—Todavía no aprendes... —susurro.

Él se levanta del asiento, nuestras estaturas siguen siendo dispares, pero ahora es más alto que yo, una mano suya sigue en mi cintura, la otra va a mi nuca, me atrae hacia él y me besa en los labios, abriéndose paso a mi boca con su lengua divina. Le acaricio la espalda por debajo del polo, él sonrío mientras sigue besándome sin pudor, sin que le importe que estamos en la calle, frente al edificio en el que vive mi hermana y un montón de gente más.

—¿Lulú? —Dejo de mover manos, lengua, labios, hasta se me inmoviliza el corazón cuando escucho mi nombre. Melissa, es la voz de Melissa la que estoy escuchando detrás de mí. Luciano también se queda quieto, con la forma del beso sobre mis labios, pero logra movilizarlos para decirme en un susurro:

—Difículto que siga dispuesta a darme hospedaje —junta su frente con la mía, me besa ahí y me prepara para enfrentarla.

—Melissa... —sonríó nerviosa, ella está aguantándose las ganas de reír.

Con todo el embarazo del que soy presa avanzo hacia mi hermana. Ella también adelanta unos pasos hasta que nos encontramos en la mitad y nos abrazamos. Melissa me estudia un segundo después de basarme en la mejilla, con picardía se lleva el dedo índice a sus labios y sonrío.

Avergonzada bajo la mirada y me toco los labios, están inflamados por

todos los besos que han recibido en menos de dos horas.

—Éste es Luciano —digo después de aclararme la garganta, señalándolo con el pulgar detrás de mí, tratando de ocultar el embarazo de saberme descubierta infraganti.

Mi hermana da un paso adelante y extiende la mano con esa sonrisa radiante suya. Él da un paso también y la recibe.

—Al fin te conozco, Luciano.

—Lo mismo digo, Melissa —Luciano le sostiene la mano hasta que ella acorta la distancia entre ambos y le abraza brevemente. No puedo evitar sonreír.

—Ven aquí, hermanita —me sonrío y me atrae hacia ella por los hombros—. ¡Cómo te he extrañado!

—Yo también —me siento menos avergonzada.

—¿Has tenido un viaje feliz? —indaga con picardía, mirándonos a los dos, yo miro hacia atrás, donde está él y recuerdo todo lo que ha pasado entre nosotros. Si es que no le gusto, lo disimula bastante bien.

—Casi —digo para molestarlo, pero él no se incomoda, solo presiona sus labios y baja la mirada. Sus propios recuerdos, supongo.

—Bueno, ¿y qué esperan? Traigan sus cosas. Subamos al apartamento.

—Yo, eh... —dice él, señalando el Jeep.

No voy a permitir que regrese a estas horas a ciudad Verano, además quiero que se quede. Avanzo hacia él y me engancho a su brazo. No se irá. No y no.

—Tú, eh... —dice Melissa, llevándose una mano a la cadera, está en su posición de leona—, subes con nosotras.

—Gracias, Melissa, pero no puedo arruinarles el fin de semana.

—Así que eres tan obstinado como Lulú.

Me mira furtivamente, baja la mirada y sonrío. Es hermoso cuando hace eso.

—Vamos —con la cabeza, Melissa señala la entrada del edificio—, esta noche te quedas con nosotras.

—Ehhh..., sé que no quieren que tome la carretera nuevamente, así que para la tranquilidad de ambas me quedaré en el Jeep.

—Arriba hay un sofá de tu tamaño, muchachote —Luciano solo la mira, no parece nada convencido—. Creo que no nos conoces bien a las Ortiz, como re-testarudas. Andando —se impone otra vez y avanza hacia la entrada.

—¿Por favor...? —Le ruego con la mirada, él me besa en la frente y

asiente. Mi corazón se inflama de puro amor.

Se separa de mí por unos segundos para asegurar el Jeep y buscar mi mochila, que ahora trae colgada en su hombro junto con mi bolsa. Me toma la mano y no me permite llevar nada.

Melissa se adelanta por las escaleras, este es un edificio de tres pisos y ella vive en el último. Va contándonos sus impresiones sobre la injusticia de lo que ha sucedido con Andre. Luciano y yo vamos detrás escuchándola, pronunciando monosílabos para que no note que no estamos poniéndole mayor atención y robándonos miradas en cada peldaño.

—Supongo que tendrán hambre... —pone delante de nosotros un par de emparedados. El apartamento de Melissa es pequeño pero acogedor, siempre está extremadamente organizado y con uno de los mejores almacenamientos de comida de Lara, mi querida Lara.

Luciano y yo nos miramos, al menos yo no podría comer ni que me ofrecieran pastel de chocolate. Estoy tan nerviosa por todos los acontecimientos, por todo lo que estoy sintiendo que por el contrario, creo que el estómago se me ha reducido. En los ojos de él detecto hambre pero de algo distinto a comida.

—Gracias, Melissa —acepto por compromiso con mi hermana, y porque le parecería demasiado rara mi inapetencia, siempre que vengo con Andre salimos a comer, hoy por ser tan tarde y el cambio de compañero, nos hemos saltado la tradición, pero comer, y comer suficiente, es siempre el hábito. Le paso el plato con su emparedado a Luciano y nos sentamos en los taburetes junto a la encimera de la cocina.

—Entonces tú eres el chico con el que hablé por teléfono.

—El mismo —responde luego de tragar el primer bocado, parece que tiene la garganta seca y que lo traga con dificultad.

—Interesante ponerle rostro a tu voz —Melissa se acerca al frigorífico y extrae una botella de Coca-Cola. Juro que cada ojo de Luciano adopta la forma de un corazón. Desearía que a mí me mirara del mismo modo—. Te creí más apuesto.

—¡Ah, vaya! —Luciano me mira y yo a él. Lástima que mi opinión y la de mi hermana sean distintas.

—Pero si así le funcionas a Lulú —encoge un hombro, está divirtiéndose a mi costa. La miro con fuego en mis ojos, pero a ella no le importa, se ríe de mí—. Y, dime, ¿conseguiste que bailara contigo?

Melissa prepara dos vasos de Coca-Cola con hielo.

—Lo conseguí —responde robándose una mirada mía. Curioso que en ese momento, durante el baile, sembrara en mí la idea de un beso suyo que sucedería más tarde. Curioso que pasaran tantas cosas contradictorias en un mismo día.

Mi hermana sonríe y pone los vasos del líquido negro delante de nosotros.

—Como que has adivinado lo que le gusta, Melissa —ahora quien le mira furtiva soy yo, Luciano se ha tomado la mitad del vaso de un trago. Su expresión es de felicidad.

—¡Wow....!, un entusiasta de la Coca-Cola.

—El que más.

Melissa le sirve otro poco.

—Empiezas a caerme bien.

—Tú también.

—¡Qué insoportables están!

—Habla la que prefiere Sprite, Luciano.

—¿Sprite? ¿De verdad?

—No me mires como si tuviera lepra. Es solo un refresco.

—Solo un refresco... —chasquea la lengua—. ¿Qué haremos con ella?

—No lo sé..., es mi hermana, no puedo hacer nada.

Continúan riéndose otro poco más de mí hasta que Melissa ejecuta el bostezo más fingido de la historia.

—Tengo mucho sueñoooo... —es tan buena actriz que levanta los brazos para dejar claro que va a dejarnos solos. Cree que no me doy cuenta—. Hay de todo en el *fridge*, en caso de que quieran comer algo más. Por favor, avisa a tus padres que vas a pasar la noche aquí —le dice a Luciano—, ¿o prefieres que mi tía o yo hablemos con ellos?

—No hace falta.

Quiero saber qué pasa con Luciano y sus padres. Presiento que está volviéndose mi rompecabezas más interesante.

—Lulú dormirá conmigo —continúa ella, dejando establecido algo que no es necesario—, y el sofá está a tu entera disposición. Ella sabe dónde guardo las sábanas y las almohadas para los visitantes. La ducha está a tu orden, así como todo el apartamento, excepto la habitación principal —le da un guiño al que él asiente como respuesta—. Que pasen buenas noches —me besa en la frente antes de salir de la cocina y a él le presiona el hombro.

—Yo, también me voy a dormir —le comunico a mi hermana

levantándome de la silla.

—No te apures —dice ella—, quédense un poco más si así lo desean, enciendan la tele, miren una película, lo que quieran —avanza un paso hacia la salida de la pequeña cocina, pero antes de pasar al otro espacio, se vuelve y le dice a Luciano—: Gracias por traerla.

Melissa no espera para ver que él asiente y le sonrío en respuesta, se ha marchado rápidamente hacia la única habitación de su apartamento.

Aparto mi plato, apenas he conseguido comer la mitad del emparedado. Él también aparta el suyo, en su caso lo ha comido todo. Atisba el espacio que nos rodea, chequeando que Melissa no esté cerca, y una vez que lo confirma, toma mi mano y me atrae hacia él, abriéndome un espacio entre sus piernas. Me aparta el pelo de la cara y en el oído me susurra:

—Quiero comerte toda... —tiene la voz ronca, y la frente ligeramente perlada. Me acaricia la mejilla y los labios. Le muerdo el dedo—. No hagas eso.

Sonriendo, acuno su rostro entre mis manos y tomo la iniciativa de besarlo, sus manos pasan a mi cintura y las mías están en su pelo, me reclina hacia atrás y me recorre buena parte del cuerpo por encima de la ropa. Creo que ha trazado un mapa.

—De verdad, Lucía —interrumpe lo que pudiera ser el inicio de un maratón. Detecto lo enrojecidas que tiene las orejas—, quiero comerte —toma mi mano y la besa—. Ve a dormir —me separa de él con la medida de su brazo extendido—. Te veré por la mañana.

Me muerdo la uña, no es fácil apartarse de una escena como ésta después de que alguien te dice de forma explícita que te desea. Parece tan adolorido que me siento mal.

—Te buscaré... —las mantas y esas cosas necesarias para dormir. Estoy tan nerviosa que no consigo completar la frase.

—*Ve a dormir* —me amonesta—. No busques nada. No quiero nada. No te quiero cerca.

No sé si sentirme ofendida o muy halagada, pero no me muevo, me quedo aquí mirándolo, quisiera entender qué cruza su cabeza, qué es lo que quiere de mí..., *además de comerme*, dice una voz de diablilla en una esquina de mi cerebro, pero es muy difícil interpretarlo, normalmente no me permite entrar en su mente. Luciano es demasiado privado.

Me exalto un poco cuando se levanta de golpe y pega sus labios a los míos con tanta fuerza que me duele. Sale de la cocina hacia el espacio en el

que está su nicho: el sofá, y se echa sobre éste. Yo le sigo cual perrito faldero pero recapacito y me desvío hacia el armario donde están las mantas necesarias para que esta noche no pase frío. Las estoy escogiendo cuando el resplandor de su cuerpo y la caricia en mi abdomen por debajo de la camiseta me alertan.

—No pensé que esto pasaría, Lucía, lo juro —susurra en mi oído. Peleo contra el cosquilleo que se presenta en todo mi cuerpo y me doy vuelta. Si ha venido para besarme yo también me siento inclinada a que lo haga, atraigo su rostro al mío y le beso tiernamente.

—Debemos parar... —digo contra sus labios.

—Lo sé... —me abraza por unos segundos eternos, luego sus labios me delinear el perfil hasta besarme la frente. Presiento que va a separarse y no quiero, le abrazo un poco más pero a él le importa poco mi necesidad y se separa lentamente para regresar a ese dichoso sofá que le dará albergue, con las mantas que me ha quitado de las manos—. Lejos de mi vista.

Sonrío. Le gusto. Al menos sé que por esta noche le gusto.

Con torpeza busco mis cosas y contra mi voluntad, porque no quiero separarme de él —nunca quiero—, me largo a responder todas las preguntas que mi hermana tiene acumuladas para mí esta noche. Él tenía razón aquella vez que bailamos, siempre me he demostrado esquiva con él, y siempre ha sido pura actuación no mostrarme cómo realmente soy, esquivarlo ha sido mi escudo protector para fijar un límite que él no pudiera traspasar cuando lo ha sobrepasado desde hace mucho.

Cuando entro a la habitación no puedo mirarle la cara a Melissa porque está vuelta a la pared. Quizás ha sido cierto el bostezo representado en la cocina pues parece dormida.

—¿No habrás quedado embarazada en estos minutos que te dejé sola con él, verdad?

Me sobresalto al escucharla. Ella se da la vuelta y me mira. No, no ha estado ni un poquito dormida. Me siento en el borde de la cama.

—Cuéntamelo todo —ella se acomoda al otro lado, apoyando el rostro en la palma de su mano.

—No puedo, está ahí afuera y podría escucharnos —digo en voz baja.

—¿Qué va a escuchar? ¿Que te gusta...? Te tengo una primicia: ya lo sabe.

Siento que me sonrojo a horrores.

—No sé qué está pasando, Melissa —tampoco creo que él lo sepa,

pienso con aflicción—, excepto que nunca me he sentido así.

—Así, ¿cómo?

—Así de enamorada.

Es todo muy intenso.

—¿Desde cuándo te gusta?

—No lo sé —hasta hoy he pensado que no podía determinar cuándo me enamoré de él, pero lo he sabido siempre—. Viene sucediendo desde hace tiempo —semanas..., meses... Un año... Todavía mantenía una relación con Eduardo cuando todo comenzó.

—¿Por qué no me lo habías contado.

—Porque no estaba segura de mis sentimientos... No quería reconocerlos.

Me recuesto con ella en la cama, ella pasa un brazo sobre mi abdomen.

—Veo que también le gustas.

—A él le gustan todas.

Mi hermana suspira.

—¿No vas a decirme que no es bueno para mí?

—...No.

—Entonces me lo diré yo: Lulú, no es bueno para ti —me doy la vuelta para ponerme de cara hacia ella, está sonriendo, pero en su mirada hay aflicción—. ¿Qué? ¿Qué sucede?

—En momentos como estos pienso en ellos.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Yo pienso en ellos cada día de mi vida.

—Yo también, pero me refiero a que me gustaría que estuvieran aquí y fueran ellos los que decidieran sobre la estadía de tu chico, de cómo debes tratarle, si es que puedes tratarle y cosas como ésas. Yo no puedo impedirte.

—¿Crees que si estuvieran aquí él y yo tendríamos uno de esos romances prohibidos?

—No lo sé. No lo creo. No tuve novio cuando estuvieron con nosotras, pero no se me hacían esa clase de padres.

—A mí tampoco.

—Tía Gisselle lo está haciendo de maravilla, sé que estarían orgullosos de la señorita estudiosa y trabajadora en la que te has convertido, pero cuando me toca a mí ser quién les represente...

—Lo estás haciendo bien, Mel —poso mi mano sobre la suya, la sonrisa

de sus ojos es un poco más viva ahora.

—Los extraño muchísimo —una lágrima rueda por la mejilla de mi hermana.

—Yo también.

Mel enjuga otro grupo de lágrimas y se limpia la mejilla.

—Entonces, qué, ¿quieres que le eche? —Con esta pequeña broma, o espero que sea una broma, sé que Mel se siente mejor— ¿le digo que duerma en el Jeep?

—Échalo.

Las dos reímos y luego nos abrazamos.

—Te gusta, ¿no?

Me cubro la cara con las manos.

—Una vez te vi medio enamorada, eras mucho más joven, claro, pero yo sabía que no era amor de verdad, no te brillaban los ojos como te están brillando esta noche.

Bajo la mirada, quisiera poder controlar el efecto que Luciano ejerce sobre mí.

—Espero que él no se haya dado cuenta —respondo con un suspiro como decoración.

—Lo dudo, pero si te sirve de algo, sus ojos también brillan cuando te miran.

—Sale con una chica —suelto con vergüenza.

—No ha de gustarle tanto si la pasa tan bien contigo como para ofrecerse a traerte un viernes por la noche a una ciudad que queda a cuatro horas de distancia de ciudad Verano. Tía Gisselle me lo contó todo.

—No por eso dejo de ser una roba novios —eso, si es que en realidad estoy quitándole el novio a Verónica.

¡Oh, por Dios...! ¿Estoy quitándole el novio a Verónica Sanders?

—Tendrás que aclararlo con él.

Me levanto de la cama un poco inquieta y confundida. El caluroso beso que ha compartido esta tarde con Verónica se me cruza por delante y me pone más insegura todavía. Aunque me ha asegurado que no tiene una novia.

—No ahora, Lulú —me recomienda Melissa—. Dale espacio.

—Oh, no... —río débilmente—. Necesito tomar una ducha. Debo oler horrible, he estado todo el día en actividades que han implicado sol, polvo y brisa.

—Ah, sí, muy bien, ve a ducharte. Apesta.

Mi hermana se cree muy simpática.

—Lulú... —me llama antes de salir al pasillo con mi mochila.

—¿Sí?

—Por favor, no te quedes embarazada.

—¡Melissa...!

—Mamá y papá acaban de pedirme que te diga eso.

—¡Eso no es cierto!

—Menos en mi apartamento.

Mi hermana sí que sabe cómo ponerme incómoda.

—Apaga la luz —me ordena con deseos de ponerse a descansar. Salgo de la habitación sintiendo que no puedo ni debo decepcionarla.

Han transcurrido dos horas desde que he tomado el baño y acostado con mi hermana. Dos horas en las que he dado vueltas en la cama, contado ovejas, corazones y deshojado margaritas en mi mente sin que pueda conciliar el sueño. Los recuerdos de todo lo que ha sucedido hoy, bueno, ayer, porque es la madrugada del sábado, me han mantenido despierta. Además está el hecho de saber que está ahí afuera, que en combinación con esta sed, me tienen muy inquieta.

Obstinada me levanto de la cama, necesito un vaso de agua o me deshidrataré de amor. Salgo evitando hacer ruido. Me deslizo hacia la cocina sin dejar de mirar la silueta de Luciano, que está sin camisa, con la espalda expuesta hacia mí. Veo que el fútbol no le demanda solamente tener buenas piernas sino mantener ejercitado todo el cuerpo. Suspiro profundamente. Traigo el vaso conmigo de regreso al cuarto, o por lo menos ésta ha sido la idea inicial, pues lo que hago realmente es una locura, me desvío hacia el sofá. Luciano se ha movido, ya no muestra su espalda sino un torso muy bonito, además de sus lindos párpados cerrados. Se me ocurre que podría convertirme en la versión femenina y humana de Edward Cullen y pasarme la noche mirándolo dormir.

—Vuelve a la habitación —me ordena, todavía tiene los párpados cerrados.

—Deberías estar dormido —salto por encima de sus piernas y me acomodo entre su cuerpo y el espaldar del sofá.

—No voy a tocarte, Lucía —cruza los brazos delante del pecho.

—Mejor —paso un brazo por encima de su abdomen y apoyo la mejilla entre el pectoral y su hombro. Inhalo el perfume de su piel, que huele a

champú de baño, ¿ha tomado una ducha antes de dormir?

Él relaja la posición, deshace el cruce de brazos, pasando el izquierdo detrás de mi cabeza y abriendo los ojos para mirarme con la dulzura de la miel. No he venido para demandar besos, pero me gusta que no pueda resistirse y me bese en la frente.

—Estás volviéndome loco —susurra.

—Shhh... —coloco mis dedos sobre sus labios—. Es hora de dormir — señalo con los ojos cerrados pero sonriendo. Aquí me siento muy a gusto. Otro beso sobre mi frente es lo último que recuerdo porque pierdo la conciencia y me entrego al más relajado y cómodo de los letargos.

¿Estás celosa, Santa Lucía?

Me despierto con la impresión de haber soñado con tiernos besos y dulces caricias, pero me sobresalto cuando no siento el calor de su cuerpo junto al mío.

—Estoy aquí.

La imagen que detecto frente al sofá está borrosa, apenas una ligera iluminación de las farolas de la calle se cuele por la ventana, no ha amanecido todavía. Luciano está sentado en el sillón, reposa los antebrazos sobre las rodillas y lleva puesta una gorra. ¿Por qué los chicos lucen tan endemoniadamente guapos con gorra?

—Te cambiaste —digo al incorporarme, limpiándome los ojos para mirarlo mejor. Lleva puesto un polo blanco distinto al de anoche. El bolso que suele llevar en el asiento del pasajero del Jeep está junto al sillón en el que está sentado—. ¿Acostumbras pasar la noche fuera de casa? —Aunque no manifiesta algún sentimiento de duda en su expresión prefiero aclarar mi pregunta—: Siempre llevas ese bolso en el Jeep.

—Fútbol. Mi ropa se ensucia con frecuencia.

No me avergüenzo de mi pregunta.

—Tomé una ducha —de alguna manera le da una explicación a mi curiosidad—. Espero que no haya sido un abuso de confianza.

—Ha sido un *mayor* abuso de confianza —bromeo; él me sonríe.

—Has hablado dormida, Santa Lucía.

Por un momento me inquieto, pero estoy segura de lo perfecta que soy cuando duermo.

—No hablo dormida —puntualizo luego de tomar un trago de la misma agua que anoche he dejado en la mesa junto al sofá.

—¡Oh, sí...! Algunas frases ininteligibles pero en resumen has dejado claro que estás muy enamorada de mí.

Alcanzo un cojín del sofá y se lo lanzo. Él lo atrapa y ríe. No está hablando en serio.

—Se supone que sería yo la que cuidara tus sueños.

—¿Ah, sí? —Se levanta del sillón y casi de un paso se incorpora en el sofá junto a mí—. ¿Cómo está eso? —Me atrae hacia él acomodando mis piernas sobre su regazo y un beso en mis labios. Me acurruco sobre su

pectoral y le rodeo la cintura.

—Era lo que iba a hacer anoche antes de que me retaras a volver a la habitación de mi hermana.

—Para querer custodiar mis sueños te quedaste dormida bastante rápido, niña rebelde.

—Porque la combinación de tus brazos y el sofá es perfectamente cómoda.

Me besa en la frente después de sonreír.

—Tu hermana va a matarme cuando sepa que dormiste conmigo —lo dice con los labios pegados a mi sien. Las mariposas danzan dentro de mi estómago como si fuera una demostración de nado sincronizado.

—Solo me ha pedido que no me embarace y eso no ha sucedido —él retrocede un poco y me mira como si no pudiera ser lo que acaba de escuchar, pero luego sonrío y me besa la frente.

Sin embargo, el *flash* de mi conversación con Melissa me lleva a un punto incierto de esto que está pasando; y es que el recuerdo de su beso con Verónica al cierre de la exhibición pasa nuevamente delante de mis ojos como una advertencia de cuidado, de que debo resguardar mis sentimientos como lo he hecho desde que le conocí. No obstante mi conciencia no comprende de reservas; por una vez quiero dejarme llevar por lo que siento, por lo que he estado sintiendo desde hace tanto tiempo, actuando en negación.

—¿Qué sucede con Verónica? —Suelto mi duda.

Frunce el entrecejo y me mira intrigado.

—No me mires así.

—No sé cómo estoy mirándote.

Alcanzo mi teléfono, que está en la mesa de centro de la mini sala de mi hermana (anoche lo he traído conmigo) y abro la aplicación de Instagram. No solo la cuenta de Verónica sino la de los periodistas y aficionados les dan el título de “novios” y hacen resúmenes y resúmenes de su beso novelesco.

—Es tu novia, ¿no? —Le muestro lo que hay en el teléfono.

Aunque ya me ha dicho que no tiene una novia, ver todas estas publicaciones me ponen muchísimas dudas.

—¿Estás celosa, Santa Lucía? —Pregunta luego de que ha inspeccionado por dos segundos mi teléfono.

—Eso quisieras.

No sé qué me ofende más que se ría abiertamente de mí o que intente

ocultar su necesidad de reírse de mí. No es que esperara que cambiara porque nos hemos dado unos cuantos besos, pero sigue siendo el mismo grandísimo idiota que ha sido siempre.

—Debo irme —anuncia después de besarme en los labios, rápido y fuerte, y devolver mis piernas a su lugar. Le miro levantarse del sofá.

—Es lo mejor —trato de ser tan fuerte como él.

—Es bueno saberlo —ahí está su sonrisa cínica número uno del día.

—Eres un idiota.

Me levanta del sofá de un tirón y me pone delante de él, una mano en mi cintura, la otra en mi nuca.

—No te soporto —él sonrío a la más grande de mis mentiras y me atrae un poco más hacia él, manteniendo la dulce intensidad de su mirada en la mía. Siento la corriente que me producen las yemas de sus dedos al deslizarse por mi piel, por debajo de la camiseta del pijama. Me tiene dominada. Deposita un beso en la punta de mi nariz y luego en los labios, como si fuera una necesidad que le supera.

—Ejem... —escucho el carraspeo de mi hermana, él y yo nos miramos, ambos inquietos, incrédulos de que Melissa nos hubiera sorprendido en esto nuevamente. Siento que sus brazos se deslizan por mi cuerpo cayendo a los lados antes de colocarse junto a mí en actitud protectora. Melissa está en el umbral del pasillo que antecede a la sala.

—Hola, Melissa —le dice él.

—Buenos días.

—Luciano ya se va —le informo para tratar de justificar el beso.

—Ah, entonces estás despidiéndote.

—Eh..., sí —da un paso adelante—. Muchas gracias por recibirme en tu casa, Melissa —extiende la mano para despedirse.

—La deuda la tengo contigo —ella recibe su saludo.

—Nada de eso —me mira ligeramente. Creo que me sonrojo.

—Mucho de eso —Melissa también me mira—. No se irá sin desayunar.

—Eh... —le miro, él parece incómodo—, no hace falta, Melissa, de veras, ya debo irme, además, tu hermana está cansada de verme —me mira de soslayo.

Adelanto un paso y me engancha a su brazo, apoyando mi mejilla en su hombro, no puedo disimular lo triste que me pone la idea de que tenga que marcharse.

—Sí, seguro. ¡Ve a ponerte decente, Lulú!

Cuando veo que Melissa se introduce en la cocina me dirijo a él:

—No te vayas todavía.

—¿Estás segura?

Me inclino y le beso en los labios. Él asiente.

Media hora después ya ha amanecido y estamos los tres sentados en la pequeña mesa de comedor que tiene mi hermana en su apartamento.

—De chocolate... ¡Wow!

—Son la especialidad de Lulú —me mira furtivo y sonrío cortando una fracción de la panqueca para llevársela a la boca.

—Ahora también son las mías —opina. Yo desvío la mirada hacia Melissa para evitar sonreír, pero todo esto me pone nerviosa pues sé que Melissa está observándole. No hay palabra, gesto o movimiento de Luciano que no esté siendo estudiado por ella. Le sonrío con amabilidad antes de comer de su panqueca, mi hermana prefiere las tradicionales con miel.

—Es obvio que hay algo flotando entre ustedes... —*a esto me refiero*, y aunque estoy consciente de lo que está haciendo, casi expulso el bocado de panqueca ante el comentario—, bueno, más que obvio, he tenido pruebas desde anoche —dejo la mirada fija en mi panqueca de chocolate, no sé que sucede ni con Luciano ni con Melissa—. Si esta química entre ustedes está en mi imaginación y la de Lucía...

—No hay nada en mi imaginación —me defiendo—. Nada. Nada.

¡Dios! ¿Por qué Melissa está haciéndome esto? Ya Luciano me cree lo suficientemente celosa como para que además se sume que estoy creyéndome quién sabe qué con él. Nada está claro entre él y yo, y posiblemente, no, estoy segura de que esto es solo un rollo del fin de semana. Melissa está avergonzándose a un nivel que nunca me habría imaginado.

—Retírate pronto y no la lastimes.

Hasta ahora Luciano ha soportado el sermón estoicamente, incluso se atreve a mirarme furtivo por un segundo.

—Nunca me he propuesto lastimarla, Melissa.

—Me gusta escuchar eso.

—Me gusta aclarártelo —me mira otra vez. Creo que ya no tengo apetito.

Luciano y yo nos sorprendemos cuando a mi hermana se le distorsiona la cara y se pone colorada.

—¿Melissa estás bien? —Me pongo inquieta hasta que suelta la carcajada.

—¿Qué? —Pregunta él.

—Lo siento, lo siento... —está roja y no para de reír—. Debiste ver tu cara —le dice a Luciano—. Vamos, apenas nos separan cuatro o cinco años, Luciano, no pensarías que iba a darte una lección de abuela. Me pareció divertido hablarte así, especialmente para abochornar a Lulú —me mira y se ríe más.

—Ah, muy graciosa —le digo.

—No se me da bien esto de ser madre sustituta —le explica—, no sé cómo cuidarla y protegerla.

—Creo que lo estás haciendo bien.

—Sí, se te han ido los colores del rostro —le dice riendo todavía— y la pobre Lulú ha sentido una vergüenza exclusiva.

Él me mira y sonrío ligeramente.

—No es para menos, pero todo lo que he dicho ha sido cierto, Melissa.

—Más te vale pues, te advierto, la defenderé con las uñas —continúa riendo. Yo no sé si reír o largarme de la mesa, tengo las mejillas coloradas—. Lo siento, hermanita, ha sido todo muy dramático pero ha valido la pena.

—Te pasaste de la raya —le reclamo.

—No me odies.

Luciano empieza a reír también.

—Están insoportables los dos —me llevo un pedazo de panqueca a la boca mientras los dos ríen. No quiero verlos, pero están tan cómodos riendo que yo termino uniéndome a la diversión.

—Es tu teléfono —le dice Melissa—, está zumbando.

Las risas se detienen cuando él lo levanta, mira quién es, pero no lo contesta.

—¿Alguna admiradora, Luciano? —Mi hermana suelta la bomba sin delicadeza alguna. Que antes ha querido hacer una broma, ¡ja!, no le creo nada. Es más directa que una guillotina en época de ejecución.

—Sí, la más grande, mi papá —me mira brevemente.

¿Es que en su casa todavía no saben dónde está?

—¿No le contestas? —Le pregunta mi hermana.

—Eh..., sí, eso voy a hacer.

Luciano inhala profundamente y responde la llamada.

—Dime... Sí ahí voy a estar.

Ahí va a estar, en el anuncio que hará más tarde John Eyre. ¿Por qué me lo oculta si se lo he preguntado? Observo que Luciano solo escucha lo que su

padre le indica desde el otro lado.

—Entendido.

Deja el teléfono cuidadosamente sobre la mesa y no levanta la mirada en tres segundos, su expresión es de enfado e impotencia.

—¿Está todo bien?

—Sí, todo bien.

Luciano se termina lentamente lo que queda de la panqueca, se toma el vaso de zumo de naranja, esperando que mi hermana y yo también terminemos el desayuno para despedirse.

Siento que no puedo hablar por dos razones, una, la que ha venido asomándose desde que despertara, la sensación de que este paseo en lugar de unirnos parece que va a separarnos, y, la segunda, que nunca le he visto así de contrariado; estoy acostumbrada a verle con la guardia en el cielo.

Nuevamente le ofrece la mano a mi hermana, ella se la sostiene, pero también se levanta del asiento y le abraza.

—Gracias por traerla.

—No fue nada —me mira brevemente, yo le sostengo la mirada, sé que me oculta algo—. Por favor, regresa sano y salvo. Y espero que no estés metido en un problema por nuestra culpa.

—Claro que no —me mira otra vez y camina hacia mí para despedirse. Me levanto y le recibo con un abrazo. Me besa en el pelo.

—Acompáñale abajo, Lulú —sugiere Melissa aunque lo he tenido pensado. Le sigo hacia la puerta del apartamento, pero antes de salir le detengo por el brazo.

—¿Qué? —Dice bastante serio.

—Te he metido en un problema, ¿cierto?

—No, Lucía —replica cortante.

—¿Qué quería tu papá?

—Nada que deba preocuparte.

—No estás siendo sincero.

—Son prácticas de fútbol.

—¿Y van a ficharte, cierto?

Se inclina hacia mí y me besa en la frente.

—Te veo el lunes, Santa Lucía —me aferro a su polo, él entiende perfecto lo que quiero y eso hace, besarme con insistencia como si nuestras bocas fueran dos imanes atrayéndose.

—Te deseo suerte.

Me besa nuevamente con fuerza, como si estuviese marcándome por todo el fin de semana. Lo último que veo de él es su silueta, trotando, escaleras abajo, hacia la salida del edificio.

Fly Emirates

Melissa y yo pasamos el día haciendo las típicas actividades que solemos hacer cuando vengo a visitarla, hemos ido de compras, almorzado en nuestro restaurante italiano favorito y visto una película vintage en el cine de la ciudad, que, para inquietar un poco más mi corazón ha sido *Say Anything*. Mirar a John Cusack vestido con el sobretodo y los tenis me ha hecho recordar a Luciano disfrazado de Lloyd Dobler la noche de Halloween de la escuela. Sin embargo, a pesar de que he seguido nuestra rutina al pie de la letra, no he conseguido dar el ochenta por ciento de mí cuando vengo a visitar a mi hermana, me siento desinflada, absorta y demasiado distraída; solo tengo cabeza para pensar en los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, en sus besos y todas las cosas que me ha dicho y que me han dejado marcada para siempre.

—¡Hey! —Mi hermana chasquea los dedos delante de mí. Justo ahora estamos en la última fase de nuestras tradiciones, sentadas en nuestro café predilecto, comiendo una *Red Velvet*.

—¿Ah? —Dejo de jugar con el pastel y me despabilo.

—Nunca te he visto así, Lucía. Admito que es un chico muy guapo y que parece estar muy interesado en ti, pero... Bueno, ha de ser la edad que tienen ambos. Todo se siente con mayor intensidad a los diecisiete. ¿Qué has sabido de él? ¿Te ha escrito? ¿Has sabido si llegó bien?

En la tarde le he pedido a Andre que se comunique con él y le pregunte cómo ha estado y si ha tenido un buen viaje. En ese momento no he querido ser yo la que le contactara; no he querido agobiarlo con más de mí. Andre me confirma que Luciano está en la ciudad entrenando y esperando la noticia del fichaje como toda la escuela. Yo he preferido mantenerme apartada de toda la atención que está recibiendo los chicos del equipo de fútbol en este momento.

Por mucho que durante el tiempo que vengo conociéndolo, he preparado mi cerebro para un momento como éste, el día en que Luciano será fichado por un equipo de fútbol internacional, es igual de duro saber que a partir de hoy su vida cambiará para siempre. Cuando no había tenido algo con él, me parecía inalcanzable, una ilusión, ahora sé que voy a perderle, aunque en realidad nunca lo he tenido.

Que se quede fuera del fichaje no me haría sentir mejor.

—¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien, Lulú.

—¿Has sabido algo de...?

—Tú, ¿cómo la estás pasando? —Me interrumpe bruscamente. Veo que no quiere que le saque el tema Kira Seri.

—Bien.

—Por qué será que ese “bien” me suena a “te extraño Luciano” — entona burlón, tratando de hacer mi voz—, “me enamoré de ti en menos de un día”.

—Tú cállate —sigo sonriendo.

—Los dos son las personas más raras que conozco. Cuando le he llamado para informarle que quieren saber cómo llegó a casa, él...

—¿Le dijiste que te pedí que le preguntaras cómo le fue en el viaje?

—¿Y qué querías?

—¡Andre...!

—Ni te preocupes, él también quiso saber cómo estabas tú a través de mí.

Ah, qué bien, ¿cuándo nos convertimos en una escena de la película *The Holiday*?

—Dime, ya te hiciste a la idea de que te gusta mucho.

—...No, no me gusta para que veas —creo que la sonrisa no se me va a borrar si seguimos hablando de Luciano.

—Sí, claro...

—¿Dónde estás? —A través del teléfono se escucha algo parecido a una ráfaga de brisa.

—¿Dónde estoy? En el apartamento, dónde más voy a estar. Estoy *castigado*, ¿recuerdas?

—Andre...

—Mira, no estoy en casa y lo sabes.

—No te metas en líos.

—Solo salí, un rato, a respirar aire fresco.

—Por favor, no la busques.

—No voy a buscarla. Eso se terminó.

—¿Se terminó?

—No se ha terminado porque nunca ha comenzado, pero...

—Hizo que te suspendieran.

—Voy a ignorarla, Lulú. Todo este tiempo has tenido razón. Se

comporta así porque está segura de que puede hacer conmigo lo que quiere, pero está equivocada.

—¿Estás seguro?

—Sí, además, Luisa ha estado llamándome y me gusta.

—Entre tantas chicas, Luisa, Andre... Ten cuidado.

—Sí. Ya la veo. Tengo que dejarte.

—Andre...

—No vas a decirme que me reserve para Kira Seri, ¿verdad?

—No, pero, recuerda lo que te dije hace unos días, creo que..., no, estoy segura de que le gustas, y si Kira se enterara de que la has cambiado por su compañera de equipo sería desastroso.

—Que lo sepa, entonces.

—Andre...

—Cuídate, Lulú.

—Andre, por favor...

—Te veo mañana. Le das un abrazo a Melissa.

Da por terminada la conversación sin permitirme argumentar un poco más lo que pienso sobre él y Luisa ni despedirme debidamente.

—Sí, todo bien —respondo la inquietud de mi hermana pero me reservo lo conversado con mi primo.

—Me gustó mucho cómo te trata, Lulú. Le concedo eso.

—Me trata horrible.

—Para nada... Te trata como un chico en modo conquista.

Niego con la cabeza aunque no puedo evitar el atisbo de mi sonrisa.

—No está en modo conquista. Él es así. Con todo el mundo.

—Bueno, eso no puedo discutirte, tú lo conoces mejor.

Me llevo a la boca otro bocado de esta Red Velvet interminable que hoy me sabe a nostalgia.

—Supongo que mañana se verán otra vez.

Aunque nos hemos despedido hasta el lunes, la ilusión de reencontrarme con él, no sé cómo, no estoy segura de si le corresponde guardia en la heladería, a pesar de que he memorizado su horario, o si voy a atreverme a escribirle, me pone nervios en el estómago y hace que me cueste un poco más digerir el bocado de pastel.

—Siento mucho estar así, Mel. No contaba con que él haría este viaje conmigo, mucho menos con nada de lo que sucedió. De verdad, ayer por la tarde asistí a la escuela con la ilusión de participar en la logística de la

exhibición, estar un rato en el matiné y venir con Andre a visitarte. Jamás supuse lo que sucedería luego. Nunca me he atrevido a pensar que entre Luciano y yo pudiera surgir algo... —observo que mi hermana está mirándome con una sonrisa tonta—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si lo que estoy contándote fuera algo especial.

—Parece algo especial.

Niego con la cabeza.

—Ya no debe recordar nada de lo que sucedió —miro lo que queda del pastel y empiezo a destruirlo—. A estas horas debe estar en una fiesta... —o saliendo con la insoportable de Verónica. Si me permiten dar una opinión, ellos no quedan bien, no se les ve bien juntos, por mucho que en Instagram, Facebook, blogs y demás redes sociales les quieran catalogar como una pareja de ensueño. No lo son.

—A estas horas... —de la nada mi hermana ha puesto una cara indescifrable. Está absorta mirando algo detrás de mí. Me vuelvo para mirar lo que ella está viendo, el chico de la heladería ha cambiado la estación y ha puesto el canal deportivo— debe estar en la televisión.

Por un momento creo se trata de la noticia del beso entre Luciano y Verónica otra vez, pero cuando pongo atención a las imágenes de la televisión entiendo de qué se trata.

—Lulú..., creo que tu novio acaba de ser fichado por el Real Madrid.

Luciano Seri, ese chico que ha estado jugando con mis sentimientos desde el día uno, el mismo que anoche me ha besado y tocado como nadie nunca, el que ha estado conmigo esta mañana, el que he creído estar conociendo, mi compañero de clases, el hijo de mi jefe, el chico que definitivamente me gusta y al que enfáticamente he preguntado si sería uno de los tres chicos a ser fichados, está vistiendo una camiseta blanca sobre la que se lee el emblema *Fly Emirates*. Está acompañado por el entrenador López y John Eyre, que en su tiempo ha sido capitán del *gran* club de fútbol español. El titular de la noticia no deja espacio para la duda:

Luciano Seri al Real Madrid.

En caso de que tuviera alguna duda, luego aparece una de esas entrevistas editadas que suelen colocar los canales deportivos cuando revelan una noticia como ésta. Primero habla John Eyre, explicando que ha descubierto a Luciano hace más de un año cuando por casualidad le vio jugando en el estadio local. Luego le entrevistan a él.

—Agradecido y feliz, quién no quiere jugar en un club como el Real Madrid. Es el sueño de muchos y ahora una realidad para mí.

Se le ve complacido. No es para menos.

—¿Sabías de esto?

Niego con la cabeza porque el nudo que siento en la garganta es tan grueso que creo que si intento hablar romperé a llorar. No sé que he esperado, ¿la verdad? Es obvio que entre él y yo nunca ha existido algo —ni siquiera amistad— y que definitivamente no ha estado naciendo nada parecido al amor. Además, no sé por qué me sorprende, él es el mejor jugador de la Juventina y la mayoría de los chicos que se matriculan en la Eyre lo hacen con el sueño de jugar en la liga universitaria un par de años hasta saltar a un club local, y con mucha suerte a uno internacional como el Real Madrid. Y tres de ellos iban a ser fichados este año. No puedo decir que me sorprendiera, de alguna forma siempre lo he sabido. Habría preferido que él me lo dijera antes de enterarme así.

—¿Estás bien? —Melissa alcanza mi mano con la suya.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Nos vamos?

Mel suspira y sin más salimos de la tienda.

Más tarde empiezo a recibir mensajes de Becca, de Andre y la mismísima tía Gisselle para informarme la noticia que está siendo la fiesta de ciudad Verano. Recibo mensajes de cada uno, incluso de Eduardo.

Ah, ya veo por qué me cambiaste, Lulú. Te creía menos interesada.

Y si todavía sentía dudas de si había actuado bien o mal con Eduardo, con ese comentario termina de despejarme la mente.

No te he cambiado por nadie excepto por mí misma. Hasta nunca, Eduardo. No te molestes en escribirme, llamarme o hablarme jamás.

Por la mañana, antes de partir a ciudad Verano, Melissa y yo visitamos a nuestros padres que un día como hoy, como siempre, cómo me hacen falta.

Felicidades

Melissa me ha dejado en la heladería y ha regresado a Lara con Andre. Costó un poco que tía Gisselle entendiera que lo mejor era que le diese un respiro a mi primo, pero al final ha aceptado. La única condición que ha puesto Melissa es que *ad honórem* debe trabajar con ella en la firma. Respiro profundamente pensando en ellos mientras me sujeto el delantal y miro desde el mostrador el paisaje de afuera. La bahía luce preciosa, casi parece una tarde de verano, excepto porque la gente está un poco más abrigada; en tardes como éstas nadie se baña en la playa pues el agua está demasiado fría, pero hay niños formando castillos en la arena mientras otros corren en bici o patinan; también hay chicos de la Eyre y de la secundaria Gallegos reunidos alrededor de los coches escuchando música, muchos de los cuales están ingiriendo alcohol. Toda mi generación lo ingiere. Melissa dice que es una fase que en la universidad aumenta, que el último año es solo el principio de lo que vendrá después, pero que no se me pase por la mente subirme a un coche conducido por alguien que esté o hubiera ingerido alcohol. También observo algunas parejas pasar de la mano, incluso creo ver a Eduardo con esa chica que es su novia, digo creo porque aunque llevo puestos los lentes de contacto no siempre me dan el alcance que necesito, pero en la medida que van acercándose al recuadro en el que está la heladería de los Seri, ya lo doy como una seguridad de que son ellos. La buena noticia sobre esto es que no siento nada. No me importa. Ni siquiera me duele que hace dos días fuera a buscarme a la escuela para engañarme otra vez con que estaba muy solo ni que ayer me escribiera mensajes de reproche. Estoy curada.

Doy un respingo cuando siento que unas manos se entremezclan con las mías para ayudarme a hacer el lazo del delantal en la espalda. En el estómago se me produce un retortijón.

—No me dijiste que tu novio tiene novia —aparta un poco el cuello de mi camisa para colocar sus labios sobre ese pedazo de piel.

¡No, Lulú, no puedes sonreír. Estás muy enfadada con él!

Me doy la vuelta para encararlo, pero, para mi desgracia, luce glorioso, bronceado por el entrenamiento de ayer y el día anterior, además, como si fuese necesario para que termine de derretirme, se ha cortado el pelo; claro, el nuevo jugador del Real Madrid no podía aparecer ante los medios de

comunicación internacionales como un vagabundo, ha sido tal la embestidura del evento que no hay rastros de esa sombra de barba que tanto me gusta sentir contra mi piel. Me mira con esos ojos normalmente miel, que esta tarde lucen casi verdes, y se acerca colocando su mano derecha en mi cintura, acunando mi rostro con toda la intención de atraer mis labios a los suyos.

Lo que quiero hacer es apartarme, apartarlo a él, pero un campo magnético con fuerzas descontroladas es lo que hay en esta heladería que me impide moverme, es como si me hubiera quedado pegada al suelo con *crazy glue*. Un segundo después sus labios están acariciando los míos.

Se me olvida todo y me pierdo en este beso hasta que como flashes se vienen los recuerdos de nuestro pequeño paseo a Lara, cuando le pregunté sobre el fútbol, si era uno de los tres chicos que iban a ser fichados y me ocultó la verdad de lo que iba a sucederle un día después. *¡Un día después!* Con dolor interrumpo este beso que me ha dejado, desde que colocara sus labios sobre mi cuello, con hormigueo en todo el cuerpo y la piel erizada. Le aparto a la distancia de mis brazos.

—Felicidades... —veo que la forma del beso sigue sobre sus labios pero tiene el entrecejo fruncido. Sin pensarlo demasiado me aparto y voy a buscar refugio no sé a qué lugar porque ésta es su heladería.

—Lucía... —me sigue al salón de los casilleros. El corazón me martilla el pecho, siento las mejillas calientes y un nudo en la garganta. No tengo derecho a reclamarle nada.

—No deberías estar aquí —digo sin volverme a mirarle, prefiero jugar con las costuras del delantal—. Eres una celebridad ahora.

Que no responda solo agiganta mis temores, que se irá, que no estará más en mi vida ni siquiera como amigo, que, bueno, es lo que es, y que no volveré a verle porque no soy de las que sintonizará el canal deportivo para mirarlo en la tele los domingos cuando se dispute una liga. No, sería demasiado doloroso.

—¿Cuándo te vas?

La incertidumbre de qué pasará con él si terminará la escuela conmigo o si lo hará por correspondencia no me ha dejado dormir anoche, no he podido decidir qué prefiero, tenerlo lo que queda del año o que se marche de inmediato; de cualquier forma siempre terminaremos separados, al término del año escolar dejaré ciudad Verano.

Siento un agujero del tamaño de una sandía en mi corazón. Voy a dejar de verlo, de tratarlo, de todo.

—Lucía... —siento nuevamente su aliento en mi nuca, sus brazos alrededor de mi cintura y cosquillas en todo mi cuerpo.

—Se suponía que el viaje era para que Lulú conociera a Luciano, mis palabras, no las tuyas, claro.

Lentamente me vuelve hacia él.

—Específicamente te lo pregunté, ¿por qué no me lo contaste?

Se muerde el labio y baja la mirada antes de tratar de explicar.

—No es algo que...

—¿Que quisieras hacer público? —le interrumpo—. Saliste en el maldito ESPN, Luciano, y tus amigos te hicieron una caravana para celebrar tu entrada al Real Madrid. ¡Al Real Madrid!

Anoche, Becca me ha llamado eufórica para contarme lo que estaba pasando en ciudad Verano.

—No es lo que hubiera querido, pero sí, me voy al Real Madrid.

—¿No es lo que hubieras querido? —No entiendo.

—Me gusta el fútbol, sí, pero mi pasión es otra.

—¿Dibujar?

—Sí.

—¿Por qué no dibujas, entonces?

—Porque necesito el fútbol.

Trato de encontrar la verdad en sus ojos, pero me la niega. Es inescrutable.

—¿Sabes qué es lo que lamento..., además de que no confiaras en mí...?

Mantiene esos ojos que en este momento no parecen tan dulces en los míos.

—Que me hicieras enamorarme de ti —le acuso con el dedo índice en el pecho. Doy un paso a un lado para deshacerme de él y volver al lugar seguro que es el mostrador.

Sergio aparece, ha estado en la oficina administrativa desde que llegué a la heladería.

—¿Dónde está tu compañero? —Pregunta antes de poner al contrario el cartel de “Cerrado”.

—Aquí estoy —se detiene junto a mí, pero yo no me atrevo a mirarle aunque puedo sentir su mirada sobre mí.

No me siento ni un poco abochornada. Le he dicho la verdad y suelo decirla. Estoy enamorada de él. Eso es lo que ha venido sucediendo desde

que le conocí y me hiciera objeto de sus provocaciones, cuando, tengo que exponerlo, todavía tenía novio. Me enamoré de él, de todo él, de su forma de ser, su sentido del humor, pero sobre todo de su trato conmigo. He estado tan enamorada de él desde hace tanto tiempo que cuando me supe engañada ni siquiera me sentí lastimada. Simplemente ya no me importaba. Le he tenido muy metido entre mis venas desde hace mucho.

—Hoy va a ser un día particular, chicos...

Sergio abre la puerta de cristal y empieza a ingresar gente que hace cinco minutos no estaban esperando afuera, cerca de veinte chicas que se enloquecen, gritan y corren hacia el mostrador cuando miran a Luciano detrás. Se pasa la mano por el pelo y sonrío pero observo que se siente incómodo. Lo mismo ha sucedido el día de la exhibición, mientras los demás chicos disfrutaban de la atención, él parecía pedir a gritos no ser expuesto.

Todas las chicas quieren su autógrafo y una foto con él. Luciano les complace, evitando mirarme, mientras yo me dedico a estudiarle cuando no estoy sirviendo los pocos helados que me solicitan.

—Hola, ¿me recuerdas? —Se trata de una fanática distinta, es la misma chica con la que hace unos días ha intercambiado números telefónicos e invitado a salir.

—Ehhh... —veo que titubea y se incomoda tanto como con lo de los autógrafos y las fotografías. ¿Por qué pide números y sale con chicas que no le interesan? Pero me reservo mi pregunta.

—Soy Tamara.

Luciano se rasca la cabeza, dudando qué decir.

—Tamara, claro... Sí, bueno, eh... —vuelve a rascarse la cabeza.

—Supongo que ya no te veremos por aquí —le interrumpe la chica de pelo rubio y ojos grandes.

—¿Por qué no?

—Porque este lugar se te quedó pequeño.

—Nada de eso —me mira furtivo—. ¿En qué puedo servirte?

—No volviste a llamarme.

—Esto...

—Ya que la pasaste tan mal conmigo —le mira con ojos seductores que yo jamás sabré poner—, será una barquilla de fresa.

Luciano está pendiente de mí, se siente incómodo y expuesto, yo trato de ignorarle.

—Para nada... —le dice, tomando una barquilla de mi lado, poniendo

sus manos en mi cintura para hacerse espacio. Todo lo que tengo que soportar. La chica me mira de arriba abajo cuando observa la confianza con la que me ha tocado. Estar aquí con él, en este estado de separación es una tortura. No quiero que le coqueteen ni que coquettee con nadie además de mí. Es horrible.

—Permíteme tu antebrazo... —antes de extender el brazo hacia su amiguita me mira, yo levanto las manos, no tengo nada que ver con sus ligues. Con una pluma que ha sacado de su bolsa, la chica escribe en el dorso su número telefónico—. En caso de que quieras comunicarte conmigo —le da un guiño—. Es Tamara, recuérdalo.

—Imposible olvidarte, Tamara —me mira de soslayo. Yo trato de ignorarle atendiendo a mi próximo cliente, que es Tony. ¡Tony! Si pudiera enviarle un Whatsapp a Becca ahora mismo lo haría. Tony es un chico guapísimo que asiste a la secundaria Gallegos, que siempre le ha gustado a mi amiga.

—¿En qué puedo ayudarte? —Trato de imitar los ojitos que hace un minuto “Tamara” le ha puesto a Luciano.

—Un helado de pistacho, preciosa —me dice.

—¿Solo o acompañado...? —Tony me sonrío con esa dentadura brillante y perfecta que tiene. Es alto, no tanto como Luciano, pero de buena estatura, más alto que Becca y que yo, que medimos sobre el metro sesenta y cinco. Tiene los ojos azules, mejillas rosadas, pelo liso y oscuro, que le combina perfecto con la camiseta negra que se le ciñe a la musculatura. Si Becca estuviera aquí... Tal vez consiga su número de teléfono para ella.

¡Oh, por Dios! Estoy pensando en coquetear con el chico que le gusta a mi mejor amiga.

—Quiero decir..., ¿single o doble? —Él ríe. Como sea que lo ponga esto suena como si le estuviera preguntando si está soltero o tiene novia. Soy un desastre. Y no es mejor para mí que Luciano esté a mi lado, estudiando cada palabra que digo.

—Single, en la barquilla y en la vida también, nena —creo que todos los colores se me reflejan en las mejillas después de su respuesta y el guiño con el que la adorna. Sonrío y me pongo a servir nerviosa esta barquilla. Una pareja de ancianos se acerca a Luciano y afortunadamente él se dedica a servirles. Siento alivio de que ha dejado de estudiarme—. ¿Y siempre estás por aquí, preciosa? ¿Cómo es que no te había visto antes?

—Acá tienes tu helado —le sonrío por respuesta.

—Ah, eres tímida. Me gustas —me da otro guiño, antes de tocarme los dedos cuando se lleva su barquilla—. Vendré más seguido.

Le doy otra sonrisa por respuesta. Deseo que me trague la tierra.

—Vaya, Santa Lucía... —exclama apenas pone en sus manos los helados de la pareja de abuelos—, ¿es así como coqueteas?

Espero que mi mirada esté transmitiéndole toda la antipatía que siento por él en este momento.

—Al menos yo he conseguido un número telefónico —me pellizca la cintura, se saca el teléfono del delantal y se va a la cocina.

Yo solo le miro alejarse sintiendo que se me nublan los ojos.

No vas a llorar, Lucía. No vas a llorar.

Te quiero, te quiero, te quiero

No puedo dormir. Doy vueltas de un lado a otro sobre la cama sin lograr una buena postura. Me quedo mirando el techo, resignada a que esta noche no conciliaré el sueño. Tengo la cabeza ocupada en la conversación que he tenido con Luciano en la heladería, en mi reacción, en su reacción y la cita que, estoy segura, ha concertado con esa chica resbaladiza. He desplazado la pantalla del teléfono cerca de treinta veces para reclamarle que ha coqueteado con ella delante de mí, pero no le escribo nada. Quiero llorar.

Me entristece que después de confesarle que estoy enamorada de él no me dijera: “yo también estoy enamorado de ti, Santa Lucía”. Nada. Se ha quedado con la información y se la ha reservado como si le hubiese ofrecido un secreto. No me arrepiento de haberlo expuesto, sin embargo no puedo evitar sentirme estúpida. Nunca ha existido una promesa entre nosotros. Solo nos hemos besado como supongo habrá besado a más de veinte chicas. Sí, soy una más del montón. ¡Qué maravilla!

Estoy tan inconsolable que cuando he vuelto a casa, después de desocuparme con las inquietudes de tía Gisselle y de recluirme en mi habitación he llamado a Becca para contarle, sin omisión de detalles, todo; que he estado enamorada de Luciano desde siempre, que todo el fin de semana nos hemos besado un montón, que estoy hecha pedazos porque me ha ocultado que le firmaría ese insignificante club de fútbol y porque se ha ido con esa chica y no conmigo.

—¡Lo sabía! Es que era obvio que te gustaba.

—Tú siempre lo sabes todo, Becca.

—Tengo mi sexto sentido para estas cosas.

—Pues, ya no pasa nada.

—Acabas de decirme, Lucía Daniela, que se han besado en la heladería esta misma tarde. Eso es pasar algo. Y mucho.

Que nos besamos es lo único que ha procesado su mente.

—Sí, pero, bueno, ya sabes, la gente cambia de gustos y opiniones de la tarde para la noche.

—Sí, claro...

—¿No escuchaste la parte en que coqueteó con una fulana con la que probablemente está ahora?

—Quería probarte, ponerte celosa y lo conseguí.

Tal vez sea cierto; por mi parte, solo quiero sentirme segura de él, saber que me prefiere a mí y que no le interesa nadie más.

—Ponle celoso tú también.

—He fracasado en mi intento de ponerle celoso, Becca.

—Cuéntamelo todo.

Es el momento de confesarle que fallidamente he intentado coquetear con Tony, su amor platónico. Le pido disculpas por eso, no es de amigas coquetear con el chico que sabes que le gusta a tu mejor amiga.

—¡Qué tonta eres! No tengo ningún reclamo sobre Tony, puedes coquetear con él todo lo que quieras y cuando quieras.

—¿Lo que estoy escuchando se debe a lo que estoy pensando?

Becca hace una risita pícaro.

—¿Paolo te está gustando más de la cuenta, no es así?

—Me gusta mucho.

—Ya era tiempo de que te enamoraras, Becks.

—Y tú también, mi Lulú, así que no desvíes la conversación. ¿Qué harás con él?

—Nada. No puedo hacer nada. Ya le dije que estoy enamorada de él y por respuesta se fue a coquetear con otra.

—Mira, no sé qué pasa por el cerebro de Luciano pero por lo que veo también está enamorado de ti, Lulú, lo vengo observando desde hace un tiempo y ya no tengo dudas de ello, mira que llevarte hasta Lara justo la noche antes de ser fichado nada menos que por el Real Madrid. Eso no lo hace nadie, y él lo hizo. Por ti.

Es cierto.

—Tú tampoco eres fácil y debes tenerlo confundido, le dices una cosa pero haces otra. Haz el favor y no seas la misma testaruda y orgullosa de siempre y arregla lo que está pasando. No me prives de verlos juntos, sé que harían una pareja muy bonita.

Se me calienta el corazón de pensar en él y yo como una pareja, pero él me confunde demasiado y no me deja avanzar.

—Sácame una duda, ¿estuvo ayer con Verónica? —En la celebración del fichaje con el RM. Me siento sumamente insegura respecto a su relación con esa chica. Él me ha dicho que no tiene novia y la mayoría de las veces no parece haber nada entre ellos, pero en otras, como el viernes, o en aquella fiesta de Paty hace tres semanas, parecen entenderse demasiado bien.

—¿Ah, es que no te lo he dicho...?

Aquí está, el momento en que sé que Luciano está loco por Verónica.

—Verónica está con Joaquín.

—¿Quéeee...?

—A mí también me pareció de locos, pero es así. Desde el viernes, después del matiné, cuando todos, bueno, excepto tú y Luciano, nos fuimos a la casa de Paty empezó a circular el rumor de que Joaquín sería fichado por el Bayern München, y pues comprenderás que el chico se convirtió en su nuevo objetivo. Me dan náuseas.

—¿Desde el viernes? Pero si el viernes..., lo que pasó en la exhibición y todo eso... Y sé de buena fuente, *yo misma*, que cuando viajábamos a Lara ella llamó a Luciano para quedar con él.

—Pues al ver que Luciano no se presentó, dirigió su atención a Joaquín.

—¡Wow!

—Y, Lulú, lo de la exhibición fue un arreglo entre ellos.

¿Qué?

No sé si prefiero que el beso hubiera sido real para que este “arreglo” no sea un nuevo secreto ente Luciano y yo.

—Mira, Luciano es encantador y se hace agradar por todo el mundo, pero detrás de todo es un chico complejo. El secreto con él es que tengas mucha confianza en ti.

Asiento con la cabeza aunque ella no pueda verme.

—Es Paolo, está llamándome.

—Está bien, te dejo...

—Espera un momento, ¿qué harás?

—No lo sé.

—Prométeme que no serás testaruda. Por favor, Lulú, hazlo por mí. Muero por presumir el romance de mi mejor amiga con el nuevo jugador del Real Madrid.

—Con eso solo has conseguido que me retracte de todo.

—Por favor, Lulú...

—Te hablo luego.

Pero han transcurrido más de quince minutos desde que he hablado con Becca y todavía no he resuelto nada.

Trato de hacer algo que Becca habría hecho hace mucho, abro la aplicación de Whatsapp, debe ser la vez número cuarenta y cinco, y empiezo a redactar algo como: *¿por qué arreglaste ese beso televisado con Verónica?*

Pero no, no puedo escribirle tal cosa cuando claramente él no quiere nada conmigo. Se ha ido con esa fulana de la heladería sin que le importase nuestro fin de semana. Empiezo a borrar lo que he escrito en un mensaje que no enviaré cuando uno suyo aparece en mi pantalla.

¿Qué?

¿Ah?

Desde hace un minuto estás escribiendo pero no recibo el mensaje.

Oh... Termino de borrar lo que no he escrito y le respondo.

¿Tú qué ibas a escribirme?
Que estoy abajo.

¿Abajo?

El corazón me da un salto de alegría al mismo tiempo que lo doy yo para incorporarme en la cama y correr desesperada hacia mi ventana que da justo al estacionamiento. Sí, ahí está, reclinado en el Jeep con el teléfono en la mano. Todavía lleva puesto el uniforme de la heladería. ¿Habrá ido a la cita?

¿Te perdiste en el camino o qué?
Sí, me perdí. ¿Puedo subir?

¿Subir? Me como una uña mientras le miro y medito qué hacer. Tía Gisselle está dormida pero... No lo pienso demasiado. Tipeo en el teléfono:

Claro.

Nunca he estado en esta situación, pero no creo que tía Gisselle estaría de acuerdo con que Luciano me visitara a estas horas, pasa de la medianoche, sin embargo no puedo resistirme, me muero por tenerle cerca.

Camino hacia el espejo de la cómoda y me miro, estoy hecha un lío, el pelo enmarañado y tengo ojeras. No me maquillo, pero intento arreglarme el desorden que cubre mi cabeza y me pongo un poco de *gloss* en los labios para no parecer tan pálida. Deslizo la pantalla del teléfono y me devuelvo a la ventana, voy a escribirle que será mejor que nos veamos en el estacionamiento, pero cuando me inclino en el alfeizar le encuentro subiendo por la escalera de emergencia que da justo a mi ventana.

¿Qué está haciendo?

Haría la pregunta en voz alta pero no quiero despertar a tía Gisselle.

Eres la próxima estrella del Real Madrid, no puedes subir por la escalera de emergencia.

Los dedos se me van en el mensaje, pero después de que lo envió ruego

para que no lo lea. Sin embargo lo hace. Detiene la escalada y lee, se guarda el teléfono en el bolsillo después de responder y sigue ascendiendo sin problemas.

Pues mírame hacerlo.

No solo es el más grande de los idiotas sino de los cínicos.

Le espero impaciente en la ventana, rezando por que no le pase nada. Las escaleras son más o menos como ésas que sube el personaje de Richard Gere en la escena final de *Mujer Bonita*, con la diferencia de que en mi película Luciano es un súper héroe que no le teme a las alturas. Sin embargo me siento nerviosa por él.

—Hola —me dice cuando le tengo en mi ventana a escasos centímetros de mí. Hago espacio para que pase.

—Hola —apoya una mano en mi cadera al atravesar la ventana. Observo que trae su mochila en la espalda.

—¡Wow!

Me cruzo los brazos sobre el pecho, apenas llevo una camiseta de tirantes y unos muy pequeños shorts; no era como que estaba esperando que él subiera por mi ventana esta noche. Se aclara la garganta después de mirarme ya sin disimulo todo el cuerpo. Da un paso adelante y fija ahora su mirada en la penumbra de mi habitación. Me parece divertido verlo algo desarmado. En el paso deja la mochila sobre la alfombra, a un lado de mi cama.

—¿Tu tía? —Alarga un brazo para atraerme por la cintura y ponerme delante de él, mis manos van a parar a su pecho. El cuerpo me cosquillea. Temo que note el inquietante efecto que tiene sobre mí.

—Duerme como una roca, pero —deslizo mis dedos sobre sus labios—, por favor no hables fuerte, no me gustaría que despertara y te encontrara aquí.

—No es como que tengo muchas ganas de hablar, Santa Lucía —me acaricia la cintura y arquea las cejas, mostrando además ese dejo de cinismo con el que me ha ganado desde siempre.

—¿Podrías dejar de decirme así?

Despliega toda su bonita sonrisa.

—¿Qué tal tu cita?

—Estoy con ella —acorta todavía más la distancia entre ambos, sé muy bien con qué objetivo.

Lo que debería hacer en este momento es ponerme histérica, resistirme,

reclamarle unas cuantas cosas y resolver mis dudas, pero me dejo dominar por esta química incontrolable que hay entre nosotros y termino de puntillas para ofrecerle mejor acceso a mis labios mientras juega con mi piel por debajo de la camiseta.

No sé qué he hecho para merecer besos como estos, pero podrían ser mi fuente de alimento para siempre.

—Debemos parar, Lucía —ronronea.

No quiero, pero me separo un poco y subo el tirante que se ha descolocado con las caricias de sus manos y sus labios.

—Si vuelvo a verte tratando de hacer buen o mal ligue con otros chicos me permitiré despedirte de la heladería.

Le miro en silencio cerca de cinco segundos, no estoy enfadada pero sí un poco ofendida. Indignada.

—¿Qué? —Ahí está otra vez esa sonrisa cínica contra la que no puedo.

—¿Vas a despedirme?

Él coquetea con todo el mundo, yo solo he hecho el ridículo esta tarde. ¿O tal vez esté burlándose de mí? No sé qué pensar. Me cuesta mucho leerlo.

—Vamos —le halo del brazo en dirección a la ventana, si él puede echarme de su tienda, yo puedo echarlo de mi habitación. Y no me importa si la próxima estrella del Real Madrid rueda por las escaleras.

—¿Qué? —Se queda a mitad de camino riéndose de mí.

—Tú tienes una legión de fanáticas: Verónica...

Empiezo a enumerarlas porque esta vez no voy a quedarme con la duda. Él levanta un brazo para intentar detener la enumeración.

—Verónica y yo no tenemos nada, te lo he dicho. Lo de la exhibición fue planificado, Lucía. Debí decírtelo ayer cuando me hablaste de ella.

No replico, prefiero mantenerme en silencio.

—Ella intuía que John Eyre tenía el ojo puesto en mí y trató de aprovecharlo para atraer hacia sí misma algo de la atención. No quise negarme.

—*Qué generoso.*

—Me gusta cuando te pones celosa, Santa Lucía —extiende el brazo y me acaricia la cintura.

Debería dejar la enumeración para otro día y hacerme la fuerte, la que no siente celos, pero cuando le he visto subir esas escaleras me he prometido sacarme todas estas dudas que tengo de una buena vez.

—Lo que quieras pensar. Dime, ¿también arreglaste ese beso con ella la

noche en casa de Paty cuando me hiciste creer que ibas a besarme a mí?

Baja la mirada por un segundo antes de responder:

—Yo quería besarte a ti esa noche.

Momentáneamente me quedo sin retórica, nuestra dinámica al olvido:
¿él quería besarme?

—Tienes una mente retorcida, ¿te lo han dicho?

Niega con la cabeza, pero sonrío.

—¿Por qué no lo hiciste? —Bajo mis defensas y le rodeo la cintura. Es inevitable que ceda, le quiero.

—Pensé que no querías que lo hiciera.

—Moría porque lo hicieras —acerca su rostro al mío y hace lo que ha debido hacer esa noche.

—Además, por esos días te creía involucrada con otra persona —dice entre besos.

—No lo estaba, te lo dejé creer porque me permitía tener algún tipo de ventaja sobre ti —no sé cuál, soy muy tonta.

—La ventaja de volverme loco, Lucía —responde como si hubiera escuchado mis pensamientos.

Sus besos se vuelven desesperados, los míos tienen la misma necesidad de los suyos, hasta que recuerdo algo que me ha tenido sufriendo toda la noche.

—Espera, espera, ¿qué hay de la chica de hoy?

Frunce el entrecejo.

—Creo que se llama Tamara, no te hagas el inocente.

—¿Qué con ella? —Encoje un hombro.

—¿Saliste o no con ella?

—Salimos... —siento que todo el torrente sanguíneo se me acumula en la cara. Me separo de él como si una granada hubiese detonado entre nosotros —, hace unas semanas —intenta alcanzarme pero no se lo permito—. No esta noche, Lucía, lo juro. Si hoy le he seguido el juego ha sido para ver qué sacaba de ti cuando en realidad estaba sacando algo de mí mismo: la confirmación de que me gustas demasiado y que no quiero estar con nadie más que no seas tú.

Siento los latidos de mi corazón en los oídos.

—Porque todavía estás enamorada de mí, ¿verdad? —Su mirada de duda es muy graciosa—. Dime que sí.

—En este momento no estoy segura.

—Lucía... —toma mi brazo y me pone cerca de él, mis manos se van hacia su pelo, él sonrío y me besa con uno de sus besos fuertes y rápidos que tanto le gustan y a mí también aunque prefiero los lentos y largos—, ¿me crees?

—No lo sé..., has pasado más de un año provocándome y jugando con mi cerebro.

—Te he provocado, pero no he jugado con tu cerebro.

Levanto un dedo. Tengo mis objeciones al respecto.

—No intencionalmente —añade.

—Eso está mejor.

—Tú también has estado jugando con mi cerebro.

—Lo dudo.

—¿Lo dudas? He tenido que provocarte para que me dieras algo de atención y siempre has sido hiriente conmigo; pero no contaste con que tus heridas fueran tan dulces.

—No tienes idea de cuántos bloques de mi muro contra ti he tenido que sustituir porque tú los has derrumbado a diario.

—Entonces no he estado equivocado, me has mantenido a distancia todo este tiempo, ¿por qué?

—Porque me gustabas e ibas a terminar marchándote a jugar fútbol bien lejos de mí.

Baja la mirada.

—No pensemos en eso por el momento. Quiero mostrarte algo —entrelaza su mano con la mía y mira mi habitación con un poco más de detenimiento que la primera vez. Se sienta en el borde de mi cama acomodándose junto a él, luego rebusca en la mochila que ha dejado a un lado cuando ha entrado y de ahí saca un cuadernillo de dibujo que abre más o menos en la mitad.

—Eres tú, el primer día que te vi.

Es un carboncillo de mi perfil.

—Estabas sentada de segunda o tercera y yo al final de la fila conjunta, desde ahí tuve el privilegio de observarte sin que me notaras. Parecías muy seria pero me gustaba cuando le sonreías a tus amigas y la honestidad de tu mirada, que he intentado plasmar en el dibujo, aunque no se compara con la original.

He dejado de mirar el dibujo para concentrarme en él, que me habla mirándome a los ojos, como si estuviera embrujándome.

—Ese día no te fijaste en mí hasta que Rebecca te presentó conmigo y a mí se me ocurrió llamarte Santa Lucía. Desde entonces me volví adicto a ese brillo en tus ojos cuando te provocho —me acaricia el pelo cercano a la sien—. Por eso siempre trato de sacarle filo a esa lengua tuya.

—Espero que desde entonces te dieras cuenta de que tú y yo tenemos el mismo nombre.

—Con tal de que no llevemos la misma sangre...

Le doy un puñetazo débil en el brazo; él sonrío y me roba un beso.

—Yo te odié desde el primer día —le tomo la mano.

—Lo sé —sonríe.

Retomo el cuaderno y paso a la siguiente página, es un muro de ladrillos de cuya base nace una margarita. Es muy bonito.

—Supongo que aquí también habrá dibujos de Becca —sigo contemplando el muro sobre el papel, todavía no he podido pasar la hoja, me gusta mucho—, Verónica, y ¿cuál es el nombre de aquella novia que tenías?

—Cada una tiene su propio cuaderno —su aliento tibio me hace cosquillas en el cuello y sus labios me húmedecen la piel. Mis mariposas se ponen contentas—. No suelo dibujar personas. Porque me lo han solicitado, he dibujado a mi mamá, a mi abuela y a Kira; por voluntad propia solo te he dibujado a ti.

Las mariposas hacen piruetas no ejecutadas antes.

No me resisto, acerco su boca a la mía y le beso con tanta insistencia que los dos terminamos acostados en el colchón, él está sobre mí pero me las ingenio para levantarle la camisa y sacársela. Le beso en el cuello y continúo el recorrido por su perfecto torso. El cuaderno no sé dónde ha ido a parar.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunta con voz ronca sin dejar de tocarme o besarme, pero yo me detengo inmediatamente. No sé nada de esto, no sé lo que estoy haciendo, no tengo experiencia alguna en esta materia, con Eduardo nada pasó de algunos inocentes besos... *en la boca*. He debido estar haciendo el ridículo.

—Perdón, no...

Luciano atrae mi rostro hacia el suyo, su frente contra la mía, su aliento envolviéndose con el mío.

—No hay nada que perdonar. Me gusta. Demasiado. Ese es el problema. No entiendo.

—No esta noche, Lucía —me explica, yo no puedo leerlo a él, pero él puede ver a través de mí sin problemas—. Estamos en el apartamento de tu

tía. Con tu tía durmiendo..., ¿al lado?

Él tiene razón, me siento muy avergonzada de haber perdido el control así. Me levanta el mentón y me besa, yo le atraigo hacia mí para abrazarlo y él se deja caer a mi lado. Acomodo mi rostro en su pecho.

—No quiero perderte, Luciano.

—Soy todo tuyo, Lucía —está muy quieto—. Únicamente tuyo —puedo sentir cómo su pecho se desinfla profundamente después de decirlo, como si se hubiera quitado una enorme carga de encima. Le beso un pectoral aunque él no esté dispuesto a recibir mis mimos, sin embargo, no me rechaza, por el contrario, me parece que se le ha erizado la piel—. Y justo por eso..., porque la idea de separarnos cuando estoy consiguiéndote, estoy cometiendo tantos errores. No sabía cómo decirlo ni quería echarlo a perder, pero ya me conoces —me ajusto un poco más a él—, soy el más grande de todos los idiotas. Además, contigo no he estado seguro de nada y sé que a ti una noticia como ésa no iba a deslumbrarte, por eso me lo reservé.

Me separo un poco para mirarle a los ojos.

—Me alegro mucho por ti, no lo dudes.

Me besa en la frente.

—Pero creo que siempre lo supe o lo sospeché, que si John Eyre iba a promover a alguien de la Juventina sería a ti. Por eso guardaba distancia contigo. No podía involucrarme con alguien que... ¿Desde cuándo sabes que serías fichado, Luciano?

—John Eyre ha estado preparándose para entrar al Real Madrid desde que empecé en la secundaria —asiento con la cabeza. Lo que le está sucediendo a Luciano es el sueño de todos los chicos que entran a la secundaria Eyre, ser ficha de cualquier club de fútbol europeo. Me abrazo un poco más a él, amoldándome a su cuerpo sin problemas—. Dos cosas importantes me pasaron al mismo tiempo, el fútbol y tú, porque me gustaste desde el día uno, Lucía, necesito que estés clara en eso.

No lo entiendo, hemos estado enamorados el uno del otro desde hace más de un año, ¿por qué hemos tenido que esperar tanto? ¿Por qué?

—Tenías novia cuando nos conocimos. Y después saliste con Rebecca.

—Con Natalia iba todo mal. Y con Rebecca no sucedió nada. Salimos dos o tres veces y nos dimos cuenta, creo que desde la primera cita que no íbamos a funcionar. Además a mí me gustaba mucho su mejor amiga respondona.

Me cosquillea el estómago.

—Te recuerdo de cuando iba a comer helados con Melissa y yo todavía no trabajaba ahí, tú nunca estabas detrás del mostrador.

—Ah, me has estado vigilando desde entonces...

—Sí. ¿Tuviste algo que ver con que me aceptaran?

—Se puede decir que moví mis influencias para que nos aceptaran a los dos. Yo entré unos días antes que tú porque no quería que Kira, Francesca o Fernando se pusieran creativos sobre las verdaderas razones de mi incorporación a la heladería.

—¿Entraste a la heladería porque yo iba a trabajar ahí?

Mirarme de soslayo y sonreír es su respuesta.

—Todo esto te vuelve un *freak* —tomo su mano y beso el dorso.

—Te prometo que soy todo menos un acosador.

Riego unos veinte besos entre su abdomen, sus pectorales y su cuello.

—Ya veo que confesarte mi lado trastornado te pone caliente.

—Tú no estás trastornado, yo he memorizado los días que te toca ir a la heladería, creo que desde que comencé a trabajar ahí. Quería verte todo el tiempo, pero me lo había negado hasta hace unas semanas. Hoy sabía que te tocaba conmigo, pero pensé que con todo el alboroto no ibas a presentarte.

—Tú sí que eres una *stalker*^[4] —acompaña el comentario mordiéndome los labios.

—¿De verdad estás enamorado de mí, Luciano Seri, o has dicho todo eso para que te permita meterme mano? Porque si es lo segundo, lo habrías conseguido sin que me llenaras la cabeza de tantas ideas. Ya sabes lo loquita que estoy por ti.

—Es lo segundo... Voy a empezar a llamarte Lulú, excepto ahora, Santa Lucía, porque quiero confesarte que siempre he querido meterte mano.

—Lo supuse...

—Si hubiera imaginado que iba a ser tan fácil no me habría inventado ese rollo de que estoy enamorado de ti y todo eso.

—Súper fácil.

—Ya estaba enamorado de ti cuando no me dejabas tocarte ni besarte ni acariciarte —me da otro de esos besos que me encantan, uno solo pero fuerte, que dejan huella.

—Siempre has buscado la forma de tocarme, cuando bailamos pones tus manos debajo de mi blusa.

Me he dedicado a observarlo, cuando baila con las demás compañeras de la clase no hace lo que conmigo.

—He tenido que aprovechar mis momentos.

—La primera vez que me dijiste Lulú te salió como la cosa más ensayada y *fake* del mundo.

—¿Sí?

—Sonó así como si hubieras estado barriendo un piso de cemento con un rastrillo: *Lu-lú*.

Se pasa la mano por el pelo y ríe.

—No fue mi intención. Quise que se escuchara lo más elegante posible, ya sabes que las primeras veces de una persona son importantes —me mira intrigado, como si estuviera cuestionándose si he tenido una primera vez en otro aspecto.

No, no la he tenido, pero no voy a confirmárselo. Hoy no.

—Ah, claro. Ahora entiendo. Pues tu primera vez ha estado fatal. Tuve que fingir todo el tiempo.

Él empieza a asentir, pero observo que le he dejado confundido con mi respuesta.

—Habrà que resolver ese problema, Lulú, y repetirlo muchas veces — me besa un lado del cuello—: Lulú —descoloca el tirante de mi camiseta y me besa el hombro—, ¿se va escuchando mejor, Lulú...?

Sigue recorriéndome la piel con sus labios hasta que yo formulo una siguiente pregunta:

—¿Por qué tardaste tanto en manifestarte?

—Porque me estaba conteniendo. Resistiendo. Evitándolo.

—Porque al final terminaremos separados.

Me acaricia el pelo y suspira.

—Es cierto. Esto es una locura —me deslizo por el colchón hasta ponerme de pie sobre la alfombra—. Debes irte —le lanzo el polo.

—¿Qué?

—Esto queda hasta aquí.

—Lucía, no hagas esto.

—Tengo que hacerlo. Es necesario.

—No todavía —se levanta de la cama poniéndose el polo y viene hacia mí.

—¿Ah, no? ¿Hasta cuándo vas a estar en ciudad Verano? ¿Hasta cuándo vas a estar en la Eyre? ¿Cuándo te marchas a España, Luciano?

—En marzo, Lucía. Tengo que irme en marzo.

El nudo que se me forma en la garganta es tan grueso que no puedo

hablar. Le doy la espalda porque no quiero que me vea llorar.

—Habría querido terminar todo el año y que me ficharan para el siguiente período, pero mi familia está en aprietos económicos. Mi padre gastó una buena cantidad de dinero en el juego y ahora estamos en riesgo de perderlo todo. John Eyre acaba de hacer un préstamo a la heladería, por eso yo debo ingresar antes al club.

Entonces los rumores que ha escuchado tía Gisselle son ciertos, la familia de Luciano está en aprietos económicos y su hijo tendrá que resolvérselos. Es muy injusto.

—Lucía... —me abraza por la espalda—, yo no habría querido que las cosas sucediesen como están pasando, pero tenemos varios meses para averiguar lo que sucede con nosotros —niego con la cabeza—. Lucía, te quiero —me abraza con más fuerza—. Te quiero —me besa el pelo una y otra y otra vez—. Te quiero.

No puedo soportarlo. En otro tipo de relación, en una que esté iniciando, un “te quiero” es inaceptable, pero en nuestro caso, cuando llevamos conociéndonos tanto tiempo viene a ser perfecto. Mis espasmos son cada vez más fuertes que temo despertar a tía Gisselle. Estoy destrozada. Me quiere. Sí, me quiere, pero eso no impide que seamos dos chicos incapaces de resolver nuestras vidas todavía, menos cuando uno de los dos está poniendo un inmenso océano entre ambos.

—Lucía... —susurra contra mi oreja, pero me quedo indiferente. No le digo que también le quiero ni le toco ni me vuelvo a mirarle. Me quedo de vista a la puerta de mi habitación sollozando inquietamente. Me da un último beso en el hombro antes de que sus brazos dejen de tocarme. Un minuto después me abrazo a mí misma, presa de mis espasmos, y tomo valor para volverme. Solo estoy yo en la habitación.

Febril

Me reporto enferma en la escuela y en la tarde no me presento en la heladería. Le comunico a Melissa mi decisión de renunciar, si va a ser demasiado duro tener que ver a Luciano en clases, será más difícil encontrarme con él adicionalmente en el trabajo. Melissa me recomienda que no escape de las situaciones sino que las enfrente y me adapte a éstas, pero en los últimos cinco años he sufrido pérdidas demasiado significativas como para “adaptarme” a una más por voluntad propia. Evitar todo tipo de contacto con él será mi forma de marcar distancia entre los dos.

Creo que paso el día entero dormida, he estado tanto tiempo sobre el colchón de mi cama que me duele la espalda. Quiero levantarme sin embargo no lo hago, me quedo aquí, tratando de no pensar pero es imposible. A las siete de la noche tía Gisselle anuncia para mí una visita.

—Hola, Lucía.

—Kira... —me incorporo en la cama al verla, ella baja la mirada y entra a la habitación. Me doy cuenta de que a mi tía no le hace gracia la visita de mi amiga.

—Qué raro, tú por aquí.

Ella baja la mirada y toma asiento en una esquina de mi cama.

—Merezco todo tu rencor, Lucía.

—¿Tú crees?

Mantiene la mirada gacha por uno segundos hasta que me pregunta si Andre está aquí.

—No te preocupes, no le verás. No está en ciudad Verano.

—¿Dónde está? —Capto que se sobresalta un poco por mi respuesta.

—Se fue a Lara.

—¿A Lara?

—Ajá.

—¿Qué hace ahí?

—Trabajar.

—¿Trabajar? ¿Desde cuándo trabaja? ¿Va a volver?

—No lo sé...

Lo sé perfectamente pero prefiero no contárselo. Las dos permanecemos en silencio por unos segundos.

—Lucía siento mucho que le hayan expulsado. No pensé que...

—No le han expulsado. Le suspendieron. Por una semana. Gracias a ti.

—Lo siento mucho. Solo me quejé de él porque me hizo perder la rutina y porque...

—¿Por qué?

—¡Porque estaba coqueteando con Luisa! Me puse furiosa.

—Entonces sí te gusta Andre.

—Pensé que te habías dado cuenta.

—Me di cuenta, pero siempre es mejor confirmarlo.

—Él también lo sabe y aún así coqueteó con ésa.

—¿Él lo sabe? ¿Se lo dijiste?

—Fui yo quien le besó aquella noche en mi cocina, Lucía. Las dos veces que ha sucedido, he sido yo la que ha iniciado el beso, la que no ha podido resistirse. ¿No es eso suficiente?

—Pero...

¡Wow...!

—Pero no podía permitir que interfiriera con mi deporte, Lucía. El volleyball lo es todo para mí...

Asiento con la cabeza, todavía en shock.

—Siempre tengo que esforzarme para conseguir mi mejor rendimiento. En este sentido soy muy diferente a mi hermano, mientras Luciano puede hacer una jugada instintivamente, a mí mi entrenador tiene que plantearme las estrategias que voy a aplicar. John Eyre piensa que mi hermano tiene el nivel de los mismísimos Messi y Cristinano Ronaldo. No estaría bien que se perdiera esta gran oportunidad.

—¿Por qué estamos hablando de tu hermano? Pensé que estábamos hablando de ti.

—Luciano se ha encaprichado contigo y tú mira cómo estás.

—Yo estoy bien. Y no sabía que fuera un capricho. De cualquier modo, prefiero ser como la nada para él.

—Sí, claro...

—¿Él te ha enviado aquí?

—Sí, está desesperado por saber de ti. Me dijo que ayer te dejó muy mal y que no contestas el teléfono ni respondes sus mensajes.

—Tu hermano se preocupa demasiado por todo el mundo. Puedes decirle que estoy bien y que mañana estaré de regreso en la escuela.

—Se enamoraron, ya lo sé, lo vi venir desde hace muchos meses y lo

confirmé esa noche que te llevó a la casa, él no es de los que lleva a sus chicas a la casa —suspira—. Si yo me enamoré de tu primo con todas las sandeces que me decía, era obvio que tú terminarías enamorada de Luciano.

—Espera... —levanto un brazo—, ¿has dicho que estás enamorada de Andre?

Ella baja la mirada por respuesta.

—No puedo creerlo. Andre se va a poner... —ella niega con la cabeza.

—He intentado contactarlo pero desvía todas mis llamadas.

—¿Le culpas?

Niega con la cabeza y repone:

—No, no es para menos.

—Vuelve el domingo —le informo. No soy capaz de reservarme esta información y dejarla con la zozobra. La esperanza de Kira relumbra en su mirada—. Sé sincera con él.

—Lulucita... —tía Gisselle nos interrumpe.

—Te he traído un bocadillo, cielo —coloca un emparedado en mi mesita de noche—. No has comido en todo el día.

—Gracias, tía.

—No te he dicho que para el baile de invierno los he incluido a Andrecito y a ti en la cabina de besos.

—Disculpa, ¿qué?

—Serán solo diez minutos.

—¡¿Diez minutos...?!

—No me digas que no, Lulucita. Rebequita no dudó en participar ni Joaquincito; además se sumaron Patita, Nikita y Luisita. Tú eres mi sobrina, Andrecito mi hijo, no pueden negarse.

—Tía...

—Además es por una buena causa, los recaudos serán donados a los niños cantores huérfanos.

—Tía significa que tendré que dejarme besar por un grupo de desconocidos. Eso no me gusta.

—Apenas un inocente besito, mi vida, nada de lengua, eso no está permitido en las reglas, y si alguno se propasa contigo será expulsado de la fiesta.

—Tía...

—Vamos, Lulucita, los chicos harán fila para robarte un beso. Imagina cuántos pedirán tu número.

—Por Dios, tía... No me interesa darle mi número a ninguno.

Kira levanta el brazo como si estuviera por defender su punto de la clase de Debate.

—Si Lucía no quiere participar en la actividad, ¿podría sustituirla?

Ni tía Gisselle ni yo podemos creer lo que acabamos de escuchar.

—Sí, tía, ¿podría Kira reemplazarme?

Creo que tía va a echarme de su casa por la manera en que está mirándome.

—Me parece mejor que las dos participen. Ganaremos más.

—Gracias —le dice Kira bajando la mirada.

Tía Gisselle da unos pasos y me toca la frente.

—Pero niña..., si estás hirviendo.

—Estoy bien, Tía.

—No, no, claro que no. Voy por un analgésico.

Mientras tía Gisselle sale de la habitación, Kira coloca su mano sobre mi frente.

—Tienes fiebre, Lucía.

Hago lo que todos hacen cuando les anuncian que tienen fiebre, me todo la frente con la palma de la mano.

—Estoy bien —me cubro un poco más con la manta porque estoy empezando a sentir escalofríos.

—Solo espero que el idiota de mi hermano no tenga que ver con esto.

Desvío la mirada, aunque he evitado pensar en él durante el día, en lo único que he pensado ha sido en él, y cuando he estado dormida he soñado con él. Es doloroso.

—Ya debo irme.

—Gracias por venir, Kira.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por tu confianza.

—Eres mi única amiga, Lucía.

—Lo sé —trato de sonreírle.

—Le diré a mi hermano que...

—Que estoy bien, Kira. Haz eso por mí, ¿sí?

Ella asiente pero no parece que va a cumplir con mi solicitud. Antes de salir de la habitación dice lo siguiente:

—Cuando mi hermano se enamora lo hace de verdad.

Dejo de mirarla porque una lágrima traicionera ha empezado a rodar por

mi mejilla.

Tía Gisselle vuelve a la habitación con la pastilla y el vaso de agua, lanzándome todo el rollo sobre Kira, que mírala cómo viene, que es una desvergonzada y que no desea verla otra vez en su casa. Me tomo la pastilla mientras voy escuchando la cantaleta, me acomodo en posición fetal y cierro los ojos.

No sé cuánto tiempo más tarde despierto, tengo el pelo pegado a la cara y estoy sudando. Extiendo el brazo para encender la lámpara y tomar otro paracetamol, pero tropiezo con un cuerpo junto al mío. Tía Gisselle ha debido quedarse dormida conmigo, curioso que no esté roncando; sin embargo, al palparlo, noto que este cuerpo es opuesto al de mi tía, es delgado y fuerte.

—¿Estás bien? — Él enciende la lámpara por mí y me toca la frente—. Tienes fiebre todavía —toma el vaso con agua y alcanza la pastilla que tía Gisselle ha dejado para mí sobre la mesita de noche.

—¿Qué haces aquí? —Le regreso el vaso después de pasar la pastilla, lo coloca de nuevo sobre la mesita. Me recuesto sobre la almohada.

—No fuiste a la escuela esta mañana ni a la heladería en la tarde después de todo lo que pasó anoche. Le pediste a mi hermana que mintiera sobre tu estado de salud, si no la conociera tanto me habría confiado de que estabas “bien”. ¿Te parece que no debía venir a verte?

—Pensé que habíamos roto —cierro los ojos porque arden horrible. Él no responde pero siento que su mano fría me aparta el pegoste de pelo que tengo en la mejilla—. ¿Mi tía te dejó pasar?

—Me colé por tu ventana.

Me doy la vuelta y paso un brazo alrededor de su abdomen.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Antes de la medianoche. Tuve que esperar que tu tía saliera del cuarto.

—¿Dónde esperaste?

—Afuera de tu ventana. Llegué a pensar que no iba a irse nunca —me abraza con fuerza y me besa en la frente.

—Bueno, ya me has visto, puedes volver a casa —le digo pero me abrazo un poco más a él—. ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana.

—¿Las dos?! —Me apoyo en un brazo.

—Shhh... No quiero que tu tía me eche.

—Soy yo la que va a echarte.

—Shhhh... —me atrae hacia él, acomodándome sobre su pecho otra vez.

—También te quiero, Luciano. Ayer no te lo dije.

—Sí, bueno, pero hoy tienes una fiebre muy alta. Has de estar delirando. Niégalo con la cabeza.

—Te quiero —atraigo su mano hacia mis labios y la beso—. Mucho. Pero eso no cambia nada.

—No voy a presionarte, pero no me apartes, Lucía, por favor.

—No puedo apartarte, estoy enamorada de ti.

—Definitivamente estás delirando.

No miro pero siento que se mueve y maniobra algunas cosas.

—¿Puedes repetir eso que has dicho?

—¿Ah? —Abro los ojos. Está enfocándose con el teléfono—. ¿Qué haces?

—Dejando registro de tus palabras.

—¿Estás haciendo un video?

Arquea las cejas y sonrío.

—Escogiste el peor día para hacerme un video.

—Nunca has estado tan sexy. Vamos, repite lo que has dicho.

—Mejor explícame por qué hay diez dibujos de mí en tu cuaderno.

—Tengo otros cinco en casa que dibujé mientras pensaba en ti.

—¿Cinco más?

—Tal vez diez, o veinte... —sonríe de ese modo dulce que me derrite el corazón.

—*Freak* —le peino una ceja con los dedos—. Ese cuaderno es mío ahora.

Su sonrisa se amplía un poco más.

—Es mi recuerdo..., no por los dibujos que hay de mí sino porque me gusta todo lo que haces —algunas calles de ciudad Verano, atardeceres, lagos y autos que existen en su imaginación. Me besa en la frente y deja de grabar nuestra conversación.

—¿Pensé que querías que dijera algo para la cámara?

—No hace falta —me besa delicadamente en los labios, que ahora sé que los tengo tibios pues los suyos se sienten fríos—. Me hiciste sentir

bastante mal cuando no te vi en la escuela. Cuando supe que estabas enferma me puse como loco.

—Mañana voy a estar mejor —traigo su mano hacia mis labios—. Es fiebre emocional, también me pasó cuando sucedió lo de mis padres —le escucho suspirar con afectación—. Soy fuerte aunque tenga estos síntomas —me acomodo mejor, enredando una pierna mía entre las tuyas, apoyando mi rostro en su pecho.

—Sé que lo eres.

—Si no me hubieras besado nunca igual te habría extrañado. Al menos ahora sé que me quisiste alguna vez.

—No hables en pasado que estoy aquí, tiempo presente, y te quiero. Desde el día uno. ¿Irás conmigo al baile de invierno?

—¿En eso estás pensando?

—Quiero asegurarme a la mejor chica, ¿me aceptas?

—No lo sé, Cristiano Ronaldo me escribió por Whatsapp y me hizo la misma pregunta.

—Cristiano siempre se me adelanta en todo.

Me inclino para besarlo rápidamente.

—Sí, iré contigo.

—Espera... déjame encender nuevamente esta cosa.

—¿Para qué?

—Para dejar el registro, si mañana cambias de idea, quiero tener un respaldo. Lucía —su teléfono está delante de mi cara—, ¿irás conmigo al baile de invierno?

Sé que esto no terminará bien, que tengo que evitarlo, que debo protegerme, pero no puedo seguir luchando contra estos sentimientos que tengo por él. Rechazarlo es hacerme daño y hacerle daño a él. Suspiro resignada.

—Sí, iré contigo al baile de invierno... —se inclina para besarme, el teléfono está todavía grabando la escena—. Ah... —tomo el aparato y me enfoco porque le debo algo—: Te quiero, Luciano.

“Mi chica”

Después de confirmar que no tengo fiebre y que me siento bien me deja un beso en la sien y me dice que vendrá por mí dentro de dos horas para llevarme a la escuela. No me permite replicar porque es una advertencia no una petición. He descansado un poco, afuera todavía está en penumbra, no son las seis de la mañana, y aunque todavía me siento débil, sé que ha sido él quien ha pasado la noche sin dormir.

—¡Lulú...! —Dice Becca al verme apearse del Jeep de Luciano, tiene un ceja arqueada y su sonrisa es delatora. Me siento un poco como Bella cuando llega a la escuela en el Volvo con Edward Cullen, toda la escuela está mirando a la chica con la que ha llegado la estrella naciente del fútbol internacional—. Qué bueno verte... Ummm —estudia mi cara, un lado, el otro, luego saca de su mochila una brocha, me espolvorea y me pone gloss—. Así estás mejor.

—Gracias, Becks.

Becca sonrío, me abraza, me besa en la mejilla y me dice en el oído:

—No quiero verte nunca más como estabas ayer.

Ayer, luego de terminar sus prácticas de animación, extrañada de mi ausencia, fue a verme (antes de la visita de Kira). Se impresionó mucho de mi estado.

—¿Qué le dices? —Luciano me toma la mano, lo que ocasiona que se me nuble la mente y que no sea capaz de concentrarme en nada más que en su contacto. Todavía me parece surreal que quiera estar conmigo. Hace cuatro días, en esta misma escuela, mientras todavía sucedía el matiné, tomó mi mano para trasladarme en este Jeep que tengo detrás hasta Lara para ver a mi hermana; esa tarde nadie notó lo que sucedía ni de que íbamos unidos de esa forma, hoy toda la escuela está reparando en nosotros. Espero tener la paciencia suficiente para soportar toda esta atención.

—Eso es privado entre ella y yo. Y tú me la tratas bien.

—¿Cuándo la he tratado mal?

Le miro de soslayo. Él ríe.

—Podría empezar a enumerar todo el juego psicológico al que he sido sometida desde que te conozco.

—Ehhh...

—Te lo advierto —Becca le señala con el dedo, él levanta los brazos rendido—. Ahora exhíbela.

—Gracias, *Rebecca* —me quita de las manos los libros que estoy abrazando.

—De nada, hermanito. Te sigo viendo, Lulú.

Le sonrío a ella y le miro a él. Parece incómodo.

—¿Qué?

—Nada.

—*Luciano*...

—Normalmente eres preciosa, pero ahora...

—¿Qué? ¿Qué? —Detengo el lento andar que llevamos y alcanzo mi teléfono para examinarme el rostro con la cámara—. ¿He quedado mal?

—Es justo lo contrario. Creo que no hay un calificativo por encima de preciosa. Lo que quiero decir es que te ves muy bonita, Lucía.

—¿Gracias?

Me da uno de sus animados besos en el pelo.

—Puedo cargar mis libros.

—Lo sé.

No me los devuelve, me aprieta un poco más la mano y andamos hacia el hervidero, al centro del escrutinio, donde está todo el equipo de fútbol y las animadoras esperando por su capitán.

No sé cómo funciona para él, o en general para todos los hombres, pero la primera vez que te presentas de la mano de alguien siempre es impactante, a los amigos puede gustarles o no tu nueva pareja, y, en nuestro caso, supongo que será una revelación, porque Luciano y yo nunca hemos tenido citas ni se nos ha visto juntos ni mucho menos coqueteando, a menos que sus provocaciones cuenten como coqueteo; por lo que este momento ha de ser, bueno, más importante para él que para mí, pues mi grupo de amistades es tan reducido que se resume en Becca, su hermana y mi primo, y he recibido la aprobación de todos.

—¡Luciano!

El primero en saludarle es Francisco, el arquero de la Juventina, que, según me ha informado Becca, también ha sido fichado por el Real Madrid. Francisco es además el mejor amigo de Luciano. Se dan un saludo de manos y un breve abrazo, como si estuviera felicitándole —*creo que estoy imaginando cosas*—, a mí me sonrío. Aunque antes de hoy he sido aceptada en el grupo de los chicos malos del fútbol por asociación, mi amistad con

Becca, no suelo meterme aquí a menos que esté con mi amiga, que, bueno, ahora mismo está con Paolo, que también saluda a Luciano con fraternidad. Verónica está junto a Joaquín, él me sonríe dulcemente, ella parece que quiere matarme.

—Lucía... —Paty se acerca a mí sonriendo pero mirando a Luciano a hurtadillas, sé que ellos son los mejores amigos, y que si él confía en alguien es en ella—, ven a reunirte con nosotras.

—No intentes convertirla en una de las tuyas, Pats —le miro de reajo, no tiene por qué opinar sobre lo que yo puedo o no ser—. Me gusta así como es —pero cuando dice esto último me derrito y le doy permiso para que opine sobre toda mi vida.

Me quedo con las chicas, ninguna toca el tema Luciano, pero sí sobre lo bonita que me queda la falda (la que me regaló Kira) y sobre lo brillante y abundante que tengo el cabello, que llevo recogido en un moño alto como suelo usarlo siempre.

—Me contenta verlos juntos —me dice Paty sonriendo, me he sentado junto a ella.

—Gracias.

—Era lógico que estaba muy enamorado de ti. Creo que todos siempre lo hemos sabido.

¿Todos?

—A nadie ha molestado tanto como a ti. No sé cómo le toleraste todo este tiempo —añade sonriendo.

—Los sentimientos cambian muchísimo cuando hay un fichaje tan importante por delante, ¿no es así, *Lulú*? —Dice Verónica desde su lado.

No puedo creer que tenga que tolerar esto.

—Como por ejemplo los tuyos, que han cambiado mucho desde el fin de semana, ¿no?

Se levanta de su esquina y se detiene delante de mí.

—A mí siempre me ha interesado Luciano, mosca muerta —su mirada es intimidante, casi le tengo miedo, pero se la sostengo.

Quiero defenderme, proteger lo que siento por Luciano, pero ¿quién va a creer que estoy con él porque le quiero de verdad cuando acaba de ser fichado por el Real Madrid y nuestra aparición en público ha sido tres días después? Me muerdo la lengua y me defiendo en otro sentido.

—Qué pena que él no se sintiera igual.

La chica aprieta la mandíbula, me mira con intensa indignación y se

marcha, forzando a Joaquín a salir con ella, mientras tropieza con Luciano en el intento, que no ha dejado de mirar en esta dirección y de seguir las palabras de su amiguita.

—Bien respondido —me felicita Paty.

Quiero decirle que siempre le he correspondido a su amigo, pero temo que no me creerá gracias a la opinión de su compañera de animación.

—Tú no tienes que justificarte con nadie. Ella sí. Ahora está con el pobre Joaquín. ¿Cuánto le durará eso?

—¿Qué estaba diciéndote esa bruja? —Becca viene en mi auxilio.

—Nada relevante.

—Tu amiga es una leona, Becca.

—Una leona muy tonta, querrás decir.

—No, se ha defendido y defendido a Luciano con las uñas.

—¿De verdad hiciste eso, Lulú?

Soy salvada por la campana. Literalmente.

—¿Nos vamos? —Me dice Luciano, que ha dejado a los chicos para venir por mí. Creo que me tiene más enamorada todo lo atento que ha resultado ser, lo que supone otro elemento más que voy a extrañar cuando no le tenga en mi rutina diaria.

Asiento con la cabeza y le tomo la mano que él me ha ofrecido desde que se colocó delante de mí.

—¿Todo bien con Nica?

El estómago me burbujea de enfado cuando le escucho referirse a ella por su *nick*.

—Todo perfecto con *Nica*.

Frunce la cara.

—Eso no sonó natural.

—Digamos que le aclaré quién te gusta ahora.

—¿Quién me gusta ahora?

—Idiota —me atrae hacia él y me besa en los labios.

Nuestro primer beso público. Creo que voy flotando cuando entramos a clases. A todas. Juntos. Al final del día me siento un poco más cómoda con esto de ser su nueva... *amiga*. Toda la escuela nos ha visto inseparables y haciéndonos más gestos de afecto, algunas de las chicas, como Paty y Catalina, nos miran como si estuvieran viendo una escena de una vieja telenovela de Anahí y Kuno Becker.

—Llévate el Jeep —extiende las llaves mientras le veo cambiarse la

camiseta en los vestidos, está por iniciar el entrenamiento. Trato de disimular pero los ojos cobran vida propia e inquietos le recorren el abdomen y toda la musculatura a la vista. El muy descarado disimula la sonrisa y no desvía la mirada al descubrirme infraganti. Hoy tiene duras prácticas de fútbol hasta muy tarde por la noche, además de que este es un entrenamiento previo para lo que será el campamento con el Real Madrid, el jueves habrá juego interescolar.

—No conduciré tu Jeep —le aparto el brazo.

—No te lo estoy pidiendo.

No, por supuesto que no, me lo está ordenando.

—Disfruto mucho de mi regreso a casa caminando, *gracias*.

—Mi chica no irá caminando sola a ningún lado, *lo siento* —agrega una mueca a la que yo no soy capaz de contestar porque en mi cerebro se ha quedado fija la frase “mi chica”.

—Ah, pero es que ahora soy “tu chica” —ilustro el comentario con unas dramáticas comillas aéreas antes de cruzarme de brazos. Él entorna los ojos.

—No estés jugando conmigo, Lucía. Y no creas que no sé que te gusta volver a casa caminando —toma mi mano y pone las llaves de su coche en ella—. Pero hoy te vas en el Jeep.

—Luciano... —no me gusta esto.

—¿Qué? —Dice casi enfadado. Sé perfecto cuando estoy por sacarle de sus casillas. Sin embargo...

—No llegaré a la heladería en tu Jeep.

Además, tengo pensado renunciar. Pero no se lo he comunicado porque supongo que se pondrá furioso.

—Yo estoy seguro que sí.

—¿Cómo se supone que volverás a casa?

—De eso no te preocupes que lo que más tenemos son coches de los que disponer.

—Luciano... —juego con las llaves entre mis manos—, ya bastante gente piensa que estoy contigo porque te acaba de fichar el Real Madrid como para que...

Resopla.

—Sí, bueno, búrlate todo lo que quieras, pero imagina que me vean conduciendo tu Jeep. Pasaré a la historia como la persona más interesada de ciudad Verano.

—Esa gente no sabe nada. Ve, Lucía, por favor. No pongas tanta

atención a lo que los demás piensan y tú misma deja de pensar tanto —me dice cerrándome el puño con las llaves dentro.

—¡Eres insoportable! —Le digo aunque no estoy furiosa, pero me doy la vuelta, resignada a que conduciré su Jeep.

—¡Hey...! —Vocifera.

—¿Qué más se le ofrece al señor? —hago una reverencia.

—¿No se te olvida algo? —Pregunta ladeando la cabeza.

Desvió la mirada pensando que siempre tiene que salirse con la suya, pero corro hasta él para colgarme de su cuello y despedirme como él lo demanda, con un beso. Afortunadamente los demás chicos ya están en el campo, Luciano es el último que ha venido a cambiarse.

—Te veo luego, bonita —me dice cuando me retiro de los vestidores.

Mi idea inicial ha sido cambiar el Jeep por el Palio, pero ésta es una de esas tardes de trabajo demandantes para tía Gisselle, así que he tenido que venir a la heladería en el Jeep. Me aparco afuera, faltan todavía cinco minutos para las cuatro. Me quedo un rato aquí, pensando en lo que voy a hacer. ¿Debería renunciar? Ayer me sentía de una manera y hoy de una parecida, pero Luciano se ha apoderado de tal forma de mi vida que parece que no vamos a separarnos así ponga el atlántico entre nosotros.

Lulú tienes que renunciar a la heladería. Me digo.

Apeo del coche sintiéndome muy rara, avanzo por la terraza que sigue sin clientes porque falta todavía media hora para que la tienda abra sus puertas, pero cuando traspaso la entrada a la primera persona que encuentro es a Gabriella Seri, que me mira como si fuese su peor enemiga.

—Buenas tardes —le digo.

—Muy buenas... ¿Se puede saber por qué vienes conduciendo el coche de mi hijo?

Si pensó una vez que me había apropiado de la ropa de su hija, posiblemente esté creyendo que he secuestrado a Luciano para robarle el Jeep.

—Su hijo me lo ha prestado.

—¿Ah, sí...? ¿Y a razón de qué?

De que soy su chica, aparentemente.

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

—Mira, muchachita... Acaso crees que no me he dado cuenta del juego que has tenido entre manos desde que entraste a trabajar aquí. Muy conveniente, ¿no?

Suspiro profundamente.

—No sé a qué juego se refiere, señora Seri.

—Entraste a la tienda y a mi casa con la excusa de ser amiga de Kira para conquistar a Luciano.

No me defiendo porque tenga razón, sino porque la madre de Luciano no es el tipo de persona con la que una pueda mediar. Solo me dedico a escucharla.

—Mi hijo tiene un futuro prometedor y tú eres una chiquilla sin conexiones, ¿cuánto quieres para que te apartes de su vida? ¿Cuál es tu precio?

Se me forma un grueso nudo en la garganta.

—Todo el mundo tiene uno.

—Usted me ha ofendido en todos los modos posibles. No pensaba justificarme, pero será mejor que lo sepa: desde que conocí a su hijo he intentado mantener mi distancia con él, si pasó algo ha sido una debilidad de mi parte, pero cuente con que no volverá a suceder. Espero aclararle también que el valor de mi amistad con él es incalculable, no se le puede fijar un precio, así que ahórrese su limosna, y en lo que concierne a mi trabajo aquí, le agradecerá saber que he venido a renunciar.

Gabriella no actúa sorprendida pero sí contenida en su orgullo.

—Qué oportuna tu renuncia, ¿no? Un momento muy significativo, ya no te hace falta trabajar aquí. Que sepas que no permitiré que una chiquilla como tú obstaculice el futuro de mi hijo.

¿El de su hijo o el de su familia? Quiero decirle. ¡Qué oportuno el fichaje de Luciano para una familia en la quiebra! Pero me lo reservo, no expondría así las confidencias de Luciano.

No vuelvo a discutir con ella, extendiendo el brazo y dejo que las llaves del Jeep en el mostrador.

—Fue agradable haberlos conocido a todos.

Gabriella toma las llaves y yo salgo de la tienda.

—Lucía... —tropiezo con Francesca, que está entrando justamente. La abrazo, le doy un beso en la mejilla y me marcho corriendo por la bahía.

Cuatro horas más tarde estoy en Lara. Me he permitido tomar un bus sin la autorización de la pobre tía Gisselle, a la que solo le he dejado una nota

muy poco explícita sobre el porqué de mi partida. En el camino le escribo a Becca, que me insulta cuando se lo manifiesto a ella también, y a él..., a él le escribo cuando estoy entrando al apartamento de mi hermana, le explico que se ha presentado algo y que he tenido que viajar de imprevisto.

¿Qué estás haciendo, Lucía?

Se me forma un nudo en la garganta.

Solo estoy adelantando el futuro. Es mejor así.

Winter Ball

Han transcurrido tres días desde que dejé ciudad Verano. He sabido de Luciano a través de las fotos que en Instagram o los estados de Whatsapp han publicado Becca, Paty o Verónica; la Juventina ha ganado el partido de fútbol de anoche y Luciano ha brillado como se ha esperado. Kira me ha escrito y llamado pero he evitado todo tipo de respuesta o contacto. Quisiera quedarme en Lara, pero tía Gisselle ha recurrido al recurso más injusto de todos: la patria potestad que tiene sobre mí para hacerme volver con Andre a ciudad Verano.

Un sinnúmero de mariposas revolotean frenéticas en mi estómago ante la idea de estar en el mismo territorio que él. Es ridículo, pues me he prometido evitarlo. A pesar de sus maneras y sus motivos errados, Gabriella Seri me ha hecho entrar en razón, adelantar la separación es lo más adecuado y sensato para nosotros.

Paso el fin de semana encerrada en mi habitación, llorando la mayor parte del tiempo por estos deseos horrorosos que tengo de comunicarme con él, pero consigo controlar mis inquietos niveles de ansiedad. De él no he recibido nada, ni mensajes ni llamadas. Está perfecto sin mí.

El lunes lo pienso treinta veces antes de subir al coche con Andre y tía Gisselle para ir a la escuela. La relación entre mi primo y su madre sigue distante pero más cordial. Andre me ha repetido durante toda la semana lo tonta que he sido en poner atención a las intimidaciones de Gabriella Seri, pero hasta este momento he creído estar haciendo lo correcto.

Cuando entramos en el estacionamiento de la Eyre lo primero que hago es buscar el Jeep con la mirada, pero no está aparcado en ninguna parte. Creo que habría sido mejor terminarlo cuando él tuviera que partir, de esta forma no tendría que enfrentar la idea de verle en algún pasillo de la escuela o una calle de la ciudad sin poder hablarle o tocarle. Esto va a ser duro.

Se incorpora a la Eyre pasados veinte minutos desde el inicio de la jornada, entra al salón directo a su puesto, siempre se ha sentado al final, y no repara en mí una sola vez. Me paso toda la hora mirando en dirección a su asiento, su indiferencia está matándome.

Creo que no podré continuar en la misma escuela que él sabiendo que tal vez le he herido con mi partida inexplicita, y aunque me he prometido

evitarlo me acerco a él en la hora del almuerzo.

—¿Podemos hablar?

—Lo siento, estoy ocupado.

Si su intención ha sido herirme, lo ha conseguido.

Como si estuviera en mi propia novela de Crepúsculo, hablo con tía Gisselle para que mueva sus influencias y rote mi horario, no quiero tener clases con Luciano, pero ella me niega la posibilidad, argumentando que el semestre va muy avanzado para un cambio tal; lo que no es cierto porque antes he visto que se han hecho excepciones más significativas con otros estudiantes.

Me paso toda la semana como si estuviera de luto, solo he sentido ilusión cuando el entrenador Lopez me ha participado que la próxima semana tendré competición de atletismo y me encarga dulces para el baile de invierno que es esta noche.

—Lulucita, ve a vestirme —me dice tía Gisselle cuando me encuentra en la cocina, a las siete de la noche, terminando el decorado de los cupcakes—, hoy tienes que verte preciosa. Vas a recibir muchos besitos.

—Gracias por recordármelo, tía.

—Entre todas las ideas en las que nos has involucrado a Lulú y a mí, no hay una peor que ésta, Miss G.

—Tú no digas nada, que le conseguí un espacio a esa muchachita que te gusta.

La expresión de Andre se endurece.

—¿Kira, va a estar en la cabina, tía?

—Después de Nikita, cielo.

Miro a Andre, que prefiere evitarme. En toda nuestra estadía en Lara no hemos tocado el tema Kira a petición de él, se ha negado a hablar de ella, aunque sé que ella intentó comunicarse. Siempre que su nombre se reflejaba en la pantalla, él lanzaba el teléfono lejos, he temido por la integridad del dispositivo. Quisiera saber qué le tiene más obstinado, tener que estar en la misma actividad que la chica o que un grupo de babosos, que no son él, paguen por besarla.

En dos horas más nos presentamos en la escuela, Andre y Melissa, que ha venido a visitarnos, ayudan a bajar los dulces del coche de tía Gisselle y asistimos al comité organizador en lo que falta para la logística. Cuando me encuentro con el entrenador López me adula con algo como que quisiera ser joven nuevamente y luego me informa sobre un asunto que no me ha

comunicado antes por descuido suyo.

—Los Seri quieren comprar tu receta del brownie para su heladería y darte el patrocinio para tus competiciones, ¿qué te parece?

—Lo siento, ¿qué?

—El día de la exhibición probaron tus cupcakes y los quieren para su tienda. Me han llamado varias veces esta semana, pero he estado muy ocupado, quieren ponerse en contacto contigo.

—Gracias, señor López, pero debe haber una equivocación, no creo que esa familia quiera contratar conmigo.

—Sí que lo quieren —mis ojos se agrandan y en el estómago se desata el grupo de traidoras mariposas cuando detecto de quién es la última voz.

—Luciano podrá explicarte mejor...

—No es necesario... —digo nerviosa, las manos me sudan y las piernas me tiemblan, pero al entrenador López le importa poco mi estado nervioso, me sonrío antes de dejarme a solas con él.

—Hola —sé que se ha detenido a mi lado, pero me niego a mirarle—. Mi mamá me contó la conversación que tuviste con ella.

—Que *ella* tuvo conmigo.

Él asiente.

—Debiste decírmelo, yo no pienso como ella.

—Eso lo sé.

—Entonces, ¿por qué te marchaste así?

Prefiero mantenerme callada.

—Creí que cuando te habías separado había sido por tus temores, no porque mi madre hubiera interferido como siempre lo hace.

—Lo mejor era que termináramos. Así que, ya está.

—¿Es así como te sientes?

—No sé cómo me siento.

—Lucía... —se acerca a mí, acunando mi rostro en sus manos—. No sabes todo lo que te he extrañado.

—¿Sí?

Él asiente.

—Lo has demostrado bastante bien, presentándote en mi casa y llamándome hasta explotar mi teléfono.

Él ríe.

—Primero he querido darte espacio y luego he actuado como un orgulloso.

Le rodeo la cintura. Huele riquísimo, a perfume costoso.

—No debería perdonarte tan fácilmente —sonríe nuevamente, observo que se ha cortado el pelo bajito y no hay sombra de barba delante de la piel bronceada—. He debido decirte “lo siento, estoy ocupada”.

—Y lo habría tenido merecido —esta camisa gris que lleva puesta le queda de sueño.

—Muy buenas noches... —la voz de tía Gisselle en el micrófono nos distrae. Luciano deja su mano en mi cintura cuando me vuelvo para ver hacia el escenario—. Una vez más la secundaria Eyre se enorgullece en celebrar el baile de invierno. Como siempre, nuestra academia se luce con el entretenimiento, pues esta noche tenemos una función especial, estaremos recaudando fondos en beneficio de los niños cantores huérfanos, que también estarán amenizando el evento con villancicos; para esto se ha establecido la tradicional Cabina de Besos, donde algunos de nuestros más queridos estudiantes se han presentado voluntarios para conseguir los fondos. La cabina se abrirá en un momento, cada boleto pagado tendrá una duración de diez segundos y cada uno de nuestros chicos voluntarios tendrá un estimado de cinco minutos en la cabina.

—Cinco... —respiro, había amenazado con que serían diez.

—No se permitirán los besos con lengua, chicos —se escucha un ruidoso abucheo—. Lo siento, pero el que lo haga será retirado del baile y no se devolverá el dinero.

Con la noticia, muchos chicos del último año se retiran de la venta de boletos.

Tía Gisselle empieza a mencionar el orden en que se presentarán en la cabina los voluntarios.

—¿Qué? —Mi nombre es uno de los últimos en ser mencionado—. ¿Vas a participar en la Cabina de Besos?

—No pude hacer nada... —encojo un hombro y le sonrío, quiero jugar un poco con él como en los viejos tiempos, pero él está mirándome impassible—. Es por una buena causa, no te enfades. Incluso tía Gisselle quería que participaras.

—Sí tan solo consiguiéramos que Lucianito participara sería estupendo —dice ella como si me hubiera escuchado. Le enfocan con un reflector que le enceguece—. Ahí está.

Él se cubre los ojos pero no consiente a la petición de mi tía.

—Vamos, te cedo mi puesto —sonrío de nuevo porque veo que está más

que enfadado con este asunto—, a ti te encanta eso de los besitos públicos y siendo honestos, contigo en la cabina recaudaríamos muchísimo más para los niños que conmigo.

Apenas me deja terminar de hablar cuando pega sus labios contra los míos y dice:

—Eso para que sepas que tengo la exclusividad de tus besos.

Se hace a un lado y se pierde entre todos los chicos que ya están bailando reggaeton.

La sesión de besos empieza con Verónica, que tiene una fila extensa de chicos de primero y segundo año que han pagado hasta cinco veces para besarla, incluso se ha pasado de los cinco minutos reglamentarios. Todos quieren quedarse con ella, pero tía Gisselle viene a poner orden en el protocolo y anuncia el turno de Kira. Los chiquillos se enfadan cuando les cambian a la animadora por la capitana del equipo de volley, que hoy luce lindísima: lleva un vestido ceñido y corto, se ha arreglado el pelo y se ha puesto maquillaje. Andre no le ha quitado los ojos de encima.

—¡Oh, no! —Dice uno de los muchachitos—. Me gustaba más la anterior.

—Hey, amiguito, aprecia la suerte que tienes —le dice Andre, que está junto a mí, esperando su turno. El chiquillo pasa intimidado por las palabras de mi primo y Kira cierra los ojos cual sacrificio para recibir el baboso beso del niño.

Pasan tres chicos más, la mayoría está esperando que sea el turno de Becca, todavía restan tres minutos para que se termine el tiempo de Key e inicie el de Andre, cuando él mismo pasa a la cabina y se pone a besarla como loco.

—¿Qué haces? —Le dice ella.

—Lulú me lo ha contado —Kira mira hacia donde estoy, esperando para cumplir con este compromiso que he adquirido, gracias a las ocurrencias de tía Gisselle. Le sonrío esperando que no quiera matarme—. No quiero que pienses que no tengo iniciativa para besarte. Si no lo hice antes fue por respeto—. Ella le sonrío y se abalanza sobre él para continuar con la batalla de besos con los que se terminan los tres minutos que restan.

—Sin lengua... —dice un chico junto a mí—, claro.

Tía Gisselle anuncia el turno de Andre. Hay alrededor de siete niñas esperando, pero Kira le toma de la mano y dice:

—Lo siento, chicas, pero me lo llevo. Pagaré lo que cueste.

Los dos salen de la cabina tomados de la mano y continúan besándose hasta que los pierdo de vista.

Cuando es el turno de Becca la fila se multiplica, ninguna de las voluntarias ha recibido tanta atención como mi amiga. Paolo, sin embargo, permanece vigilante desde muy cerca durante los cinco minutos. Después de Becca pasan Carlos y Joaquín, este último, habiendo sido fichado por el Bayern München en lugar de cinco minutos se queda diez.

—Creo que no querré recibir otro beso hasta que tenga treinta y cinco años —comenta exhausto al salir de la cabina. Le sonrío, lo último que he sabido es que él mismo ha puesto fin a su romance con Verónica—. Que tengas suerte, preciosa.

Me hace sonrojar.

Avanzo hacia el recuadro que es la cabina, recriminándome la idea de haber aceptado esta bochornosa idea de tía Gisselle. El primero en presentarse es un chico muy joven, que no ha de tener quince años, me dice: “estás rica, mamacita” y luego presiona sus labios contra los míos.

¡Oh, por Dios!, esto es bochornoso.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el chico se separa y viene otro de edad parecida y me besa tratando de introducir su lengua en mi garganta.

—¡No te pases de la raya! —Le dice Luciano, quitándomelo de encima.

—¡Oye! —el chico le reclama.

—¡Largo de aquí!, si no quieres que te denuncie.

—¿Quién te crees?

—¿Quién me creo...? Su novio.

Le muestra una larga hilera de boletos a tres niños que están haciendo fila.

—¡Lo siento, chicos, pero será mejor que les regresen su inversión! —se vuelve a mirarme sonriendo. Retrocedo un poco, de pronto me siento como si no nos hubiéramos besado antes.

—¿Vas a besarme?

—De eso se trata, ¿no?

—¿Durante cuatro minutos?

—Creo que tú y yo nos hemos besado durante más tiempo que cuatro minutos, Santa Lucía.

Empieza a acercar su rostro al mío, yo le espero impaciente, anhelando este beso tanto como le temo, pero cuando ya va a hacerlo, tía Gisselle viene a reclamar el tiempo de los chicos que han pagado.

—Lucianito estos chicos están...

Luciano se saca tres billetes grandes del pantalón.

—Uno para cada uno y otro para los niños cantores.

—Bien, bien. Gracias, hijito.

Tía Gisselle sale de la cabina y Luciano mira la hora en su teléfono.

—Nos quedan tres minutos —dice acercando sus labios a los míos. Empieza a besarme sí, pero le siento desconcentrado.

—¿Qué? —Le pregunto pero al intentar volverme para ver qué le tiene distraído escucho que la música de una canción que tiene un significado especial para ambos sale de su teléfono.

—Por cierto que nunca me has dado una cita, Lucía —en lugar de besarnos, estamos bailando dentro de la cabina.

—¿No?

—No —me acaricia la mejilla y el pelo—. ¿Vas a dármela?

—¿Te han dicho alguna vez que hablas demasiado cuando bailas?

—No —arquea las cejas y sonrío.

—Solo hablas conmigo.

Frunce todo el rostro pero sé que está haciendo muecas para que ría.

—No es cierto.

—¡Que sí! —Me besa rápidamente, como si fuera un arrebato.

—Vamos a vernos, poquito a poco, Lucía —pone una sonrisa en mis labios cuando recita la letra de la canción.

Atraigo sus labios a los míos asintiendo.

—Te quiero, Luciano, y no quiero separarme de ti.

—No es lo que ha parecido.

—Lo sé.

—También te quiero —me besa juguetón.

—Ese beso me recuerda a que tenemos unos cuántos pendientes.

—¿Cuándo empezamos?

—Cuando se termine la canción.

San Valentín

La primera vez que la vi pensé que era una de esas chicas ensimismadas e inaccesibles, tampoco es que fuera lo contrario, pero eso lo fui descubriendo con el tiempo, en la medida que fui ganándome su confianza, ella siempre con la guardia alta, lo que para mí significaba un reto, desarmarla y que me replicara con esa retórica tan de ella, con gestos, muecas y ofensas que en realidad no me lastimaban porque sabía que las decía con ternura y simpatía. Aunque lo deseaba, no esperé estar sembrando en ella un afecto como el que yo ya había empezado a desarrollar. Me sentía como el autor de esa canción que forma parte de los dos, queriendo conocerla y creyendo que ella no estaba interesada en conocerme.

Ahora mismo está sonriéndome justo como le sonrió a Rebecca aquel primer momento en el que yo la observaba sin que ella lo supiera o yo conociera algún detalle sobre ella, como que había perdido a sus padres cuando tenía doce años, algo que supe después, no que fuera un secreto, pero éste es un aspecto del que no suele hablar aunque conmigo lo ha tratado, una de esas tantas veces que me ofrecí a llevarla a su apartamento porque quería saber cómo era en realidad, cuando estaba sola conmigo parecía actuar con sinceridad. Recuerdo que aquélla fue una sonrisa tan especial que necesité dejarla registrada en el papel junto con la dulzura de su mirada.

—Imagínate estudiando Cocina en Madrid —le tomo la mano y hago que se siente a mi lado en esta roca que he encontrado cerca del descanso de sus padres, acá en Lara, donde hemos venido para ver a su hermana—. A tu mamá le parece una idea genial —ella me sonrío nuevamente y me abraza apoyando la mejilla en mi pecho. Me gusta cuando hace eso.

Lo que me ha costado que me permita estar en su vida con todo lo que me ha evitado. Cada dos o tres días me dice que tenemos que romper y que esto que sentimos no tiene sentido. Pero para mí tiene todo el sentido porque estoy enamorado de ella como nunca he estado enamorado. Mi único error ha sido evitarlo durante más de un año. Ella y yo hemos podido estar juntos desde hace muchos meses, pero por mi obstinación, por tratar de evitar lo inevitable sucedió al final y no al principio.

—Se dice Gastronomía.

—Gatronomía, eso... —le beso en la frente—. Podrías ir a Le Cordon

Bleu y especializarte en esos pasteles que me gustan tanto. No que necesiten ser más sabrosos. Son como gotitas de cielo, ya lo sabes.

Me revuelve los ojos cuando hago mención a esa frase que referí hace un tiempo, la primera vez que probé uno de sus cupcakes de chocolate, en la fiesta de Halloween de la secundaria Eyre.

—¿Estás dispuesto a ser la primera estrella del Real Madrid en lucir obeso?

—¿Qué hemos dicho de esa palabrita...?

—Perdón, el primer *jugador* del Real Madrid en lucir obeso.

—Está un poco mejor. Y si es el precio que tengo que pagar para que estés conmigo en España no me importa parecerme a la pelota.

—Sí, claro.

—Vamos, bonita, hay gente que anhela una oportunidad en ese instituto.

—Sí, pero...

—¿A qué le temes?

—¿De verdad quieres hablar de esto ahora y aquí?

Se aparta de mí acomodando sus manos en sus caderas. Si no lo hablamos ahora no lo hablaremos nunca, en un mes estaré lejos de ciudad Verano.

—Para mí cualquier lugar es un buen lugar y, por lo menos aquí tenemos a tus padres.

—Si pudieran darme su opinión sería genial.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte?

—No tienes que hacer nada porque tú te irás y yo me quedaré. Es lo que sucederá. Es lo que hay. Y tenemos que aceptarlo.

—Estás castigándome.

—No, eso no —toma mis manos y las besa—, pero no quiero ser la chica que deja su vida para seguir a un chico.

—Ah, claro, ya.

En líneas generales no me gusta el drama y con ella trato de ser todo lo ligero, bromista y hasta me paso de burlón, pero ahora necesito espacio. Me levanto de la roca. Soy cualquier chico para ella. Eso es y tengo que aceptarlo.

Ella se levanta de la roca también y se acomoda delante de mí, rodeándome con los brazos, acariciándome la espalda por debajo del suéter. Su cercanía y su contacto siempre me ponen loco, es como la euforia que despierta la droga más dura, un imán del que no puedo estar separado, quiero

tenerla cerca todo el tiempo, su olor y la suavidad de su piel rosada hacen que pierda todo mi autocontrol. Y lo más loco es que ella no parece notar el efecto que tiene en mí. Se inclina y aproxima sus labios carnosos a los míos.

—Me rindo contigo —le digo después del beso que ella ha profundizado y al que me he dejado someter.

—Y yo contigo.

—Pero igual me dirás que no vendrás conmigo a Madrid.

—Podrías obstinarte de mí en la primera semana —me arregla las cejas. Siempre hace eso y me gusta. No quiero que deje de hacerlo nunca— y eso no lo resistiré.

—Yo no resistiré no tenerte cerca, Lucía.

Me besa otra vez.

—Deberíamos irnos —propone—. Tu mamá debe estar desesperada porque no le he llevado los brownies.

Mi mamá..., sé que hay fricción entre ellas, pero ambas, comenzando por Lucía, han sabido mantener sus diferencias a raya. En realidad Lucía no siente ninguna hacia ella, pero mi madre es demasiado compleja, incluso para sus hijos. Al principio Lucía no quería acceder a la venta de su especial receta de brownies a la heladería y yo respeté su decisión, pero luego lo consintió, y sé que lo hizo por mí, para estrechar los lazos entre ella y mi madre y hacer su aporte a la recuperación de la empresa familiar; sin embargo, por más que le insistí, y le insistieron mis padres, no aceptó el patrocinio. La familia de Joaquín, que es dueña de una ferretería local importante, ganó la exclusividad de mi chica, que ha ganado cuatro competiciones desde entonces. Una falta de mi familia que siempre llevaré conmigo en un espacio de mi corazón como algo que le debo a ella.

—Hoy no vas a trabajar, Lulú —le tomo la mano y andamos al Jeep—. Esta noche eres toda mía.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que vamos a hacer? —Indaga con picardía.

—No me tientes, Lucía.

Ella ríe encogiendo un hombro y mirándome con ese brillo que he aprendido a reconocer como deseo. La beso en la mitad del camino hacia el Jeep.

—Mira que hoy es San Valentín y quiero mi regalo —le digo cuando la ayudo a subir. Ella me muerde los labios.

—Y yo quiero el mío.

—¿Estás segura?

Rodeo el Jeep para subir por mi lado.

—Sabes que sí —insiste en esa mirada de dulce diablilla que me pone eufórico.

—Ah, porque tengo algo que...

—¿Qué?

—Espera.

—¿Qué? —Insiste.

Enciendo el coche, no creo que esto, a lo que he estado dándole vueltas y vueltas sea algo como para soltarlo en el estacionamiento de un cementerio, por mucho que me interese la bendición de sus padres.

—¿Qué? —Presiona mi hombro con las uñas y me muerde el brazo. Definitivamente quiere que pierda el poco control que me queda.

—No seas curiosa —pongo en marcha el Jeep descontroladamente, la veo fruncir el entrecejo.

—¿Qué sucede? Tú no conduces así.

Aparco cerca de un prado en la carretera.

—No, pero no quería hacer esto...

—¿Qué cosa? No vamos a hacerlo en el Jeep, Luciano, menos en la carretera.

—¿De qué hablas?

—De S-E-X-O.

Suelto una carcajada, eso me gusta de ella, me hace reír.

—¿Quieres hacerlo ahora, Santa Lucía? Porque si es así, no me opongo.

—Sigues siendo el mismo idiota de todos los días hace un año y medio, Luciano.

—Ya sabes que Idiota es mi segundo nombre.

Se enfurruña y me pone los ojos en blanco.

—En este momento tienes esa chispa en la mirada de la que me enamoré.

Me pone los ojos en blanco nuevamente.

—Lucía, creo que lo tuyo y lo mío se resuelve de una sola forma.

Ella frunce el entrecejo y su mirada que hasta hace un segundo fue de lo más vivaz ahora está nublada.

—Si no podemos estar juntos en el futuro... —comienzo.

—Luciano, no hagas esto.

Está aterrada. Me pregunto si es porque intuye lo que voy a preguntarle o porque cree que la voy a dejar.

—No hay otra salida —le digo, porque necesito convencerla de que viaje conmigo a Madrid, de que sigamos siendo lo que estamos siendo hasta ahora, que sea mi novia, mi amante, mi compañera para siempre.

—No me hagas esto —sus ojos se empañan.

Suelto la pregunta antes de que ella siga haciendo conjeturas de lo que voy a decirle.

Sé que esto no se lo ha esperado, no se lo he asomado ni en broma aunque llevo semanas pensándolo, considerando que es la solución para nuestro pequeño inconveniente de husos horarios, pero sobre todo porque estoy enamorado de ella y no puedo permitirme perderla, aunque esta pequeña proposición podría espantarla y ponerla más distante de mí, dentro de la periferia de ciudad Verano, que cuando ponga la inmensidad del océano atlántico entre nosotros.

Pero tengo que intentarlo.

—Cásate conmigo.

Para ti.

Gracias por leer



Dame una cita, Lucía



Para los autores autopublicados es muy importante tu opinión, valora y comenta *Dame una Cita, Lucía* en [Goodreads](#) y [Amazon](#).

Y si quieres contactarme, éstas son mis redes, mi correo y mis blogs:

Twitter: [@ficciofemenina](#)

Instagram: [@ficciofemenina](#)

Contacto: ficciofemenina@gmail.com

Ficción Femenina www.ficciofemenina.blogspot.com

Cine, Libros y Jane Austen: www.cinelibrosyjane.blogspot.com

Bonus: Santa Lucía – Lírica

Autor: Roque Narvajas

*A menudo me recuerdas a alguien
Tu sonrisa la imagino sin miedo
Invadido por la ausencia
Me devora la impaciencia
Me pregunto si algún día te veré...*

*Ya se todo de tu vida, y sin embargo
No conozco ni un detalle de ti
El teléfono es muy frío,
Tus llamadas son muy cortas
Yo si quiero conocerte y tú no a mí
Por favor...*

*Dame una cita
Vamos al parque
Entra en mi vida
Sin anunciarte
Abre las puertas
Cierra los ojos
Vamos a vernos
Poquito a poco
Dame tus manos
Siente las mías
Como dos ciegos
Santa Lucía...
Santa Lucía...
Ohh, Santa Lucía...*

*A menudo me recuerdas a mí...
Eehhh...*

La primera vez pensé se ha equivocado

*La segunda vez no supe que decir
Las demás me dabas miedo
Tanto loco que anda suelto
Y ahora se que no podría vivir sin ti
Por favor...*

*Dame una cita
Vamos al parque
Entra en mi vida
Sin anunciarte
Abre las puertas
Cierra los ojos
Vamos a vernos
Poquito a poco
Dame tus manos
Siente las mías
Como dos ciegos
Santa Lucía...
Santa Lucía...
Ohh, Santa Lucía.!!*

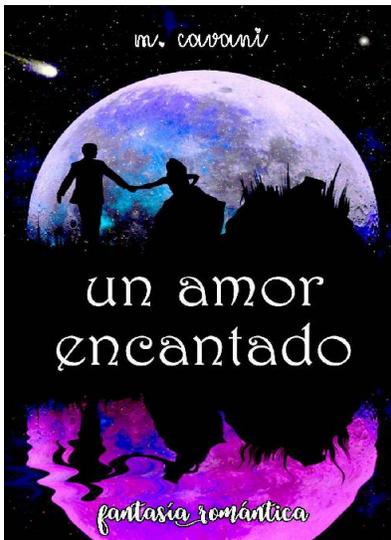
A menudo me recuerdas a mí...

Más de la autora

Quinceañera



Un Amor Encantado



^[1] [N. del A.] Es el término que utiliza Diane Court para describir a Lloyd Dobler después de su primera cita en la película Say Anything.

^[2] [N. del A.] Es la expresión que utiliza uno de los vecinos de Mónica, de la serie *Friends*, para describir las galletas que para ellos deja en la puerta del apartamento.

^[3] [N. del A.] Es el personaje de la serie *The Big Bang Theory* que sólo habla con las chicas cuando está en estado de embriaguez.

^[4] [N. del A.] Acosadora.